

TENTACIÓN Y LABERINTO

SOBREVIVIENDO
A LA TEMPESTAD

PAOLA RIMIERI



TENTACIÓN Y LABERINTO

SOBREVIVIENDO
A LA TEMPESTAD

PAOLA RIMIERI



t!
(tinta libro)



Luego de haberse encontrado frente a frente con la historia de amor más apasionante de su vida, Valeria se está acostumbrando a vivir después de Nickie. En poco tiempo, muchas cosas cambiaron: desde su dieta hasta las condiciones en su trabajo.

Ninguno de los que sobrevivieron la tempestad son los mismos: ni Valeria, ni Martín, tampoco Nickie. Afortunadamente, Valeria tiene el mundo de los sueños. Sin embargo, a veces, algunos sueños se convierten en pesadillas.

Ella quiere avanzar en los casilleros de su vida, pero está en un laberinto. Como Teseo, reconoce incluso que, de un lado no encuentra la salida, y del otro hay una bestia a la que teme. Se pregunta quién será el héroe que mate a la bestia y la ayude a salir del laberinto, mientras percibe constantemente que no encuentra escapatoria ni respuestas.

Se siente presionada y temerosa ante las decisiones que debe tomar, hasta que vuelve a iluminarse su oscuridad. Nickie aparece en su vida una vez más. Y esta vez, ese amor viene por todo. Pero nada es para siempre. O al menos, esa palabra es tenebrosa para ella.

Valeria está perdida en el laberinto. Y deberá apresurarse a encontrar una salida. ¿Podrá sobrevivir la tempestad? ¿Podrá salir del laberinto, ella, una mujer común y corriente, sin los dones de heroína?

¿Cuántas veces te sentiste en el laberinto?

Vertical line on the left side of the page.

TENTACIÓN Y LABERINTO

SOBREVIVIENDO A LA TEMPESTAD



PAOLA RIMIERI

t!
(tinta libre)
edición

Autor: Paola Rimieri

Producción Editorial:

Tinta Libre Ediciones Córdoba, Argentina

Coordinación Editorial: Gastón Barrionuevo

Arte de Tapa: Departamento de Arte Tinta Libre.

Diseño de Interior: Departamento de Arte Tinta Libre.

Rimieri, Paola Lourdes

Tentación y laberinto : sobreviviendo a la tempestad / Paola Lourdes Rimieri. - 1a ed . - Córdoba : Tinta Libre, 2019. 430 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-708-383-5

1. Novelas Románticas. 2. Novela. 3. Narrativa Argentina. I.

Título.

CDD A863

Prohibida su reproducción, almacenamiento y distribución por cualquier medio,

total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor. Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y distribución por internet

o por cualquier otra red.

La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina —Printed in Argentina

© 2019. Rimieri, Paola Lourdes

© 2019. Tinta Libre Ediciones

Debo agradecer profundamente: a mi familia: mamá Rita, Gabriel, Caterina y Antonio por alentarme a seguir adelante siempre, por escucharme y acompañarme día a día. Y sobre todo, por el tiempo que me prestan para poder escribir.

a las lectoras y lectores de #TentaciónyTempestad que me llenaron de ganas de hacer la última parte de esta hermosa historia de amor: a mis amigas y lectoras Victoria Luna, Andrea García y

Leticia Habitante por los inmensos consejos, por el aguante a mí y a #NickieChallenge en las redes, en las ferias y en la vida.

a mis compañeras incondicionales de aventuras gastronómicas - étnico - turísticas y charlas de mates, cenas de sushi regulares y organizadas, lectoras y sobre todo amigas: Andrea Butassí, Cecilia Frappa y Fernanada Calderón. a mis amigas de siempre por acompañarme en todo momento: Alejandra Rodriguez, Gabriela Gallará, Monica Altamirano, Laura Sancho, Nadia Der Ohanessian, Mirta Ruano, Celeste Moreschi, Laura Morcillo, Adriné Torossían, Natalia Chiavetta, Alejandra Gallará, Brenda Arrien, Analía Olmos.

a todas las lectoras de Adictos a Lectura Córdoba y a Universo Romántico de Buenos Aires, por el apoyo constante que tan bien me hace. a Elu Ferrero Estrada y Cintia Lecler que son "la movida de lectura" en Córdoba con los sitios, en todas las redes, de Spoileameesta libros. a mis colegas autores "Mosqueteros al diván" Facundo Fernandez, Julieta Ludueña, Rocío Bescós, y en especial a mi querido amigo Karel Hänisch, unidos por las líneas celestes y cada una de las líneas de nuestras letras.

Tentación y laberinto · 5

Tentación y Laberinto

Sobreviviendo a la tempestad

Paola Rimieri

A #NickieChallenge, por haber cambiado mi vida. (Ya sus 99K de seguidores)

"Me gustaría que estuvieras aquí conmigo, o yo allá contigo, o que estuviéramos juntos en cualquier lugar"

Mario Benedetti.

Ya es octubre.

Un año intenso sobre las espaldas que está en su trimestre final.

Entre otras cosas, espero que comiencen los días cálidos, pero parece que este año, se seguirán haciendo esperar.

De alguna forma, son días coherentes con mis sentimientos.

Estoy recuperada casi al cien por ciento de mi problema gástrico. Me acostumbré a esta comida de enfermos, a los no en la mayoría de las cosas que me gustan.

Esas prohibiciones incluyen café, gaseosas, cosas dulces, cosas pi-cantes, Nickie, salsas, malasangres y otras tantas más.

Con el paso de los días, Nickie parece haber comprendido que lo nuestro es imposible.

Martín sigue en casa. Aunque nuestra relación es nula.

Somos dos personas que se cuidan, que se respetan, que tienen muchas cosas en común: historia, y por sobre todo en el mundo, dos hermosas hijas.

Lo nuestro es extraño, pero somos honestos con lo que nos sucede.

Con el paso de los días, Martín comprendió que no lo dejé de querer. Sin embargo, nada entre nosotros es igual.

El tiempo es ameno cuando estamos juntos. Muchas veces, siento que el frío no solo viene del exterior de la casa.

Tentación y laberinto · II

Yo, no sé cómo reaccionar.

En este tiempo comprendí que es muy difícil intentar vivir haciendo de cuenta como que no ha pasado nada. El recuerdo de una gran pasión no es fácil de dejar atrás.

A veces, tengo la idea de abrazarlo, de demostrarle cariño. Puedo enumerar la cantidad de intentos míos por comenzar una charla o un momento de intimidad juntos y, sin embargo, él me evita.

A veces, quiero besarlo. Pero es un acto sin sentido, entonces recuerdo que estamos en una convivencia amistosa y que no debo hacerlo.

A veces, también él parece querer acercarse a mí.

No sé qué pasó. En realidad, sí lo sé.

Fui una mujer infiel.

Fui tentada, y caí en la tentación.

A veces, creo que mi amor hacia Martín no era lo suficiente-mente fuerte, porque no me sostuvo. Otras veces, reconozco que lo amo. Lo amo de una manera diferente, pero una manera que él no comprende. Incluso yo tampoco la comprendo.

Lo cierto es que recurro, una y otra vez, a mi propia idea del amor, de la fidelidad, de la pareja.

Y no encuentro una salida.

Doy vueltas eternas sobre mis pensamientos, sin poder justificar-me y sin poder culparme tampoco.

Nickie fue lo más mágico que me pasó en la vida.

Fue un sueño hecho realidad que, no solo me devolvió las ganas de sentirme mujer nuevamente, sino que me abrió los ojos que tenía cerrados a mí misma.

Y al mismo tiempo fue una tentación, una locura que me tomó la mano y me puso dentro de un laberinto.

Ahí estoy.

12 · Paola Rimieri

Ahí me veo.

Deambulando entre posibles calles sin salida.

Me introduzco en un pasaje de inextricable desconcierto, duda y encierro. Un encierro personal que me ahoga, sobre todo, por la imposibilidad en que me encuentro de poder hallar una salida a mi propio cautiverio.

Y en el centro de él, un monstruo enorme que está a punto de devorarme.

¿Quién me ayudará a salir de esta prisión?

Tentación y laberinto · 13

Llego al canal un poco más temprano que de costumbre.

Acomodo mis cosas en mi nuevo puesto de trabajo. Axel se ha vuelto loco. Media oficina para mí sola.

Extrañaré estar apretujada por las cuatro paredes que separaban mi pequeño box de trabajo iluminado por la pantalla de la computadora. Y, también, chocar la espalda con Manuel cada vez que me estiro en mi sillón.

Extrañaré a Manuel.

Nunca fuimos excelentes amigos. Es cierto. Pero debo reconocer que cuando necesité de su apoyo, incluso de su silencio, allí estuvo.

Mi ascenso en el canal, a partir de octubre, me sorprendió tanto más a mí que a mis compañeros. Estoy contenta, aunque asombrada todavía.

Casi como un ritual lejano ya, saco mi anotador de la cartera y lo acomodo cerca del teclado de mi notebook. Prendo la computadora y mientras desestimo las ruidosas notificaciones que me llegan, leo un primer correo de octubre de, mi jefe.

De: Axel Desiderat {axeldesiderat@sden.com} 00.56ATM 10022017 Para: yo

Vale: cuando llegues, te espero en mi oficina.

Que esta nueva etapa sea con éxito.

Que te encuentres con la nueva plataforma y que lo que venga siempre sea mejor.

Tentación y laberinto · 15

¡Cuánto deseo de éxito y encuentro, Axel!

Antes de cerrar la pantalla e ir a su oficina, donde me espera, no puedo dejar de observar que envié ese correo cerca de la una de la madrugada.

¿Ansioso o aburrido?

Las dos cosas.

¿Menos pedante? También.

Me levanto y envío un mensaje a Laura. Debo pedirle que nos encontremos en el bar de break a media mañana. Tomo mi anotador y una lapicera. Me dispongo, entonces, hacia la oficina de Axel.

El espacio a recorrer en el pasillo hasta su puerta es ahora mínimo.

Miro a mi alrededor en la oficina, todavía desierta de otro compañero de trabajo y me siento feliz por mí.

No sé bien cómo, ni por qué, pero mi carrera está creciendo. Y eso, debe hacerme sentir completamente orgullosa.

Mientras camino hacia la oficina de Axel, recibo un mensaje de Whatsapp.

Laura:

Alrededor de las 10?

YO:

De lujo.

—Axel, buen día.

—¡Buen día, Vale! Tomá asiento.

Antes de que pueda comenzar a hablar, me interrumpe: —¿Cómo arrancó el día en el nuevo puesto?

—En realidad, Axel, todavía estoy en cero.

16 · Paola Rimieri

—No es buena tu respuesta. Siempre tenés que decirme lo genial que estás y te sentís.

Su energía siempre me abruma. Y ese convencimiento de la buena vibra del universo que tiene, me saca de quicio desde temprano.

—Bueno, Axel. Tenés razón. La verdad es que estoy muy bien. Pero si me preguntás respecto de mis tareas, todavía estoy en cero. A eso me refiero. Acabo de llegar.

—Te quiero comentar un poco cómo vamos a manejarnos. Vos sabés que no es que vas a dejar tus cápsulas sobre redes —lo interrumpo yo, ahora.

—Sí, sí, lo sé. Y me gusta no dejarlas.

—Claro. Vas a seguir, entonces, haciendo una cápsula diaria. La idea es que esa cápsula que se produce durante la mañana se grabe alrededor de las cuatro. Se replicaría en el servicio de noticias de la noche. Siempre grabado.

— Ok.

—Sabés que la producción seguirá a cargo de Manuel y él, tendrá un soporte más, una pasante que le colaborará.

«Pasante».

Así que recuerdo... Cuando yo dije en aquella oportunidad en que me puso a “leer” mensajes en las redes, que me estaba dando a hacer trabajo de pasante, estaba en lo cierto...

No quiero dejar de escucharlo. No me quiero distraer. Axel sigue hablando:

—Un rato antes, te darán la pauta y los guiones. Y van a tener ya hechas las ediciones. Respecto de tu nuevo trabajo, quiero que queden cosas en claro.

Mi nuevo trabajo es el de entrevistadora. A partir de ahora, tendré además un segmento de entrevistas a personalidades de todas las áreas.

Y, mientras me distraigo pensando, Axel continúa hablando y haciendo un molesto ruido con su lapicera sobre un block que tiene en su escritorio.

— La persona con la que vas a trabajar, te la designé yo. Vas a tener una productora. La idea es que hagamos una reunión semanal los tres. Elegimos, según los criterios de cada semana, a la persona a entrevistar y se ponen a producir. Hacen la entrevista, la editan y la mandamos al servicio de noticias. Ellos verán cómo la particionan. Pero una entrevista que por algún motivo no sale en la semana de producción, no sale. ¿Me explico?

— Sí.

—Respecto de tu productora, ella hoy estará llegando a las diez —«¿a las diez? ¡Mi media mañana con Laura! Tengo que reacomodar el horario con ella, entonces»—, ahí las presento.

— ¿A las diez, Axel? ¿Por qué ella llega más tarde que yo? Considerablemente más tarde.

—Es solo por hoy. Luego se ponen de acuerdo.

—No entiendo.

—¿Qué es lo que no entendés?

—¿No fue toda la vida que ustedes, digo vos o Recursos Humanos, nos ponen el horario?

—¿Y eso?

—¿Cómo “y eso”? Digo, esta chica o... No sé, ¿va a ponerse de acuerdo conmigo por el horario?

— Sí, es una chica. Esa es una cuestión menor, Vale. Si te deja más tranquila, lo pongo yo al horario, cuando las presente. Dije, “se ponen de acuerdo”, pero fue una manera de decir.

Me deja sin palabras. Pero no me parece que haya sido una mane-ra de decir. Mientras lo decía, se acomodaba mucho el pelo. Siento

18 · Paola Rimieri

que está incómodo. Y que no puede dejar de hablar, así que arranca su verborragia nuevamente:

—Vale, no te ofrecí café, porque sé que no podés tomarlo. —Ah, no me lo recuerdes, Axel. No me lo recuerdes.

—¿Cómo seguís?

— Bien. No puedo muchas cosas. Casi ninguna de las que me gustan. El arroz me está volviendo

zen.

—Me parece muy bien. Estabas muy irascible en una época. —No creo que sea para tanto.

— Supongo que no solo la dieta es lo que te puso más calma. Creo que todo lo que nos pasa, nos hace crecer. Creciste mucho, Vale.

¡No puedo creer que este pendejo me esté diciendo esto! No en-tiende después, por qué me pone irascible.

— No sé en qué sentido me lo decís. Siempre seré más grande que vos, porque soy más grande.

—No, no. Disculpame, Vale, no me refiero a edad. Para nada.

— No te incomodes, Axel. Me da risa escucharte decirme que estoy crecida.

—Ya empezás. Te conozco, te ponés a la defensiva. Y eso te hace mal.

—Gracias, Axel, por la preocupación.

—¡Tu ironía, Vale!

— Ahora me voy y, nos vemos nuevamente ¿a las 10? ¿Acá o dónde?

—Yo te aviso, pero sí. A las 10. Y sí, acá.

Me levanto apresuradamente. Voy a buscar a Laura, así aprovecho este tiempo hasta que llegue la productora oculta, que encima elige horario.

Tentación y laberinto · 19

Antes de salir, Axel me frena y veo una sonrisa socarrona en sus labios

— ¡Vale!

Giro hacia él y lo escucho.

—¿Y de amores?

Ay no, Axel.

—¿De amores? —sonrío.

—Sí. De amores.

—No hay novedades en el frente, Axel. Te aviso cualquier cosa.

Abro la puerta, incrédula de escuchar a mi jefe hacerme semejante pregunta.

Mientras camino por el pasillo hacia la zona de producción del servicio de noticias, recuerdo tantas veces que salí de ese lugar, dirigiéndome a donde voy a buscar a mi amiga. La mayoría de esas veces, indignada, tras alguna discusión con Axel. Luego, ya más autónoma, recuerdo mi breve paso por el servicio de Tecnologías de la Información. De esa época, también recuerdo caminar enfurecida por algún comentario inadecuado o incómodo de Axel.

No puedo dejar de escuchar nuevamente en mi mente «¿Y de amores?». Y lejos de enfurecerme, me da risa. Me río sola.

El arroz me está volviendo zen.

20 · Paola Rimieri

El encuentro con Laura se adelantó cerca de una hora.

Una de mis dudas mayores, y la de ella, es quién será mi productora.

Otra cosa que no entiendo es por qué me separó físicamente del área de redes. Podría haber seguido trabajando desde Tecnologías de la Información. Simplemente era agregar las famosas entrevistas.

Como estoy zen, pero no tanto, sigo sintiendo ambigüedades respecto de Axel.

Tal vez trata de desmembrarme. Me saca de los lugares donde me encuentro bien. Me impone tareas nuevas con el discurso de mi ascenso laboral, pero en realidad, las cosas siguen igual.

Dos cambios de área en menos de diez meses, es mucho.

Mientras tomo mi té verde con las galletas de arroz, le cuento a Laura el comentario final de la charla con Axel.

—Me dice: “¿y de amores?”; y no pude creer lo que escuchaba, Laura. Te lo juro.

—Yo no creo que lo haga con mala intención.

—¡De metido! ¡De chusma!

—No creo. Yo más bien creo que se preocupa por vos. Quiere saber cómo estás.

—¿Para qué? ¿Qué le interesa?

—Le interesa que estés bien, así trabajás mejor. ¿Qué sé yo?

—Me pregunta porque es chusma. Porque querrá seguir teniendo contacto con Nickie.

Tentación y laberinto · 21

—Hablando de Nickie... ¿novedades?

—Silencio. Le pedí que no se comunicara más conmigo y está en modo silencio.

—¿No te da pena?

—¿Por él? No. Supongo que no está solo, sufriendo por mí. —No sabés.

—Me da pena por mí.

—¿Entonces?

—¿Entonces nada? ¿Qué voy a hacer? Ya lo hablamos hasta el cansancio, Laura. Nada. Seguiré comiendo mis galletas de arroz. Y mis té dulcorados.

—¡Tan metafórica! ¿Y Martín?

—Amiguitos. Edulcorado.

Laura no puede dejar de reírse, aun cuando desea contenerse. Lo que le digo es cómico, pero es a la vez trágico.

Mi aceptación de una vida insípida me abruma. Pero ¿qué podría hacer?

Dejo de pensar en mí, en Nickie y en Martín y le pregunto a mi amiga por su situación sentimental.

—Vos, edulcorada, y yo, sigo en dieta líquida. Nada de nada por ahora. Pedile a Nickie que me presente un amigo inglés y me voy a la mierda.

La manera en que me pide lo último, me hace reír mucho. Yo también quisiera irme en muchas oportunidades.

—Hablando en serio, veré si tengo algo que hacer. Faltan minutos para las diez, te cuento más tarde quién trabajará conmigo. ¿Vos no tenés data?

—Nada. Ninguna de nosotras fue comunicada de serlo. Viste que todas esperamos que nos subieran al puesto. Pero, ya ves... No todas tenemos tu suerte.

22 · Paola Rimieri

Sonríó y saludo con un beso en la mejilla.

¿Suerte?

No sé por qué piensa que tengo suerte.

Me dirijo a mi nueva “media” oficina, ansiosa por esperar a mi nueva compañera de trabajo.

Al mismo tiempo que estoy ansiosa, tengo incertidumbre. ¿Por qué una nueva compañera de trabajo que no es una empleada actual del canal? En algún momento creí que hace meses había necesidades de reestructurar con recortes de empleados.

Sin embargo, ahora, pasantes y nuevas empleadas.

¿Será mi productora de entrevistas también una pasante? Solo me queda esperar unos minutos más.

Mientras espero sentada, tratando de dejar la mente en blanco, golpean a mi puerta. Es la secretaria de Axel que se acercó hasta aquí a avisarme que me espera en su oficina, nuevamente.

Abro la puerta y veo sentada, junto a él, a una mujer de casi mi misma edad; vestida casual, poco maquillada y algo seria.

La observo y le sonrío. Pero siento que no me devuelve esa misma expresión. Me da un poco de nervios esa seriedad que posee a pesar de mi amable ingreso.

Me siento y Axel no demora en presentarnos.

—Vale, te presento a tu nueva productora. Paula Hacha. Paula, ella es Valeria Rizoli.

Ambas nos saludamos cordialmente. Paula se acomoda nuevamente en su lugar, saca una lapicera y abre una especie de agenda que tiene sobre las piernas.

Yo espero que Axel nos diga algo más.

Y no me hace esperar demasiado.

— La idea, Vale, es simplemente que hagan buenas entrevistas. El canal necesita enviar entrevistas a Buenos Aires, por lo que es

Tentación y laberinto · 23

fundamental que los trabajos que ustedes realicen, además de temporales, sean jugosamente interesantes. De lo contrario, quedarán en Córdoba.

—Y no es lo que queremos —agrega mi nueva productora. Sigo en silencio mirándolos.

¿No es lo que queremos? No sé qué quiero yo para mi vida, no creo saber tampoco qué es lo que queremos. Y ni siquiera sé quiénes somos nosotros, a los que ella alude en ese comentario.

— Paula es una productora experimentada en el medio. Hace años trabaja entre la televisión latina de Miami y Buenos Aires. Por eso, sé que va a ser la persona clave en este nuevo emprendimiento, en el que fuiste elegida, Vale.

—Espero que sea con éxito, entonces —digo.

—El éxito está descontado —continúa Axel, con su usual opti-mismo y seguridad.

Axel no ha cambiado nada. Es el mismo joven empresario que tanto repudio me causa. En algún momento me comenzó a resultar simpático, pero jamás desinteresado o calculador.

Me siento un poco incómoda mientras ellos conversan sobre posibles entrevistados. Miro mi teléfono y recuerdo las épocas en que estaba lleno de notificaciones.

Ahora las tengo eliminadas.

No quiero saber nada al instante.

Cuando me da la gana, reviso mis redes o mi whatsapp, sin la necesidad de sentirme interrumpida a cada rato.

Esa es otra de las cosas que cambió en mi vida post Nickie; o post úlcera que se me reventó en el estómago.

Pero, acerca de todo lo malo, no pienso demasiado. En parte, por-que me interrumpen los pensamientos mis compañeros de reunión:

— La metodología de trabajo va a ser la siguiente: vas a seguir

24 · Paola Rimieri

haciendo tus pastillas de programas y apariciones para los noticieros. Y una vez por semana, te voy a entregar material para que hagas las entrevistas. Material a estudiar, me refiero. ¿Queda claro?

Hay algo en el tono de Paula que no me termina de convencer. Ese “¿queda claro?” es a la vez violento e insolente.

Pero debo responderle algo.

— Claro que sí. Clarísimo —digo y me toco el cabello, una y otra vez.

Terminada la reunión, me voy a trabajar a mi nueva “media” oficina.

Enseguida, veo entrar tras de mí a Paula. No sabía que era ella la única que la compartiría

conmigo. Pensé que ambas compartíamos con algún equipo más.

La observo, esperando que saque un tema de conversación. Espero en vano.

Se acomoda y saca su computadora personal. La ubica frente a la computadora de escritorio que tiene en la mesa de trabajo. Se sienta enfrente y se pone a escribir. O a leer.

Dejo de mirarla.

Un rato después de estar leyendo analíticamente las redes, pasando por alto adrede los tweets que involucran a Nickie, me llega por correo la pauta para el micro del día.

Me levanto y siento la necesidad de hacerle un comentario a Paula.

Hubo ya mucho silencio.

—Voy a hacer el micro sobre redes de hoy. ¿Venís? — No.

¡Ni siquiera me miró acompañando su respuesta!

Tentación y laberinto · 25

Yo sí, la observo unos segundos.

Es demasiado maleducada. Es nueva aquí, será mi productora. No corresponde que me ignore voluntariamente.

Creo que, el observarla sostenidamente unos cuarenta y cinco segundos la pusieron incómoda.

— No voy porque prefiero seguir haciendo producción para la entrevista. Creo que en esta tarea de las redes no me necesitás.

—No, por supuesto.

—Ok. Éxitos.

Tomo mis cosas y me voy hacia maquillaje. Dos horas de conocerla y ya me desagrada. Desagradable.

No hay otra palabra.

Mientras Albita me maquilla, le cuento acerca de este nuevo personaje. A todos nos tenía intrigada. Ahora, nos intriga más.

—Le pregunté si quería venir al estudio a ver cómo se grababa. “No”, me dice. Y nada más.

—Ay, no. No te puedo creer.

—Entonces después me dice: “creo que no me necesitás”...

—¿Pero quién se cree que es? ¡Cómo me molesta cuando caen estos paracaidistas!

—Tenés razón, Albita. Una paracaidista. ¿Quién sos, Hacha? Seguimos conversando un rato más, hasta que veo llegar a

Manuel.

De alguna manera, me alegro cuando lo veo.

Me saluda desde lejos con la mano, mientras habla con la gente de técnica. Luego veo que se acerca hacia nosotras. Y como Albita ya terminó conmigo, me levanto, y me pongo a conversar con él tras un saludo afectuoso que incluye beso en la mejilla.

26 · Paola Rimieri

—¿Cómo estás?

—Bien. Nunca pensé que tan feliz por verte, extraño tu compañía, Manuel.

Manuel sonrío.

—Mi pasante tampoco me cae muy simpática, si es que te referís a las nuevas.

—¡Estoy indignada! ¿De dónde salieron?

—¿Qué te pasó?

—No, nada. No es que me haya pasado algo. Pero le veo mala onda. No sé.

—Las mujeres son intuitivas.

—¿Y la tuya?

—No habla, por ejemplo. O cuando habla, dice cada pavada. — ¡Estamos de suerte! ¿Qué pasó? ¿Por qué estamos con estos

cambios?

— No sé demasiado, Valeria. Axel me comentó que tiene obligaciones con la central de Buenos Aires, cosas que no se estaban cumpliendo. Estas dos mujeres vienen de allá.

—Ah. No sabía.

Termino de grabar el micro y ya tengo ganas de ir a casa.

Me dirijo a la oficina y allí encuentro todavía a “la nueva”. Levanta la mirada y me hace una sonrisa de costado.

Me acomodo en mi puesto y pienso en no dirigirle la palabra hasta que ella lo haga. Después de todo, la nueva es ella. Y la que sale al aire soy yo.

Vuelvo a casa y, mientras manejo, delibero internamente escuchar algo de música.

Tentación y laberinto · 27

No voy a ponerme a maniobrar el celular manejando, así que, simplemente prendo la radio.

Mi mente se inunda de Nickie.

Algo me arrebató y quiero hacer consciente qué, de todo lo perfecto que tiene, es lo que me atrae de él. Fue un cielo estrellado en lo que era para mí, una noche cerrada.

Fue la luz.

Reconozco que al principio solo fue la tentación. Esa hermosa estrella que me llenaba de energía. Pero poco a poco, fue su humanidad.

«Nickie es el hombre de mi vida», pienso.

Pienso en Nickie.

Esa es una práctica habitual, aunque no lo diga. Aun cuando trate de no hacerlo, lo hago. Pienso en él.

Pienso, por ejemplo: ¿qué estará escuchando ahora? ¿Qué hora es donde está? ¿Dónde está? ¿Estará bien? ¿Pensará en mí?

Esa última pregunta es la más sencilla de responder. No creo que piense en mí, a estas alturas.

La última vez que habló conmigo fue cuando me dieron el alta después de mi úlcera sangrante. Le pedí claramente que me diera espacio. Que respetara mi situación.

Contrariamente a lo que estuvo haciendo días anteriores a que me internaran, no luchó contra mí. No me dijo nada. Solamente escuché el silencio. Y luego, sottovoce dijo “Ok”.

Pienso en su voz. Su voz llena de matices. Su voz enérgica cuando cruzamos el puente de San Francisco en esas bicicletas endemoniadas. Su graciosa voz, cada vez que me quiso hacer reír. Su voz seductora, esa penetrante voz cuando cantó para mí.

Pienso y manejo hasta llegar a casa.

Allí, la realidad.

28 · Paola Rimieri

Arranco la mañana con ganas de tomar café. No me quejo del té aguado, porque no me disgusta. Pero mi nariz percibe el café de Martín y el deseo me invade.

Unas cuantas galletas con queso crema y un pote con mix de frutos secos me ayudan a despertar mejor.

Tomo también el protector gástrico. No debo olvidarlo. Martín lee su celular, el silencio entre ambos es contundente. Aunque muchas veces, hablamos.

—¿Vos te vas a encargar hoy de llevar a las nenas?

Es lo que pregunto, como para romper el hielo.

—Sí. No me voy a ir hasta después de llevar a Paloma. A la tarde también puedo ir a buscarlas.

—Bueno —respondo.

—Creo que tengo viaje el jueves o el viernes.

—Está bien.

—Si se te complica, hablamos con Patricia.

—Es que seguramente vamos a tener que decirle que venga más tiempo y se encargue de traslados, porque yo no puedo dejar de trabajar.

—Claro. Ya lo sé.

—Avisame —le digo, doy un último mordisco a la galleta y me levanto, tomando mi bolso—. Ahora me voy. Vuelvo alrededor de las cinco —remato.

Tentación y laberinto · 29

Salgo de casa y voy hacia el auto. Antes de arrancar programo música, voy a ir escuchado lo que yo elija. Busco una de mis playlist y doy comienzo a la música: empezamos con Miley Cyrus. Arranco el vehículo. La música comienza y así empieza también, mi jornada.

Llego al canal y como es temprano, me quedo unos minutos escuchando canciones en el auto.

Tomo mi celular y abro Twitter.

Tuiteo:

#Diamonds #Rihanna Que el día brille para mí, como diamante.

Meto mi celular en el bolso y entro al canal. Veré, allí dentro, si brilla u opaca.

Las cosas con la nueva no están mejor que ayer. Llegó un rato después que yo, con un café en la mano que trajo de alguna cafetería de afuera del canal y, me saludó, seca. Poca efusión en su saludo.

Se sentó, dio un par de tragos a su café y prendió su computadora. La de ella, la que trae en un bolsito. La de mesa, ni la toca.

Respiró profundo un par de veces y, luego, pronunció mi nombre. Primero le respondí con su mismo tono y, entonces, me di cuen-

ta de que quería que me acercase. Así que me acerqué.

La mezcla de aromas entre el café y su perfume, sumamente as-tringente, me revolvieron el estómago.

Esa es otra consecuencia de mi problema gástrico. Hay muchos olores que no puedo soportar. Los percibo mucho más intensamente que antes.

—Debería pasarte la información de la entrevista. Estoy trabajando para que la podamos llevar adelante el jueves por la mañana. ¿Te parece?

—Sí, Paula. Está bien.

30 · Paola Rimieri

—Entonces te envío a tu correo. ¿Estás de acuerdo? —Sí, sí. Yo leo en la compu. No hay problema.

—Necesito que para mañana me entregues una lista de apariciones importantes, sobre todo declaraciones, de las más jugosas.

— Bueno.

— Además, hoy te pediría que no te distraigas en nada y hagas una memoria de sus apariciones en redes. Tanto los post personales, como respuestas. Y también a lo que no responde. ¿Claro?

—Sí, sí, claro.

Paula, la nueva, es bastante agresiva. Y autoritaria. No me participó en nada que fuera toma de decisiones, solo me dio órdenes de lo que debo hacer. Luego remata siempre con alguna pregunta que muestra su deseo de hacerme sentir parte: “¿te parece?”, “¿estás de acuerdo?”, “¿claro?”. No sé en qué derivaría una respuesta negativa de mi parte.

Pero sé que el arroz está obrando bien en mi carácter. Y no la contrariaré en nada.

Dejo esa charla y me siento frente a mi computadora. Voy a ponerme a trabajar.

Enseguida abro el correo interno y veo el que me acaba de enviar Paula con su selección de material para la entrevista al gobernador.

Abro el PDF y lo descargo. Me pongo a leer.

La mayoría de los datos que me manda, ya los conozco. Subraya cosas con resaltador, supongo que en esas cosas quiere que me detenga.

Me aburro un poco, pero debo seguir.

Mientras leo me llega un mensaje de Laura. Me apura para ir a tomar algo con ella.

Cierro la pantalla de la computadora y me dirijo al bar. Le cuento cómo fue lo que va de la mañana con Paula.

Tentación y laberinto · 31

También le cuento que ayer, Manuel, dijo algo de que venían ella y la pasante suya de Buenos Aires.

Y a ambas nos intriga.

Es interesante tener un tema de conversación nuevo que no sea mal de amores o Axel. Así que lo disfruto.

Termino mi yogur y vuelvo a mi oficina.

Cerca del mediodía tengo un nuevo mensaje de Whassaap.

Martín:

Confirmado. El jueves a

la tarde me voy.

YO:

OK. Hablá con Patricia si la ves

ahora, por lo del viernes.

Dejo el celular a un lado y me pongo a hacer lo que Paula me pidió, una memoria del uso de las redes por parte del gobernador.

No es difícil.

Tomo mi libreta y comienzo a marcar cosas que me parecen interesantes. Es más interesante ver lo que no pone, que aquello en lo que se empeñan por escribir de parte suya.

Mientras releo algunas cosas viejas que recuerdo haber trabajado meses atrás, me llega una notificación de Twitter.

Me distraigo un segundo de mi trabajo y presto atención a esa notificación.

A @CleopatraWarrior le ha gustado tu tweet.

¡Nickie!

32 · Paola Rimieri

Volviste.

Una mezcla de cosas me pasan por el cuerpo. Me cosquillean las manos y se me entumeció la panza.

Siento un poco de todo. Alegría. Enojo, también.

Le había pedido que se abstuviera de comunicarse conmigo. Pero, me alegra saber que está ahí, en algún lado. Y me lee. Segundos después, otra notificación.

@CleopatraWarrior ha respondido a tu tweet.

Dejo de evitarlo y abro esa notificación.

Y leo lo que puso:

“We’re beautiful like diamonds in the sky” 1

¿Qué tengo que pensar?

Osigo aquella utilizada línea filosófica, sugerida por mi hermano en algún momento, la de no pensar.

Fue sutil.

Un verso de la canción no dice demasiado. ¿O dice?

Me distraigo unos minutos más rumiando a Nickie y, casi sin pensarlo, le pongo un me gusta a su comentario.

Antes de poder reparar en mi acción, Paula se acerca.

—Necesito que hablemos unos minutos de la entrevista. —Sí, bueno.

Y es lo que hacemos los siguientes veinte minutos.

En casa las cosas suceden como de costumbre.

Leticia está haciendo tareas de la escuela y Paloma duerme su siesta tardía de cada tarde cuando llega del jardín.

Este momento me gusta.

1 | Nosotros somos bellos como diamantes en el cielo.

Tentación y laberinto · 33

Las tres en casa.

Aunque siempre son momentos tan fugaces. Es tan corto este espacio de tiempo en que no tenemos que salir corriendo a llevar o traer a alguien. O a llevarme o traerme.

Tomo un té verde con las piernas estiradas en la mesita, aprovechando que no está Martín, que siempre hace el bendito comentario “los pies...” cuando me ve relajada ahí.

Pero todo lo bueno, tiene que terminar.

Y eso, ya lo viví en carne propia.

Además de que debo llevar a Paloma a su clase de danza en unos veinte minutos, Martín llega. Y enseguida, bajo los pies de la mesita. Me incorporo en el sillón y lo saludo.

Martín no es el mismo Martín de siempre, me pone un poco nerviosa.

Me hace sentir culpable, también.

Su saludo es general, pero se acerca a Paloma y, a ella, le da un beso en la cabeza.

Algo tengo que decirle.

Me incomoda esta situación en la que estamos bien. Pero no lo estamos del todo.

—Martín, en un rato llevo a Leti a danza. Compró algo para la cena. Y después la vas a tener que ir a buscar vos, porque yo tengo reunión de cátedra.

—La llevo yo, si querés.

—Pensaba salir para comprar algo de comida.

—Yo me encargo.

Su manera de hablarme es diferente.

No reconozco bien qué tipo de estado anticipa.

34 · Paola Rimieri

Martín siempre fue un hombre calmo. Y lo pude comprobar cuando sucedió lo de Nickie.

Otro hombre hubiera reaccionado de una manera diferente. Yo hubiera reaccionado de una “manera diferente”.

Sin embargo, seguimos adelante.

Demostró una gran entereza como persona. Y una gran seguridad. Y yo, a pesar de querer que esto funcione, me siento extraña. Siento que hay algo que me falta, que estoy haciendo mal. Por eso, no quiero saber nada más de Nickie.

Es como la resignación de los pies en la mesita.

Cuando Martín está, jamás los subo.

Llego temprano a la reunión, porque finalmente no llevé a Paloma. Ni me encargué de la cena.

En otros momentos de mi vida lo hubiera sentido como una caricia. Pero, hoy, me quedo con el sabor amargo de pensar que no estoy teniendo en mis manos las riendas de mi familia.

Cristina nos propone una temática diferente para trabajar el año que viene en el dictado de la cátedra.

Dejaremos atrás a Ulises y sus sirenas.

Lo que nos presenta me encanta: “Teseo y el laberinto”.

No puedo dejar de pensar en mis lecturas de los mitos griegos, cuando era muy joven. Y de esa

historia en particular.

Muchas cosas me quedaron inconclusas.

El joven Teseo se arriesgó a enfrentar al Minotauro, escondido en el laberinto que el Rey Minos mandó a construir en Creta por Dédalo para esconder a esa bestia, objeto del temor y el espanto: Minotauro. La bestia le recordaba al Rey la infidelidad de su esposa Pasifae, quien había sido tentada con el toro blanco que el mismo Minos no ofreció en sacrificio a los dioses.

Tentación y laberinto · 35

Una de mis primeras preguntas siempre fue por qué Minos se guardó para sí al toro obsequiado por Poseidón. ¿Qué oscuras intenciones tuvo Minos cuando dejó a su esposa a merced del toro? Luego, me pregunté por muchos años, cuál fue el motivo por el

que las jóvenes víctimas de Atenas, debían ser entregadas regularmente al monstruo. ¿Por qué otros debían pagar por el oprobio de un rey malvado, como lo era Minos?

Minos era un ser egocéntrico. Había sido convertido en persona pública cuando se transformó en rey y había usado su poder público para sus tiranías. Todas sus propias culpas, como la de quedarse con un regalo que debía haber ofrecido, se las terminó echando a otros. Pasifae fue culpada por su infidelidad. Minotauro debió ocultarse en una jaula enorme, que era el laberinto. Ariadna, su hija, debió quedarse a cuidar el laberinto contra su voluntad. Y luego, Dédalo, el constructor del laberinto, debió pagar con su encierro y el de su hijo cuando Teseo logró escapar del laberinto.

¡Qué terrible idea la del laberinto!

Una cárcel paradójica. Porque existe la salida, pero es tan difícil hallarla, que es peor que estar en un encierro total.

Y allí, eran presas las víctimas.

Pero también lo era la bestia. Lo difícil para ella era tomar la decisión de salir.

Cristina nos entregó pilas de textos para leer.

Mientras tomaba nota de los ítems a trabajar, me preguntaba en mi intimidad, cómo iba a organizarme para leer, interpretar, crear, hacer entrevistas, trabajar con las redes, ser mamá, ser mujer...

Mis usuales preguntas sin respuestas.

Retomo mi libro2 y leo:

2 | La referencia que se cita, haciendo alusión a la lectura de Valeria es el Cap. 1 del libro “El

héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito” de Josep Campel.

36 · Paola Rimieri

“Es poco en realidad, lo que necesitamos. Pero sin ello, la aventura dentro del laberinto es desesperada.

Esta ayuda está al alcance de la mano.”

Ya en el auto me acomodo y selecciono algo de música antes de arrancar. Babasónicos. Ahí me detengo.

¿Cuánto tiempo hace que no los escucho?

Pongo un poco más fuerte: Loco.

Tantos recuerdos de hace muchos, muchos años llegan a mi mente.

Manejo y tengo el impulso de cantar. Cantar muy fuerte: *“Quiso mi disfraz*

vivir como un mortal

como no logró, matarme

me regaló, una visión particular”

Debo hacer más cosas que me hacían bien. A pesar de la gastritis.

Tentación y laberinto · 37

Un día más que desayunamos en silencio.

Martín sigue con su celular. Yo lo dejo lejos mientras estamos juntos.

Estoy haciendo un esfuerzo.

Mientras me sirvo más té, observo el costado de mi taza cascado. Recuerdo bien cuando se me cayó esa taza.

Vuelven esos recuerdos oscuros de la noche en que, apurada por buscar a Martín, que acababa de contestar la llamada de Nickie, la rocé con mi codo y rodó por el suelo. Derramé el café.

Y nada volvió a ser igual que antes.

Yo hago mi mejor esfuerzo.

Lo sé, actué mal. Yo rompí la taza que contenía esta relación. Y ahora debo juntar los pedazos como puedo.

Una tostada más y deseo terminar con el silencio aplastante que nos aturde.

—Estaba pensando... Podríamos irnos a algún lado los cuatro.

—¿Qué? —responde Martín demostrando, una vez más, que no atiende demasiado lo que le digo.

—Que podríamos irnos de viaje. Por acá. No digo mucho tiempo. Podríamos irnos un fin de semana.

—¿A dónde?

—No sé, Martín. Donde sea. Podemos verlo.

—Hay que ver. Yo muchos días no me puedo ir. Y las nenas, no sé. ¿Sacarlas de la rutina? No sé. Ya en las vacaciones vemos.

Tentación y laberinto · 39

—Sebastián me dijo que fuéramos a visitarlos en las vacaciones.

—¿A Estados Unidos? —mientras lo dice, levanta la vista y me mira con desprecio.

—Sí, ahí vive, ¿no?

—¿Todavía querés volver ahí?

Se levanta y se dirige a la puerta.

Siento un frío más aplastante que su silencio.

Martín no es así.

Y yo tampoco soy como era.

Antes de irme, tengo la necesidad de revolver algunos apuntes de la cátedra.

Y finalmente lo encuentro. Una hoja amarillenta ya, que guardo hace mucho tiempo.

Y leo lo que estaba resaltado con fibra amarilla fluorescente:

“Al tomar conciencia de la naturaleza de la taza, aceptamos su fragilidad y sabemos que, antes o después, terminará por romperse. Tomar conciencia de su impermanencia no nos impide disfrutar de su belleza ni utilizarla para beber nuestro té.” La marca tiene al lado una nota en

lapicera que dice: “The wisdom of insecurity” Jack Kornfield. Recuerdo que amé esa cita.

Es sencillo saber que una taza puede romperse.

Lo difícil de comprender es que cada uno de nosotros puede romperse, también.

Me junto con Laura y la escucho.

Le sigue gustando Axel, pero también conoció a alguien más. No me sobresalto con esa revelación. Sigo pensando en Martín. Me duele un poco el estómago y parece que mi gesto de tocarlo,

llama la atención a mi amiga que corta su monólogo para preguntarme qué me pasa.

40 · Paola Rimieri

—Me duele un poco la panza.

—¿Hambre?

—No sé. No creo —miro las tostadas de arroz y continúo—, estas porquerías llenan bastante.

—¿Qué te pasa, entonces?

—No sé. Esta mañana discutí con Martín. Bueno, para ser sincera, no discutí.

—¿Entonces?

—Nada. Eso, nada.

—No entiendo...

—Yo tampoco, Laura.

Trato de cambiar de tema. Me angustia contar lo que me pasa. Me angustia porque no sé qué me pasa.

Terminada la charla y la media mañana alimentaria, regreso a mi oficina.

Paula está ahí, sentada, en silencio.

Es una mujer extraña.

No quiere hacer amigos en el trabajo, evidentemente.

Yo, sigo con mis cosas, no voy a ser la que siempre inicie el diálogo.

Y, luego de un incómodo rato, Paula hace una inflexión en su respiración que denota que comenzará a hablar.

—Creo que mañana podremos ir a hacer la entrevista. Coordinemos horarios.

—Ah, bien.

— Me van a confirmar, pero seguramente será por la mañana. Vamos a producirla bien, te paso las preguntas. Y, además, a vos hay que producirte, también.

Me da risa lo que me dice.

Tentación y laberinto · 41

—Tengo apuntadas varias cuestiones a preguntar.

— Bueno, ya lo veremos. ¿Te parece después de que grabes tu micro?

— Sí. Y respecto de producirme a mí, qué tipo de vestuario te parece que use.

—Eso ya lo veré, también.

Me llaman la atención el tono y el comentario.

—No hace falta, Paula. De mi aspecto me ocupo yo. —No. Sí hace falta. Para algo soy tu productora.

No le digo nada más. No voy a discutir, pero yo me arreglo sola. Y eso va a saberlo.

Termino de grabar el micro y observo a Paula que, por primera vez, está en el estudio.

Supongo que quiere mejorar un poco las cosas.

Me quito el cable del micrófono, recupero mi celular y saludo a Manuel.

Tras esa rutinaria manera de terminar cada grabación, me acerco a Paula.

— ¿Vamos?

¡Cierto! Nos íbamos a reunir a producir. Y producirme ...

Me confirma inmediatamente el horario. Me entrega un guión técnico con los datos de sonidista y camarógrafo. Su nombre, en la parte superior, indicando producción general.

Mi nombre y, al lado, entrevista.

Soy “entrevista”.

Ni siquiera puso entrevistadora.

«Zen Valeria, zen.

42 · Paola Rimieri

Inspirá y dale un trago al agua con gajo de pomelo que trajeron en la vianda.»

En ese guión, además, están cronometradas las preguntas. Y muy claramente redactadas.

—¿Entonces el trabajo que yo hice, y mis propias preguntas, no lo vamos ni siquiera a discutir?

—No es necesario.

Me está copiando las respuestas.

— Me parece que deberíamos charlar un poco las preguntas, Paula. No quiero ir y repetir mecánicamente esto de lo que no participé en lo más mínimo.

—Pero es para eso que soy tu productora.

— Sí, por supuesto. Yo hasta hace unos meses era productora, también. Sé cómo es nuestro trabajo. Y creo que es necesario que el periodista participe de las decisiones.

—No es así, trabajando a un nivel más profesional. No la soporto.

Traigan a Axel.

«Mejor malo conocido que bueno por conocer.»

Traigan al pedante de Axel, antes que esta mujer a la que no puedo pasar ni con otro trago de agua con gajo de pomelo.

—Mirá, Paula —no sé bien qué decirle, para que no suene inapropiado, así que tomo aire antes de seguir— ... Yo sé que vos venís de la tele de Buenos Aires. Tal vez sea como decís, pero no creo que el que entrevista no tenga participación en lo que se va a preguntar.

—Voy a ser clara. Hay periodistas que sí. Los periodistas de elite, los que son personajes en sí mismos. Vos no sos ninguno de esos dos casos. Así que vas a hacer esas preguntas. Si te da para repreguntar, hacelo. En la edición veremos qué se hace.

«¡Te detesto, Paula!»

—Agradezco tu claridad. Pero tendré que decirte, entonces, que no estoy de acuerdo.

Me llevo un bocado del almuerzo a la boca porque me estoy muriendo de hambre. Y me levanto eyectada de ahí.

Salgo de la oficina y cruzo en diagonal a la de Axel. Ni siquiera espero a que su secretaria me anuncie.

Abro la puerta y allí lo veo, sorprendido por mi presencia. Deja de tipear, o lo que sea que está haciendo, y me saluda. —Vale, sentate.

— Sí.

—¿Necesitás hablar conmigo?

—Sí, claro.

—¿Qué pasa?

—Paula. Eso pasa. No me gusta trabajar con ella. Ni quiero. —No es algo que decidas vos.

— No, pero es que no puedo. No voy a poder sostenerlo, Axel —no termino mi frase, porque siento un sabor ácido espantoso en la boca.

Me duele la panza cada vez más. Me la aprieto porque me parece que así me siento mejor.

—¿Estás bien?

— No. Me duele la panza. Desde esta mañana. Pero no vengo a que hablemos de eso, ahora. Necesito que repensemos lo de las entrevistas, y la repensemos a Paula.

—Decime qué es lo que puntualmente te molesta.

Comienzo a enumerar. Argumento mi postura, mientras me aprieto un poco más el estómago.

Axel me escucha, pero veo que toma su teléfono y espera unos segundos.

44 · Paola Rimieri

—Paula, por favor, ¿podés venir?

Me callo en el acto.

¿La llama?

¿Va a hacer un careo?

¿Está loco?

Trato de transmitir todos esos interrogantes en mi mirada hacia él que debe decir algo porque no puede permanecer callado, lo conozco. Se toca la ceja y me dice:

—Tenés que hacer algo con ese estómago. No te estás cuidando. Frunzo el ceño.

«Me disgusta, Axel. Me disgusta que seas así».

A los pocos segundos, entra Paula. Y se sienta a mi lado. Me siento incómoda. Trato de mirar solamente la cara de Axel, pero me cuesta. Miro para todos lados.

En esta oficina hay poco aire. Inhalo profundo y espero escuchar lo que deba escuchar.

Axel inicia:

—¿Van a tomar algo, chicas? Vos, café, no —y me señala a mí, con la mirada, cuando lo dice.

—Tengo mi almuerzo sin masticar, todavía. Te agradezco, Axel. —Yo sí, café —liquida Paula.

—Bueno, chicas; Vale, Paula, —hace un alto en el planteo y pide un café a su secretaria, toma aire y continúa— Vale me dice que hay cosas que le incomodan.

—No es que me incomoden. No estoy dispuesta a hacer.

— ¿Por ejemplo, Vale? —Axel sabe llevar la charla. No me doy cuenta de qué lado está, pero lo que hace, lo hace bien.

— Por ejemplo, no tengo participación en la producción de la entrevista al gobernador. Si arrancamos así, no la tendré en ninguna. Y no me interesa un trabajo así.

Tentación y laberinto · 45

—No tenés participación en la producción, porque no sos productora del ciclo —replica Paula.

No quiero agregar nada más. Expuse mi idea, ahora escucho. Llega el café, y esos segundos en los que se les acomoda la bebida frente a ellos, transcurre con nuestro mutismo y los ruidos de la vajilla en esa habitación oscura y con poco oxígeno.

Respiro y me echo hacia atrás.

Observo a Axel que me mira, fijamente.

—No te veo bien, Vale. ¿Tiene que ver con esto?

—Seguramente un poco. Sí.

—A ver, ya hemos hablado con vos que no te pongas el trabajo en el cuerpo, ¿sí?

No entiendo qué me dice. Ni a dónde quiere ir. Lo escucho. Lo miro. Pero espero otra cosa de esta reunión, no una clase de yoga. Da un sorbo al café, mira a Paula y continúa él:

—Paula, tengo que decirte que confíes en Vale. Es una periodista excelente, de mi confianza, de mi estima.

Paula apoya la taza sobre el escritorio y habla:

—Mirá, Axel, así como Valeria te expone a qué cosas ella no va a estar dispuesta, yo haré ahora lo mismo. No estoy dispuesta a que ninguno de los dos me haga pasar por situaciones como esta. Yo soy la productora del ciclo de entrevistas. No puedo dejar librado al placer de la entrevistadora lo que ella desee preguntar, lo que se quiera poner. ¿Qué más me va a discutir? ¿Locación, iluminación?

—Si es necesario, sí. Yo no sé cómo venías trabajando vos, Paula, pero yo cuando hacía producción participaba a los periodistas. Yo no voy a ponerle la cara a tu voz, a ver si eso te queda claro.

—No estoy de acuerdo.

Axel sigue mirándonos, mientras toma su café.

46 · Paola Rimieri

—Paula, yo te explico, acá la cosa es así, a mí Axel me pone y me saca de los espacios donde trabajo. Siempre me dice que es para mi beneficio, aun cuando yo no lo vea. Ahora me pone a trabajar con vos. Yo no quiero hacer este trabajo y menos, de esta manera. Soy honesta, ¿es claro lo que digo?

—Tus problemas laborales arreglalos con Axel.

—Claro, eso hacía. Cuando a él se le ocurrió que vinieras vos también.

Axel debe intervenir.

—Vale, no hay problemas laborales entre nosotros. Creo que hay algún desajuste entre vos y Paula. Yo, como lo veo, responde a que ambas son buenas profesionales, pero todavía no se conocen. Propongo que hagan esta primera experiencia de trabajo juntas y lo reevaluamos una vez terminado el producto.

—Te repito, Axel. No hay desajuste. Yo trabajo de otra manera. —¿Qué es lo que querés que se haga de otra manera, Vale?

—No quiero dejar de participar en la producción.

— ¿Paula? —La observa, como esperando que Paula dé la respuesta mágica que solucione este rato incómodo y aburrido.

—Podemos hablarlo.

—Entonces, Vale, ¿hacés esta entrevista a gusto?

— No. No la voy a hacer a gusto. Pero si tengo que hacerla, la hago.

Me pongo de pie, sigo presionando mi abdomen en busca de alivio.

—Disculpen, yo me retiro. Tomaré algo para el dolor de panza. —Gracias, Vale. Cuidate.

Axel se queda en su oficina con Paula.

Salgo disgustada y comienzo a dar bocados apresurados de mi comida que está helada.

Tentación y laberinto · 47

Pienso que se quedaron hablando de mí.

¿Qué posición tomaría Axel? Supongo que ninguna. Es hábil para esquivar el bulto. Sabe cómo hacer para no decir nada, para dar vuelta las cosas.

Y Paula... ¿Qué papel juega Paula Hacha en esta historia? Me cae pésimo. No pensé que me caería tan mal.

«Axel es un millennial», acabo de reparar en eso.

«¡Malditos millennials!»

Maldito trabajo que tengo. Reproduzco, simplemente, lo que quieren que se sepa, de la manera en que quieren que se sepa.

Esa es Hacha. Paula es la representación del discurso que debo reproducir, para conveniencia de otros, muy alejados de mí.

Altiva, sobradora, malhumorada... Como si este trabajo insulso fuera lo más importante en la vida de toda la humanidad, como si llegar tarde a esto, parara el tiempo de la Tierra.

Ser entonces una cómplice, ¿es lo correcto?

Estoy súper enojada. Muy, muy enojada.

Paula es una mujer con la que no se puede discutir. No se puede hablar como un ser humano con ella.

Hace un tiempo, Laura me dijo que nadie querría discutir conmigo... ¿Entonces...?

No tengo nada en común con esa harpía. Lo sé.

¡Ay, qué enojada estoy!

Y veo cómo mi enojo se me va al estómago.

Arranqué una mañana pésima. La indiferencia de Martín, la manera en que se refirió a la posibilidad de viajar. Y luego, esto. Quiero regresar a casa y olvidarme un poco de todo.

Llego a casa y mis hijas me esperan afuera.

48 · Paola Rimieri

Las veo saludarme desde el pequeño jardín y a su papá, sentado en la parecita del costado.

Están alegres. Me reciben ambas con un abrazo ni bien bajo del auto.

Paloma comienza a hablarme animada, a los gritos, como hace siempre.

— ¡Má... Trajimos un perrito! —Es una de las partes de sus dichos que entiendo.

—¿Qué? ¿Cómo que un perrito?

— Viste. Yo sabía que no iba a querer —expresa con disgusto Leticia, mirando a Martín que se levanta y se me acerca.

—¿Qué perrito? ¡Martín! ¡No tenemos ni lugar, ni tiempo para un perro!

—Es un perro que no va a crecer mucho. Es de raza pequeña.

Trato de entrar a casa para ver si está ese animal adentro, porque afuera no lo veo. Y se me complica caminar con las chicas que se me cuelgan y se quejan de antemano a mi paso.

—¿Qué perrito? —Repito.

Miro para todos lados y dejo mi cartera en el sillón. Veo llegar desde la cocina una cosa minúscula, llena de pelos. Es un espanto. No quiero un perro en casa.

—¡Má! ¡Míralo, es hermoso! —Leticia lo levanta y me pone los nervios de punta, me lo quiere acercar a la cara, no quiero verlo.

—¡Bajalo! ¡No quiero perros en casa!

Todo es un escándalo. Me tomo la panza porque me estalla. Paloma llorisquee y me dice cosas que, entre tanto lío, no entiendo. Leticia que no baja a ese animal de sus brazos, y se lo pasa por la cara. Me da asco.

Sigo enojada.

Ahora, más enojada.

Tentación y laberinto · 49

—Necesitan tener una mascota. A todos los chicos les hace bien. —No necesitan. Yo no tuve nunca, y no necesité.

—Bueno. Yo sí tuve siempre y te puedo decir que la necesitan. Además, soy veterinario, Valeria, es una vergüenza que mis hijas ten-gan tan poco contacto con los animales.

—Además —hago hincapié en esa palabra imitando a Martín—, es un animal sucio.

—No necesariamente. Se lava. Se vacuna. Se desparasita.

Escucho parásitos y me lleno de fobia. Me siento en el sillón y sigo viendo a mis hijas, y el caos que armaron. Paloma salta y Leticia sigue poniéndose ese animal espantoso cerca de la boca.

—Además —sigo—, voy a ser yo la que limpie las cagadas que haga.

—No, Valeria, se educa. Se lo educa a él y a las chicas para que sean responsables.

— ¿Responsables? Me la paso todo el día juntando juguetes y ropa por la casa.

—No, má, no. No vamos a dejar más nada tirado, te lo prometo. —Te lo prometo... —Repite Paloma, copiándole a su hermana. —No sé. No estoy de acuerdo.

—Estás poco en casa, no te va a molestar. Va a ser una compañía para las chicas.

Miro a Martín con desagrado. ¿Cómo que estoy poco en casa? Estoy todo el tiempo que no trabajo. Y trabajo como cualquier otra mujer.

O un poco más... Pero estoy en casa. No quiero decir nada.

Los miro a los tres callados, mirándome, y al cachorro feísimo ese, que trajeron.

No me resulta nada simpático.

Me levanto y voy hacia la habitación para ponerme ropa más cómoda.

—Lo voy a pensar —les digo, a disgusto. Escucho que se alegran. Mientras me estoy cambiando, Martín golpea la puerta de la

habitación.

—No tenés que ser así, Valeria.

—¿Así? ¿Así, cómo?

—Todo te cae mal de nosotros.

—Ay, no. No me digas esa boludez, Martín. ¿Qué querés decir? —Todos los chicos tienen mascotas.

—Dejá de ser tan categórico. No todos los chicos tienen mascotas. Y no todo me cae mal —respiro—. Y me parece que era una cosa que sabías, que no me gusta tener animales en la casa. Me pare-ce que eran cosas que habíamos acordado.

—Tantas cosas habíamos acordado... También esta puede cambiar.

Martín deja la habitación.

Y me llena de angustia escuchar lo que acaba de decir. Su tono de voz está cambiado.

Me siento un rato en la cama y pienso en el día que tuve. Respiro hondo porque espero que hoy, lentamente, se termine. Y mañana sea otro día.

Tentación y laberinto · 51

Amanezco con la luz del sol en mi rostro.

Habrá que empezar a dejar las cortinas totalmente bajas. Voy caminando en silencio hacia la cocina.

A media luz, veo una cosa que viene dando saltitos hacia mí. ¡El perro!

Sin hacer mucho ruido le digo que se vaya.

—Salí, salí, perro.

Y mientras camino, me va mordisqueando la parte de atrás de la pantufla.

¡Qué obstinado! Me mordisquea, me lame el talón. ¡Qué espanto! ¡Ahora voy a tener que bañarme!

No me deja caminar bien y sigue conmigo hasta donde freno, y pongo el agua en la pava eléctrica para hacerme el desayuno.

Abro la heladera y se sienta a mi lado, como sabiendo qué hace. Mira hacia adentro cuando la abro.

Debe tener hambre.

—¿Querés leche?

Veo cómo me mira. Con seriedad. Pareciera decirme algo, parece asentir que sí quiere leche.

Es un bebé, seguro quiere leche.

Le pongo un poco de leche en su platito. Y se la toma desesperado. En pocos segundos, comienza a tener hipo. Debe haber estado muy fría.

Escucho su hipo y me preparo mi té con leche.

Tentación y laberinto · 53

Vuelvo a mirarlo, y mueve su rabito.

—¿Estaba rica? Ahora yo me tomo la mía.

¿Qué hago hablando con un perro? ¡Por Dios!

Me siento a desayunar y observo hacia afuera cómo amanece.

El perro hace lo mismo. Me mira y, luego, mira en la misma dirección que yo.

—Sos horrible, perro.

Y mientras le digo eso, mueve esa colita cortita que tiene. « No fue un cumplido, animal.»

Me da risa. Mueve su cola una vez más, y bosteza. Se estira completamente y, donde está, queda dormido.

Es una nueva mañana, un día que parece que será precioso. Tomo mi celular y reviso rápidamente las notificaciones. Subo con el dedo, me interesan poco.

Me detengo en un DM desde la cuenta @CleopatraWarrior, que es de Nickie.

Tengo miedo de abrirlo.

Pienso un rato, en el silencio de la casa.

Y me decido.

Abro ese mensaje. Un suspiro agudo del perro me asustó. — ¡Porquería!

Y leo:

Cómo estuvo el día, finalmente?

Brilló el diamante?

Pienso un poco.

Veo que la fecha es de antes de ayer.

¡Ah, ya recuerdo! Hace referencia a la canción que cité y me contestó.

54 · Paola Rimieri

¿Qué hago? ¿Le contesto?

No voy a contestarle. Quedamos claros que no nos comunica-ríamos más.

Hacía tanto que no tenía noticias tuyas.

Me pone feliz saber de él.

Quisiera contestarle.

Si le contesto, abro la puerta para seguir hablando y hablando. Y no es lo que debo hacer.

No debo.

Me levanto a buscar mi medicación para la gastritis y casi piso al perro.

La casa sigue silenciosa. Me extraña que Martín no haya apare-cido todavía.

Como ya no dormimos en la misma habitación, no conozco to-dos sus movimientos domésticos.

Me siento nuevamente en la mesa y miro el teléfono. Quedó el DM abierto.

No debo responderle.

Mi mano actúa más rápido que el cerebro, y lo tomo. Leo una vez más...

Cómo estuvo el día, finalmente?

Brilló el diamante?

Y escribo:

Llevo dos días espantosos.

Gracias por preguntar.

Cierro los DM.

Y salgo del Twitter.

Meto el celular en mi cartera, así no lo miro a cada rato.

Tentación y laberinto · 55

Lavo las cosas de mi desayuno.

Y me dirijo a la habitación donde duerme Martín, le toco la puerta y desde ahí le digo que me voy. El perro está a mi lado, esperando conmigo la respuesta que viene desde adentro.

Observo a Martín que se acerca, a medio cambiar.

Se agacha y levanta al animal que no deja de mover la cola.

—Acordate que hoy yo me voy. Creería que llego el sábado a la noche. O el domingo a la mañana. Te voy avisando.

— Bueno. Patricia sabe que debe quedarse hasta que yo llegue, buscar a las chicas...

Martín me interrumpe:

—Sabe todo. Además, viene un rato más tarde hoy. Yo le dejaré todas las indicaciones.

—El horario está en la heladera.

—Sí. Tranquila. Nos vemos.

—Nos vemos. Que tengas buen viaje.

Nos saludamos fríamente. No encontramos rápidamente la posición de nuestras caras para darnos el beso de despedida.

Somos dos personas que nos conocemos tanto, pero estamos tan distantes. Es extraño.

El beso fue en la mejilla.

Saludo al perro, también.

Y salgo, sintiéndome una tonta.

Terminamos la entrevista, y volvemos en silencio sobre la camioneta de exteriores.

Paula está molesta.

Y yo, a gusto.

Más molesta la veo, mejor me siento.

56 · Paola Rimieri

¿Qué pensaba? ¿Qué iba a quedarme con las preguntas que me hizo?

Una vez en el canal, Axel nos llama nuevamente a su oficina. Aparentemente, Paula le estuvo mandando mensajes sobre mi

intromisión.

—Chicas. ¿Cómo están?

Las dos saludamos entre dientes.

Ni bien sentadas, nos pregunta qué tal salió todo.

Al mismo tiempo comenzamos a hablar. Pero me callo, y dejo que se explaye Paula.

—La entrevista salió bien —Axel me observa—. Lo que no estuvo bien fue que Valeria terminó haciendo preguntas fuera de las que les pasé.

—¿Pero fueron malas, Paula?

—No, no lo fueron, Axel. Pero, ese no es el punto. —La cuestión es que se logre un buen producto.

— Y para mí, que se trabaje profesionalmente. Porque si no, como te dije ayer... Si ustedes quieren seguir haciendo las cosas como quieren, mi trabajo no tiene sentido.

— Me parece que es un trabajo colaborativo el que propongo yo —intervengo, aunque sin sentido, me parece.

Paula me mira feo. Axel tiene una sonrisa en la comisura de sus labios, que desconozco.

Debo decir algo más. Acabo de decir una estupidez, presiento.

—Y tengo que decirte que voy a dejarte que me produzcas siempre, porque me lookeaste hermosa.

Me levanto y me disculpo. Les digo que tengo que salir porque, ya en breve, vamos a grabar el micro de Tecnología.

Es una excusa excelente.

Tentación y laberinto · 57

Paula también se levanta, y sale.

En lugar de entrar en mi oficina, me voy al bar. Quiero comer algo. Seguro será un yogur, alguna fruta.

Le mando mensaje a Laura, para que llegue también ella. Y allí la espero.

Mientras la espero, reviso las fotos que sacamos en la entrevista. Están muy buenas.

Yo, con ese traje, no me reconozco.

Pongo una foto en Instagram y un breve comentario solo con los hashtags, herramienta que se usa en Instagram para hacer que más personas encuentren la foto.

#look #primavera #Córdoba #entrevista

Cuando llega Laura, mientras como mi yogur, le cuento lo sucedido.

— Me llegaron rumores de que había pasado algo con ustedes dos.

—¿Sí? ¿Qué tipo de rumores?

— De que habían discutido. Y que nadie quisiera discutir con vos.

Me muero de la risa. ¿No quieren discutir conmigo? Si yo soy una persona tranquila.

— No te creo. ¿No quieren discutir? No tengo carácter como para que teman eso, por Dios.

—¿Que no tenés? ¡Estás mal!

—Yo no me considero fuerte.

Laura no me dice nada. Me mira. Me mira con esa cara reprobatoria que ya conozco.

No quiero ahondar en esta parte de la charla.

Me junto con la gente del micro en el estudio, y grabo.

58 · Paola Rimieri

Una vez de nuevo en mi oficina, seguimos con el cordial silencio entre Paula Hacha y yo. Aprovecho para revisar mi celular.

Mensaje de Martín que está yéndose de viaje.

¡Está yéndose! ¡Cierto!

Me quisiera ir antes, pero no puedo.

Sigo viendo las notificaciones. Muchos corazoncitos en Instagram. Y mensaje privado en Twitter.

Otra vez es Nickie.

Espantosos?

Qué pasó?

Estás hermosa. Te vi en una foto de IG.

Perdón que te diga esto.

Mi rostro cambia en el instante en que leo eso.

Quiero evitarlo, pero no puedo quitar la tensión de mi sonrisa en la comisura de mis labios.

No quiero.

Aunque me hace feliz leerlo.

Pero no por eso, voy a responderle.

Finalmente, llego a casa un par de horas antes. Allí me reciben en el jardín, como ayer. Los días están un poco más cálidos y un tanto más largos, así que las veo disfrutar de estar afuera.

La porquería de perro está con ellas y Patricia. Bajo del auto y me reciben cariñosamente. Leticia y Paloma hablan al mismo tiempo.

Escucho que hablan de un pic nic, del perro y que hay un cumpleaños.

No me dejan caminar, mientras me van contando cosas y pidiendo otras.

Tentación y laberinto · 59

Patricia me dice que, aprovechando que llegué antes, se tiene que ir. Le pido que de paso, deje a Leticia en danza. Yo la iré a buscar luego.

Como siempre, no es lo que habíamos acordado.

—¿Qué hubiera pasado si yo llegaba en el horario de siempre o más tarde?

Patricia no me responde nada. Simplemente hace un gesto de saber poco lo que debería decirme mientras junta sus cosas.

Yo insisto:

— Martín me había dicho otra cosa, que había arreglado con vos.

Y antes de que huya despavorida de casa, le recuerdo que mañana debe estar a las siete. Si es antes, mejor.

En su rostro decodifico que me está diciendo con los ojos “imposible”, entonces remato, mientras beso a Leticia que está de su mano:

—Si es imposible estar tan temprano, deberías haberte quedado a dormir, como cuando me fui de viaje. Pero ya está, ahora.

Miro a mi hija y le digo que espere en el salón de danza, que la iremos a buscar con Paloma.

Mientras Paloma se entretiene con el perro, me cambio de ropa y me pongo a preparar un té que luego tomaré con ella antes de salir. La odisea es explicarle que no llevaré al perro en el auto. Hasta que salimos.

Leticia está sentada junto a Gabriela. Recuerdo, en ese instante, que jamás retomé mis clases de danza para mujeres grandes, como dijera Leti.

Las saludo a ambas y me disculpo con Gabi por lo poco que nos vemos últimamente. Me reclama también, la reunión que yo había

60 · Paola Rimieri

prometido para los días cálidos ya que mi cumpleaños siempre cae en días helados. Este año pasó desapercibido para mí.

Este año, mi cumpleaños era un día helado...

Desde agosto a hoy, festejarlo ya no tiene sentido.

No es una fecha menor, lo sé. Pero, como le digo a Gabi, ya festejaré con más deseos.

Leti sube al auto y se me ocurre una idea.

Hacía mucho que no salíamos solas las tres. Lo pasamos genial. Yo me desquité de tanta vida sin sabor y comí pizza a lo loco.

Me encantó ver reír a mis nenas. Llegaron súper cansadas. ¡Las acosté vestidas!

Mientras camino por la casa oscura y silenciosa, veo que mi acompañante esta noche me persigue feliz por todos los rincones por donde me desplazo.

Al final, basura de perro, no me caes tan mal.

Termino de darle una palmada en el lomo mientras come su comida y me llevo mi té al baño. Voy a darme un terrible baño de inmersión. Agregó al agua unas sales que alguna vez me regalaron. Tomo la botellita de sales para baño con notas de cítricos y tomillo.

Recuerdo “El” baño de inmersión en San Francisco. Pero este no tiene nada para envidiarle.

Tomo un par de sorbos de mi té, y siento el calor del agua en la piel del cuerpo y en las mejillas. Cierro levemente los ojos y me siento muy culpable. Es señal de que lo estoy pasando muy bien.

Inspiro profundamente.

Siento ese perfume persistente, ese aroma exquisito que lo caracteriza. Siento ahí su presencia, sé que está cerca porque cuando ingresa su perfume en mi nariz, todo mi cuerpo se estremece. Y, cada vez, siento más calor.

Tentación y laberinto · 61

Su mano me acaricia el hombro y noto cómo cada centímetro de mi piel se eriza levemente.

Tengo la piel de gallina y no es por frío.

Es octubre. Y el agua de la bañera está perfecta.

¡Qué placer!

Respiro una vez más.

El calor sube por el centro de mi cuerpo, las yemas de sus dedos me acarician, cálidamente, la base del cuello...

Y me despierto.

¡Me quedé dormida en la bañera! ¿Cuánto hace que estoy dormida acá? Me avergüenzo. El té está helado, le doy un sorbo asqueroso y me pregunto cómo pude dormirme en una bañera.

Salgo del agua que sigue tibia, indicio de que el sueño fue corto y pienso que podría haberme ahogado allí. «¡Eso que solo estoy tomando té!», pienso.

Exagero, lo sé.

Mientras me pongo crema en los brazos, sobre todo en mis codos que están arrugados, veo al perro estirado graciosamente que me mira y blanquea un poco los ojos.

Lo que me falta ahora, querer a un perro.

Me encremo un poco más y, todavía tengo una extraña sensación, después de haber soñado. Ese aroma a Nickie no me deja. Fue un sueño, pero me asombra haber percibido su perfume tan vívidamente.

Dejo la crema sobre la mesita de luz junto al celular, y me acuesto.

62 · Paola Rimieri

Cuando me despierto, me doy cuenta de varias cosas en una fracción de segundos: es de día y el sol está muy alto. Tengo a mis dos hijas cruzadas en mi cama. El perro duerme sobre mi campera que evidentemente descolgó de algún lado. Volví a soñar con Nickie.

¿Qué hora es?

Miro el celular y tengo muchas notificaciones. Son las seis cuarenta y cinco, así que me levanto apurada y me visto. Miro la campera en el piso y sé que no podré ponérmela. Es un asco.

Mientras preparo mi desayuno, llamo a Patricia. Faltan cinco para las siete y no llegó. Me tranquiliza saber que está a pocas cuadras de casa.

Hoy será un viernes tranquilo.

Ya arreglé con Manuel para grabar antes la cápsula de esta noche. Y arreglar la edición del resumen semanal que se pasa el sábado. Mi idea es llegar temprano. Se lo comunico a Patricia, no obstante, le pido que esté atenta por si me llega a pasar algo y no logro llegar antes.

Saco el perro al jardín, de a poco está aprendiendo a hacer sus “cosas” en el pasto. Le festejo eso, e instantáneamente me siento una idiota.

Pensar en decirle a un perro antes de las siete de la mañana: «Ay muy bien por hacer afuera “tus

cosas”», me acerca a la certeza de que estoy volviéndome cada vez más estúpida.

Meto al perro, agarro mis cosas, saludo a Patricia y le recuerdo que saque comida del freezer. Y me voy.

Tentación y laberinto · 63

Manejar temprano es una cosa que disfruto.

Manejar y escuchar música.

No elegí nada. Nuevamente puse la radio y me dejé sorprender. Antes de llegar, voy cantando palabras sueltas de “Kilómetros”

de Sin Banderas.

Miles de canciones que había olvidado.

Me gusta la música. Eso también lo había olvidado.

Recordé cómo recolectaba canciones cuando era una adolescen-te. Grababa canciones en un cassette. Después, comencé a comprar los Cd que armaba mi vecino con las mezclas de temas que yo le pidiera. Y era feliz. Escuchaba de todo.

Tantas canciones que olvidé, pero que me gustaban tanto.

Me gustaba mucho cantar. Como siempre canté muy mal, lo hacía a solas.

Y era un momento inmensamente feliz para mí.

¿Por qué dejé de sentarme a escuchar música y dejé de cantar? Crecí.

¿Será eso?

Así justifico haber dejado de hacer tantas cosas que antes amaba. Sentada en mi computadora antes de grabar, me pongo a buscar

en las redes qué hacen esos cantantes que me gustaban, hoy. Y me entusiasmo tanto, que entonces, delíneo un informe.

Hablo por inbox con Manuel y el tema le gusta. La semana que viene haremos algo con eso.

La verdad, reconozco que trabajaba mejor con Manuel. A pesar de haberlo padecido al principio. ¿Pasará lo mismo con esta mujer que entra a la oficina a la mañana y no me dice ni buen día?

64 · Paola Rimieri

Terminó la semana y ya estamos en casa, las tres solas. A decir verdad, no estamos solas, está Jefe con nosotras.

Le pusieron Jefe al perro por la película “Jefe en pañales”. Yo no estuve de acuerdo. Pero eso, últimamente, no las detiene.

Después de comer las sobras del mediodía, nos sentamos a ver otra película infantil en el sillón.

Paloma dura pocos minutos despierta. Se estira a mi lado y apoya su cabecita en mis piernas. No puedo dejar de acariciarle el cabello sedoso.

Leticia estira su cansancio lo más que puede, hasta que por fin cae vencida, también, junto a su hermana.

Las llevo a las dos con cuidado a su cama y me dispongo a disfrutar un rico Té Chai, de las cápsulas que ahora compro como prescripción anti café.

Me siento en la cama con la notebook, la tele prendida, mi té y mis ganas de disfrutar este rato solitario.

Una de mis primeras acciones será revisar las notificaciones que vengo haciendo a un lado estos días.

Y encuentro mensajes de Nickie.

Hi! No quisiera molestarte.

Estoy cumpliendo lo mejor

que me es posible el no hablarte. Pero dijiste días espantosos y me preocupo muchísimo.

Hay algo mal con las niñas?

O es algo tuyo?

Voy a darte un día para que respondas,

sino, me comunicaré contigo.

¡Nickie! ¡Por Dios! No puedo creer lo que leo. ¿Es una amenaza?

Tentación y laberinto · 65

La culpa es mía por haberle respondido.

Debería haberlo bloqueado. Desde el primer día, debería haberlo hecho.

Estoy tan enojada...

Y tan contenta de leerlo.

Pero no voy a responderle.

Aunque, si no le respondo, va a ser peor.

No creo que esté bien responderle.

Y no voy a hacerlo.

Cierro el chat de mensaje privado, y me pongo a leer otras cosas en Twitter. El té está riquísimo y, en la casa, el silencio es exquisito, solamente se sienten los ronquidos de Jefe.

Pensar que jamás hubiera esperado tener un perro. Menos, que durmiera sobre mi pantufla.

Termino el té y cierro Twitter. Voy a cerrar también la computadora y dejar solamente la luz de la tele. Voy a buscar algo para ver. Elijo lo que veré y suena el teléfono en la mesita de luz. Hace un terrible escándalo, seguramente amplificado por el silencio nocturno.

¿Quién será a estas horas?

—¿Hola? —Pregunto con un dejo de duda.

Escucho enseguida la voz de Martín que responde del otro lado. —*Mañana no creo estar regresando. Llego el domingo a la mañana.* —Bueno, no hay problema. Gracias por avisarme, Martín.

—*De nada. No quería que te preocuparas.*

—Hiciste bien en avisarme. ¿Te parece que el domingo podemos hacer algo, salir a almorzar, no sé?

—*No sé. Vemos cuando llego.*

66 · Paola Rimieri

Una vez más, Martín me muestra su negativa a hacer cosas que parezcan planes familiares.

Pienso en su actitud constante, casi todos los días, desde que regresé de Estados Unidos.

Recuerdo su rostro escuchando la voz de Nickie por mi celular. Y todo lo que vino después.

En cierto modo, lo comprendo.

Y por eso justifico la manera en que se dirige a mí desde entonces. También, lo admiro secretamente.

Sé que yo no hubiera tenido la fortaleza de perdonarlo por una infidelidad si hubiera sido él el que me engañara. Yo no me hubiera quedado a su lado. Hubiera gritado y me hubiera enojado.

Y me hubiera ido.

¿Me hubiera ido?

Pensándolo fríamente, ¿me hubiera ido?

Seguramente hubiera hecho algo para que él se fuera. O también me hubiera ido, sí.

Quedarme a su lado sería una enorme falta de autoestima.

¿Por qué Martín se queda a mi lado, si claramente está conmigo a disgusto?

Sigo pensando. El teléfono suena nuevamente y dejo el control remoto del televisor que tengo en la mano sin uso, hace más de veinte minutos.

Estiro la mano, tal vez Martín pensó una opción para el domingo. Escucho la voz masculina y me quedo en silencio.

—¿Estás loco? —Pregunto, entre el agobio y la felicidad.

Estoy ciertamente incómoda por haber recibido una llamada te-lefónica de Nickie a mi casa. Incómoda y ansiosa, en idéntico nivel de intensidad.

Tentación y laberinto · 67

—*Te dije que iba a comunicarme si no me dabas respuesta .*

—Pero, es mi teléfono fijo. Podría haber respondido Martín. —*Hubiera preguntado a él, entonces. ¿Qué sucede?*

—¿Qué sucede con qué?

—*Con los días espantosos .*

—Esa palabra te llamó la atención...

— *¡Claro!*

Escucho un cambio en su voz. Ahora lo noto un poco más relajado y comenzando a reír.

—Tengo que decirte que no es tan grave como suena. —*¿No es?*

—Días espantosos, casi todos los días de mi vida son complicados. —*Eso es triste .*

—Es la vida, Nickie. Hay momentos de felicidad, también.

—*Eso me alegra, sinceramente* —su voz se siente más débil ahora, pero más y más distendida.

—Es que es así, Nickie. No todo es tan feo, ni tan lindo.

—*¿Cuando estuviste conmigo en San Francisco, también hubo momentos feos?*

Debo hacer silencio unos segundos, no es tan fácil hablar con él después de tanto tiempo. Debo hacer silencio y pensar cómo responderle.

—No hubo momentos feos. Pero...

— *¿Pero...?*

—Pero fue muy poco tiempo. Seguro que hubiera sido diferente si me quedaba un tiempo más...

—*No digas eso. No es así* —me interrumpe. Y continúa hablando antes que yo diga algo.

68 · Paola Rimieri

—*Hon, si te hubieras quedado un tiempo más, hubiéramos podido escondernos juntos de los momentos espantosos .*

—Qué lindo —digo sin pensar en lo que sale de mi boca.

—*Te hubiera tapado los ojos en las partes feas de la película, sabes.* —Es lindo lo que me decís, Nickie.

—*Y es cierto.*

—Pero no era posible.

—*¿Por qué?*

—¿Por qué no fue posible en Casablanca?

—*Porque ese no era el final original. Una amiga que conoces bien, me dijo que hay un final alternativo.*

—La vida no es así. No hay finales alternativos, Nickie.

—*¿Cómo cambian las cosas! Yo hubiera dicho eso...* —Escucho su risa leve.

—Justamente. Eso es lo que dirías. No hay gamas de colores, las cosas son blancas o negras británicamente hablando.

—*Pero hoy no pienso igual. Recuerda que viví en el sur del mundo en mis dulces años de la infancia.*

Ahora la que se ríe soy yo.

No quiero caer nuevamente en sus redes.

Quiero seguir hablando, pero también quiero dejar de hacerlo. —*¿Estás sola, hon?*

— Estoy con mis hijas que duermen en su habitación. Ah... Y ahora tenemos una mascota.

—*¿Una mascota? ¡Qué hermoso!*

—No estoy tan de acuerdo.

— *¿No?*

— Nunca pensé que tendría un perro. Y hasta casi diría, que a pesar de mi desaprobación, en un par de días le tomé cariño.

Tentación y laberinto · 69

— *¿Viste, Val? Las cosas no son blanco o negro. ¿Dime que no le pusiste Nickie?*

Ambos hacemos un sonido que se parece a la risa.

—Le pusieron Jefe.

— *Jeff?*

—No, no. Jefe. Como boss.

Hablamos de todo lo que iba surgiendo en la charla.

Comencé a abandonar mi estado de incomodidad una vez que ejecutó cada uno de sus comentarios para hacerme reír.

Y, en un momento, retoma la seriedad cuando me pregunta si mis días espantosos tuvieron que ver con Martín.

Me asombra su pregunta, la manera en que cambia de tema y dice el nombre de mi marido, con tanta sensatez.

—Para ser honesta, no sé si quiero hablarte de Martín. No me parece correcto.

—*Perdóname. Quiero saber qué te pasa.*

—Una suma de cosas. Algunos problemas domésticos y varios más de trabajo.

—*¿Es Axel?*

—No. Esta vez no es Axel. Al contrario.

—*Bueno, sigo igual de dudoso que antes de llamarte. No sé qué problema tienes, no sé qué te está pasando y no sé cómo ayudarte.*

—No pasa nada, Nickie, en serio.

Seguimos hablando un poco más. Hasta que nos despedimos.

Antes de cortar la llamada, me pregunta si le permito que nos sigamos comunicando por Whatsapp.

— ¡Claro!

—*Estoy bloqueado, hon. Por eso es que te llamé a este teléfono.*

— ¿Bloqueado? —Recuerdo en ese momento que sí, que está

70 · Paola Rimieri

bloqueado. Y me avergüenzo un poco— Y hablando de eso, Nickie, ¿quién te dio mi número?

—*Me extraña, Journalist. No puedo revelar la fuente, cualquier periodista sabe eso. ¿Crees que no es fácil para mí conseguir tu número telefónico?*

Es muy gracioso escucharlo hacer tonada porteña. Cree que eso lo hace sonar más argentino.

O más “ganador”, justamente como decimos aquí.

Y es tan simpático...

Casi puedo imaginarlo hacer caras.

Su voz, que comenzó tímida y algo intimidada, se tornó segura y masculina.

Ya corté el teléfono. Y mientras voy a la pantalla de mi celular, busco el contacto NC y lo desbloqueo.

Entonces, doy un paso más. Y le escribo:

Yá está. Buenas noches

Enseguida me envía un corazón.

Antes de dormirme pienso que fue un error enorme el que acabo de cometer.

¡Pero qué bien me siento!

Tengo tantas ganas de tomar un café que casi me levanto de la cama y voy a prepararme uno.

Pero me reprimo.

Trataré de bajar un poco la energía, cerrar los ojos y dormir. Y si todo va bien, hasta pueda soñar con Nickie.

El ladrido de Jefe me despierta.

No soñé. O si soñé, no lo recuerdo.

Tentación y laberinto · 71

Me bajo de la cama y el cariño del perro es demasiado. Me da vueltas alrededor de los pies y tengo que caminar con cuidado para no pisarlo. ¡Lo único que me faltaría sería pisarlo!

Me lleva hasta la puerta del patio, debe querer salir a hacer pis. Es lo que hace.

Habermé despertado tan temprano es bueno.

Las nenas duermen, así que me siento tranquila en el sillón y me tomo un té con leche y algunas galletas.

No sé hasta cuándo podré seguir comiendo así, insípido y poco. En el solitario silencio de un sábado por la mañana, pienso en

la manera en que terminó anoche mi día. Hablé nuevamente con Nickie. La adrenalina que recorrió mi cuerpo me animó de otra manera. Hoy me desperté contenta. Raramente feliz.

¿Debería sentirme así?

Siento que traiciono a Martín. Y, de alguna manera, siento que también traiciono a Nickie.

Me quedo con un extraño sabor en la boca.

¡Es el ácido que sube por mi garganta!

Sin embargo, estoy haciendo bien mi dieta.

¡Qué asco! Voy a tomar un trago de agua y a leer un poco de la bibliografía para la cátedra. Necesito optimizar el tiempo.

Busco la cantidad de apuntes sobre la mesita y apoyo el celular ahí, entre el caos de papeles.

Cuando lo muevo, siento la vibración en mi mano. Mensaje de Whatsapp.

Miro y es Nickie desbloqueado.

72 · Paola Rimieri

NC:

Buen día, Journalist. Estás despierta, hon? Voy a salir de viaje.

Miro un par de veces el mensaje. Quiero responderle, pero no sé si debo.

Cierro los dedos contra la palma de mis manos, haciendo fuerza, una y otra vez, para no escribirle.

Pienso mucho antes de hacer algo.

Hasta que decido saludarlo.

Yo:

Buen día y buen viaje.

Me despertó el perro. Yo estoy

estudiando.

Quisiera preguntarle por su viaje, comenzar una charla. Pero no voy a hacerlo.

No quiero que estas charlas vuelvan a ser el centro de mi día. O sí quiero.

Pero ya sé que no debo.

Vuelvo a dejar ahí el celular y comienzo la lectura.

Leo poco. Escucho pasitos que llegan a donde estoy. Paloma se acomoda a mi lado en el sillón, y ya mis planes cambian.

El resto del sábado es muy relajado.

Lo pasamos muy bien con mis niñas.

Tentación y laberinto · 73

Terminamos de cenar y conversamos con Leti sobre Jefe.

— Está muy grande mamá —me dice. No puedo dejar de mirarla hablar como una adulta, parece que me veo a mí gesticular y sacar conclusiones.

—Vos estás muy grande, Leti.

Leticia me mira y hace un gesto gracioso. Ella sabe que está grande. Quizás cree que es más grande de lo que realmente es, pero, ¡cómo ha crecido!

Paloma ya está dormida. Entonces, mi hija mayor y yo, vemos una película en la cama. Hasta que nos quedamos dormidas.

Anoche sí soñé.

Caminaba sobre el pasto, descalza. Caminaba y me mojaba la planta de los pies con el rocío en el pasto. Y esa sensación me gustaba.

Iba sola, pisando el pasto, observando el suelo lentamente. Hasta que, en un momento, me sentí perseguida.

Comencé a mirar para atrás, sin encontrar a nadie. Me sentía perseguida y observada. Quería correr, pero sentía los pies pesados. Tal vez sentía que el rocío que mojaba el pasto se había vuelto agua y su peso me molestaba.

Sin poder correr y, con esa sensación sobre mis espaldas, observé a un hombre en frente de mí.

Me sentí mejor. Cerca de él podría estar a salvo.

Y me apresuré a alcanzarlo, porque necesitaba sentirme segura. Le tomé la mano y sus dedos me aprisionaron fuerte, muy fuerte. Me desperté asustada cuando pude darme cuenta que quien me

oprimía la mano era un hombre espantoso. Era Martín, con cuerpo de Martín, pero era Nickie, porque tenía rostro de Nickie. Cuando lo miré a la cara, a los enormes ojos bellos de Nickie, el rostro comenzó a derretirse como si hubiera sido una figura de arcilla. De

sus ojos brotaba agua marrón, y por lo que había sido su cara, ahora desvanecida, corrían cataratas de barro que se llevaban la cara, el cuello, y el cuerpo de Martín.

Me desperté espantada. Soñé nuevamente. Y fue, otra vez, una pesadilla.

Ya recobré el aliento. Respiraba muy rápido. Tal vez no fue un sueño muy feo, no sé... Pero ese ser asqueroso que tenía cuerpo de Martín y cara de Nickie me dio miedo.

Haber respondido, desbloquearlo... Todo fue un gran error. Una vez más, me despierto a las cinco de la mañana.

Tengo una sensación rara en el cuerpo y nada de sueño. Me levanto de la cama, porque quedarme ahí es peor.

Camino hacia la cocina con Jefe siguiéndome y tarasconeando mis talones. Es realmente molesto. Pero al mismo tiempo, me agrada estar acompañada a esta hora de la mañana.

Con el teléfono en la mano, pongo la pava. Mientras espero que se hierva el agua, miro el celular.

¿Martín puso algo en su historia? Qué extraño, ni siquiera sabe hacerlo.

Abro la historia, y es aún más extraño lo que veo.

Una mano, “su mano”, y esa mano, sosteniendo una copa. No entiendo qué quiso poner.

Seguramente sacó sin querer la foto. Y sin querer la subió a su historia.

Abro nuevamente el chat de Nickie. No respondió nada a lo que le puse. Tengo la curiosidad de escribirle algo, pero ya está comprobado que es algo que no debo hacer y, cuando lo hago, no me hace bien.

Tomo mi té y Jefe, su leche.

Tentación y laberinto · 75

Aprovecho para leer un poco más. Siento que, esta vez, estoy mucho más interesada en los trabajos de la cátedra que el trimestre pasado. O será que el trimestre pasado perdí mucho tiempo expectante por Nickie. O culposa de lo que le hice a Martín.

“La sociedad culpó gravemente a la reina, pero el rey tenía conciencia de que parte de la culpa era suya. El toro en cuestión había sido enviado hacia tiempo por el dios Poseidón, cuando Minos contendía con sus hermanos por su trono. Minos había sostenido que el trono era suyo por derecho divino y había pedido al dios que mandara un toro del mar, como señal, y había sellado la plegaria con el juramento de sacrificar al animal inmediatamente, como

ofrenda y símbolo de servidumbre. El toro apareció y Minos subió al trono; pero cuando pudo apreciar la majestad de la bestia que se le había enviado, pensó en las ventajas que le traería ser dueño de tal ejemplar y decidió arriesgar una sustitución mercantil, que supuso que el dios no tomaría en cuenta.(...)” 3

Termino de leer y reflexiono a cerca de qué “trofeo” es el que se guardó para sí cada uno de nosotros, Martín; Nickie y yo en este triángulo accidental del que formamos parte.

La mañana me rinde muchísimo, ni siquiera son las 8 y recibo un mensaje.

Martín:

Estoy a menos de una

hora

de casa.

3 | Cap. 2 del libro “El héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito” de Josep Campel.

76 · Paola Rimieri

Tendría que responderle, pero no tengo ganas de hacerlo. Dejo el celular sobre la mesa, junto a mi taza.

Y vuelve a vibrar.

Así que le respondo.

YO:

Ok. Las nenas siguen durmiendo.

¿Qué te parece que podemos hacer hoy?

Miro el celular, para ver qué meresponde y noto que me confundí.

¡Ay, qué mal! ¡Le mandé ese mensaje a Nickie que acababa de decirme buen día!

En el mismo instante, me responde:

NC:

Buen día, Journalist!

YO:

Ok. Las nenas siguen durmiendo.

¿Qué te parece que podemos hacer hoy?

OMG! Tantas ideas vie -

nen a mi mente...

Su respuesta me da risa.

Y no puedo disimularlo.

Tentación y laberinto · 77

jajajaja! Perdón. No era para vos.

Qué triste!

Pensaba que me estabas invitando a verte.

Perdón, me confundí. ¿Seguís de viaje?

Llegué a destino, sí. Lo logré! Ahahaha.

¿Muy complicado el viaje?

Nunca son lindos los viajes en avión.

Pero ya hace un rato que estoy en tierra firme.

¿Dónde estás?

Antes de que pueda contestarme, veo que Jefe levanta la cabeza con una energía que no tuvo en estos días.

Lo veo mirarme alerta, levantarse de su descanso, y salir corriendo hacia la puerta.

Dejo el teléfono en la mesa y miro hacia la entrada; escucho el ruido de la camioneta de Martín que entra en el garaje de casa.

78 · Paola Rimieri

Me acomodo un poco el cabello y levanto rápidamente las hojas de los apuntes esparcido por toda la mesa.

Llevo la taza a la pileta de lavar y veo parado a Martín detrás de mí, con Jefe en sus brazos.

Nos saludamos con la misma frialdad de estos últimos tiempos. Aunque veo algo diferente en su mirada.

Antes de que medien palabras en nuestra conversación, baja al perro y me toma por el hombro.

No me dice nada y me gira, me lleva hacia su cuerpo. Estoy nerviosa y no hago nada más que dejarme llevar. Martín me besa. Yo también quiero besarlo.

Y con pasos cansados, nos conducimos a mi habitación.

Parece otro hombre. Casi no reconozco la manera en que me besa, la manera en que me pasa su mano con fuerza sobre la piel. Hace meses que no tenemos esta clase de relación. Diría que hace años que no tenemos esta clase de sexo.

Jamás fue intempestivo. Siempre, lo primero era la rogativa por la intimidad que me anticipaba lo que quería y lo que vendría.

Está en silencio. Y yo intento hablar, intento decirle, cada vez que puedo, que necesito que me perdone. Pero no me deja. Me aho-ga con sus besos cada vez que comienzo a decirle algo.

Su rostro también parece otro. Su gesto es inusualmente duro y sus labios se marcan por la fuerza que hacen sus dientes, apretándo-los sin indulgencia.

De la misma manera, con esa misma fuerza contenida, lo siento íntimamente.

Actúa como si fuésemos desconocidos, como si el encuentro fue-ra casual. En un punto, me siento estimulada y divertida. Pero, al mismo tiempo, reparo que no es lo que usualmente hacemos.

Tentación y laberinto · 79

Nuestro encuentro es breve pero intenso. Nunca hicimos el amor de esta manera. Hacía años que cada vez que nos cruzábamos en la cama, la pasión era escasa y más que nada, la costumbre de uno por el otro era lo que nos dominaba. Me doy cuenta de que le reprocho la rutina entre nosotros. Sin embargo, no quiero experimentar nada nuevo con él.

Me extraña. Pero no cuestiono nada.

Jamás hubiera esperado que el domingo se desarrollara de esta manera. Casi sin mediar palabras, estuvimos juntos. Ahora, casi sin decirme nada, Martín se levanta y va a darse un baño.

Estoy confundida.

Permanezco en la cama tratando de decodificar el momento completo.

¿Fue una reconciliación?

Me siento y escucho que Martín prepara algo en la cocina mientras habla con el perro.

Me acerco y me pregunta si quiero tomar algo, se está preparando un desayuno, entonces asiento con la cabeza. Me siento junto a él en la mesa y le pregunto cómo le fue en el viaje.

—Lo de siempre, tranquilo —responde.

— Acá igual. Nos divertimos mucho con las nenas. Pensaba, como te dije, que hoy podríamos ir a algún lado juntos.

Martín trae las cosas a la mesa. Lo observo y, sí, tiene algo diferente, pero no me doy cuenta qué es. Y eso me desespera.

—Te noto diferente. No me doy cuenta qué es, pero hay algo raro en vos.

—¿Sí? No sé. No tengo nada nuevo.

Mete la mano en su bolsillo y saca el celular. Lo apoya sobre la mesa y comienza a tomar su café con leche.

Miro el teléfono y recuerdo su estado.

Doy un trago al té y pregunto:

80 · Paola Rimieri

—¿Pusiste un estado en tu teléfono, en el Whatsapp? —¿Qué estado?

—Ah, supuse que ni te habías dado cuenta —y mientras me río, estiro mi mano para alcanzar su teléfono.

Lo tomo, pero la rapidez de la mano de Martín me lo quita antes. ¡Qué extraño!

Frunzo el ceño y lo observo antes de decirle:

—¡Fijate vos, entonces! Te lo quería mostrar.

Su rostro se ilumina con la pantalla del teléfono y la mueca que hace es todavía más notoria.

—Ah, sí. Sí. Es mi mano.

—Sí, es tu mano. Pensé que sacaste sin querer la foto y la subiste. — Sí.

Tomo otro sorbo de té y acabo de descubrir qué es lo extraño que tiene Martín en la cara.

«Valeria... qué inocente», pienso.

— ¿Sí?

—¿Qué preguntás, Valeria? Es mi mano. La ves.

—Sí, es tu mano. ¿Dónde estás ahí?

—¿Me estás haciendo una escena de celos?

—No. ¿Por qué? ¿Por poner tu mano en el estado? —Valeria, no te hagas la celosa.

—Vos sabés, Martín, no soy celosa.

—¿Entonces? Ni sabía que tenía puesta esa foto ahí. —¿Quién la puso?

—¿Cómo quién? No sé.

Prefiero no decirle más nada. Tomo otro sorbo de té y miro hacia delante.

Tentación y laberinto · 81

—Valeria, vos no tenés derecho de reclamarme nada. ¿Te olvidás lo que pasó hace unos meses? ¿Te olvidás?

— ¿A qué te referís? —Trato de ver a dónde quiere llegar, pero obviamente tengo claro qué es lo que quiere decirme.

—¿A qué me refiero? Me engañaste con un tipo, te fuiste a verlo a Estados Unidos. ¡A Estados Unidos! No te importó nada.

—Todo lo que decís tiene cosas que no son como las decís. Todo.

—No me enrosques con las palabras. ¿O me vas a decir que no me engañaste?

—No me fui deliberadamente a ver con nadie. Y es mentira que no me importó, por supuesto que me importó.

—¡Es lo mismo!

— ¡No es lo mismo! Ni bien te vi, no esperé nada y te dije la verdad. Fui sincera con vos. Me dolió lastimarte.

—¿Y de qué me sirvió tu sinceridad, Valeria? ¿Creés que me hiciste menos mal? ¡Me hiciste mierda igual, sinceridad o no!

—Lo siento.

—¿Lo siento? ¿Con tu sinceridad lo sentiste menos?

Bajo la cabeza. No quiero seguir hablando. No quiero levantar la voz. Me levanto de la mesa con la misma sensación de vergüenza con la que llevé adelante, todos estos meses, nuestra pareja.

Antes de irme hacia la habitación, digo algo más:

—Me dijiste que me habías perdonado.

Martín mueve lentamente la cabeza para ambos lados.

—Es muy difícil, Valeria. Yo quisiera, pero me duele mucho. Salgo de ahí y voy hacia mi habitación. Preparo mis cosas y voy

a bañarme. Lleno la bañera con agua tibia y me meto ahí adentro, por un buen rato.

Mi cabeza se llena de pensamientos.

82 · Paola Rimieri

Martín tiene razón en sus planteos. Pero, tal vez, podría haberlo planteado antes.

Me pongo en su lugar. Pienso que quizás no pudo hacerlo. Y vuelvo sobre la mano en la copa de la foto.

Seguramente está con alguien.

Entonces, ¿por qué no me lo dice?

¿Quiere jugar ahora el papel del que engaña? ¿Es una venganza? Trato de relajarme en la bañera, pero no puedo dejar de pensar. Pienso que, además, no me perdonó.

Y pienso que haber sido sincera, sí expió un poco mis culpas. Me sentí liberada. Dejé de llevar el peso de estar mintiendo a una persona que quiero en mis espaldas.

¡Si tan solo pudiera volver el tiempo atrás!

Si tan solo pudiera volver el tiempo atrás, ¿qué haría?

¿Estoy dispuesta a dejar a un lado el romance que viví con Nickie? ¿Estoy dispuesta a dejar a Martín, el hombre con el que hice un proyecto de vida?

Quisiera poder hacer todo. Tenerlos a los dos. Como antes de viajar a Estados Unidos. Todo en

perfecta armonía.

Es imposible.

No puedo tener una parte de cada uno conmigo: he creado a un monstruo. El monstruo de mi sueño. El minotauro oculto en mi laberinto.

¿O el monstruo soy yo?

Sigo en la bañera y pienso que lo peor de haberme dado cuenta de que Martín no me perdonó, es darme cuenta que yo tampoco me perdoné.

Tentación y laberinto · 83

Terminamos de almorzar y les digo a las nenas que se preparen para ir a dar una vuelta.

—¿Podemos llevar a Jefe, ma? —Pregunta Leticia.

—No, no. Tengo miedo de que se escape.

Martín sigue retraído conmigo. No hemos vuelto a hablar desde la mañana.

—¿Va a venir papá con nosotras? —Sigue Leti, con su derrotero de preguntas.

—No sé, preguntale.

Antes de que Leti le pregunte, le dice que no, que debe descansar del viaje.

Las nenas se van a su habitación, a buscar sombreros y sus carte-ritas, a ponerse zapatillas y a peinarse un poco.

Me acerco a Martín y me decido a hablar:

— Yo estaba intentando que funcionara de nuevo. Vos no me perdonaste realmente.

Martín no me dice nada. Me observa con una leve sonrisa en los labios, tal vez para no endurecer más su rostro.

Y antes de que saliéramos de la casa las tres, vuelvo a hablarle.

—Y como consejo, te digo, que la honestidad sí te libera. Sí te hace sentir mejor.

Subo al auto y manejo hasta el parque.

Sentada en un banco, observo a las chicas. Me alivio de pensar que están conmigo.

Y pienso que lo de esta mañana no fue una reconciliación. Fue una despedida.

84 · Paola Rimieri

Un nuevo lunes y yo, cada vez con más ganas de volver a despertar un viernes.

¡Cuándo será el día que no me tenga que levantar a trabajar!

Me preparo mi desayuno “oriental” - debo tomarlo con humor - y me pregunto también, ¿cuándo será el día en que me levante y me tome un café nuevamente?

Es temprano. Mientras desayuno, en el silencio del lunes, miro mi celular y mis cuentas de Instagram y Twitter.

Paso con el dedo sobre la pantalla en Instagram con el acto reflejo de mirar sin leer y ver sin observar, viene a mi mente la foto del esta-do de Martín. ¡Qué estúpido! No puedo dejar de pensar con quién estaba, qué estaba haciendo, quién subió la foto. No estoy celosa. Pero, quiero saberlo.

Tengo muchas notificaciones en Twitter. Antes de hacer lo mis-mo que en Ig, decido abrirlas.

Veó que me arrobaron en varios mensajes y, lo que es peor, pla-gados de respuestas, lo que lleva a muchas más notificaciones en cascada.

¿Qué son esos hashtag?

Leo

#ChallengeNickieChallenge #10days10pics

Diez días, diez fotos...

No termino de entender.

Leo, con algo de profundidad, una placa que explica un poco.

Tentación y laberinto · 85

#ChallengeNickieChallenge #10days10pics

Challenge: 10 days to our “Brave” man Bday.4

A ver si entiendo. Es un desafío, hay que poner diez fotos, duran-te diez días de Nickie. Entonces, una foto por día de Nickie y cada una debe ser parte de lo que manda el desafío. Por ejemplo:

Día 1: foto de su infancia.

Día 2: foto en Vamps in the Highscholl.

Día 3: Candid...

Me pregunto qué es “candid”. Una foto ¿cándida? No entiendo.

Pero no me detengo ahí, porque también solicitan otras fotos: en Storyland; en Warrior glory; en Provenzal love; haciendo deportes; quotes (y sumo esa palabra a mi lista de dudas); en una producción de revista y en el set de Brave.

Enseguida googleo. Warrior glory no la vi. Provenzal love... Ah... ¡Qué belleza! Es *MI* película. Es la película de la Vespa y las calles de algún pueblito de Francia. Siento que lo veo por primera vez, nuevamente. Y me genera todo lo bello que ya me generó en cada oportunidad que lo vi.

Busco qué es “candid” y me da risa. ¡No pueden decirle así a una foto de un famoso en un momento cotidiano de su vida! Es una foto que no tiene producción, no es de fotógrafo y, por lo que entiendo, tampoco es una que se haya sacado alguien para subir deliberadamente a una red social. Es una foto “robada”, para definir de alguna manera.

Miles de ejemplos vienen a mi mente. Por ejemplo, las fotos que nos sacaron en el aeropuerto de Las Vegas esperando para embar-car a San Francisco. O cuando me hizo andar todo el día en bici y

4 | Desafío: 10 días para el cumpleaños de nuestro hombre “Brave” (Brave hace referencia aquí a la última película de Nickie Challenge y el juego de palabras es que Brave significa Valiente en inglés) Y el juego de palabras mayor, es el que entraña el apellido de Nickie y el “desafío” a cumplir.

86 · Paola Rimieri

cruzamos el Golden Gate. También, la hermosa tarde en que nos abrazamos en Sausalito, o cuando cantó para mí, y solo para mí, “Perfect”.

No puedo dejar de pensar en Nickie sin tener un dejo de nos-talgia en mi garganta. La garganta que se aprisiona y hace respirar cansinamente. Respirar con esa dificultad, de cuando uno siente el corazón en la boca.

Trato de seguir sin ponerme a pensar demasiado. Busco en Google “quotes”. Y es ahí cuando más me angustio. O es la acidez que me inunda la boca con su sabor acre espantoso.

“Quotes” son las citas. Se debe citar con alguna frase que sea conocida del actor o alguno de sus personajes.

Millones de frases con el color de su voz me invaden. Recuerdo cada una de sus palabras. Aunque parezca imposible, es así. No pue-do dejar de pensar y recrear en mi mente, las imágenes de nosotros dos juntos en Fisherman’s Wharf. Nickie citando a Heminway, también en Sausalito:

“*Siempre tendremos Sausalito*”, trayendo ese angustiante rezo a nuestra historia trunca. Trunca y triste como la de Casablanca. Ese final definitivo, real. ¡Qué importa si hubo un final alternativo! La realidad de nuestra historia fue que, a pesar de haber sido una bellísima historia de encuentros, su desenlace fue un no.

No.

Sin embargo, no supe, hasta este momento que lo pienso, que tal vez yo hubiera querido un sí.

Me tildo unos segundos con mi té en la mano, y releo desde el principio.

Diez días para el cumpleaños de nuestro hombre.

¡Diez días! ¡Su cumpleaños!

Una cantidad de energía comenzó a recorrerme el cuerpo, como si estuviera tomando mi adorado café.

Tentación y laberinto · 87

Va a ser su cumpleaños. Y no lo había recordado, ni caído en la cuenta, siquiera.

La mañana no me permite detenerme a pensar en Nickie y su cumpleaños, ni el desafío Nickie Challenge.

No puedo quedarme en detalles, pero caigo en la cuenta de algo que me da mucha gracia.

Challenge: desafío.

¡Cómo no reparé en eso antes!

El significado de Challenge es desafío.

¿Es Nickie Challenge un desafío en sí mismo?

Mejor no sigo pensando.

Aceptaré, seguramente, el desafío. El de las fotos, lógicamente. Pero después.

Ahora tengo que ponerme a trabajar.

Llego a casa tras una jornada laboral poco interesante, pero muy estresante.

Estoy cansada.

Y eso que es lunes. Y eso que, este año, por la licencia estuve un buen tiempo sin trabajar.

Abro la puerta y el primero que me recibe es Jefe. Es increíble, pero le estoy tomando algo de afecto. Detrás de Jefe, veo a Martín. Es relativamente temprano, así que estamos solos.

Martín me saluda con cordialidad y sigue leyendo algo. Sigo hasta mi habitación y me cambio.

Desde allá, debo romper el silencio.

—¡Martín! Voy a buscar a las nenas.

—*Bueno* —responde con poca expresión.

88 · Paola Rimieri

Me aburre verlo ahí sentado sin comunicarse conmigo.

Tomo un té, en un obligatorio silencio incómodo. Después, salgo a buscar a cada una de mis hijas.

Entiendo, en ese momento, que deberé acostumbrarme a esta nueva vida.

Subo a mi auto y pongo música.

Más por despecho que por deseo, envío un mensaje a Nickie.

YO:

Estoy triste. Necesito que me

recomiendes una canción de

Coldplay.

Mientras manejo, mi teléfono suena. No puedo atender, supongo que es Nickie.

Y me pone feliz.

Aun cuando quiera pensar en Martín y todas las consecuencias que estos cambios van a traer a mi vida, no lo hago.

Cuando puedo, tomo mi teléfono y confirmo el emisor de la llamada perdida.

Debajo de mi mensaje hay una sola palabra.

NC:

YELLOW.

Tentación y laberinto · 89

Paula Hacha no me cae bien.

Eso no es novedad, a estas alturas.

Sin embargo, debo superar esta reunión de martes aburrido y poco caluroso. ¡Por Dios, es Octubre! ¿Cuándo van a venir los días cálidos?

La escucho dar explicaciones en la reunión de producción de nuestra segunda entrevista. Entre su voz y el aroma de ese café que trae con ella cada mañana, deseo que se termine la charla y que salga ya de mi lugar de trabajo que, por cierto, es cincuenta por ciento suyo.

Mientras estoy ahí, pero preferiría estar en otra parte, pienso que no escuché la canción que me sugirió Nickie. Fue un día extraño. Martín siguió con la misma tónica de ignorarme, de evitarme y de hablarme poco y nada. Las chicas llegaron bastante cansadas y, una vez que terminamos de cenar, la casa quedó desierta. Quise ponerme a leer algo para la cátedra en compañía de Jefe, sin embargo, me ven-ció el sueño. Así que, más temprano que lo usual, me fui a la cama.

Esta mañana revisé mi celular. Otra cosa extraña fue el mensaje escueto de Nickie.

Supongo que iba a decirme algo más que su tajante “Yellow”. Incluso me había llamado.

No creo que se haya molestado porque no lo atendí.

Es extraño porque suele ser extenso en sus conversaciones. Una palabra y ¿nada más?

Terminada la reunión, me retiro al bar de break.

Tentación y laberinto · 91

Antes de entrar allí, Axel me pregunta si me pasa algo. Niego. No me pasa nada.

Sé que debería sentirme peor, pero no me siento así. No estoy feliz.

Pero no estoy triste.

Siento que este momento era inevitable. Y entonces, no me desespero.

Hablando con Laura me escucho a mí misma y, en ese instante, me doy cuenta de lo que estoy viviendo.

—Estamos separados, Laura. No estamos mal. No nos maltrata-mos. Simplemente, creo, que cada

uno deberá pensar que no vamos a estar juntos, como pareja, nunca más.

— Pensé que querías que todo siguiera como antes. Como antes... Digo, como antes de...

—Sí. Está bien; decilo: como antes de Nickie.

— Sí.

— Mirá, qué sé yo cómo estábamos antes. Lo que sé es que sí, yo quise que mejorara. Lo quise forzar también. Ni yo, ni Martín somos los mismos.

—¿Cómo te sentís?

— No sé. Me siento igual que hace un tiempo. No me siento mal. Es raro. Siento que ya está.

— ¿Culpable?

— No —su pregunta me da risa, básicamente porque no sé lo que siento—, para nada. O sí. Un poco.

— ¿Nickie?

—No sé. Tampoco sé qué es de él. Hemos hablado poco, desde que retomamos la charla. No sé.

—¿Qué harías?

92 · Paola Rimieri

—¡No sé!

Me doy cuenta que estoy parada en un agujero negro. Estoy en medio de una incertidumbre enorme.

No sé.

No sé, esa es la respuesta.

Amé a Martín.

Lo amé mucho. O lo amé mal. Pero lo amé.

Era mi esposo. El hombre con el que compartía mi vida.

Y era muy sencillo volver cada día a casa y encontrarlo. Y amarlo. Sentir que me protegía, sentir que había alguien ahí para contarle mis problemas, mis dudas, mis alegrías.

Pero hubo un momento en que, a pesar de que estuviera ahí, no pude verlo más.

No lo veía.

Ni me interesaba verlo, tampoco.

Y supongo que lo mismo le pasó a él.

¿Por qué pasó?

No lo sé.

Como tantas otras cosas que no sé.

Mientras Laura me sigue cuestionando, comienzo a comer el yo-gurt. No siento la usual languidez que me produce cada vez que lo como. Y, de alguna manera, tengo la sensación de que estoy disfrutando de ese sabor.

Vuelvo a mi puesto de trabajo, y como estoy sola, busco en Youtube el video de la canción que me sugirió Nickie.

La escucho sin auriculares y reparo levemente en la letra, porque prefiero disfrutar la melodía.

La escucho varias veces. Y me cambia el estado de ánimo.

Tentación y laberinto · 93

Me siento enérgica.

Aprovecho y me pongo a trabajar. Disfruto leer la información que me pasó Paula del próximo entrevistado.

Me interesa bastante. Es mucho más atractivo entrevistar a un cantante de cuarteto que al gobernador. Su historia de vida me atrae. Estoy interesada. Me gusta sentirme así.

Miro la hora y debo prepararme para grabar el micro. Voy a maquillaje y llevo el material para seguir leyendo. Se me ocurren muchísimas cosas para preguntar. Apunto, al lado de la hoja ideas, y sigo tarareando la canción de Coldplay.

¿Qué poder tiene Nickie para saber qué necesito cada vez que lo necesito?

Me van dejando bella y saco una foto reflejándome al espejo, en la que salimos Albita y yo.

Escribo sobre ella, con el editor de fotos:

#Yellow#Coldplay.

La subo en Instagram y Twitter.

Saludo a Manuel recordándole cuánto extraño nuestra especial relación laboral. Luego, grabamos.

Cuando recupero mi celular, miro enseguida a ver qué impacto en Nickie ha causado mi posteo.

Un corazón.

Solo un me gusta de su parte.

Hay muchos comentarios, la mayoría de desconocidos que no me interesan, ni leeré.

Pero solamente me dio un me gusta. En ambas redes. No hay mensaje privado.

Estoy confundida.

Miro una vez más y una llamada interrumpe mi asombro.

94 · Paola Rimieri

— *¿Vale?*

— ¡Axel!

— *Vale, ¿estás libre ahora mismo?*

— Sí. Acabo de terminar de grabar. No tengo casi nada que hacer. ¿Qué necesitas?

— *Necesito que vengas a mi oficina.*

Corto. Y hacia allá voy.

Cuando me encuentro con Axel, siento un poco de malestar estomacal.

“Yellow” resuena en mi cabeza, y me preocupa.

Pienso, mientras espero que corte el teléfono para comenzar nuestra reunión improvisada, lo que esa canción me recuerda, aquello que me dijo Nickie sobre su relación con la música de Coldplay cuando estuvimos juntos en San Francisco. Merecerda que dijo que eran canciones que lo hacían sentir feliz y triste al mismo tiempo.

La melodía hace eco en mi cabeza y mi piel se estremece. No puedo manejar la angustia que me genera.

Y si Axel no deja ese teléfono y comienza a hablar, no sé qué esperar de mí misma.

—Vale. Gracias por venir enseguida.

— De nada —le digo algo tensa. Quiero pensar en cualquier cosa, para quitar esa desazón que me invade.

—Necesito decirte, antes que nada, que es de tu conocimiento qué pienso de vos como profesional. Ya sabés qué opino de vos.

— Sí —supongo que, como de costumbre, va a ser obsecuente conmigo.

—Nada tiene que ver esta reunión con lo que sé que sos, lo que sé que das...

—Sí. Ya me lo dijiste recién.

Tentación y laberinto · 95

—Bueno, aclarado ese primer punto... —espero que la conversación no vaya de algo personal, porque no estoy de humor para eso, ahora. Mi estado de ánimo cambió por completo de un momento a otro. Siento un nudo en el estómago, y también, uno en la garganta. Y no identifico bien cuál es el motivo.

Axel toma un trago de café. Un café que ya tenía cuando llegué, así que, sospecho que está frío.

Tal vez, mi estado tan extraño actual, tenga un poco que ver con estar frente a Axel, en este momento, sin saber bien para qué.

Baja la taza y me mira. Se incomoda un poco, y eso me incomoda a mí. Juega con su lapicera y espero que, de una vez por todas, largue lo que debe decirme.

—Axel, estoy con algunos pendientes. Te pediría que me digas qué necesitás.

Sé que me estoy poniendo nerviosa.

—Hay algunas cosas, Vale, que no puedo manejar directamente yo. Como vos verás, hay cambios en el canal. Hace tiempo.

Me pongo más nerviosa.

¿Qué tiene que decirme?

Y, entonces, me acerco más, para escuchar lo que continúa diciendo:

— Puntualmente, esta reunión es porque Paula vino a hablar conmigo hace un rato. Me pide que probemos otra persona en la sección de entrevistas.

No sé qué decirle.

Un cosquilleo me recorre el estómago y el nudo que me ataba se desata de repente.

Siento deseos de llorar.

Y no me contengo.

96 · Paola Rimieri

Axel me observa anonadado. Se eyecta de su silla y viene a mi lado.

—No. No. No, Vale. No es para que te pongas así.

Me pasa la palma de la mano por mi espalda. Contrariamente a mejorar mi estado, me siento peor.

Me siento, además, expuesta. Muy expuesta.

—Vale. Tranquila. No te vas a quedar sin trabajo. Es simple-mente una prueba que quiere hacer ella. No pasa nada. Y no es una decisión tomada, tampoco.

Quiero dejar de llorar, pero no puedo. Axel se me pone en frente. Me sigue pasando la mano por la espalda, y me pregunta:

—¿Quieres contarme? No creo que estés así por lo que te acabo de decir.

«No. Yo tampoco lo creo». O, a decir verdad, no lo sé. —Está bien, Axel. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Siempre tan aguerrida y, ahora, llorando desconsoladamente. No sé cómo actuar.

—Bueno, también sucede que a veces, una se cansa.

—Es verdad. Estoy de acuerdo —Axel estira la mano y toma un vaso de agua que tiene cerca de su teclado. Me lo da y doy un par de sorbos. Siento que me ahogo. El agua no me ayudó. Al contrario, quiero llorar cada vez más.

Pero debo parar.

Respiro hondo y trato de calmarme.

Mientras, de a poco, dejo las lágrimas por los sollozos, siento que el nudo en el estómago se me fue completamente. Y la sensación de la garganta, se libera de a poco.

Es extraño.

Respiro una vez más y, a pesar de que me duelen los ojos, me siento un poco mejor.

Tentación y laberinto · 97

Axel sigue junto a mí. Y me alienta a seguir así, como estoy: calmada y sin llanto.

En un punto me avergüenza. Sin embargo, en otras oportunidades, esta exposición de mi fragilidad frente a Axel me hubiera preocupado más.

Vuelve a su asiento y me mira. Pone sus brazos sobre el escritorio y me sigue observando.

Espera algo. Espera que hable.

—Ya estoy mejor.

—Veo que sí.

—Bueno, Axel. Entonces, en esta nueva realidad ¿qué es lo que va a pasar con mi situación laboral?

—Vamos a olvidarnos de eso un rato, Vale. Vamos a dejar de pensar en lo que estábamos hablando. ¿Cómo estás? Ahora, en serio. No respondas de patrón.

—¿Cómo estoy? Ya viste —me da risa, o me río para evadirlo —, ya viste.

—Y a qué se debe esto que vi. ¿Te afectó saber que íbamos a probar a otra persona para las entrevistas?

—Y...en algún punto... Supongo que fue una noticia que no esperaba. Es irónico. Justamente hoy sentí que conectaba un poco con esta entrevista puntual.

—Claro. Justo hoy. Pero a lo mejor, como venías mal... A lo mejor es por eso que Paula pensó que podías ser cambiada.

—Pero, a ver, yo hoy me sentí conectada... De todos modos, Axel, no es que haya estado haciendo mal mi trabajo. Es muy pronto además. Ella se quedó con la sangre en el ojo porque yo pregunté cosas fuera de lo guionado. Digamos la verdad, no tenemos onda con Paula. No la tenemos.

—No creo que sea eso solamente, Vale. Ella es muy profesional.

98 · Paola Rimieri

—No la veo muy profesional.

—No es una discusión que tengamos que tener ahora. Respecto de Paula, creo que ya te di algunos argumentos. La cuestión es, Vale, qué pasa con vos.

—Te soy honesta. El llanto no sé a qué viene. Estoy con algunos cambios en mi vida. Pero no estoy segura de que esos cambios me hayan hecho llorar. Fue compulsivo.

—¿Entonces, sí tuvo que ver con lo que te dije?

— No sé. Creo que no. Bueno, no sé. Porque en realidad, si pienso en que me decís que soy mala para hacer mi trabajo, y me lo quitás... Sí, por supuesto que me pone mal y me dan ganas de llorar.

— Valeria, vos no sos de llorar. En otras oportunidades hemos tenido charlas laborales mucho más fuertes que esta y nunca lloraste.

—No habré tenido ganas. ¡Qué sé yo! ¿A dónde querés ir? —No quiero ir a ningún lado.

—Querés que te diga qué quilombos tengo para limpiar tu cul-pa y sentir que no me puede haber afectado que me querés cagar el trabajo. Vos,... y la Paula esa.

Noto con placer, cómo se transfigura el rostro de Axel. —¡A ver! ¡Vamos por parte!

—¡Vamos por parte, entonces! —Digo en un tono más elevado aun.

Siento, cómo, levemente, a pesar del dolor en los ojos, mis ganas de llorar se van.

—Te digo, primero que nada, que no tengo ganas de saber tus cosas personales —es ahí cuando lo interrumpo.

— ¿No?

— No.

Hace una pausa, esperando seguramente, que no meta otro bocadillo.

Tentación y laberinto · 99

—No, Vale. Pero me parece que no estás bien. Y eso puede ser que influya en tu trabajo, también. Sé quién sos, sé que sos una excelente profesional. Pero evidentemente, no estás bien. Tuviste un año pesado. Lo siguiente que te quiero decir tiene que ver directamente con el anuncio de que probaremos a otra persona en las entrevistas. Supongo que no estuviste cómoda. Ni vos, ni Paula. Vas a seguir trabajando con el micro de redes, tu trabajo de investigación de las redes será el mismo. Y, seguramente, veamos cómo vas.

—¿A qué te referís con que verán cómo voy?

—A eso. Veremos cómo vas. Lo de las entrevistas no es definitivo. Paula tiene una idea, la va a desarrollar, y si no funciona, quedate tranquila que voy a ser el primero en hablar con vos nuevamente.

— Okey.

Me limpio un poco las lágrimas, me refriego los ojos e intento levantarme.

—De todas maneras, Vale, si tenés algo para decirme, estoy acá. Sabés que podés confiar en mí y sabés, que mi función es que la gente que trabaja conmigo se sienta bien.

—Te agradezco.

Me levanto y, una vez en la puerta, antes de salir de la oficina, le pregunto:

— Entonces, ¿qué hago? ¿Sigo con la lectura del material y la investigación sobre el entrevistado?

Axel me mira fijo y me dice que no.

Ese no resuena en mi cabeza.

Me duele la cabeza, es cierto, pero el no cortante que acaba de lanzarme me hace sentir un punzante dolor.

Ese no, frío y determinante. Como el simple me gusta de Nickie. Como su respuesta: Yellow. Como los saludos forzados de Martín. Y esa mano tomando una copa en su estado.

100 · Paola Rimieri

Ese no explayarse más, esos silencios de todos, que tanto me dicen.

«Un silencio es también una respuesta», pienso.

Y quiero llorar nuevamente.

Fue un día pesado.

El agua de la ducha que me recorre el cuerpo, me relaja. Me sana, de alguna manera.

Salgo del baño y en la cocina me encuentro con Martín que está sentado, con el perro en sus piernas.

Nos saludamos y pongo el agua a hervir. —¿Querés tomar algo? —le pregunto. —Dale. Un té, yo también.

Preparo ambos té y me voy hacia la mesa. Le doy el suyo y per-manecemos unos largos segundos en silencio. Incómodos.

En un momento, rompe el silencio.

—¿Estás mejor?

—¿Eh? ¿De qué? Sí. Estoy bien.

—Veo que estás mejor del estómago. Al menos, nunca más tu-viste dolores, ni sangre.

— No. Bueno, si tuviera sangrado me preocuparía mucho. Dolores... —mientras lo digo, me aprieto fuerte la boca del estómago, hablar con Martín ahora me pone nerviosa— Sí, dolores tengo. Constantemente.

—No sabía que tenías dolores. Pero te cuidás mucho.

—Sí, me cuido. En fin...— es extraño tener esta clase de conversación con Martín.

—Tal vez deberías consultar a otro especialista —Martín se levanta de la silla, se toca el bolsillo de su pantalón. El de adelante, el

Tentación y laberinto · 101

de atrás luego. Se aleja un poco de la mesa, Jefe lo mira realizar un movimiento oscilante extraño.

— Martín, escuchá. No te alejes. Hay una charla que tenemos que tener.

Me observa y se toca su cabello. Conozco su gesto, está nervioso. Continúo:

—Martín, quiero hablar con vos.

— Bueno.

Y se acomoda a mi lado nuevamente.

Mi corazón late rápido, estoy yo también nerviosa. Pero sé que debemos hablar.

—Nos debemos una charla, Martín.

—Es verdad.

—Yo te dije, la otra noche, que lo había intentado. Pero vos, vos Martín, no me perdonaste.

—Valeria, no es fácil lo que pedís. ¡No es fácil!

—Ya sé.

— ¡No es fácil! ¿Vos creés que yo me olvidé de algo? ¿Vos creés que no se me hicieron mil películas en la cabeza?

—No, ya sé.

—Bueno. ¡Si ya sabés, cómo creés que es fácil que me olvide! — ¡Te digo que ya sé que no es fácil! ¿Qué más querés que te

diga?

— ¿Vos? Nada. ¿Qué me vas a decir? Acá la cuestión es que no hay vuelta atrás Valeria. Yo cómo puedo estar. ¿Cómo creés que me sentí?

No puedo decirle nada. Jamás había visto a Martín tan alterado. Ni siquiera cuando supo lo de Nickie. Se levanta de nuevo, como para irse, pero regresa. Y me mira unos segundos antes de hablar.

102 · Paola Rimieri

—¿Cómo creés que me sentí, yo acá cuidando a las nenas y vos con un tipo en otro país?

No le respondo. Y el dolor de mi estómago comienza a ser más agudo.

Estoy en silencio y me presiono el estómago, como para evitar que algo de dentro se me escape.

—Valeria, vos no entendés nada, ¿no?

— No.

—No entendés lo que me pasó a mí hace unos meses. ¿No entendés? Yo tenía una vida. Una vida común y sencilla. Y vos te la llevaste cuando te fuiste de viaje con él. ¿Te diste cuenta de eso?

—No.

—Me decís no. ¿Qué me querés decir con esos no? —No te quiero decir nada. Tenés razón en todo. —¡Pero claro que tengo razón! ¡Tengo razón!

—Sí.

—¿Y entonces? ¿Qué charla querés tener?

—No, ninguna. Tenés razón.

—¡Claro que la tengo!

Martín sale de la cocina. Se va a la calle.

Repentinamente, entra. Sigo sentada en la mesa, en la misma posición. Toma la llave del auto y antes de dejar la casa una vez más, me dice:

—Voy a buscar a las nenas.

Me quedo sentada allí, quieta. Inmóvil y silenciosa.

Jefe me observa desde el lugar en que había quedado cuando Martín lo bajó de su falda.

Tentación y laberinto · 103

Es insólito. Mi mente está en blanco. Estoy en silencio, de la boca para afuera y de mi boca para adentro. Casi que no siento ya los latidos fuertes de mi corazón sobre el puño de la mano en el plexo. Y así me quedo, por un espacio de tiempo más.

La puerta se abre y Jefe se desespera de alegría.

Enseguida las chicas me abrazan con fuerza.

¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo pasó desde que Martín salió a buscarlas? ¿Una hora, hora y media? Segundos para mí. Segundos en los que estuve suspendida.

Leti me habla, me pide algo para la escuela. Ambas me dicen cosas, Jefe les ladra, les salta. Y corren. Veo todo en cámara lenta.

Cuando me voy a la cama, me doy cuenta de que tengo sueño. Mucho sueño.

Sin embargo, no puedo dormir. Doy vueltas en la cama y tengo muchos pensamientos en la cabeza.

Martín y yo, estamos separados. Tuvimos una charla frustrante, una más de tantas, pero hay algo que está claro: estamos separados. No solo porque no dormimos juntos, en la misma habitación, hace un tiempo. Estamos realmente separados. Y eso, es porque conocí a Nickie.

Y Nickie y yo, estamos lejos. No hemos hablado como lo hacía-mos antes, hace mucho. Breves y esporádicos contactos, fríos, escue-tos. Estamos lejos. No solo porque él está literalmente lejos de mí, en otro país, en otro hemisferio. Estamos realmente lejos. Y eso, es porque no pude dejar a Martín antes.

Mi trabajo es un desastre. Cuando creo que comienzo a disfru-tarlo nuevamente, me sacan de ese lugar. Es un desastre hace un tiempo, ya. Axel ha sido mi escollo los últimos años. Y ahora... Ahora está Paula. Pero al final, Axel no era tan malo. Ni tampoco lo

104 · Paola Rimieri

fue Manuel, al que actualmente extraño. No extraño a la gente del noticiero. En ese sentido me siento mal, porque a pesar de tantos años de trabajo juntos, no hemos generado una relación de amistad. Excepto con Laura.

Soy una pésima comunicadora. Reconozco que no escucho, ni me interesa comunicar, tampoco. Me doy cuenta de que solo he sido un instrumento de algún plan superior y que ayudé a reproducir inocentemente, como una idiota, ideas, modas, personas...

Tengo un montón de reflexiones que me circulan por la cabeza al mismo tiempo. Y me marean.

¡La culpa de todo la tiene Hacha! ¿Por qué tuvo que venir? ¿Por qué el estúpido de Axel me puso en el punto ciego de tener que estar trabajando con ella?

No veo solución. Me siento encerrada en el medio del laberinto, asfixiada, silenciada...

Tendría que hablar con alguien...

Debería hablar con Laura. Laura me escucha. Yo no la escucho tanto.

Pensándolo bien, tal vez mi relación con Axel y con Manuel me-joró escuchándolos.

No soy buena amiga. Tampoco fui buena esposa. ¿Fui buena con Nickie?

Mi trabajo es un desastre porque no le encuentro sentido. ¿A qué le encuentro sentido?

Sigo dando vueltas en la cama. Estoy desesperada por dormirme pero no puedo. Sé que mañana va a ser un día terrible si no me logro dormir. Hago el esfuerzo.

Tentación y laberinto · 105

Realmente lo que necesitaba era estar con él.

Estar cerca suyo es reconfortante y me llena de energía. Tenerlo, así de cerca, me devuelve las ganas de seguir adelante. Ahora sé lo que realmente necesito y me hace bien.

Siento su perfume. Siempre tan fresco. Es el aroma del amor. Estar juntos, parados frente al mar ha sido una excelente decisión. Las gotitas de agua con sal quedan adheridas a su cabello. El

reflejo del sol las hace luminosas y más grandes de lo que realmente son. Esas minúsculas gotitas en cada hebra de su cabello son como diamantes que irradian su brillo en mi rostro.

Hasta percibo, de fondo, la canción de Rihanna que nos reunió nuevamente:

“You and I, you and I, we’re like diamonds in the sky You’re a shooting star I see, a vision of ecstasy” ⁵

Siento sus brazos alrededor de mi cuerpo. Vuelvo a inhalar su aroma. Estar aquí es la mejor decisión que pude haber tomado.

Cierro los ojos para sentir mejor.

Y los abro nuevamente.

¡Martín!

Su nariz recta roza mis labios. Me aprisiona entre sus brazos. Y quisiera salirme de allí, pero, no puedo.

Quiero volver a donde estaba.

⁵ | “Tú y yo, tú y yo, somos como diamantes en el cielo.

Tú eres una estrella fugaz, lo veo, una visión de extasis.” (traducción de la estrofa de Diamonds – Rihanna)

Tentación y laberinto · 107

Quiero volver a ver el sol en los cabellos claros de Nickie. Me quiero zafar, pero no lo hago. Y Martín me besa. Respiro hondo y me incorporo con velocidad en la cama. ¡Fue un sueño!

Me paso la mano por la base de mi cuello y siento la transpiración en mi piel.

Dormí poco, dormí mal y tengo calor.

Me levanto de la cama y decido darme una ducha.

Extrañaba las mañanas más iluminadas promediando primavera.

Mientras me ducho, cada gota que veo caer sobre mi hombro, me hace pensar en mi sueño. Las gotitas en el cabello de Nickie eran como lupas, iluminadas y luminosas. Me sentía bien ahí. Viéndolo. Casi hasta sintiendo la suavidad de su cabello, el aroma de su piel.

Las cosas en el canal están raras. Apenas llegué, le pregunté a Axel si seguiría en mi mismo puesto de trabajo. También pregunté por mi horario, ya que si es que no haría más entrevistas, podría irme más temprano. Me dijo que sí a lo de la oficina. A lo del horario, me respondió “*veremos*”.

Prácticamente, no hice nada en toda la mañana.

Estuve produciendo para el micro tecno, y después me junté con Manuel en el pasillo.

Le comenté lo que sucedió conmigo. No se expresó sorprendido. Ni dijo demasiado. Me miró y levantó las cejas.

Antes de ir a grabar el micro, me reúno con Laura a tomar nuestro descanso.

Como mi yogur y escucho lo que está relatándome.

— Puntualmente, lo que quisiera es poder ir ahí este fin de semana.

—¿Estás segura, totalmente segura, de que él va a ir?

108 · Paola Rimieri

—Va todos los viernes. Sabemos que Axel es metódico. Así que, seguramente vaya. De todos modos, si no va, habré pasado un buen rato yo también. Hace rato que no salgo.

—¡Puf! ¡Y yo!

—¿Vamos?

—¿Me preguntás si voy con vos? ¡No! ¡Ni loca!

—¿Por qué? ¡Mala onda!

— No es mala onda. No salgo jamás. No estoy en el tema, ni quiero. Y además, es una movida. ¿Qué hago con las nenas?

—Se quedan con el padre. Es un rato.

—Es que... Hablando de eso. Hay algo que tengo que contarte. —¿Qué? —Me pregunta

apresuradamente Laura.

—Te voy a contar. Bueno... Estoy separada.

—¿Qué? —Ahora eleva mucho más el nivel de agudo en su voz cuando pregunta.

No respondo inmediatamente. Y, entonces, Laura se me acerca más.

—Te lo dije. Estoy separada.

—Estaban mal —afirma y lo afirma también con su gesto, mueve la cabeza en señal de un sí, rotundo, casi dándomelo a saber a mí.

—Sí, ya lo sé. Lo sé. Pero ahora estamos separados. —¿Por Nickie?

—No —me apresuro.

—¿Qué pasó?

—A lo mejor, sí. Sí. Es por Nickie.

—A ver, no entiendo. —No, yo tampoco. —Valeria, ¿estás bien? —No. No estoy bien.

Tentación y laberinto · 109

—Me doy cuenta. A ver, a ver... explícate mejor.

—¿Qué quieres que te explique? Con esa información que te di, es suficiente. Estoy separada. ¿Es por Nickie? Sí...No... No sé.

—Pero, ¿con Nickie, qué onda?

—Nickie es... Es hermoso —comienzo a reír.

—No, si veo que no estás bien.

—Estoy... Me siento rara. Me siento muy triste. Me dan ganas de llorar a cada rato. Pero, también, siento que esto es lo que debí hacer hace mucho tiempo. Le di la oportunidad a Martín para que me dijera lo que pensaba. No había pasado eso, sabés.

— ¿Cómo?

— No habíamos tenido una buena charla. No es que la haya-mos tenido, sinceramente, pero quiero decir, Martín quedó en pau-sa cuando le dije que yo le había sido infiel. No tuvo el tiempo de procesarlo. Encima, después me internaron, me curé, volvimos a la vida normal... No le permití enojarse conmigo, ni odiarme, ni perdonarme después.

—¿Y eso te pone bien?

— Me pone rara. Me da la posibilidad de quedarme tranquila por él. Saber que él entendió lo que pasó. Y, mirá lo que te voy a decir, es incluso algo que en este momento se me está ocurriendo, no es que me haya separado por Nickie. Ni que lo de Nickie fuera la causa de... Siento que recién ahora, en este preciso momento cuando te lo digo, me doy cuenta que lo de Nickie fue después de haber dejado de querer a Martín como hombre.

—¿Martín se fue?

— No. No se fue. Eso es parte de otra charla que tenemos que tener.

—¿Y Nickie? ¿Qué te dijo?

110 · Paola Rimieri

—No, no hablé con él. No.

Después de un silencio prolongado, vuelvo a decir algo:

— Y, para rematar mi semana, me sacaron de las entrevistas. ¿Sabías?

—Sí. Sabía.

—¿No me ibas a preguntar?

—No sabía cómo. ¿Eso te pone mal?

—No. O sí. Otra cosa que no pensé bien todavía.

Vuelvo a casa bastante llena de interrogantes. Sin embargo, tengo una especie de tranquilidad que me apacigua. Y hacía mucho tiempo que no sentía eso.

Terminada la cena, ayudo a Paloma con un trabajito que debe llevar al jardín. Me encanta compartir con ella estos momentos, llevarnos de pegamento los dedos y enchastrar la mesita donde adoro poner los pies para ver mis series.

Leticia es quien nos pone un poco de orden en el desastre que hacemos. Paloma está feliz. Está haciendo arte y, eso, la ilumina. Y como la ilumina a ella, me ilumina a mí.

Martín no llegó a cenar. Nos avisó que tenía compromisos. Creo que eso le hace bien y, de alguna manera, como me sucede con Paloma, me hace bien a mí.

Una vez que limpiamos la mesita, nos ponemos las tres, cómplices, con los pies sobre ella y una taza con helado cada una.

Paloma queda rendida en el sillón, con su cabecita apoyada sobre mis piernas. Leticia me dice que está muy cansada y es ahí cuando las llevo a ambas a su habitación.

Jefe ya está esperándolas entre cama y cama.

Beso a Leticia y me preparo para irme a mi habitación. Martín todavía no llegó.

Tentación y laberinto · III

Me recuesto, pero no tengo demasiadas ganas de dormir.

Me siento en la cama, sin dejar de ver la tele, y tomo el celular entre mis manos.

Empiezo a escribir:

Estaba triste. Ahora, no sé cómo estoy. Tengo cosas que contarte. Cuando puedas, y si querés, hablamos.

Cierro los ojos.

Quisiera poder ver a Nickie. Al menos en mi cabeza.

Apoyo el celular en la mesa de luz y trato de concentrarme en lo que veo. O, al menos, dormirme.

Y de repente percibo cómo se abre la puerta de mi habitación.

Entorno un poco los ojos, quiero hacerme la dormida para que Martín no comience ninguna conversación. Aunque soy consciente de que últimamente, él me habla menos de lo que le hablo yo.

Cierro, definitivamente, los ojos y trato de dormir.

Pero lo veo allí. Y lo veo bello. Había olvidado qué belleza me atraía de Martín. Los cabellos negros lacios un poco desparramados sobre su frente, brillantes, porque están mojados. Y sus ojos. Esos ojos negros profundos, sin maldad, sin doble intención. Conserva todavía la mirada de la primera vez que lo vi, cuando éramos jóvenes, muy jóvenes. Martín se me acerca y, yo, sigo inmóvil. Estoy frente a él en ese lugar oscuro. Miro a mi alrededor, pero no encuentro espacios por dónde moverme. Miro hacia atrás, a modo de juego, espero poder escapar, para que me persiga.

112 · Paola Rimieri

Y cuando vuelvo mi mirada sobre él, ya nada es igual. No es el mismo.

Sé que es él, pero en su rostro desdibujado se transforma ahora el rostro de Nickie.

Su sonrisa me calma.

Y sus ojos, hermosamente celestes. Celestes como el abismo. Abismo de cielo que me marea. Miro al cielo, y ahora es de noche. Sigue siendo de noche, cerrada y oscura.

Vuelvo a mirar a Nickie y me encuentro encerrada. Hay un mon-tón de piedras aplastándome a mi alrededor.

No puedo respirar. Me desespero. Quiero girtar.

Y grito.

Grito.

Abro los ojos. Es Martín quien abre la puerta apresuradamente y prende la luz.

—¿Estás bien?

—Se ve que estaba soñando. ¿Recién llegás?

Martín se mira la ropa, todavía sigue vestido como cuando se fue. —Hace un rato. Estaba tomando algo. ¿Querés tomar algo?

— No, está bien. Gracias. Trataré de seguir durmiendo. ¿Qué hora es?

—Las tres, más o menos.

Cuando deja la habitación y recobro la respiración, calmada, tomo mi celular. Quiero ver si Nickie respondió a mi mensaje.

Estiro el brazo y lo tomo en mis manos. Tengo notificaciones, posiblemente, haya una respuesta.

Leo:

NC:

Buenas Noches, Hon!

Tentación y laberinto · 113

Es triste saberlo, para mí. Cuando quieras, puedes llamarme.

Yo no sé cuándo podré

hacerlo.

No quiero interferir cuan-

do te llamo.

Yo también algunas ve - ces estoy triste. Espero que hablemos pronto.

Me abruma un poco ese mensaje.

No me doy cuenta si es una cuestión idiomática, su mala expresión en español o si es un mensaje frío.

Deberé esperar. No sé dónde estará y qué hora será allí, ni sé si estará despierto donde sea que esté.

Voy a llamarlo mañana.

Ahora cerraré los ojos esperando no volver a caer en estos sueños inquietantes. Y poder dormir, otra vez.

Me levanto a desayunar y dar gracias porque es viernes. En la cocina, Jefe es mi única compañía.

Disfruto este momento. Preparo mi desayuno sin esas cosas que adoro, como por ejemplo, en primer lugar, café.

Mientras tomo el té con las tostadas y el queso sin sabor, miro el celular.

Recuerdo que Nickie me respondió y lo leí anoche. O esta ma-drugada, para ser específica.

Así que decido mandarle un mensaje.

114 · Paola Rimieri

YO:

Cuando quieras, podés

llamarme.

Preparo otra tostada, y mi celular vibra.

NC:

Buen Día, hon!

En este momento no puedo
llamada.

Lo hago en un par de
horas.

Me devuelve el alma al cuerpo que me haya respondido tan rápido. Como antes. Aun cuando no me haya llamado, pero el haber leído su mensaje me devuelve la ilusión como cada vez que nos comunicábamos, cuando todavía no había desatado la tempestad sobre mí.

Dejo mi casa, y llego al canal.

Recuerdo que las cosas, ahí, tampoco están como antes. Otro frente de tormenta.

Me acomodo en mi escritorio y me pongo a revisar las redes. Con papel y lápiz, escribo la línea de las cosas sobre las que hablaría en la cápsula de hoy. Y mientras lo hago, recibo un mensaje de la red interna de Axel que nos da un horario para grabar el micro Tecno, mucho más temprano que lo habitual.

Mientras estoy trabajando, Paula llega y me saluda con pocas ganas.

Yo tampoco tengo ganas de saludarla más animadamente.

Tentación y laberinto · 115

Pienso a quién pondrán en mi lugar. Y por qué se habrá hecho el cambio.

Repentinamente, suena mi celular. N.C en la pantalla. Y atiendo. —*Hi, hon! ¿Cuál es el problema?*

Escuchar su voz, moviliza todo en mí. Me pongo de pie, mientras lo saludo, y salgo de la oficina. Mientras hablo, me dirijo hacia el estacionamiento del canal. Sin embargo, algo en su tono diciendo “¿cuál es el problema?”, me extraña.

—¿Cómo cuál es el problema? Y... ¿Cómo estás?

—*Estoy bien. Estoy preparándome para una gala. Por la noche.* —Ah, qué lindo. ¿Dónde estás?

—*Estoy en Los Ángeles. ¡Mismo continente, hon!*

Me río. Es lejísimo. Pero lo siento cerca. —Sí, mismo continente. Ya es algo, ¿no? —*Y, ¿qué sucede? ¿Por qué estás triste, hon?* —Estoy bastante complicada, sinceramente. —*Sorry... ¿Salud?*

—No, no. No es por salud.

—*Ok, estás bien entonces de tu estómago.*

—Diría que sí.

—*¿Qué es “diría que sí”?*

—No, no es nada. Estoy bien, Nickie.

—*¿Te estás incomodando? ¿Qué sucede?*

—Estoy con algunas cosas en el trabajo. Y con Martín. — *Again...*

Nickie hace un silencio y, luego, continúa:

—*¿Qué problema, entonces?*

— Con respecto al trabajo... me quitaron el programa de entrevistas.

116 · Paola Rimieri

—*¿Eso te incomoda, hon?*

— Sí.

—*Ok. No sé, podríamos hablarlo más profundamente. Y...* —Y de Martín... Nos separamos.

Nuevamente el silencio.

—*¿Y eso te incomoda?*

—Por supuesto que me incomoda.

Nickie no dice nada. Me obliga a seguir hablando.

—Estuve mucho tiempo junto a él. Tenemos dos hijas. También, me siento culpable, Nickie.

— *Bueno...*

— Me siento responsable por lo que sucede. Todavía no hablamos con las nenas. Ni siquiera se fue de casa.

—*No sé qué decirte.*

—Quería contarte. Quería que supieras que, además de sentir-me culpable por esto, me siento

culpable porque en el día, además de mis mil ocupaciones y problemas domésticos, pienso en vos.

—*¡Bueno! Al fin algo que me gusta escuchar, hon.*

—Perdón si siempre te cuento cosas que no te interesan. —*Wow, wow, wow... No es eso lo que estoy diciendo, honey.* Me río porque no sé cómo seguir la conversación.

—*Escucha, Val... Ahora no puedo seguir hablándote. Pero más tarde te envío mensaje y, si podemos, continuamos.*

— Bueno.

—*Del trabajo... todo sucede para que venga algo mejor .* —Sí, seguramente.

—*Y de tu relación con tu esposo. Eso es algo que solo ustedes saben. Saben por qué no o por qué si. Stay tunned, bye.*

Tentación y laberinto · 117

Corto el teléfono, y googleo lo que me dijo: “stay tunned”.

Creo haber entendido, pero debo tener la certeza y lo que dice la traducción literal es “continúa conectada”.

Quiero seguir conectada con él.

Mientras grabo el micro, pienso en Nickie. Estaba animado. Su voz siempre me levanta el ánimo. Siempre me hace feliz.

Pienso, además, qué egoísta soy. Solo pienso en mí. Hace esca-samente días, que Martín y yo nos separamos y estoy con la cabeza puesta en la voz de Nickie.

Pero es más fuerte que yo.

Trato de poner la mente en otro lado. Sin embargo, resuenan sus palabras: “Stay tunned”, escucho y vuelvo a escuchar.

Y su voz, cuando habla en inglés, me transporta. Me hace sentir muchas más cosas que la que deseo estar sintiendo, racionalmente.

118 · Paola Rimieri

Me parece una locura estar preparándome para salir. Martín y las nenas se fueron a cenar.

Y yo me maquillo frente al espejo, con Jefe a mi lado, observándome.

Laura me pasará a buscar en un rato. Pero quiero quedarme lista, antes de que me dé sueño.

Repito, me parece una locura salir con Laura a un bar. Y lo es.

Termino de maquillarme y me arreglo un poco el cabello. Le paso la planchita solamente a algunos mechones de adelante y, al azar, elijo algunos de atrás.

Estoy lista.

Y todavía falta mucho para que Laura llegue por mí.

Me siento en el sillón y me pongo a buscar algo para ver en la tele.

Quiero enviarle un mensaje a Nickie.

Tomo el celular y me posiciono en su chat. Me saco una selfie y se la envío.

Instantáneamente, meruborizo. Quisiera ser una adolescente para que estas situaciones me resulten habituales y no me avergüencen.

Pasan unos minutos y recibo un emoji. Carita con corazones. Esperaba algo más.

De todos modos, me pone contenta.

Siguen pasando los minutos y decido enviarle un mensaje a Laura diciéndole que estoy lista.

Tentación y laberinto · 119

Una vez en el pub, me siento más ridícula que mientras me maquillaba.

Todo es diferente para mí, ahora, respecto a los tiempos en que salía.

Pido algo para tomar y recuerdo las salidas con Martín. Las primeras, cuando éramos novios y, las posteriores, cuando ya estábamos casados. Y enamorados.

Y viene a mi memoria la salida al bar con Nickie. Su voz profunda resuena en mí. Cada palabra que cantó, cada sonido penetrante en mis oídos y en mi corazón.

“Perfect”.

Y sí, lo fue.

Miro mi celular una vez más. No tengo ningún mensaje de Nickie. Sigue allí la cara con corazones.

Pensaba que, al menos, enviara una foto suya.

Tenía una gala.

Seguramente está hermoso. Lo imagino y hasta casi percibo su aroma fresco y masculino. Su cabello siempre sedoso y brillante en la frente. Y sus ojos, profundos y azules. Más azules todavía con su camisa blanca, impecable.

Vuelvo sobre su usuario sin foto de perfil.

Me aburro un poco escuchando a Laura hablar de Axel, que todavía no aparece en este paraíso suyo donde, dice ella, habitualmente pasa los viernes por la noche.

No obstante, el trago es estimulante, rico, diría. Y a pesar de aburrirme un poco porque, sinceramente, no tengo ningún incentivo para estar aquí, me gusta estar con Laura pasando el rato.

La observo, ansiosa y alegre al mismo tiempo. Inquieta. Y me recuerda a mí misma, tantos años atrás cuando salía “de cacería”.

120 · Paola Rimieri

Se percibe ese ambiente sobrevolando el espacio. La caza se abre en este coto.

Repentinamente, se pone torpe. Se mueve bruscamente, me clava la mirada y alza las cejas. Axel está en el lugar.

Laura me insinúa con sus gestos que sea yo quien lo mire, por ella.

Estiro un poco mi cuello y lo diviso.

Y no puedo creer lo que veo.

Miro a Laura y quiero explicarle con mi rostro. Pero no me entiende. Inquisidora, me fuerza con sus gestos a que le dé respuestas. No sé cómo decirle.

Ahora yo soy la que se inquieta y se vuelve torpe. Golpeo con mi rodilla la mesa alta en la que estamos y casi vuelco ambos vasos allí apoyados.

Los pocos minutos que guardo el secreto de Axel se terminan porque Laura, que ya no puede esperar a que yo hable, se gira sobre ella y mira hacia donde se ubicó nuestro jefe.

Y, rápidamente, vuelve su mirada hacia mí con los ojos empañados.

—¿Con “el hacha”? —Pregunta ofendida.

— No puedo creer que esté con esa harpía. Ahora me cierran muchas cosas.

Laura no dice nada, solo se encoje de hombros.

Siento que debo decirle algo que le cambie el ánimo.

—De todos modos, pueden ser amigos. No necesariamente es-tán acá porque salen...

—Sí, es cierto —dice mirando hacia abajo.

Y me pide:

—Míralos. Fíjate qué hacen.

Tentación y laberinto · 121

Nuevamente me estiro. Y los observo. No sabría qué decirle a Laura. No son demostrativos. Sin embargo, sea que estén en una relación más que amistosa, o no, hay cierta intimidad entre ellos dos que me molesta.

Y me exaspera.

Pero no se lo quiero demostrar a Laura.

Veo en ella un cambio de predisposición evidente. Supongo que ya no quiere quedarse en este lugar. No me lo dice, pero lo intuyo.

Laura se levanta y me dice que va al baño. Le digo que la acompañe, pero no quiere. Al contrario, prefiere que me quede observando a Axel y a Hacha.

Y es lo que trato de hacer con sigilo.

Los miro, pero para disimular, tomo mi celular en las manos. Reviso los mensajes de Whatsapp y no tengo novedades. De

nadie.

Entro a Instagram.

Me aparece el circulito rojo rodeando la foto de perfil de Nickie que indica que acaba de subir una historia. Es extraño, porque no lo hace casi nunca. O nunca.

Abro la historia y me sorprendo.

Una mano toca mi hombro. Me inquieto, lanzo el celular sobre la mesa, y levanto la cabeza.

— ¡Vale!

—¡Axel! ¡Hola! Me asustaste, como solés hacer.

Ambos reímos. Yo más incómoda que él.

—¿Estás sola?

—No, no...

Axel me corta y sigue,

—No hace falta que me digas con quién estás. Me llamó la atención verte, sentada sola, acá.

122 · Paola Rimieri

—No. Es que no estoy sola. Estoy con Laura.

—Ah. Me alegro que hayas salido.

—Sí, ideas de Laura. ¿Vos? ¿Estás solo?

—No. Tampoco. Justamente estoy con Paula.

— ¿Paula?

Disimular, Valeria, disimular...

—Paula Hacha.

—¡Ah —mostrar mayor sorpresa...—, Paula! ¡Esa Paula!

— Si no les molesta y quieren, pueden venir a sentarse con nosotros.

— No tengo problemas, Axel. Ya cuando regrese Laura, no sé qué fue a hacer por ahí. No sé si estaba hablando con alguien — siento que estoy diciendo pavadas— porque ella viene siempre acá. Conoce a todos.

—Ah, yo también soy habitué.

No puedo creer que haya dicho esa palabra. Atrasó veinte años. —¡Mirá vos! Bueno...

Axel saca su mano de mi hombro y me palmea. Recuerdo cuánto me desagradan esas actitudes. Y antes de seguir su paso a donde va, creo que hacia el baño, me observa fijo y me dice:

—¿Ya lo saludaste?

—¿A quién?

Axel lanza una risotada. Esas que desencajan y que tan mal le quedan. Hace un gesto extraño y se va.

No entendí el por qué de su risa.

Aprovecho que se fue y tomo nuevamente mi celular. En eso estaba antes de que llegara el pesado.

Miro el estado de Nickie.

Tentación y laberinto · 123

Regreso al punto en que me sorprendí de verlo tan bello. Tan alto. Traje gris oscuro muy entallado y camisa blanca. Blanca y brillante. Ese blanco en su torso que resalta sus ojos y el cabello rubio, más que rubio.

Y lo recuerdo tan impresionantemente que, una vez más, viene a mi nariz el aroma de su perfume e imagino la textura de su camisa entre mis dedos.

Pienso qué estará haciendo allí. ¿En qué gala será que está? Cuando llega Laura, es evidente que está inquieta.

Trata de disimular, pero su gesto me dice que preste atención. Abre grande sus ojos antes de hablar.

Entre la música y el bullicio me cuesta entenderle, porque no me habla con mucho volumen.

—Vi a Axel.

—¿Qué?

—¡Vi a Axel!

—Ah. Sí, yo también. Me dijo que nos sentáramos con ellos. —A mí también.

—¿Entonces?

—Yo digo que sí.

—¿Que sí?

—¡Sí!

Tomo mi celular y mi trago, descuelgo mi campera de la silla alta y sigo a mi amiga que cambió su rostro.

Voy reflexionando mientras caminamos los escasos metros entre las mesas que, si Axel nos invitó a sentarnos con ellos, no debe estar en plan romántico con la Hacha.

Y, también, que no hubiera querido terminar mi semana tomando algo con ella.

124 · Paola Rimieri

Pasados unos minutos en la mesa, los escucho hablar y me aburro. Lo hago por Laura, que está exultante. Habla y habla con Axel. ¿Paula? Nada. A mí, me ignora. Y a Laura, más o menos.

Tomo nuevamente mi celular y voy a Instagram de nuevo. Quiero ver una vez más la imagen de Nickie.

Y subió otra historia.

¡Cumpleaños!

¡Por Dios, qué mal me siento!

Me olvidé por completo de su cumpleaños.

Miro el reloj, y por el cambio de hora, hace unos minutos que es su cumpleaños.

En la nueva historia está saludando a alguien. Una mujer.

Tiene puesta una etiqueta en la foto que dice “**My BDay**” y es por eso que me doy cuenta que es su cumpleaños.

«¡Me quiero morir!»

¿Qué hago?

Abro rápidamente su usuario de Whatsapp y le mando un texto:

YO:

¡Feliz cumpleaños! ¿Puedo llamarte?

Una sola tilde junto al mensaje.

Se ve que no lo recibe.

Abro Twitter y me encuentro con una cantidad obscena de tweets con el **#HappyBDayNickieChallenge**.

Saludos. Videos. Fotos.

Las fanáticas están en llamas.

Y yo, siempre la misma estúpida...

Reparo en la mujer. Bella. Joven.

Tentación y laberinto · 125

Amplío la imagen y analizo cómo se miran

Se ven directamente a los ojos, y sus ojos brillan.

Se lo ve feliz. Irradia luz, su camisa blanca a su rostro. ¿O es la felicidad?

Y ella.

Ella es muy hermosa. Su mano delicada está apoyada sobre su hombro. Y la mano de él – todavía tengo impregnada su mano delicada en mi espalda – apoyada en la cintura de la chica.

Tengo una sensación de desilusión tan fea que me siento fatal. Me duele la nuca de la presión que hago para sostener mi cabeza en su lugar. Repentinamente siento frío y sueño. Y estoy enojada. Esa es la verdad. Me enoja lo que sucede.

Quisiera llamarlo ya y, antes de saludarlo por su cumpleaños, decirle que por su culpa arruiné mi vida.

Y que estoy sola.

Y que no quiero que disfrute con otra mujer que no sea yo. Es tan ridículo lo que pienso como seguir en este lugar. Estoy incómoda. Pero no puedo irme.

Me siento como Laura hace unos segundos. Me abstraigo y solo pienso en Nickie. ¡Cómo me voy a olvidar de su cumpleaños!

Repentinamente escucho la voz de Axel que dice mi nombre... —... Vale.

—¿Perdón? No te escuché.

—Te decía, qué bueno que estés acá y que si al final ya saludaste. Ahora entiendo lo que me había dicho antes. Siempre

inmiscuyéndose.

—Sí, Axel. ¿Y vos? ¿Ya saludaste?

—Sí, sí, claro. —¡Qué relación! — ¿Cómo?

—¡Qué relación de amistad tienen ustedes! Eso digo —no escondo mi desprecio a Axel con mis gestos cuando termino de decirlo. —Ay, Vale... La verdad es que sí. Me cae muy bien el hombre.
—Claro. Como para que no.

—Es realmente agradable.

—Me vas a hacer poner celosa, Axel.

Siguen charlando. Laura está exudando todo su encanto. Y me alegro por ella, pero yo preferiría irme.

Entre la compañía y haberlo visto a Nickie disfrutando de su cumpleaños, el que me olvidé, no me siento cómoda.

Espero unos minutos y le hago una seña a Laura.

Y espero unos minutos más...

Vuelvo a agarrar el celular y descubro que Nickie vio mi mensaje. Pero no me respondió.

Tan diferente al Nickie de antes. Instantáneamente devolvía mis mensajes, me llamaba en cualquier momento y a cualquier hora.

Es verdad que yo le pedí que dejara de hacerlo. Pero, cuando tuvo que hacerlo, no lo hizo.

Está cambiado.

No somos los mismos. Ninguno de nosotros.

Guardo mi celular en mi bolsillo y me levanto. El resto de mis compañeros de mesa hablan entusiastamente.

Me pongo la camperita y me acerco a sus tres cabezas, allí conversando.

—No es que quiera dejarlos, pero necesito volver a casa.

Tentación y laberinto · 127

—¿Ya? —pregunta Paula como si le importara.

— Sí, me tengo que ir. Laura, no te preocupes por mí, vos quedate.

Laura no sabe qué hacer. Axel se levanta y se sienta un par de veces. Todas ellas, trata de convencerme de que me quede.

Se me acerca al oído, impertinente como es usual, y remata: —Te necesita. Y vos a él.

Lo miro extrañada. Posiblemente, yo sí necesité de Nickie. Pero él. ¿Qué necesita Nickie Challenge lleno de cosas bellas a su alrededor, especialmente él?

Está claro que ya no me necesita.

—Gracias, Axel. Es cierto. Yo sí lo necesito.

Mis ojos se vuelven a llenar de lágrimas. Axel me da un beso en la mejilla, también impertinentemente.

Y me voy.

Llego a casa y trato de no hacer ruido. Es en vano. Está desierta. Solo el bostezo agudo de Jefe me espera.

Tiro las llaves en la mesa del comedor y me siento en el sillón. Prendo la tele y busco algo para ver.

Pasan unos minutos de búsqueda estéril y me levanto a preparar un té.

Pongo el agua a hervir y me preparo la taza con el saquito de té.

Noto que ya no hace frío. Estoy en mangas de camisa y estoy bien. Apago la pava y pongo el agua en la taza.

«¡Me voy a hacer un café, qué va!»). No va a matarme una inocente taza de café.

Tal vez, si además le pongo crema, suavice un poco la caída en mi esófago, en mi estómago o en mi alma.

128 · Paola Rimieri

Disfruto ese café de una manera especial.

Saboreo el gusto en mi boca y trato de aletargar un poco ese pla-cer antes de tragarlo.

Tomo aire profundamente, patentizando el sabor en mi paladar. — Adoro el café, Jefe —le digo al perro que me mira con ojos

de sueño.

Sigo haciendo zapping, pero no encuentro nada.

Y, repentinamente, un sonido en mi celular me hace vibrar. Es un mensaje de Nickie.

NC:

Honey! No había visto el

teléfono antes. Claro que puedes llamarme. Pensaba que ya te habías olvidado de mi cumpleaños.

Tomo aire y me alegro. Y también me siento muy mala gente por haberme olvidado realmente de su cumpleaños.

Tomo el teléfono en mis manos y lo llamo.

—*Hola Val.*

—Hola. Feliz cumpleaños —creo que podría ser más efusiva. No obstante, me siento confundida en cómo tratarlo, porque tampoco él es tan efusivo como siempre. Su voz se oye lejana cuando habla:

— *Gracias.*

—¿Cómo estás empezando tu cumpleaños? Vi algunas fotos de tu historia.

—*Claro. Muy bien, ahora estoy en mi casa. Quisiera descansar.*

Tentación y laberinto · 129

—Ah. ¿Estás en Londres?

—*No, no. Los Ángeles.*

—Cierto. Es que no sabía que tenías casa ahí.

—*Es que ahora debo tenerla, porque estoy con mucha promoción por esto de Brave, sabes.*

—Ah, es verdad.

—*Empezamos con la promoción, en un par de meses creo que se estrena. Y ya pronto comenzamos con la secuela.*

— ¡Bien!

—*Tu voz... Está rara, hon.*

—La tuya también.

—*Posiblemente esté un poco pasado de copas y cansado.* —Yo estoy cansada. Salimos con Laura.

—*¿Laura? No recuerdo, sorry.*

—Mi compañera de trabajo, la viste una vez en chat. Bueno, ella me quiso llevar para que me despejara. Está enamorada de Axel. —*Oh my God!*

—¿Qué pasa?

—*¡Axel! Recordé.*

—Bueno, nos encontramos con él. Me dijo que ustedes tienen muy buena relación.

—*¿Ustedes?* —lo dice haciendo un extraño sonido en ambas “s”— *¿Quiénes?*

—Vos y él.

—*No comprendo mucho. Pero tengo que decirte que estoy algo aton-tado ahora mismo.*

—¿Mucho alcohol?

Lo escucho reír y me devuelve el alma. Sin embargo, como ya lo

130 · Paola Rimieri

viene demostrando, siento que no es el mismo Nickie ni es la misma risa.

—*Val, tengo que decirte, ahora, hasta mañana.*

—Bueno. Me hubiera gustado charlar más, pero... —*A mí también. Pero, sinceramente, no puedo más hoy.*

—Sí, por supuesto. No te preocupes. Hasta mañana, Nickie. —*Hay cosas por hablar, pero no tengo cabeza en este momento. Lo*

siento.

—Está bien. Buenas noches.

—*Good night.*

Cuando corto y bajo el aparato hasta la mesita del teléfono, tengo una sensación extraña. Jamás hemos hablado tan fríamente.

Tenemos muchas cosas por hablar, es cierto. Quién sabe si alguna vez podemos hacerlo.

Me recuesto en el sillón, me acurruco y me tiro la camperita sobre las piernas.

La soledad en la casa es enorme y no me da ganas de irme a la cama. Al menos allí, me siento acompañada por el televisor y por Jefe.

Tentación y laberinto · 131

El teléfono me despierta. ¿Qué hora es? ¿Las nueve, las diez? Me incorporo, aún dormida y tomo el celular.

Es Martín.

—*Voy a llevar a las chicas a pasear. Todo el día.*

— Bueno.

—*Bueno, que sigas bien, Valeria.*

Se hace un silencio. Antes de que corte quiero decirle algo más. —¡Martín! ¡Esperá!

— *Si...*

—¿A dónde van? ¿A qué hora vuelven?

—*No sé. Supongo que alrededor de las nueve te las llevo.*

—Bueno... ¡Martín! ¿Tienen ropa? ¿Con qué se fueron ayer? —*Sí, sí. Tuve la precaución de que armaran un bolsito.*

—¿Dónde se quedan? ¿Anoche dónde durmieron?

—*Estoy alquilando un departamento. Algo chiquito, amueblado. Está bien. Nos sirve.*

—Ah. Bueno.

—*Bueno, disfrutá el sábado.*

—Sí. Ustedes también. Cualquier cosa, que me llamen. Avisame cómo están... Y eso.

—*Sí, tranquila. Todo bien.*

Corto el teléfono y me siento vacía.

¿Será porque no desayuné?

Tentación y laberinto · 133

O es una manera de justificar la sensación de ausencia.

Pensar que tantas veces quise estar sola, que se fueran los tres y me dieran tiempo y espacio para mí.

Y ahora lo tengo.

Pero no quiero.

Me preparo algo para desayunar. Sigamos con el café. Medio de café y medio de leche. ¿Qué puede hacerme? Igualmente sigo con las galletas y el queso crema. No hago demasiado desarreglo, tampoco.

Lavo la taza, acomodo todo.

Pienso qué voy a hacer y a mi cabeza viene una idea: nada. Nada.

Sin ellas me siento huérfana, paradójicamente hablando. Voy y vengo por la casa sin nada que hacer.

Pongo a lavar ropa.

Camino por la casa, sin demasiada idea de qué debo hacer y con Jefe entre los pies. Pienso: entonces, Martín alquiló un departamento. Bien por él. Pero esperaba saberlo de otra manera.

No lo habíamos hablado. Es más, yo pensaba que él seguiría en casa.

Sin embargo, él lo resolvió antes de que yo pudiera imaginarlo.

La idea de pensarlo viviendo en un departamento amueblado me embarga de angustia.

En medio de mi sensación de soledad y desconcierto, tengo la necesidad de hacer algo.

Tomo asiento y marco el teléfono de Nickie. Hubo un tiempo que cada vez que estaba mal lo llamaba. Y a él le gustaba hablar conmigo.

—*Good morning, hon!*

Se lo escucha diferente. Animado. Como antes.

134 · Paola Rimieri

—*Anoche... No podía hablar, debes entender.*

—Sí. Está bien. Estabas festejando.

—*Sí, eso. Estaba festejando.*

—¿Cómo pasaste tu cumpleaños?

—*En realidad... Bueno, bien. Muy bien.*

—Me alegro.

—*Sí, muy bien.*

—¿Cómo fue? Hicieron una cena, salieron...

—*Organizaron Sophie y promoción de Brave. En realidad fue un evento promocional. Si soy sincero, debo decir que no fue un cumpleaños hecho por gente que me quiere de verdad.*

Mientras se ríe, luego de su comentario, siento un dejo de pena por escuchar eso. No obstante, lo siento animado.

—Lo siento.

—*¿Por qué? Ah... ¿Sientes no haber estado? Supongo que si hubieras querido podrías haber estado aquí, anoche. Hubo algunos de tu calaña* —vuelve a reír a carcajadas.

—¿De mi calaña?

—*Journalists* —continúa riendo. Supongo que no sabe cuál es el significado de calaña. O tal vez sí...

— Esa expresión es algo agresiva... Pero, volviendo a lo que te decía, siento que no haya sido un cumpleaños como querías.

—*No me importa demasiado, hon. No te sientas mal.*

—Ay, hoy no entiendo nada... ¿Cómo que no te importa?

—*Oww, no digo que no me importa lo que me decís. No me importan los cumpleaños. Esos festejos... Me dan igual. No me interesa demasiado salir y reír con gente que está feliz exageradamente. Eso quise decir.* —¿Cómo es estar feliz exageradamente?

Tentación y laberinto · 135

—*Están felices porque disfrutan de tu fiesta. Dicen muchas veces tu nombre y festejan, te*

abrazan fuerte... Ríen y toman mucho. ¿Tanto te quieren? Nunca lo demuestran, solo ese día, vestidos con ropas más caras que el regalo que compraron.

—Posiblemente te quieren. No tenés que pensar que son falsos. —*Lo son. Lo sé. Pero, lo entiendo.*

—¿Es por eso, entonces, que no te gustan los cumpleaños? —*Y por otras cosas.*

—Sin embargo, ayer estabas feliz. Exageradamente feliz... —*Lo pasé muy bien, really.*

—Me da gusto saberlo.

—*¿Cómo estás vos? No te escucho muy agradable la voz.* —Estoy bien. Todo es nuevo y extraño para mí.

—*Ok, si es por tu marido, sé que vas a estar mejor.*

—Es por eso, pero más que nada es por la sensación de soledad que tengo. Estoy en casa sola. No tengo nada que hacer. Deambulo por la casa y solo puedo pensar qué hacen mis hijas.

—*Entiendo. También aprenderás eso.*

—Aprenderé qué...

—*A extrañarlas. A organizar tu tiempo cuando estás sola. O a estar con alguien más cuando estás sola.*

—No sé si será tan fácil.

—*Todo se aprende.*

—Seguramente que sí.

—*¿Estás triste?*

—Sí. Triste, angustiada, nerviosa, ansiosa...

—*¡Qué mal, hon!*

Hago un silencio prolongado. Y él tampoco habla. Hay algo en esta conversación que me dice que Nickie tiene algo que decirme y

136 · Paola Rimieri

no lo hace. Tal vez, ahora, entiendo tantos reclamos similares que me hacen a mí cuando doy vueltas para decir lo que tengo que decir. —*Escucha, Val, hay algo que debo hablarte.*

—Sí. Algo me dijiste, que había algo que ibas a contarme.

— *Cierto. Necesito decirte que, en estos meses, estuve viendo a alguien.*

Siento el frío recorrerme el cuerpo a pesar de que es octubre. Una bocanada de aire helado ingresa por mi boca cuando inspiro profundamente. No llegué a taparme la boca antes de que se me escape un silbido, un rasguño de mi voz como lamento.

— *Val...*

—Sí, sí. Escuché —tomo aire nuevamente—. Supongo que no puedo decir nada al respecto. Está bien. La pregunta es si a ella le molesta que te llame. Eso es importante saberlo porque...

Nickie me interrumpe

—*Val, escucha: no es para que dejemos de hablar por teléfono. Ni ella lo sabe ni me importa decírselo, pero sí debía decírtelo a vos. Quiero hablar de esto con vos. Por eso es que te lo digo. No por ella. Por mí y por vos, Val.*

—Tampoco debías decírmelo.

—*No pongas tu pared delante de mí. Dejame hablar.*

—Bueno, pero no es una pared. Es la verdad. No necesitás decirme nada, ni aclararme nada. ¿Quién soy yo para que me digas? No soy nadie.

—*Val, deja de preguntarte y responderte sola. Si quieres, hablo yo.* —No, no tenés que decirme nada.

—*Val... ¡Silencio!*

Debo callarme y escucharlo. El nudo en la garganta me aprieta tanto que siento que me asfixio, pero tendré que esperar callada.

Tentación y laberinto · 137

—*Val, escucha... Te dije eso, te lo tuve que decir porque es importante para mí que lo sepas.*

—Ya me dijiste eso también.

—*Es importante porque sos..., porque eres importante. You know?* —Bueno. Gracias, entonces.

—*No tomes a risa lo que digo. ¿No me entiendes Val?*

— ¿Qué cosa? No hace falta que te justifiques. Ni yo pude hacerlo con mi esposo, no hace falta

que lo hagas conmigo. Puedo ser importante, pero no soy nadie.

—*Otra vez con eso. Siempre dices “no soy nadie” —había olvidado esa costumbre suya de imitarme con el tono argentino y mi voz, y me da mucha risa—¿ahora ríes? Escuchame Val, eres importante. Lo eres para mí. Y estoy siendo serio y sincero.*

—Está bien, Nickie.

—*Sigues sin entenderme.*

Nos callamos, nuevamente, ambos. No entiendo qué quiere que le diga. Realmente no estoy comprendiendo a qué se refiere.

—*Y una cosa... Eso que dijiste que no pudiste con tu esposo, eso quiero que me digas. ¿Qué es lo que no pudiste?*

— Ah, lo dije respecto de justificar mi infidelidad. No es fácil. No supe ni pude hacerlo estando yo casada. No es necesario que lo hagas conmigo.

—*No es justificarme. Vuelvo a decirte, quiero ser honesto. Quiero que sepas eso.*

—Es lógico, Nickie. No ibas a estar célibe por mí.

—*¿Célibe?* —hace una pausa—*Ok, no importa qué es.*

—Digo que no ibas a quedarte solo, esperando por mí. Estamos lejos, sos... Bueno, sos hermoso...

—*Oww, Valeria... Siempre me hacés reír. Escucha, estar solo, por vos, podría. Podría estarlo. Lo que sucedió fue diferente y es por eso que*

138 · Paola Rimieri

necesitaba decírtelo. Pero, podría estar esperando por vos sin problemas. O no esperar, y estar juntos. No es mi decisión y lo sabes. Ahora, yo ya te dije eso. Quiero que me digas qué sucede con tu esposo, con vos.

—Ah, ¿qué sucede? Sucede que todo es nuevo. Hoy me enteré que ya está instalado en otro lugar. Ya no convivimos más. Y qué conmigo... Yo estoy... Mmm, extraña. Me siento extraña. En un punto estoy triste, como te dije. Pero es verdad que también me alivié.

—*Entiendo. ¿Lo quieres?*

— Lo quiero porque es el papá de mis hijas. Siempre fue una buena persona. Yo estuve mal con él, no él conmigo. Creo que está saliendo con alguien, también.

—¿Saliendo es dating?

—Sí. Está con alguna chica. Y eso me pone bien. Me hace sentir bien por él.

—Está bien. Y, entonces, ¿me quieres?

—Claro, Nickie.

—Explícame, ¿qué quieres conmigo?

— Todo.

Después de decir eso siento que me apresuré. Siento su soplido en mi oreja.

—¿Todo? Wow, es mucho.

—Perdón. No quise ser tan explosiva, perdón. —No pidas perdón, hon. Yo pregunté, respondiste.

—¿Eso querías que dijera?

—No es lo que quiero yo, es lo que quieres vos.

—¿Qué querés vos, Nickie?

— Todo.

Tentación y laberinto · 139

Entonces río. Río porque sé que me remeda, pero también por-que me invade una sensación de alegría que no me permite no sentirme con deseos de reír.

— ¿Todo?

—Es lo que dijiste que querías y es lo que quiero yo. Todo es... Es mucho, como dije, Val. No sé cuánto pueda darte.

—Ahora no podrías darme nada. Estás ocupado.

—¿Cómo? ¿En qué sentido ocupado?

—¿No es que estabas con una chica?

—Eso dije. Pero no es con ella que quiero todo.

La conversación sigue un buen rato más.

De alguna manera, el tiempo pasa rápidamente y me entretiene.

Cuando corto la llamada, habiendo prometido festejar juntos su cumpleaños, me voy a dar un baño de inmersión. Disfruto en la bañera y no pienso en nada, ni me apuro por preparar comidas. Extraño a Paloma y a Leti que me abren la puerta del baño cada tres segundos. No obstante, disfruto de este momento.

«Podré aprender esto, es verdad» pienso.

Nickie siempre tiene palabras certeras.

Y pienso una y otra vez en la palabra “todo”.

«Todo».

Tiene razón, todo es mucho. Pero es lo que imagino cuando me imagino junto a Nickie.

Salgo de bañarme y encuentro un mensaje de Martín que me pide que deje que las chicas se queden con él hasta el domingo. Estaba contando las horas para que volvieran.

—¿Es inevitable, Martín? ¿O podés traerlas ahora, o más tarde? Envío en un mensaje de audio que no recibe respuesta hasta casi

las nueve de la noche.

140 · Paola Rimieri

Y la respuesta de Martín es:

—*Perdón. Ya es tarde, de todos modos. Vamos a cenar.*

Miro nuevamente ese mensaje frente a una manzana desabrida. ¿Para qué más que una manzana?

Me tiro en el sillón, y registro que no lavé ni un plato en tres días. ¡Ese sí es un logro! Miro un poco de televisión mientras alterno algún que otro mensaje con Laura y con Nickie.

Transcurrí casi todo el domingo de la misma manera, aburrida, hasta que llegaron a casa mis hijas.

Mañana va a ser lunes y se me presenta un problema doméstico. Patricia deberá venir más temprano. O yo, entrar a trabajar más tarde.

No me voy a poner nerviosa. No voy a solucionar nada, de todos modos.

Llamo a Patricia, y me asegura que va a estar en casa a la hora que le pido.

Leticia y Paloma están súper cansadas luego de cenar. Las baño, compartimos todo lo que hicieron este fin de semana con su padre que fue para ellas como unas mini vacaciones. Luego, se van

derecho a la cama.

Antes de cerrar los ojos, Leti me toma del brazo y me pregunta: —Ma, ¿no te vas a amigar más con papá?

No sé qué decirle. Es la primera vez que me pregunta algo referi-do a nuestra separación.

—No sé, Leti.

—¿No van a vivir nunca más juntos? ¿Vos tenés un novio? —No sé, Leti. Ya vamos a hablar bien. Ahora descansá. La beso y luego, beso a Paloma.

Tentación y laberinto · 141

Cuando salgo de la habitación, me siento más triste que antes. Tengo la sensación de que les hice algo que las lastima mucho, y me pregunto si es justo que deban pasar por esto por culpa mía.

142 · Paola Rimieri

La semana transcurre rutinaria, aunque con un poco más de ta-reas porque no hay nadie que colabore con la casa como lo hacía Martín.

Todo me lleva un poco más de tiempo, me doy cuenta de que hay muchas cuestiones domésticas que no manejo todavía. Pero, también, me siento muy relajada en muchísimas cuestiones. Creo que sería difícil tener que volver atrás en esta especie de libertad de adulta que estoy experimentando, incluso cuando sea tan reciente todo.

Tengo mis espacios y también, la posibilidad de equivocarme sin tener que dar cuentas a nadie de nada.

Mientras reflexiono en estos días, sentada en el sillón con mis pies sobre la mesita repleta de papeles y libros, tomo un té que no está nada caliente.

Las cosas con las nenas van bien. Hablamos y les expuse todo aquello que es posible que sepan. Quiero ser honesta con ellas. Dudo si estoy haciendo las cosas bien. Dudo, incluso, mucho más que antes.

En lo laboral, fue una semana más. Recomendé en mi lugar de siempre y, excepto que trabajo algunas horas menos y por ende, co-bro un poco menos, todo lo demás es igual. No me importa nada respecto de esta “vuelta atrás” en lo laboral. Sí, debo reconocer, que me molesta verla a Paula Hacha pavoneándose frente a mí junto a la nueva entrevistadora. Una chica, que es estudiante aun, que hacía móviles en el noticiero de un cable. Es todo tan incomprensible... Es otra paracaidista más, como diría la sabia y experimentada Albita.

Tentación y laberinto · 143

O es una excelente marioneta.

El tema de la pasante de mi área tampoco es poca cosa.

Manuel no se lleva bien con ella. Pero no creo que sea mala. Más bien es inoperante. Sí, esa es la palabra: inoperante. Una inoperancia que se deriva de su juventud. No es mala ni tonta, es muy joven. Y a veces, esa juventud no permite que ella misma sea consciente de eso; entonces, desde su impunidad, cree que tiene razón en todo.

Sigo pensando que mi frase de estos últimos meses del año es “odio a los millennials”. Y si antes no sabía muy bien por qué, voy sumando puntos a la lista.

Me río mientras lo pienso. No es que use la palabra odio en su sentido llano. En realidad, adoro a los millennials. Lo que más de-testo es que ya no soy una.

Nickie fue lo mejor de la semana. Me siento nuevamente como antes de mi estómago colapsado. Incluso, tomo café eventualmente y no me siento mal.

Hablamos bastante. Texteamos muchísimo. Una vez más, está tan atento como cuando estaba locamente enamorada de él.

«¿Estaba?», pienso en voz alta

¿Y cómo estoy ahora?

Ahora es diferente. Nickie es parte de mi vida.

Sigue siendo extraño todo. Pero lo internalicé tanto, que casi siento que estamos cerca a pesar de las distancias. Y que siempre hemos estado juntos, a pesar del brevísimo tiempo que lleva nuestra historia.

Es viernes y las niñas están dormidas.

Me siento a leer un poco de material para la cátedra mientras tomo un té de menta con jengibre. A pesar de ser un té acerbo intenso es muy bueno para apagar la quemazón de estómago. Y es sumamente rico y refrescante.

144 · Paola Rimieri

El clima silencioso de la casa me permite leer mucho más rápido de lo que lo hago y disfruto del momento inesperadamente.

Leo y me detengo en una frase: “*Cada uno lleva el todo dentro de sí mismo, por lo tanto puede buscarse y descubrirse dentro de él.*”

Me repito en la mente «el todo».

Recuerdo la charla con Nickie, ambos dijimos “todo” como esperanza de nuestro posible amor.

¿Qué es todo? ¿Qué es, para cada uno de nosotros, todo? Tomo el celular y mando un mensaje:

YO:

Nickie, qué es todo?

Dejo el celular y sigo leyendo.

Pasan unos largos minutos y escucho que recibo un mensaje. Su respuesta es:

NC:

Todo = All 6

Termino de leer eso y muero de risa.

Le envío un audio.

—Ya lo sé. Te pregunto otra cosa. Me refiero a qué es todo para vos.

Apoyo el celular en la mesita y espero su respuesta. Casi después de media hora la recibo.

—*Hi, hon. Sorry, no entendí. Respondí apuradamente. Me preguntas qué es todo. No sé bien qué esperas que responda .*

—Nickie, hola. No importa, era una pavada.

6 | All: significa todo en inglés.

Tentación y laberinto · 145

Me siento algo desilusionada. Una semana resonando en mi cabeza su voz profunda, diciéndome “todo”. Sin embargo, él no entiende a qué me refiero.

Suena el celular y atiendo su llamada.

—*Hon... No entiendo bien. Estaba ocupado.*

—¿Ocupado? ¿Qué hacés?

—*Trabajando un poco. Never mind.*

—¿A esta hora?

—*A esta hora, sí. ¿Qué hay de raro con la hora?*

—*Es tarde.*

—*No lo es. No son ni las nueve.*

—*Ah, bien. Claro, el cambio horario, perdón. No me di cuenta. Nickie, no es importante lo que te preguntaba. No pasa nada.*

—*“No pasa nada...” Ya conozco el tono. ¿Qué estoy haciendo mal, Val?*

Cómo no amarte, Nickie. Esa ironía tuya, mezclada con tus ganas de hacer siempre las cosas bien, me llenan de amor.

—*No me hagas burla.*

—*Es que ya sé... Dices “no pasa nada” y sé que se cae el mundo sobre mí.*

—*¡No es para tanto!*

—*Oh, sí. Sí lo es. Ahora me explicas, hon.*

—*Es un poco vergonzoso que te lo explique.*

—*¡Cada vez se pone peor!*

—*Sí, honestamente, lo es. Cómo decirte que hace una semana, aproximadamente, me dijiste que querías todo conmigo.*

—*So...*

—*Quise preguntarte qué era todo.*

—*¡Ah! ¡Ok!* —*escucho cómo ríe animadamente.*

—*¿Qué es gracioso?*

146 · Paola Rimieri

—*¡Uh! Ahora sí tengo miedo, hon. Tu tono me espanta. Ya sé de dónde sacar inspiración para hacer escenas de pavor absoluto...*

—*Basta.*

—*Escucha, no es interesante que te diga, por teléfono, qué es lo que quiero para mi vida con*

vos. *Estaba reservando para cuando pudiéramos vernos. ¿Qué opinas de esa idea?*

— ¿Vernos?

—Claro. Vernos.

—No sé.

—*Yo tampoco, hon. Es por qué te lo pregunto*—adoro escucharlo hablar mal español.

—Es “por eso que...”, se dice.

— ¿Cómo?

—Lo que dijiste antes, no se dice es por qué. Se dice, es por eso que...

—*Anyway, Val. Hablo de vernos. No me vuelvas loco, ¿quieres?* —No sabría qué decirte. No lo pensé.

—*Escucha, entonces lo pensás. Lo pensás y hablamos de eso.* —Vos también, pensalo.

—*Sí, pienso. ¿Pensar qué?*

—Entonces, no me vas a decir qué es todo.

—*Es... Todo es eso: todo.*

— Yo, cuando dije todo, pensaba en que estabas con otra mujer. Tal vez estabas con ella en el mismo momento en que hablabas conmigo...

—*Ay, Valeria.*

—Es verdad. Pensaba, está hablando conmigo en el living y su novia está en la habitación. Entonces... —me interrumpe.

—*Ah, pero puedes agregar algo: estaba en su casa, y estaba desnudo.* — ¿Sí?

Tentación y laberinto · 147

—*Val, eres tan graciosa. Mucho, mucho. ¡Por Dios!*

—¿Estabas o no con ella cuando hablamos por teléfono? — *No.*

—Menos mal.

—*No es el punto. Estabas diciendo qué quisiste decir con tu todo.*

— En realidad eras vos el que debía decírmelo. Yo te decía que dije eso, como para llamarte la atención. ¿Cómo creés que me sentí cuando me dijiste que estabas viendo a alguien?

— *No lo sé. ¿Cómo?*

— ¡Pésimo! Espantoso, Nickie. Sentí que me quedaba sin aire. — *Really?*

— Sí. Pensé, perdí a este hombre. ¿Cómo pude?

— *“Este hombre”, eres linda. No, no me perdiste. Don’t be mad! 7*

— Estás con otra mujer. No soy loca. Es la verdad.

— *Te conté eso para que sepas qué había pasado conmigo. Pero no es-
toy con ella ..., mmm, formal, por decir de alguna manera. ¿Me explico?*

— ¿La querés?

— *Valeria, por favor. No quiero decirte esas cosas.*

— Entonces, la querés.

— *Si estuve con ella, no puede ser que no la quiero.*

— Ay, tan correcto, siempre.

— *No me divierte que hablemos así...*

— Bueno, perdón. ¿Puedo preguntar algo?

— *Pregunta.*

— A mí me contaste que estaba ella en tu vida, ¿a ella le contaste de mí?

Nickie hace un silencio. Algo me sube desde el estómago esperando que responda durante esos escasos segundos, que se me hacen eternos.

7 | ¡No seas loca!

148 · Paola Rimieri

— *No.*

No sé qué decirle. La que hace silencio ahora soy yo. Un poco por el ácido que invade mi boca. Un poco porque me deja sin movidas para hacer.

Con el poco aliento que me queda, lo saludo.

— Bueno, Nickie. Ya es muy tarde acá. Tengo que saludarte ahora.

— *Ay, Val. No. No me digas así ahora.*

— ¿Qué?

— *No quiero escuchar esa voz tuya, de esa forma. Entiendo que te moleste. Pero es que, es diferente para mí.*

— Aha.

— *Es diferente porque yo necesitaba que lo supieras.*

— No sé si es lo que yo necesitaba.

— *Ok. Es lo que pude hacer para ser honesto.*

— Nickie, necesito dejar la conversación ahora. Quisiera darte un beso, pero solo será virtual. Buenas noches.

— *Buenas noches, hon. Perdona por todo lo que no sé cómo hacer. Me dijiste todo para llamarme la atención. Yo lo dije, porque es lo que pienso.*

Me voy a acostar con otro té en la mano. Al menos, no me dirán que no duermo bien por tanto café.

Me despierto espantada.

El té me hace dormir, pero no plácidamente.

Una pesadilla espantosa. Trato de hilar lo que soñé y me sobre-saltó. Era yo con otra cara. Una cara en carne viva, despellejada. Una especie de monstruo con dedos muy largos que intentaban agarrar algo a lo lejos. Un pasillo o una ruta larguísima que se perdía en el vacío. Yo caminaba por ahí, entre piedras y plantas a mi alrededor, pero el camino, nunca terminaba. Lo más inquietante y

Tentación y laberinto · 149

sobrecogedor, fue la sensación que me invadió durante el sueño y que persiste: una inmensa angustia, miedo al vacío, vacío interno, abismo infernal. Y entonces, un miedo intenso.

Sigo sentada en la cama, respirando de a poco, nerviosa todavía, impresionada por el rostro despellejado con que me vi en esa pesadilla.

No puedo dormir, entonces me pregunto y me respondo sobre Nickie. ¿Por qué me habrá dicho a mí lo de esa mujer y no a ella de mi existencia? ¿Es una especie de venganza? No va a ser tan infantil, por Dios. Dijo que yo le importo. Por lo tanto, debo comprender que, si le importo, me lo dijo, y si no le dijo a ella, es porque ella no le importa. ¿Seguirá con ella? Pero si dice que quiere todo conmigo.

¿Cuál es el alcance de todo?

La totalidad, ese concepto inmenso es al mismo tiempo inalcanzable y tenebroso para mí.

Tomo aire, tengo la cabeza llena de palabras y todas riman con Nickie.

Y me cuestiono ahora sobre lo más importante: ¿quién será la mujer con la que estuvo/está Nickie?

«¿Quién será?»

Quiero dejar de pensar en él, pero es imposible. Es lo único que me da vueltas en la cabeza.

Debería aprovechar y dormir un poco más.

O debería levantarme y comenzar la mañana, total ya me desperté.

Pasan unos minutos y me decido por la segunda opción. Así que me levanto y me preparo el desayuno. Mientras tomo mi té con leche y las tostaditas con queso, organizo mentalmente la jornada con las chicas. Quiero que el sábado que pasemos juntas sea perfecto.

150 · Paola Rimieri

No es solo el almanaque, también el aroma de jazmines me recuerda que estamos en diciembre.

Trato de pensar en retrospectiva qué enormidad de año está terminando. Tantos cambios, tanto dolor, pero al final, tanto crecimiento.

Ahora me miro al espejo y me reconozco una adulta. Es extraño. Hace años que soy una adulta, aunque de alguna manera, recién ahora, es así como me siento.

Y eso incluye no pensar en tener que rendir cuentas de decisiones personales.

Termino mi té, dejo algunas instrucciones a Patricia, y salgo para el trabajo.

Manejo y disfruto de la mañana iluminada de este fin de primavera en las calles de Córdoba.

Selecciono la playlist de Coldplay y comienza la composición oriental que antecede a Hymn for the weekend.

Mientras viajo, percibo el vibrar del celular en el asiento del acompañante.

Cuando llego al canal, tomo el teléfono y leo:

NC:

Good Morning, hon! Regresé del set. Estoy en casa.

Cómo está allí todo?

Tentación y laberinto · 151

YO:

Hola! Tendrás vacaciones?

Acá bien, con energía. Los días están

hermosos. Las chicas, en sus últimos días de clase.

Qué pasó con el perrito?

Sigue en la casa de Martín. Nunca pensé que lo extrañaría así.

No lo devuelve?

No, no. Prefiere tenerlo él. Y yo no quiero tener que discutir por eso. Así que, que se lo quede.

Puedo videocall?

En realidad no, perdón. Estoy
esperando para entrar a trabajar.

152 · Paola Rimieri

Ok. Perdón a ti. Hablamos más tarde, hon.

XOXO

Guardo el celular en el bolsillo y entro a mi trabajo.

Durante la jornada hago de todo. Mientras trabajo, no dejo de intercambiar uno que otro mensaje con Nickie, como todo este tiempo.

Sin embargo, sigo con las mismas dudas que tenía hace más de un mes. Nickie y yo no hemos hablado más sobre la mujer con la que, supongo, estaba. Ni tampoco cuál es el proyecto para lo nuestro. Más bien, seguimos conversando de todo un poco, día tras día, sin ahondar en nada. Y la verdad, eso me libera y me relaja un poco.

Y a pesar de lo acostumbrada que estoy a esas charlas con él, no dejo de vivir en una ensoñación cuando no hablo, sino que repaso en mi mente cada una de sus palabras, la vibración de voz, sus labios que se rozan con sus propios dientes relucientes cada vez que pronuncia una palabra. Me late fuerte el corazón cuando imagino esa respiración profunda al pronunciar mi nombre haciendo su intere-sante énfasis en la V y en la L. Inconscientemente, percibo su aroma cuando lo imagino. Ese perfume que lo acompaña siempre y que es suyo, único e irrepetible como lo es él. Guardo en mi retina la tersura de su piel, entre la mandíbula, el lóbulo de la oreja y el cuello. Querría estar acurrucada ahí, apoyando mis labios delicadamente sobre su piel. Su humor, su organización extrema, su disciplina, su miedo a volar...

Me estiro en mi silla y respiro hondo buscando encontrar un poco más de aire dentro de mí. Y cierro afanosamente los ojos y lo veo allí, parado frente a mí, con su camisa blanca estrecha, más

Tentación y laberinto · 153

ajustada en los brazos. No quiero abrir los ojos. Quiero quedarme en esa ensoñación.

Hago el esfuerzo...

— Vale...

Ay, por Dios, casi me muero del susto. ¡Bendita manía de apare-cerse siempre sin hacer ruido!

—¿Estabas dormida, Vale?

—No, no. Había cerrado los ojos. ¡Qué vergüenza, Axel!

— No pasa nada. Necesito hablar unos minutos, ¿podrá ser ahora?

—Sí, sí, por supuesto. Decime.

—Prefiero, si es posible, que hablemos con Manuel, en un rato. Los espero en mi oficina... ¿A las diez, te parece bien?

—¡Claro! Llega Manuel y vamos. ¿Algo en especial? —Pedirles una cobertura que surgió.

Axel sale y lo observo. Sigue siendo el mismo tipo que me desagrado desde el primer momento. Insisto en que tiene algo extraño. Pienso, también, qué estará pasando con Hacha.

Laura no sabe nada. De todos modos, creo que ya no le interesa tanto como antes.

Hablando de Laura, debo confirmarle para la salida del viernes. Este fin de semana estaré sola, así que podremos salir a comer, como quedamos.

Antes de que me olvide, le envío el mensaje.

A los pocos minutos, Laura se asoma por la puerta. —¿Te parece nueve y media?

—Me parece, me parece.

— ¿Dónde?

154 · Paola Rimieri

—Es igual, Lau. Donde te guste. Yo desde las siete, más o menos, estaré desocupada. Vení a casa y de ahí salimos.

— Buenísimo.

Desaparece de la puerta. No tengo tiempo de bajar la vista al teclado, porque llega Manuel.

Le comento que Axel nos espera. Previamente, dejé una lista de pequeñas cosas que debe hacer Gisela y se la dejo pegada en su monitor.

Axel no pierde la costumbre de ofrecerme café y luego, arrepentirse por haberlo hecho.

—No hay problema, Axel. No soy una nena, sé qué debo hacer. —De todos modos, me da vergüenza decírtelo, debería recordar que no podés tomar café. ¿Y vos, Manu?

Manuel asiente.

Esperamos sus cafés y mi vaso de agua, mientras Axel aprovecha para hablar de cualquier tema. Antes de que me haga alguna pregunta inapropiada, como suele hacerme, arrebató yo.

—¿Puedo preguntarte por tus cosas, Axel?

—¿Qué cosas?

—Hace poco te vi con una mujer. ¿Estás saliendo con alguien? Axel sonríe sin mirarme a los ojos, me esquivo apuntando al sue-

lo. Creo que se da cuenta que hago lo mismo que hace él. Da varias vueltas y no responde lo que le pregunto. Finalmente, nos dice qué quiere.

—Necesito que hagan un exterior el viernes.

—Bueno. ¿De qué se trata?

—Ya les pasaré los datos, es de un evento promocional.

—Ok. ¿Qué podemos ir haciendo, Axel? —pregunto impaciente.

Tentación y laberinto · 155

—Por el momento, agendarse el día. Viernes, seis y media de la tarde.

Reflexiono sobre el horario. A esa hora debería entregarle las ne-nas a Martín, que es lo más importante del viernes. Además, acabo de quedar con Laura para las siete.

—¿Seis y media?

—Sí, propongo que el lunes ingresen más tarde si es que lo ne-cesitan. De todos modos, les van a computar esas horas como horas extras.

— No es eso. Me desorganiza todo el viernes. ¿Hasta qué hora será?

— No lo sé exactamente. Supongo que hora y media el panel. Después hay un coctail.

—¿No puede ir alguien del noticiero?

—Es específico de su área, Vale.

No voy a seguir hablando para no perjudicarme. Mi situación laboral no es la mejor, lo sé hace un tiempo. Acomodaré mis cosas.

Pienso, mientras sigo escuchando, que puedo quedar con Laura en el coctail. Y de ahí nos vamos por ahí.

Axel comenta a Manuel cuestiones técnicas. —Entonces, saldríamos en vivo al noticiero. —Claro —responde con supremacía Axel. —¿Qué tan importante es, Axel?

—Es importante.

Salimos de la reunión y conversamos con Manuel acerca de este vivo que haremos, cosa que no es usual, de un evento promocional.

—Seguro que tiene que ver alguien de arriba.

—Seguro, Manuel. Yo hace tiempo que tengo claro que no decidimos nada.

156 · Paola Rimieri

—De eso, quedate tranquila.

—Hola, Martín, tengo un inconveniente mañana.

—*Hola* —responde amistosamente, o al menos así se siente por teléfono— *¿qué pasó?*

—Necesito que retires a las nenas de la escuela.

—*No hay problema. ¿Y sus cosas, la ropa?*

— Yo te preparo todo. Si querés pasar por casa antes, yo voy a estar entre las tres y las cuatro y media.

— *Bueno.*

—Dale, te agradezco. Axel me manda a hacer una cobertura de seis a nueve, más o menos. Así que me complicó todo.

—*Axel... ¿sigue siempre igual?*

—Siempre igual.

—*No hay ningún problema. Nos vemos mañana, alrededor de las tres.*

Respiro profundo cuando corto el teléfono. Fue todo muy simple. «Agradezco estar separada en estos términos...»

Es gracioso, incluso para mí, eso que acabo de pensar.

Les explico el cambio de horario a las chicas y les pido que me ayuden a preparar sus cosas para llevar este fin de semana. Están alegres. Festejan irse con su papá y Jefe.

De alguna manera, me tranquiliza que se tomen así las cosas.

Aprovecho la noche para acomodar mis cosas, leo un poco y, antes de dormir, le envío un mensaje a Laura contándole del cambio de planes. Le digo que mañana, una vez que Axel nos confirme el lugar del evento, le aviso para que nos encontremos ahí, cerca de las nueve de la noche.

Tentación y laberinto · 157

También le mando un mensaje a Nickie. Hace un par de días que está casi “silenciado”.

YO:

Buenas noches. ¿Estás bien?

NC:

Genial.

Me alegro mucho.

Su respuesta fue muy escueta.

Me quedo esperando que comience la charla. Espero en vano. Un rato más tarde, me desea buenas noches.

Me levanto y saludo con un beso a cada una de mis hermosas hijas.

Las observo un poco, las veré nuevamente el domingo por la noche. Y no es que sea mucho tiempo, pero siempre las extraño.

Las veo grandes. La carita de niña de Leti es, día tras día, más delicada, se le borraron los cachetes. Se está convirtiendo en una nena más grande. Paloma, en cambio, conserva los cachetitos colorados, aún. A ambas les veo el rostro distendido, un dejo de sonrisa mientras duermen. Y, cuando están despiertas, son un torbellino de alegría.

Me da tranquilidad pensar que, a pesar de mis errores, estoy criando niñas felices.

Dejo todo listo y le pido a Patricia que tenga especial cuidado en que almuercen bien y que las dos preparen todas las cosas que deben llevar al colegio. También, que les diga que le dejo un beso a cada una y que me llamen cuando tengan ganas.

158 · Paola Rimieri

Una vez en el canal, Axel entrega a Manuel y a la pasante algo de información para el panel de la tarde: se trata de la presentación de programación nueva de tele satelital. Eso me dicen.

Me salvo de leer y producir, porque estoy preparando todo para el micro, que se grabará más temprano.

Albita me dice que para la noche me dejará el vestuario antes de que me vaya. Me alegra escuchar eso, porque iba a tener que sentar-me a pensar cómo vestir.

— No, no te preocupes, nena. Te voy a dejar dos opciones de pantalones. Pensé en palazzo de seda ambos, podría ser negro y el otro, estampado. ¿Qué te parece?

— Negro está bien.

— Entonces, te dejo negro. Mmmm, pero también te dejo algo estampado por las dudas. Y tengo un par de camisas sin manga, bellas.

— No me dejes remeras con dibujos, porque es muy de pibita. Parece que me quiero hacer la pendeja.

Albita se ríe.

— Sos una pendeja, nena. No te preocupes. Y respecto de ma-quillaje —la interrumpo.

— No, ni te hagas problemas. Me maquillo yo misma. Me hago algo sencillo, y me plancho el pelo en casa. ¿A qué hora estaría listo el vestuario?

— Antes de las tres.

— Sí, mucho antes, por favor. Tengo que irme a casa. Va Martín a buscar los bolsos de mis hijas. Ahí me doy un baño y me preparo.

— Quedate tranquila. ¿Zapato alto o bajo?

— Por mí, bajo. Después me duelen los pies.

Además, pienso que nos iremos con Laura por ahí más tarde. No quiero tener problemas en los pies.

Tentación y laberinto · 159

Antes de ir a grabar, pongo una foto en Instagram con Albita. Comento:

#mihadamadrina

Termino la cápsula y me reúno con Manuel a ultimar detalles. —¿Te pasa algo?

— No, nada Valeria.

—Estás disperso.

—No me doy cuenta. ¿Vos? ¿Bien?

—Yo, bien.

Se nos une Gisela. Lo mejor de que se acerque es que trae té para mí y mate para ellos. Hace mucho que no tomo mate. Y ver que lo prepara, me hace dar ganas.

—¡Qué suerte, Gisela! Estaba con ganas de tomar algo.

— También yo, por eso les traje. Sino este horario me mata. Me da sueño. Encima, hoy vaya a saber hasta qué hora estamos trabajando.

—Axel dijo un par de horas.

—Nosotros —dice Manuel a media voz.

—¿Nosotros, quiénes? —pregunto.

—Nosotros. Vos te vas después, me dijiste.

—Sí. Pensándolo bien, podrían venir. Ustedes dos son solteros, ¿o me equivoco?

—Yo soy soltera —dice Gisela.

—Sigo soltero.

—Entonces, vamos de parranda los cuatro. Está hermoso el día, supongo que será una linda noche.

Ninguno responde, continúan con lo que están haciendo.

Me da un poco de vergüenza sentirme tan ignorada. Estoy grande.

160 · Paola Rimieri

Tomo el celular para avisarle a Martín que estoy yéndome a casa en un rato y veo un corazón en Instagram por parte de Nickie. Además, y cosa que no es común en Instagram, hizo un comentario a la foto que puse con Albita.

“Hola Argentina”

Le devuelvo el corazoncito al comentario y respondo:

“Hola!”

Y es inevitable que se me dibuje una sonrisa sostenida en el rostro. Terminamos la mini reunión para organizar lo que... ¿no sé qué

haremos?

Me dicen que simplemente con la información durante el evento, relate lo que vea cuando salga el vivo. Así que, me relajo, como vengo haciendo desde hace un tiempo.

Una vez en casa, espero que llegue Martín y le entrego las cosas. Hablamos civilizadamente, le agradezco su colaboración y le pregunto por Jefe.

—Está muy lindo. Grandote.

—Las chicas lo extrañan.

—Lo van a disfrutar.

Martín se va y me doy un baño rapidísimo. Me seco el pelo y me paso la planchita.

Quedó bastante bien.

La ropa que me preparó Albita es hermosa. Elijo el pantalón negro y una camisa color champán muy sencilla, pero que me gustó desde el primer momento en que la vi.

Me pongo zapatos bajos claros, me maquillo un poco, me perfumo y salgo.

Tentación y laberinto · 161

Nos encontramos con Manuel y Gisela en la puerta del Sheraton. La noche está linda, pero siento un viento fresco que me eriza la

piel.

Pasamos al centro de convenciones y Manuel prepara las cuestiones técnicas. Son casi las siete y hay muchos medios presentes. Me extraña ver gente que no conozco, periodistas que no son locales.

Viernes extraño, para mí.

Recibo un mensaje y saco el celular del bolsillo.

Martín:

Ya estamos los 3 juntos.

YO:

Gracias x avisar! Decile que las

amo.

Ya estoy tranquila. Y esto, todavía parece demorar para moverse.

Gisela aporta, para mitigar el rato aburrido, con caramelos. Esta chica es una usina de cosas.

Repentinamente, aparecen en escenario un par de hombres y una mujer. Se acomodan en la mesa prolijamente preparada con un mantel blanco, copas, botellitas de agua y sus nombres en carteles que no alcanzo a distinguir.

Nos proponen que tomemos asiento, prefiero quedarme parada junto al trípode y Manuel, así veo mejor. Y si me siento, todo el cansancio del día bajará hasta mis pies. Después de eso, será imposible volver a levantarme.

Escuchamos atentamente el sistema de algoritmos para determinar las coincidencias de los usuarios con sus series y películas favoritas. Pienso que es una especie de red, similar a los libros "Elige tu

162 · Paola Rimieri

propia aventura", aunque un poco más "teledirigido".

Reflexiono que es verdad, siempre sigo viendo la sugerencia que me propone Netflix. Sin embargo, muchas veces una cosa nada tiene que ver con la otra, pero me gusta. Hay un porcentaje de probabilidades que imprimen sobre mi serie o mi película para que, definitivamente, decida verla. Y como me sucede a mí, los usuarios nos dejamos influir por ese nivel de coincidencia.

Trato de desentrañar cuánto de real tiene ese "Porque te gustó..." para proponerme una nueva cosa para ver. Y así y todo, reconozco que opto por ver esa sugerencia.

Seguimos escuchando y siento vibrar nuevamente mi celular. Sigilosamente, lo saco y toco con mi pulgar el costado derecho para que se ilumine. Es un mensaje de Whatsapp.

Y es de Nickie.

NC:

Hi!

Le respondo rápidamente con un simple hola.

Veó que leyó el mensaje, pero no continúa la charla.

A los pocos segundos, el celular suena. Debo alejarme porque no estaba en silencio, me agacho un poco y corto. Le explicaré más tarde.

Manuel me observa con desaprobación.

—No sabía que iba a sonarme...

Siento que todos me miran y me avergüenza. Pero, no es nada fuera de lo común que suene un celular en estas épocas de la historia. ¡No es para tanto!

Seguimos escuchando la exposición con poca interacción de la prensa. Gisela me hace seña, me dice, bien bajito, que vamos a salir en vivo.

Tentación y laberinto · 163

—¿Ahora? —pregunto.

—Va a salir Manuel haciendo un general de lo que se está hablando y un insert tuyo resumiendo. Salen nombres, quiénes son y listo. Lo decís bien bajo y desde allá —me señala un lugar, a un costado de las sillas de los periodistas que están sentados, cerca de una puerta—, para que no interfiera demasiado

Me acomodo un poco la ropa y el cabello.

Jamás hice un vivo. Estoy nerviosa, al mismo tiempo, ansiosa. Me paro frente a la cámara, a donde Manuel haría mi insert, mientras repaso en mi cabeza qué y cómo haré el resumen y el pequeño papel que me dio Gisela con los datos.

En mi bolsillo vibra mi celular incansablemente y me pone nerviosa. Lo saco con velocidad y lo miro, es Nickie. No es momento... Se lo arrojo a Gisela y me ubico nuevamente.

Manuel me hace una seña y me pongo en marcha. Cuando vuel-va a hacerla, debo comenzar a hablar.

Se ilumina la cámara y comienza a hacer un paneo general rápido y, empiezo mi relato.

—Esta noche asistimos a la presentación de las series de la nueva temporada de la empresa de televisión satelital on line, que permite ver y elegir cualquiera de sus series o películas en el momento y el lugar que el usuario decida. Los técnicos están explicándonos acerca del algoritmo que se utiliza para determinar las preferencias de selección de los usuarios.

Mientras estoy exponiendo, escucho que me interrumpen con una pregunta desde el piso del noticiero:

—*Este año se ha elegido a nuestra ciudad para presentar la nueva temporada de series para*

América latina. ¿Ya expusieron los talentos de voz de los personajes más importantes de Netflix?

164 · Paola Rimieri

—No, todavía no —creo que Axel no nos dio ninguna información sobre intérpretes en español, por lo que debo responder demostrando total seguridad, aunque no tenía idea que luego seguían ellos.

—*Creo que los más esperados de la jornada son “las voces” de Rurik y Zlatan.*

Continúo parada allí y asiento con la cabeza. Voy a seguir con mi relato de lo que está siendo la jornada, y pienso cerrar diciendo que quedamos a la espera de conocer las voces detrás de los personajes de las series que miramos.

Mientras hablo, presentan a los intérpretes. Hay aplausos y bastante movimiento. Manuel hace foco en ellos, por lo que me relajo un poco. Supongo que con esta salida ya está. Luego haremos entrevistas.

Con señas, le pregunto a Gisela si ya está, pero me dice que me quede donde estoy.

En la mesa del panel, uno de los jóvenes que hace la voz de los personajes está interpretando un texto en español neutro y sumamente actuado:

—*Sé el verdadero guerrero que lleva dentro tu hombre valiente .*

Algo en mi interior se sacude cuando lo escucho, quizás la valiente mujer...

Respiro hondo, pero el aire no me alcanza, creo que me falta más de lo normal. Cierro los ojos, intentando aparecer en otro lado, mientras escucho los vitoreos de los asistentes y la voz de Nickie replicando esa misma frase en inglés.

—*Be the real warrior inside the brave man you are.*

¿La voz de Nickie?

Abro los ojos y sigo ahí.

Aprieto mis labios y giro hacia el escenario del panel, entre el desconcierto y la energía que me invaden el cuerpo.

Tentación y laberinto · 165

Manuel me observa, analizándome. Gisela, también. Siento que me observa mucha gente.

Nickie está ahí y no puedo creerlo. Ni entenderlo. Saluda con su brazo extendido, como la estrella

que es.

Entiendo, instantáneamente, que no es el Nickie que yo conozco el que está, en este momento, diciendo más frases de Brave con su intérprete en español.

El calor de mi rostro es inmenso, me sigue faltando el aire, quisiera acercarme a Nickie y preguntarle qué está haciendo acá, ahora. Miro a todos lados, me siento acorralada. Decido avanzar de este letargo que llevo desde que, hace alrededor de cinco minutos, entré al darme cuenta que estoy en el mismo lugar donde Nickie Challenge está de cuerpo presente.

Miro a la estrella de Brave, regreso la mirada hacia Manuel. Y luego, me voy unos pasos hacia la derecha y abro la puerta. Necesito cambiar de espacio.

Entro en una especie de depósito a oscuras. Y allí me quedo, respirando mejor.

Escucho las voces a lo lejos. Estoy tranquila en este lugar. Nickie. ¡Nickie! ¿Cómo puede ser? No entiendo nada.

Estoy alegre, pero también ofendida. ¿Cómo es que no sabía que iba a estar aquí, en Córdoba?

Y Axel... Axel debe haber sabido todo esto.

Es una basura. Debería haberme dicho.

Respiro lentamente de nuevo hasta que me encuentro menos agitada.

Axel no puede haber hecho esto. No es profesional. No lo es.

La puerta se abre lentamente y se asoma dentro el rostro de Manuel.

166 · Paola Rimieri

— ¿Vos sabías de esto? —le digo bajito, pero demostrando el enojo que tengo.

— ¡Salí de ahí! ¿Estás loca?

— ¿Vos sabías?

— Valeria, salí. No podés estar en un depósito escondida. No seas nena.

Me incorporo y le hago caso.

Salgo y me acomodo el caos que tengo en el cabello.

Tengo que seguir escuchando la ponencia, no puedo llamar la atención.

Gisela hace un gesto con sus ojos cuando me ve. Los abre grandes y encierran una sonrisa. Sé por esa mueca, que evidentemente, ella también estaba al tanto de esta situación.

Seguiría de espaldas a Nickie, pero en ese mismo instante, escuchando su voz llena y potente, deseo mirarlo.

Es como un imán que me atrae hacia él y no puedo resistirme. Hago contacto con sus ojos. Esos profundos ojos azules. Brillan

de una manera especial, una que reconozco. Está feliz. Y yo, furiosa, pero ablandándome ante su presencia.

Lo escucho hablar y pienso qué estúpida fui de no darme cuenta antes, cuando hablaban de las series. Incluso habrán dicho Brave, pero con mi habitual poco foco en lo que escucho, no lo noté.

Me doy cuenta de que no sé nada de esa serie, de su personaje, ni siquiera el nombre de su personaje.

Pero ahora, no es eso lo importante. Lo importante es que está aquí, a veinticinco pasos de mi persona.

Y aún no puedo creerlo.

Mientras trato de asegurarme estar despierta, realmente despierta, una mano me toca el hombro.

Es Axel.

Tentación y laberinto · 167

¿Qué hace este hombre en este momento? ¿Dónde estaba? Mi mayor furia es contra él. Pero debo contenerla.

—Rurik quiere verla después del panel, señorita.

No quiero contestarle nada ahora. Es tonto y es cursi. —Vale, vamos, acompañame.

—No entiendo cómo fue que no me dijiste nada.

—¿Te sorprendimos?

Ay, Axel... Mejor guardo en silencio mi opinión.

«¿Te sorprendimos?» Siempre es protagonista.

Entramos en una especie de sala de estar, cerca de la sala de convenciones de donde acabamos de salir. Allí, sentadas, hay varias personas. A la distancia distingo a un hombre de pie que conozco:

¿Jack?

Me acerco a él y me saluda cordialmente. Su rostro se ve amisto-so, pero siempre muy formal, es escueto en el saludo.

Estoy incómoda. Sé que todos ahí saben que espero a Nickie. Y me avergüenza.

Miro el celular. Tengo mensajes, que no voy a leer ahora. Veo la hora y son más de las ocho. ¡Laura! En un rato va a aparecer por acá.

Tengo que contarle todo.

Me siento en uno de los sillones y le envío varios textos, contándole la increíble situación que acabo de vivir.

Enseguida recibo un audio y lo escucho con volumen bajo, apoyado el celular sobre mi oreja. Me alegro de haber bajado el volumen, porque los gritos en público de Laura, me harían poner muy nerviosa.

— ¿Entonces ni voy? —Remata en un último audio, en el que percibo su voz agitada por caminar rápido.

Respondo, también, sin levantar mucho la voz:

—No, no. Tonta. Vení.

168 · Paola Rimieri

Guardo el teléfono. Axel está exultante. Como siempre, la cabeza muy alzada, sacando pecho.

¡Qué hombre terrible! Nunca voy a saber exactamente cómo me cae.

Sigo sentada allí y se me ocurre una idea.

—Axel, me hacés un favor.

—Por supuesto.

— Laura iba a venir a buscarme porque saldríamos a cenar. Y ahora va a llegar y no me va a encontrar.

— Aha.

—¿Me harías el favor de salir y buscarla? Debe estar al llegar. —¿Vas a salir con ella de todos modos?

—Claro. No puedo hacerle un plantón.

Axel me mira sin comprender demasiado.

—Podemos cenar, ustedes, Nickie y yo. ¿Qué te parece, Axel? —Es cierto. Puede ser. ¿A dónde la debería ir a buscar?

—Le dije que llegara al centro de convenciones. La acreditamos cuando llegamos, con Gisela. Así que, si es posible, esperala ahí.

Axel deja el lugar y yo me relajo.

Apoyo mi cuello sobre el sillón particularmente cómodo en el que estoy sentada.

Cierro un poco los ojos, intentando, más que nada, abstraerme de ese lugar y de esta espera que, aunque no quiera demostrarlo, me impacienta mucho.

Trato de analizar cómo me siento. Estoy sumamente feliz.

Nunca pensé que me llenaría tanto de alegría la noche de hoy. Nunca esperé ver a Nickie tan pronto.

También, estoy ansiosa. Tengo ganas de que Nickie deje de hacer lo que está haciendo y lo tenga enfrente de mí. Cerca, muy cerca.

Tentación y laberinto · 169

Y estoy un poco desconcertada, al mismo tiempo. No puedo creer cómo es que Nickie logró estar ahí, sin que yo supiera nada antes, y con tantas personas que sí lo sabían.

Podría ofenderme mucho con todos los que me ocultaron el secreto.

Podría, pero no voy a ofenderme. Menos, enojarme.

Estoy en las nubes y solo quiero disfrutar este momento, este hombre y este fin de semana.

Abro los ojos cuando escucho aplausos. Unos pasos más allá veo a Laura junto a Axel y me dirijo hacia ellos.

—¿Estuve mucho tiempo dormida? Recién me doy cuenta. Se ve que me relajé demasiado.

—Tuviste una gran descarga de energía, Valeria —responde Laura, que me saluda y me demuestra estar sumamente emocionada con lo que sucede, al mismo tiempo que me acomoda el cabello.

—¿Hace mucho que llegaste?

—No, no. Unos minutos. Y no estuviste mucho ahí, con los ojos cerrados —señala el sillón—. La verdad es que no sé si da que yo me quede.

—Sí, por supuesto. Comemos los cuatro, ¿te parece?

Seguimos hablando los tres de cualquier cosa. Hasta que veo el cambio en la manera de mirar de Axel y de Laura. Me doy cuenta de que Nickie está viniendo hacia nosotros. Giro y miro hacia atrás. Y todo allí se ilumina.

Camina con cadencia y velocidad hacia mí. Había olvidado cuán alto y esbelto es. Sus piernas largas y delgadas se mueven prolijamente. Y su sonrisa, marca una enorme mueca de expresión en su rostro anguloso.

Lo veo llegar decidido hacia donde estamos. Lo veo caminar alegre y enérgico.

170 · Paola Rimieri

Supongo que la misma sonrisa intensa está dibujada en mi rostro. Y cuando está a menos de dos pasos de mí, me toma con sus dos manos por la base de la cara. Es casi una caricia en el cuello que me arrebatara con fuerza y me acerca hacia sus labios.

Nickie me besa, con una pasión exagerada que desconocía. Como queriendo achicar el espacio de tiempo en que no estuvimos cerca en ese beso.

Me besa y mis labios lo sienten tan conocido y tan cercano. Tal vez, pensando ellos también, que jamás dejamos de besarnos en estos largos meses en los que no nos vimos.

El beso se prolonga, y cuando ambos quedamos sin aliento, sus labios me dejan y me acerca con firmeza a su pecho cálido. Percibo allí su aroma, el de siempre, y los latidos acompasados.

Pareciera que estamos solos, pero no es así.

Nos separamos unos centímetros. Entonces, Nickie me saluda. —¡Val! ¡Estás muy hermosa!

Suelta una especie de carcajada y debo devolverle el saludo. —¿Cómo estás, Nickie? Me sorprendiste mucho, mucho.

—Estoy tan feliz de estar aquí. Quiero que estés también feliz. —Estoy feliz, Nickie. Es muy extraño todo —Nickie hace subir dos dedos suyos por mi cabello, como corroborando que sean materialmente reales—, muy extraño. Pero me siento muy feliz de verte, de que estés aquí. ¡Ay, Dios, es una locura!

Me toco los cachetes, porque los siento hervir en mi cara. Nickie saluda a Axel y a Laura. Me toma de la mano y lo hace con otras personas que están junto a la gente de la exposición. Me observa y sonríe, saluda y habla en su diáfano inglés que abre mis oídos, al igual que todos mis sentidos, de una manera increíble. Me siento otra, de su mano, junto a él.

Hacemos unos pasos y frena. Se para en frente de mí y me observa, siento que su mirada azul profunda me escanea. Toda la sangre de mi cuerpo bulle y casi voy a colapsar cuando, con sus dedos sua-ves, acaricia mi cuello y me toma nuevamente para besarme.

El beso es más corto ahora. Quisiera un poco más.

Lo miro, extasiada, sintiendo los ojos cansados, aunque con ma-yor claridad le digo:

—Tenemos que ver qué haremos ahora. Axel y Laura están es-perándonos. O no sé, tal vez tengas compromisos porque en este momento se hace el brindis de la exposición.

Nickie tira su cabeza hacia atrás y mira al cielo. De su boca sale un poco de aire.

—Val, mi plan era que estuviéramos solos.

—Entonces, voy a hablar con Laura y le diré a Axel.

Me frena tomándome el brazo como solía hacerlo cuando cami-nábamos por San Francisco.

— Espera. Dejáme decirle a mí algo a ellos, ¿sí? —adoro cómo cambia las tonadas del español y el argentino en una misma frase. —No es necesario, yo les digo.

—Yo lo hago.

Me indica que caminemos hacia donde están y ahora se les han sumado Manuel y Gisela.

Nickie los saluda cordialmente y se acerca a hablar con Axel.

Le dice algo cerca del oído y ambos ríen. Lo palmea en el hom-bro y luego, saluda al resto de los presentes.

Su mirada me dice que es hora de irnos, y entonces hago un gesto de pedido de perdón a Laura.

Nickie me toma de la mano y caminamos por el pasillo hacia el ascensor.

Jack nos sigue por detrás, hasta que entramos en él y Nickie mar-ca el número catorce.

La puerta se cierra y en ese minúsculo lugar, solos, me besa una vez más.

El cosquilleo en el estómago no se debe solamente al movimiento de la máquina que arranca haciéndome sobresaltar. Debo luchar contra la gravedad para no caer arrodillada al suelo, me

tiemblan las piernas y siento mi cuerpo laxo, muy laxo.

Entramos a la habitación, apresurados, enardecidos. Nickie cierra la puerta con el pie, sin soltarme la cara con sus manos ni sus labios. Me quita del brazo la cartera y la arroja a un sillón, me sigue besando sin pronunciar palabras hasta que me conduce a una impecable habitación, totalmente blanca. Blanca como la remera ajustada a su cuerpo, tan blanca que ilumina ese rostro que amo.

Blanca y perfumada, la habitación, su remera y su piel.

Acaricio la tersura de su cabello y trato de respirar cada vez más profundo, porque mientras estoy tumbada mirándolo, me besa y me observa; me observa y me besa. Y quedo sin aliento.

Respiro una vez más y cierro los ojos. ¿O los abro? Es lo mismo.

La punta de su nariz recorre mi cuello hasta que sus labios se posan profundamente en la base de mi cuello. El calor que exhala sobre mi piel me enloquece.

Y sus labios húmedos sobre mi cuello me adormecen. Abro los ojos. ¿O los cierro? Es lo mismo.

Ya no puedo pensar claramente.

Ya no pienso.

Y me pierdo.

Tentación y laberinto · 173

El sol intenso ingresa por el inmenso ventanal del piso catorce, directo a mis ojos.

Despierto.

El exquisito aroma a mi alrededor, me devuelve la respuesta que esperaba: ¿la noche de anoche fue real?

Me incorporo y admiro el hombre hermoso que tengo junto a mí.

Tomo su mano entre las mías, dormido aún, y acaricio levemente cada uno de sus dedos. Trato de ser suave. Un poco para captar cada detalle de su piel, un poco para no despertarlo.

Tengo hambre. Me levanto de la cama y recorro la sala de estar de la habitación. Llevo las copas que quedaron en las mesas de cama y las apoyo cerca de la cocina. Busco en la canasta algo para comer, hay: barritas de chocolate, golosinas en general. Tampoco quiero un agua, ni otra bebida que no sea un café con espuma.

Me ducho y me vuelvo a poner la ropa que me dio Alba. No es lo que debería estar usando a esta

hora. Tengo una sensación extraña y reconfortante que hacía años no tenía. No siento culpa, no siento vergüenza, estoy cómoda.

Tomo el celular y veo si hay mensajes de Martín, pero no hay nada.

Me siento en la punta de la cama, a esperar.

Segundos después, sin dejar de mirar a Nickie capto sus ojos que se abren y su sonrisa que llena de luz la habitación. ¿Cómo puede ser tan impecable y tan bello siempre?

Tentación y laberinto · 175

Se despereza, también en ese acto haciendo uso de su delicada gracia y estira uno de sus largos brazos hacia mí. Me acerco y lo beso. Un beso de buenos días. Buenos días de verdad.

—¿Tan temprano, hon?

—Tengo hambre.

—Llama y pide algo para desayunar. —Estaba esperando que lo hicieras. — Right?

—Sí, me parecía mejor que lo hicieras vos.

—Oh, my...

Gira en la cama y toma el teléfono, medio cuerpo suyo queda enroscado en las sábanas blancas radiantes. Siempre resalta su brillo con ese color. Pide desayuno por teléfono con gracia y amabilidad. Por su tono, se siente cómo seduce cuando habla, incluso, de las co-sas más banales que puedan existir. Me le acerco más y cuando corta el teléfono me atrapa entre sus brazos. Me huele profundamente el cabello y la piel, toma aire inspira con fuerzas y me besa la mejilla.

—Quiero que vengas aquí, Val —con su mano señala el costado de su espacio en la cama— ¿por qué te levantaste tan rápido?

—Tenía hambre y ganas de darme una ducha.

Nickie se tapa la cara y sonrío.

—¿Qué voy a hacer con vos, Val?

—¿Cómo qué vas a hacer conmigo...?

—Vengo, casi exactamente, desde tres mil quinientas millas para estar contigo. Te levantas y me abandonas así... Yo duermo más y no ejercité todavía.

—Ni lo vas a hacer, hoy.

—Eres la perdición.

— ¿La perdición? —no puedo parar de reír. Dejo de hacerlo cuando se incorpora velozmente y me besa sorprendentemente.

176 · Paola Rimieri

—Estoy perdido, hon.

Se levanta y se dirige al baño. Lo observo caminar, su cuerpo esbelto, sus piernas larguísimas y fibrosas. Levanto la vista antes de que cierre la puerta del baño y me enfoco en su espalda.

Soy yo la que está perdida.

Terminamos de desayunar mirando desde arriba la hermosa ciudad que amo.

Le mostré a Nickie, señalando a la inmensidad, donde está mi casa. Le conté muchas cosas de Córdoba.

—Me gusta cuando hablas con pasión, Val.

—Me gustás todo el tiempo, Nickie.

— Oww, oww... me haces tomar de golpe el café y puedo ahogarme.

—No seas loco. Seguro es algo que te dice todo el mundo, todo el tiempo.

—Sí, “probably”, sí.

Me gusta observarlo como se desentiende, pero no deja de reconocer quién y cómo es.

— Ah...”probably”...

—Claro. Es un personaje, Val. La gente admira mi personaje, no solo a Rurik, o a otro. A Nickie como personaje.

—¿Nickie es un personaje?

— Claro.

—¿Entonces, quién sos?

—Bueno, es extraño, porque también soy Nickie. Pero... digamos, soy Nickie, Nicholas.

—Te diré Nicholas, entonces.

Nickie ríe, con su café en la mano. Verlo reír mirando hacia arriba me hace extrañamente feliz.

—Mi madre me decía Nicholas.

—¿Te digo Nico?

— Mmm, no lo sé. No me refiero a que me digas de alguna manera especial. Me refiero a que me conozcas como soy. Cómo es Nickie, sabe eso todo el mundo.

—¿Cómo es?

— ¿Quién?

—Vos. Tu verdadero vos, como quieras llamarte.

—Soy así. Lo que se ve. Me gusta estar solo con vos. Me gusta sorprenderte. Me funciona bien. Y me hace feliz ocultarte que estoy por verte y aparecer frente a ti, a vos, y verte la cara de sorpresa.

— Casi me muero. En un primer momento me enojé bastante con Axel, con vos, con Manuel...

—¿Enojarte? Eres terrible, Val.

— Lógicamente. Y, además, me expusieron delante de todo el mundo. Ni quiero leer las cosas que están poniendo.

—¿Sabes? Veo que estás mucho más relajada ahora que cuando te sorprendí en Las Vegas.

—Y bueno, ya te conozco. Esa vez, era todo nuevo. —Más relajada, me refiero..., relajada en todo.

Termino mi desayuno y, mientras se viste, pienso en lo que Nickie me dijo. Pienso sin dejar de mirarlo, lo veo tan bello que me parece que estuviera incluso más atractivo que cuando estuvimos juntos en Estados Unidos. Y recapacito sobre eso de estar más relajada. Es verdad, lo estoy; hay muchos motivos para estarlo: estoy en mi territorio, sé cómo moverme aquí, aunque es una metáfora la idea de moverme; me siento mucho más segura.

178 · Paola Rimieri

Además, ahora soy libre. Y eso no es una metáfora. No tengo que preocuparme por nadie más que yo.

—¿Qué vamos a hacer ahora, madame?

Nickie me saca de mis pensamientos para pensar en algo más. Es cierto, qué vamos a hacer ahora.

—No crees que voy a quedarme todo mi viaje a Argentina encerrado en una habitación de hotel, hon.

—No lo pensé. Pero dame unos minutos, Nickie.

—Ya lo sé que quisieras tenerme encerrado, aquí contigo, como un esclavo sexual, pero hay vida allí afuera, Valeria.

Me abraza con la misma fuerza con la que nos divertimos, y me besa con ternura.

Es verdad que no sé qué haremos, como también lo es que podría haber deseado tenerlo solo para mí. Sin embargo, me dan muchas ganas de salir a disfrutar del magnífico día que hace afuera con este caballero por mi tierra.

—Si me hubieras avisado de tu loca idea de llegar por sorpresa aquí...

—Ay, Val, siempre culpándome. Aunque, ya lo sé, cómo voy a dejar esto en tus manos... Es demasiado después de una sorpresa que te ha dejado aturdida aún.

— ¡Dejalo en mis manos tranquilamente! Primero, vamos a mi casa así me cambio de ropa, antes, a buscar mi auto.

Nickie me da la mano, se pone una de sus gorras y tomo mi cartera del sillón donde la arrojé la noche anterior.

Salimos y caminamos por el pasillo del hotel. Antes de llamar el ascensor, Nickie manda un mensaje con su celular.

—¿A Jack? —Pregunto.

Nickie asiente con la cabeza, a la vez que baja sus labios hasta los míos y me besa encogidamente.

Tentación y laberinto · 179

Busco las llaves de mi auto en el lobby y recuerdo que lo dejé en la playa de estacionamiento del shopping, así que también busco el ticket para poder hacer el pago. Nickie está de pie junto a mí, mirando hacia afuera.

Busco adentro de mi cartera y, luego, vuelvo a su rostro donde observo una expresión extraña en él.

Repentinamente, se me acerca y me toma del hombro, como queriéndome mover hacia algún lado.

Miro por los grandes vidrios del lobby y me doy cuenta cuál es la razón de la inquietud de Nickie:

un grupo de gente, algo exaltada, está afuera y se acercan hasta el ingreso, solo hasta donde les permite la gente de seguridad del hotel. Y, seguramente, están ahí por él.

Nickie está notablemente incómodo y me corre unos metros. — Val...

—¿Qué pasa? Esperemos a Jack, si eso te pone más tranquilo.

—Sí, en realidad... Podría ver si ellos quieren que salga y haga-mos unas fotos, pero no salgas.

—Como vos digas.

—¿Dónde tienes el coche?

—En una playa, al lado.

Nickie me mira y su gesto denota incomprensión.

—En el parking del shopping, Nickie.

—No, no. Vas a quedarte aquí.

—¿Nickie, qué te pasa? Es poca gente, no me pasará nada. Me da risa que estés así.

—Sophie me anticipó que podría pasar esto.

—¿Sophie? ¡Por favor, Nickie! ¿Qué te anticipó?

Jack nos interrumpe. Su rostro está duro y casi no nos saluda. Se alejan unos pasos de mí y veo, por el movimiento de sus manos, que está dándole indicaciones.

180 · Paola Rimieri

Se me acercan y Nickie me habla:

—Lo más conveniente es que dejes tu coche ahora y luego Jack se encargue de él. Nos buscarán por el estacionamiento, evitando la gente. Luego, nos vamos.

—¡Ay por Dios! No puedo creerlo. Voy a salir y buscar el auto. Y vos vas a salir y sacarte unas cuantas fotos, como hacías en Estados Unidos.

Me dirijo velozmente a la puerta y ambos hombres, tratan de detenerme. Nickie llega unos metros antes de la puerta y yo, una vez afuera, cruzo entre los jóvenes que lo esperan.

Me abordan y, con mucha amabilidad, me hacen muchísimas preguntas: ¿Qué hace? ¿Hasta cuándo se queda? ¿Por qué no sale? ¿Quién soy?

Trato de decirles lo más que puedo mientras busco alcanzar la mirada de Nickie que sigue dentro. Lo noto preocupado y tocando-se la barbilla, casi no me mira.

—Escuchen, Nickie está un poco resfriado, ya saben, el cambio de clima. No sabemos hasta cuándo se queda, soy una vieja amiga suya, pero no manejo su agenda.

—¿Puede salir para que le entreguemos algunas cosas?

— Supongo que sí —le hago una seña y sonrío desde adentro. Una sonrisa que no es de Nicholas, pero sí es de Nickie.

Le vuelvo a hacer seña y veo que, tras hablar con Jack, caminan ambos hacia la puerta y salen hasta donde estamos nosotros. La masa de gente que está allí, corre hacia él. No son demasiados, pero sí son enérgicos.

Quedo prácticamente sola en la vereda. El viento cálido me toca el rostro y enseguida, sin dejar de mirar a Nickie, observo que un par de chicas vienen hacia mí.

Tentación y laberinto · 181

Me preguntan si pueden hacerme una entrevista, cosa que me extraña y no dudo en hacerles saber que es insólito lo que me piden y que no tiene sentido.

Sin embargo, insisten y preguntan una y otra cosa. Me preguntan por él, pero más que nada, inquietan cosas sobre mí. Me abordan diciéndome que me conocen, que saben algunas cosas públicas de mí y, que también, sabían que me había encontrado con Nickie en Estados Unidos. No les digo demasiado y quiero sonar tranquila, aun cuando noto que mis manos transpiran y no puedo dejar de frotármelas.

Les agradezco, como símbolo de buena voluntad, y me acerco a Jack. Su rostro denota una incomodidad desconocida para mí. Le digo al oído que buscaré mi vehículo y que traiga a Nickie conmigo.

—Are you going to drive —pregunta, con un gesto de extrañeza que me abruma.

—Of course.

Terminada de expresar esa afirmación, lo dejo con su estrella y voy en busca de mi auto.

«¿Que si voy a manejar yo?», no puede preguntarme eso en ese tono y con ese ceño.

«“Of course”. “Por supuesto”, misterioso Jack, ¡por supuesto!» Siento un retorcijón en el estómago por esa breve interacción con

el guardaespaldas de mi chico. Y me río, mientras bajo el ascensor directo al estacionamiento. ¿Mi chico? Es gracioso pensarlo. Soy una mujer grande... De igual modo, amo escuchar en mi

cerebro esa expresión que jamás dije antes: “mi chico”.

Llego frente al auto y hago sonar la alarma. Comienzo a revisar los bolsillos de este pantalón hermoso, aunque ya no lo soporte puesto encima, para buscar el papel que me dieron anoche cuando estacioné. Reviso la cartera y tampoco lo encuentro.

Me inquieto un poco. ¿Dónde lo habré puesto?

182 · Paola Rimieri

¿Cómo puede haberme pasado eso?

Empiezo a sentir que mi corazón late fuerte y lo percibo, hasta el final de mi cuello, dentro de la garganta. La misma inquietud que sentí cuando anoche, mientras relataba mi salida en el noticiero, escuché la magnánima voz de Nickie, mi chico.

¿Pero acaso estoy loca?

Preocuparme por haber perdido el papel del estacionamiento a causa de haberme quedado toda la noche con el hombre que me enloquece. ¡Por Dios!

Me río de mí misma y me subo al auto. Voy a salir y a pagar lo que deba pagar como penalidad, y voy a subir a mi modesto vehículo a la estrella de Brave.

Salgo del estacionamiento y voy girando en unas cuadras, para llegar a la vereda donde dejé a Nickie.

Desde lejos puedo ver que hay mucha más gente que antes en la puerta del hotel. Algunos con carteles, agrupados, desagrupados, un tumulto de personas.

Y entre la multitud no veo a Nickie.

Debo dejar el coche en un lugar donde no debo estacionarme, me dirijo al conserje de la puerta tratando de explicarle:

—Yo...Tengo que buscar... Dejo...Te dejo la llave. ¿Te la dejo? — Ok.

Corro dentro, desde afuera divisé a Nickie porque sobresale por su altura.

Me les acerco a él y a Jack, y me preocupan sus rostros de espanto.

Choco y junto las manos con un pequeño sonido de aplauso antes de decir:

—Bien, el auto está afuera. ¿Nos vamos?

Nickie se me acerca unos pasos y misterioso Jack lo frena. — Where?

—Vamos a ir a mi casa, primero —respondo con velocidad. Jack detiene a Nickie por el brazo y le dice algo en inglés. Ambos sonríen, aunque presiento que no están diciendo nada gracioso. Nickie toma su mochila y se la pone sobre un hombro y, luego, coloca su gorra en la cabeza. Jack le da en la mano la campera y la toma con la mano izquierda. Con la derecha me toma por mi hombro y me dirige hacia la puerta. Jack y los conserjes de la entrada nos abren la puerta y afuera escuchamos muchísimos gritos. Casi todos comienzan o terminan con su nombre: —“¡Nickie!” — se escucha por miles.

Me invade un poco el miedo por primera vez. No tengo experiencia en estos tumultos. Pero Nickie baja su barbilla sobre mi ca-beza y vamos apresuradamente a mi auto.

— ¡Hola, pequeño automóvil de Val! —dice graciosamente Nickie, mientras acomoda el asiento del acompañante hacia atrás. Con su mismo humor, mira hacia atrás y me disculpo por el desorden de mi auto, pero sin ningún tipo de vergüenza.

Demoro un poco en salir, porque hay algunos fans saludando a Nickie y sacando algunas fotos. En pocos minutos, Nickie recibe un mensaje. Y, mientras saluda con la mano y una sonrisa enorme que no es de Nicholas, me mira y dice:

—Ahora, sal alrededor; y luego, nos vamos.

Y eso hago.

Arranco y salgo, dejando atrás a fans y a misterioso Jack. Camino a casa, Nickie mira por la ventanilla, también mira hacia delante, pero casi no me mira a mí.

A las pocas cuadras, comienza a hablar.

—Es emocionante estar en tu automóvil, Val.

—Ay, lo es para mí, tenerte acá. ¿Qué pasó con los fans?

184 · Paola Rimieri

— Empezamos bien. Pero fueron muchos en poco tiempo. ¿Te soy honesto?

—¡Claro! ¿Odiás a los fans?

—No, no. No es eso, por Dios. Pero, honestamente, sí me sentí incómodo.

—¿Por qué?

— No estoy cómodo con que me tomen los brazos y me den besos. Demasiado contacto físico.

Jack, se pone muy nervioso y no se me despega.

—Sí, lo noté extraño, incómodo. Y me habías dicho algo respecto de Sophie...

—¡Sophie! —Nickie mira hacia abajo sonriendo— Ella hubiera estado mucho más incómoda que Jack. No estaba muy de acuerdo con este viaje

—¿Sophie es la mujer con la que estuviste saliendo? —pregunto, al pasar, casi sin demostrar importancia.

—¿Sophie? ¡Estás loca! No, no.

Nickie mueve la cabeza para todos lados, mezclando la risa con el asombro por la pregunta y la negación de su respuesta. Levanta el rostro y me mira, casi por primera vez en el viaje hasta casa.

—¿No quieres nada a Sophie, verdad?

—Ni siquiera la conozco, Nickie. Pensé que era ella. —No lo es.

Y, con su calidad para dar por cerrados temas, se calla. Y comienza a mirar por la ventana.

Estamos llegando a casa, por lo que no puedo seguir indagando. —Y bueno, llegando por la izquierda.

Maniobro e introduzco el auto en el ingreso de la cochera. Quedamos dentro del jardín. Diviso el auto donde viene Jack y

Tentación y laberinto · 185

estaciona por la derecha, en la vereda de enfrente. Bajamos y busco las llaves.

Abro la puerta, saco la alarma y entramos.

Respiro profundamente y dejo la cartera sobre la mesa del living. Nickie está fascinado, su rostro posee una intrigante mirada llena de brillo. No quita sus manos de los bolsillos y camina lentamente detrás de mí, observando todo.

—Esa es la cocina, Nickie. Si querés tomar algo, en la heladera debe haber gaseosa, agua; o bien, hay para preparar café, té, mate, si es que quisieras probar... Yo quisiera cambiarme, así que tomá algo y ya vengo.

Nickie asiente y sigue mirando todo. Aprovecho y acelero un poco, quiero cambiarme ya mismo, sacarme estos zapatos con taco y quedar cómoda, muy cómoda.

Camino por el pasillo hacia la habitación y me hago una cola con el cabello, para que ya no me haga cosquillas sobre la nariz.

Antes de entrar a la habitación, escucho a Nickie que me pregunta:

—¿Y el perro? —Señalando con la mano el almohadón cuchita que ya hace tiempo está vacía.

—Ah, el perro... Jefe ya no vive acá, definitivamente. Se fue con Martín.

—¿Lo extrañas?

—A veces, sí. Era el único que muchas veces me recibía cuando llegaba a casa.

—Pobre Val. Ahora estoy yo.

Nickie se me acerca y me abraza. Desde la puerta de mi habitación veo la cama tendida desde hace mucho. Hace mucho tiempo que no duermo allí. Y un escalofrío corre por mi cuerpo mientras

186 · Paola Rimieri

Nickie me besa y me pasa el borde de su mano, suavemente, por mi rostro.

Cuando termina el exquisito beso, miro a Nickie, a sus ojos profundos y le digo a modo de pedido.

—Me voy a cambiar, Nickie. Y luego, vemos a dónde querés que te lleve.

—Solo quiero estar donde estés.

Doy un paso atrás, emocionada por lo que acabo de escuchar. Y entro en mi habitación.

Nickie viene detrás de mí.

—Perdón, Nickie. Creo que mi casa debe seguir siendo un lugar donde no estemos juntos.

—¿No? —pregunta Nickie, arrugando el ceño.

—Prefiero que sigamos estando juntos en otros lugares. No quisiera que mezclemos las cosas.

Nickie abre los brazos y estira las palmas de sus manos como signo de un “como digas” y sale de la habitación. Lo veo regresar a la cocina y yo, entorno un poco la puerta.

Ya me siento cómoda. No hay nada como mis jeans y zapatillas. Miro el celular y leo el mensaje de Axel que responde a mi pedido

de sugerencias de lugares para ir a pasar el resto del fin de semana con Nickie. No tengo demasiado conocimiento de dónde ir, menos de lugares donde llevar a un hombre como él.

Cuando llego al living de mi casa, veo a Nickie mirando fotos. Tiene, entre sus manos, un

portarretratos con una foto que amo de Paloma y Leticia.

— ¿Ellas?

Tentación y laberinto · 187

—Están con el padre. Habíamos quedado que hasta el domingo. Como han cambiado mis planes, tal vez le pida que las tenga hasta el lunes.

—No es problema para mí, Val. Realmente quiero conocerlas. Reacciono a la idea de que no sé qué quiero yo. No sé si quie-

ro que ellas conozcan a Nickie. Me gusta la idea, pero tengo que pensarlo.

Antes de responder algo respecto de las chicas, le doy a Nickie las opciones de los lugares a dónde podríamos ir.

—Todos son muy cerca.

— Mira, Val. Yo te guié en Estados Unidos. Ahora, quedo en tus manos —y eso último, lo dice con picardía—, si todavía no me tienes entre tus brazos es porque no quieres. Yo estoy disponible.

Me hace reír. Le pido unos minutos más y tomo mis cosas para que nos vayamos a alguna parte. No sé a dónde. No me ha respon-dido a qué lugar de los que le mencioné le gustaría ir, así que me decido. ¡Se me ha ocurrido una idea!

—Entonces vamos a ir a donde quiero yo.

— Perfect!

Salimos de casa. Nickie me besa dulcemente la cabeza cuando me le acerco con mi mochila. No cargué demasiadas cosas. Siento que, cuando estoy con él, estoy tan relajada como él. No necesito más.

Salimos y Nickie cruza la calle para hablar con Jack. —¿Querés manejar vos, Nickie?

—No, no. Sigues tú al mando.

Me agrada escucharlo decir eso. Me hace sentir con poder y sé que de alguna manera, lo tengo.

Arranco nuevamente, pongo algo de música y salimos. —¿Hacia dónde nos vamos, capitana?

188 · Paola Rimieri

—Voy a llevarte muchos años hacia atrás en mi vida, hace mu-cho que no voy. Pero como sos una

persona especial, quiero que lo conozcas.

—Oh, eso me halaga mucho.

—Vamos a donde fui siempre muy feliz.

—Ok. Espero estar a la altura de las circunstancias. Sonrío y seguimos viaje.

Cruzamos la ciudad casi en silencio. Cuando entramos en ruta, Nickie se relaja un poco más y me pregunta:

—¿Te gusta conducir?

— Sí. Es una actividad que me relaja. Muchas veces, cuando pienso en vos, estoy manejando. Es casi el único momento en que escucho música. ¿A vos, te gusta?

— Mira, ya sabes que soy bastante miedoso... Prefiero que me lleven. En realidad, me he acostumbrado a eso en estos años.

—¿Te da miedo viajar en auto como en avión?

— No, para nada. No es eso. No confío en mi atención para manejar, me lleno de ansiedad cuando estoy al volante.

—Me alegra, entonces, que confíes en mí.

—Ever8 ...

— ¡Gracias!

—¿Y dónde viven tus hijas cuando no están en tu casa?

—Con Martín. Él alquiló un departamento no demasiado lejos de mi casa. Nos queda cómodo para la escuela, las clases de danza de Leticia...

—¿Cómo lo llevas?

—Las extraño.

—Creo que es normal.

8 | Siempre.

Tentación y laberinto · 189

—Debe serlo. Sin embargo, no estoy cómoda con esta situación. Aprendí a extrañarlas, en

realidad. Pero no me pone cómoda esto de que van y vienen. No sé cómo les afecta.

—No les afecta.

—¿Cómo sabés eso?

—A mí no me afectó nada que mis padres no estuvieran juntos. Ni viajar, ni vivir alejado. Los seres humanos nos acostumbramos a todo.

—No pienso lo mismo.

—Ok. No pienses lo mismo. Es mi experiencia.

—Entonces, con eso querés decir que no me extrañaste todo el tiempo que no estuvimos juntos.

— Oh, no. No digo eso, Val. No es que uno extrañe o no extrañe. Es que, a veces, las cosas no pueden darse como uno quiere. Tenemos dos opciones: vivir tristemente o adaptarnos y seguir adelante.

—Sigo sin pensar lo mismo.

—Ok. Piensa como quieras.

Hago silencio unos kilómetros. Ya tengo hambre, aunque todavía falta un buen rato para llegar.

—Nickie, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro. ¿Cómo vas a preguntarme si puedes preguntar? —¿Por qué quisiste volver a verme?

— ¿Cómo?

—Sí. ¿Por qué?

—No entiendo cómo preguntas eso. ¿Por qué?

—Siempre estás diciendo que te acostumbrás a todo, que no se extraña. Incluso, me dijiste alguna vez que no extrañabas a tu mamá cuando eras chico. No entiendo por qué quisiste verme de nuevo, estando con otra persona.

190 · Paola Rimieri

—Puedo acostumbrarme a lo inmanejable. En este caso, yo podía decidir si seguir o no con quien me hizo tan bien. Es extraño el amor.

—¿Sentís amor por mí?

— ¿Qué crees, Valeria? ¿No ves todo esto que estoy haciendo? ¿Por qué creés que lo hago?

—No sé. Me resulta contradictorio. Algunas cosas que decís me hacen pensar que no hay nada que te importe, sin embargo estás aquí.

—Estoy aquí. Eso es lo que importa. Te dije que quería todo. —Mmm, todavía no hablamos de eso.

Nuevamente hago silencio. Y cuando hablo, cambio rotunda-mente de tema.

—Nickie, te presento las sierras de Córdoba. Aminoro la marcha y Nickie mira por la ventana. — Bajá el vidrio —le sugiero.

Nickie lo hace y se asoma levemente hacia afuera.

Estamos iniciando el camino serrano. El brillo del sol, sobre la importante vegetación serrana de verano en esta zona es para mí un cuadro de escena inmejorable.

Sé que, tal vez, Nickie haya visto lugares más bellos. No es lo mis-mo para mí. Este lugar es una apacible pintura y a la vez, es real. Es hermoso estar viendo esos tonos de verde y esas cumbres tan cerca nuestro. Todo allí parece tener otro color. Y otro aroma. El aroma de las sierras entra por nuestra ventana y solo somos interrumpidos por Jack, que llama por teléfono a Nickie para preguntar si está todo en orden.

—Everything is ok9 —afirma Nickie por su celular. Y seguimos adelante.

9 | Todo está bien.

Tentación y laberinto · 191

Manejo lentamente, entre curvas que siguen un hilo de agua que enmarca el camino sinuoso por el que subimos. Me vuelvo a sentir una adolescente recorriendo los mismos lugares que caminé hace mucho tiempo.

—En este lugar, crecí —comento.

—Esa sonrisa que nace de tus ojos me dice que amas esta parte del mundo.

—Sí. ¿Creerías que te digo que me había olvidado de eso? —¿No vienes siempre, Val?

—No. Hace mucho tiempo que no vengo. Después que me casé dejé de venir.

—¿Por qué dejaste?

—La vida, Nickie.

—Muchas cosas que no entiendo, Val. Vamos a tener tiempo de hablarlas.

Estacionamos por la izquierda y Nickie me pregunta por qué me ubico al revés.

—Estamos en UK, dear...—respondo sonriendo.

Jack no comete esta infracción. Cruza la calle y les explico que no hay problemas, ni autos por aquí.

Miro desde arriba la posada donde vamos a quedarnos. ¡Cómo ha pasado el tiempo! El lugar está incluso más bello de lo que lo imaginé y más moderno.

Bajamos las escaleras hasta el ingreso y, antes de abrir la puerta de vidrio, miro el rostro de Nickie:

—¡Bienvenido, Nickie! —le digo, casi sintiéndome la anfitriona. Su sonrisa me devuelve la tranquilidad de que está disfrutando del lugar.

192 · Paola Rimieri

Nos registramos los tres y nos dan un par de habitaciones bien alejadas entre sí. Jack no lo está disfrutando. Le explico que no hay casi nada de gente en el lugar y que se relaje, que trate de pasar, también él, unos lindos días.

Transitamos con Nickie por el caminito de piedras que tantas veces recorrí hace muchos, muchos años. Parecemos dos niños, jugando con las manos, mirándonos sin decir nada y sonriendo por cualquier motivo.

Frente al ingreso de nuestra habitación está lleno de brillantes flores de acetillo, decorando todo el espacio de manchas anaranjadas. Esa imagen trajo a mi memoria millones de recuerdos. Me quedo quieta unos segundos, pensando y recordando, hasta que Nickie me toma de la mano y me conduce a nuestra habitación.

La amable chica que nos acompaña y nos saluda, nos recuerda los horarios de comedor. Después, se dirige a Nickie en inglés:

—Welcome and enjoy.

—Thank you! —expresa Nickie con asombro y haciendo mucho énfasis en la última palabra que dice. Adoro cuando habla así. Se lo siente sincero. Entiendo ahora cuando dice que hay un Nickie y un Nicholas.

El mismo Nicholas es el que me toma por la cintura tras cerrarse la puerta y me ajusta contra su cuerpo.

Apoyo mi mentón sobre su pecho y giro levemente, poniendo mi oreja en el corazón. Siento su

palpitar veloz y la potencia de sus brazos que me alejan con fuerza de mi letargo sobre su cuerpo. Cuando me separa, sin mediar palabras, se saca su remera clara, y luego, hace lo mismo con la mía. Me toma nuevamente entre sus brazos, con la misma fuerza me rodea mientras su mano me acaricia suavemente el rostro.

Nos tumbamos en la cama, casi por accidente y como un juego, nos besamos como dos jóvenes indómitos. Nos besamos durante

Tentación y laberinto · 193

mucho tiempo, jugando con las manos, acariciándonos la piel uno al otro. Pareciera que estamos recién reconociéndonos, conociendo cada detalle del otro, analizando cada centímetro de nuestra bella humanidad, allí desnuda.

Cada segundo que pasa, nos apasionamos más y hallo en mi cuerpo una explosión que surge desde dentro, y me ahoga. Me asfixia mi propio cuerpo. Al mismo tiempo, siento las yemas de los dedos de Nickie aprisionando mi cuello suavemente. La presión que ejerce sobre mi piel es casi estimulante.

Inhalo profundamente, trago una gran bocanada de respiración de su boca con sabor a menta y me enfría la garganta por completo. Me oxigeno.

Y caigo rendida sobre su pecho rudo, tan terso, tan extenso como para acunarme. Completamente rendida.

Y sobre su torso, duermo plácidamente.

194 · Paola Rimieri

Abro los ojos y estoy mareada. Tengo el cuello espantosamente contracturado.

Trato de estirarme sin despertar a Nickie y el mínimo movimiento me tensiona, siento cómo el músculo duele horrorosamente.

Salgo, casi sin hacer movimientos, de encima de Nickie y al llegar a un costado de la cama, su mano detiene con fuerzas la mía.

Percibo su voz bajita y pesada por el descanso que me dice: —Don't go, hon.

—No me voy, me estaba acomodando.

Muevo levemente mi cabeza y cuello de un lado a otro para tratar de suavizar ese dolor espantoso. Nickie, bastante dormido aun, acaricia mi brazo estirado junto a su cuerpo. Nunca lo había visto tan descansado. Tiene, incluso, los ojos hinchados, como si hubiéramos dormido horas.

—¿Duele el cuello?

—Sí. Me duele.

—Dormiste incómoda.

—No estaba incómoda. Pero se ve que en una posición mala. —I see¹⁰.

—¿Qué hora es, Nickie? Tengo hambre.

Son casi las tres de la tarde, acabamos de fijarnos en su celular. Y vemos, también, varios mensajes de Jack.

—¿Qué te dice?

10 | Ya veo.

Tentación y laberinto · 195

—Que no he comido nada hoy, por ejemplo. —No puedo creerlo... ¿No te molesta eso? —Es su trabajo.

—¿Cuál es específicamente su trabajo?

—Bueno... cuidarme.

Lo escucho hablarme, relajado por completo, rozando casi compulsivamente su mano por mi pómulo, jugando con un mechón de mi cabello entre sus dedos.

—¿Cuidarte? ¿De qué?

—Bueno, como te digo. Me cuida de todo, es mi asistente también. Me acompaña porque no me gusta estar solo.

—Ahora no está solo.

—No, ya lo sé.

—Y acá no hace falta que te cuide. No hay problemas de seguridad, ni vas a encontrar fans que te toquen...

—¿Te molesta Jack?

—No.

—No parece.

—No es que me moleste. Es extraño.

Se incorpora en la cama, todavía con el celular en la palma de su mano derecha.

—No es extraño para mí. Si te molesta, dímelo. —¿Sí? ¿Qué vas a hacer? ¿Decirle que se vaya?

—No. No sé. ¿Cuál es el problema con Jack?

Me levanto de la cama y comienzo a vestirme. Tengo, objetiva-mente, mucha hambre y este tema de Jack me distrae de mi intención de salir a comer algo.

— Ningún problema, Nickie. Solo preguntaba. A mí sí me resulta extraño.

196 · Paola Rimieri

En el comedor del hotel, trato de explicarle a Nickie que no es un restaurante y que no hay restaurantes aquí.

— Esto es una especie de aldea, Nickie. No vamos a bajar al pueblo a almorzar.

—¿Qué vamos a comer?

—Me va a traer algunos platos. Te voy a sorprender.

Mientras esperamos, salimos por la puerta ventana hacia un enorme balcón que da al río.

—Oh my... ¿Eso es agua?

—Sí. Te dije que te iba a sorprender.

La misma chica que nos acompañó a la habitación se nos acerca con una pintoresca bandeja de madera con muchos platitos con exquisiteces caseras para comer: dos tipos de quesos, encurtidos en vinagre de zapallito y berenjena, tomates secos en aceite de ajo y romero, ensalada de garbanzos, ensalada de tomates, rodajas de pan con un aroma único.

Bajamos con cuidado a la playa, con la bandeja en manos de Nickie y un par de cervezas en mi poder.

Nos acomodamos en la playa. El sonido del agua, que corre enérgicamente en frente de nosotros, me relaja completamente.

No quiero irme de allí nunca más.

—Es un lugar hermoso —reflexiona Nickie.

—Lo es.

El sol brilla sobre el agua que está sumamente cristalina y la mica de las piedras destella en nuestros ojos. Es un momento mágico.

—¿Cuándo venías aquí?

— Siempre.

— ¿Siempre?

Tentación y laberinto · 197

—La historia es así: mis abuelos tenían una casa. Y aquí venía-mos con Sebastián desde niños.

—¿Por qué no vinieron más?

— Cuando mis papás se separaron y mis abuelos se murieron, dejamos de venir. Fueron unos años en que cambiaron mucho las cosas. Mi mamá se enfermó, coincidió con la época en que me puse de novia, Sebas se fue a vivir a Estados Unidos. La vida, como te dije.

—¿Qué pasó con la casa de tus abuelos?

— Nada.

—¿Cómo nada?

— Nada, ahí estás. Supongo que en pie. Tengo una prima que viene con su familia.

—¿La casa es de ella?

— Y de hecho lo es. Es quien se encarga de mantenerla, pagar impuestos y esas cosas.

—¿Podemos ir?

—No sé.

—¿Ella no quiere que vayas?

— No creo que tenga problemas. Pero no sé, puede ser. ¿Para qué querés ir?

— Conocerla.

Nickie se me acerca suavemente y me besa. Un beso pequeño y simple, frente al río, del lugar que más extrañaba en el mundo.

¿Cómo es posible que una se acostumbre a dejar algo que amaba? Supongo que es, como dice Nickie, que uno se puede acostumbrar a lo inevitable.

Ahora no lo evito y me acerco; me recuesto entre sus piernas, mientras me abraza fuerte desde atrás. Levanto, levemente, la cabeza y quedo en la distancia justa de mi boca contra la suya. Y nos

198 · Paola Rimieri

besamos nuevamente. Cuando vuelvo a mirar hacia adelante, quedo extasiada contemplando el paisaje, el río enmarcado en una sierra llena de verde y el cielo diáfano, celeste como pocos, sin ninguna nube. Libre y celeste. Celeste como los profundos ojos de Nickie. Libre como yo me siento después de tanto tiempo.

Caminamos por las pequeñas callecitas tomados de la mano. A unos pasos, viene Jack.

Deberé acostumbrarme a que me vea con Nickie todo el tiempo. Hacemos unos cuatrocientos metros hasta la casa de mis abuelos

y, una vez allí, tomo mi celular y busco el contacto de mi prima.

La casa sigue muy similar a la última vez que la vi, hace ya mucho tiempo. Tal vez algunas plantas más grandes y colores diferentes en las aberturas. Está sumamente limpia, por lo que supongo que mi prima viene asiduamente.

Tengo muchas notificaciones pero, primero que nada, mando un audio para pedirle permiso para entrar.

—Esta es la casa, Nickie.

—Es bonita. ¿Y cómo vamos a entrar, si está cerrada? —Sé dónde hay llaves...

A los pocos segundos, recibo una respuesta de mi prima que me autoriza a entrar y confirma que las llaves siguen en el lugar de siempre. Me avisa que, además, ella vendrá mañana domingo a pasar el día.

—¡Listo! —me acerco al ingreso de la casa y me paro en puntas de pie para alcanzar con la mano el manojito de llaves que se ocultan tras una pequeña grutita con la Virgen de Luján.

Abro la puerta y mi corazón galopa de emoción. Nickie me mira desde la calle y, con un gesto de mi mano, lo invito a que me acompañe.

Tentación y laberinto · 199

Percibo los mismos aromas que sentía desde niña. Trato de llenarme de ese perfume familiar y lleno mis pulmones del aire que allí se respira.

Camino con cautela, observando todo. Hago una visita guiada a Nickie que mira silenciosamente.

Me acerco a la estufa hogar y, en la repisa junto a ella, están todavía los juegos de mesa a los que jugábamos cuando éramos chicos. Me pregunto por qué perdí tantos años, tanto tiempo.

—¿Por qué no habré vuelto jamás aquí?

Nickie me observa sin decir nada.

—Pienso por qué jamás traje aquí a mis hijas.

—Puedes hacerlo, Val.

Recorremos la casa completamente y encuentro, a cada paso, un nuevo recuerdo.

En la que había sido la habitación que usábamos cuando nos quedábamos con mi hermano, e incluso también mi prima, levanto la persiana de la puerta ventana del balcón. Observamos, desde allí, la magnífica vista que da al río, al mismo lugar donde almorzamos juntos.

La tarde se hace eterna sentados allí ambos en el suelo, Nickie apoyado sobre la pared con sus larguísimas piernas y yo en su regazo. La mayor parte del tiempo estamos callados. El rumor del agua del río se puede escuchar desde allí arriba. Era una sensación que había olvidado. Es hermoso ese arrullo entre los brazos de mi chico, de mi hombre.

—¿Sabés qué pienso?

—Mmm, ¿algo obsceno?

—No —no puedo dejar de reirme—. No pienso en nada obsceno. Pienso en que por muchos años me alejé de mí misma.

200 · Paola Rimieri

—A ver... No comprendo muy bien. Me gusta cuando me ex-plicas. ¿Puedes?

—Me alejé de lo que me hacía bien.

—¿En qué sentido?

—Dejé de verme con mi poca familia, dejé de venir a este mag-nífico lugar, dejé mis sueños de ser una buena periodista...

—Ay, no. Eres buena periodista, journalist.

—No lo soy. Hago cosas mediocres. No me siento bien. Hago y digo lo que quieren que haga y diga. Creí que era una persona que pensaba por mí misma, que tenía ideas propias. No es así. Nunca hice nada genuino. Y ese es mi descontento.

—Yo tampoco hago lo que quiero, hon.

—¿No?

—Creo que es una idea un poco infantil, perdóname. Uno en el trabajo debe siempre hacer lo que los otros quieren. Yo no creo ser un buen actor. Es más, muchos colegas me desprecian solo por mi aspecto.

—Eso es imposible. Nadie puede despreciar tanta belleza —el tono de mi voz denota una actuación shakspereana.

—Me sonrojas, hon.

—No te sonrojes.

—Hablo en serio, no siempre uno es tomado en serio. Y te digo: en mi trabajo hay que hacer lo quiere el mercado. You know?

—Sí, entiendo. Pero en mi caso, sucede que yo iba a ser una periodista inteligente. Iba a cambiar el mundo.

—Oh, no. Primero, eres inteligente. Segundo, ¿cambiar el mun-do? —Nickie arruga la frente y los ojos, y me observa.

—Y en vez de cambiar el mundo, simplemente repito lo que el grupo del canal quieren que diga. Soy una esclava.

Tentación y laberinto · 201

—Quiero que seas solo mi esclava, hon —ríe—. Deja ese trabajo, entonces.

Nos reímos un buen rato y, entre risas, recuerdo que ya queda un día sin trabajar nada más.

—Mañana debemos regresar temprano, Nickie.

—¿Regresar?

—Sí. Viajar a Córdoba después del almuerzo.

—Entiendo perfectamente lo que es regresar. Lo que te digo es que no hay que regresar.

—¡Ay, qué gracioso! ¡Tan solo si no hubiera que regresar! —No hay que, honey.

Frunzo el ceño porque no comprendo por qué insiste en eso con tanta seguridad.

Nickie se levanta y yo lo sigo. Me ayuda a incorporarme tomán-dome la mano y a cerrar la habitación, como cuando la encontramos. Luego vamos a la cocina y, también, dejamos todo en orden. Cierro la puerta y vuelvo a esconder la llave en el mismo lugar de siempre.

Afuera, Jack sigue sentado en el banco de piedra en la calle. ¿Todo ese tiempo estuvo allí?

Nickie me toma la mano y comenzamos a caminar en sentido contrario de la hostería, seguimos de paseo.

A los pocos pasos, viene a mí la necesidad de comentar, una vez más, sobre el regreso.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte en Argentina, Nickie? — Mmm...

—¿Qué significa eso?

—Tengo unas largas vacaciones hasta que comencemos nuevamente a filmar la siguiente de Brave que es, por el momento, mi única obligación. Así que me iré cuando quieras.

202 · Paola Rimieri

—Bueno, no quiero que te vayas. Solo quiero saber, organizarme. —Siempre quieres organizarte, hon.

—Debo organizarme. Yo trabajo, tengo las niñas.

—Claro. Las niñas pueden estar contigo.

—Deben estar conmigo. Hablando de eso...

Tomo el celular del bolsillo. No lo miré desde que salimos de Córdoba.

Entre las numerosas notificaciones que tengo, hay varios mensajes de Whatsapp de Martín.

Me pide, en diferentes horarios, que lo llame.

Salgo de la aplicación y comienzo a marcar, mientras seguimos caminando. No tengo señal.

¿Cómo puede ser que, en estos casi veinte años que hace que no vengo a este lugar, siga sin haber señal de celular?

—La puta...

—¿Qué sucede, Val?

—Es que no puedo llamar a Martín, no tengo señal.

—Probá con el mío —escucharlo hacer esa mezcla de usos geo-gráficos de los verbos me da risa. Y más risa todavía, su mano estira-da con su gran Apple X.

—¿Qué es gracioso? —No sé. Me dio risa. —Entonces, ¿quieres?

Miro su celular y, efectivamente, tiene líneas de antena que mi aparato no muestra.

Marco el teléfono de Martín, y recuerdo ponerle la característica de país ya que el teléfono de Nickie no es argentino.

Espero mientras escucho cómo llama.

Tentación y laberinto · 203

—¿Hola? —pregunta tímidamente Martín, seguramente al des-conocer el número.

—Hola. ¿Martín?

—¿Estás mal, vos? —lo escucho preguntar secamente. Su tono cambia de la timidez a la agresión.

—¿Qué tenés en la cabeza? —insiste.

— ¿Qué?

—¿Qué? *Andás con el tipo ese por todos lados. ¿Sos idiota?*

—No me trates así, Martín —quiero calmarme y hablar bajo, no quiero que Nickie escuche.

—*¿Que no te trate así? Hasta en la radio hablaban de vos y el bolu-do ese. Te voy a decir una cosa...*

—Martín, no tenés derecho a decirme nada.

—*Te voy a decir una cosa, te voy a decir a qué sí tengo derecho.*

—Yo te voy a decir una cosa. No me podés reclamar nada, ya no estamos juntos. Vos también salís con alguien —afirmo, sin saberlo. —*Lo que te voy a decir es que no quiero que ese tipo esté cerca de mis hijas. No quiero.*

—¿Qué?

—*Eso. No quiero. Ni cerca, ni en mi casa.* —¿En “tu” casa? Pensé que ya no vivías ahí. —*Es mi casa. Sigue siéndolo.*

Respiro profundamente y trato de relajarme mirando el cielo. Nickie se me acerca y me toma del hombro.

—¿Todo está bien, hon?

—*¡Y no quiero escucharle la voz!* —grita Martín del otro lado del celular.

204 · Paola Rimieri

—¿Martín! Te voy a decir algo yo... Te voy a decir que, en pri-mer lugar, bajes el tono. En segundo lugar me des con Leticia o con Paloma.

—*¡No te doy nada!*

—¿Estás loco?

—*¿Loco? ¿Yo? Vos sos la que se fue con un tipo y sale en la radio, en la tele y en internet. ¡Estás muy desubicada, Valeria! ¡Tenemos una familia!*

—Tenemos una familia ¡Pero vos no sos nadie más en mi vida! Corto el teléfono y se lo entrego a Nickie con violencia. Me tomo

la cara y presiono mi nariz con fuerza. Quiero gritar y me contengo.

Una fuerte punzada en el estómago se siente como si se me cla-vara una espada y me doblo. Me doblo profundamente y siento un impulso dentro de mi ser.

Con todas mis fuerzas me incorporo y es como si el dolor se transformara en fuerza.

—¿Martín! —grito profundamente y mi voz sube, y se eleva al cielo.

Nickie me abraza durante unos segundos.

Cuando pasa un tiempo prudencial, me mira y me pregunta: —¿Qué sucede, hon?

—Me trató mal. Muy mal.

Nickie no dice nada. Me da espacio para que siga hablando. —Tengo miedo. Quiero ver a las nenas.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Me dijo expresamente que no quiere que veas a mis hijas. —Está nervioso, ahora. Cambiará de parecer.

—No sé. Jamás lo escuché así.

—Claro. Es lo que digo. No es así él.

Tentación y laberinto · 205

—No sé.

—Llamalo de nuevo.

Tomo una vez más el celular y lo llamo nuevamente.

Martín no cede en la hostilidad. Repite una y otra vez que no quiere que Nickie vea a las chicas, que no quiere que él vuelva a entrar a mi casa.

Trato de que se calme. No puedo creer que esté así, ni cómo me trata.

— Escucháme, Martín, era inevitable que sucediera algo así. Como cuando vos te llevás a las chicas y podés estar con tu pareja y ellas.

—*¿Él es tu pareja?*

—No importa cómo se le diga a la persona que está con vos. Yo lo que quiero que entiendas es que es algo que puede pasar a partir de ahora.

— *No quiero que conozcan a un tipo que te estás cogiendo. Y la semana que viene conozcan a otro, y después, otro.*

—No puedo creer que acabás de decirme eso.

—*¿No te lo estás cogiendo?*

—Sos una porquería, Martín. Nunca pensé que fueras a decirme algo así. Necesito cortar porque no quiero escucharte más así. Llamame cuando estés mejor.

Le devuelvo el teléfono a Nickie. Y él me seca una lágrima que baja por mi mejilla.

—Don't cry¹¹, Val.

—Nunca pensé que podía decirme algo así.

—Escucha, ya vamos a hablar. Vamos a solucionarlo.

Me acaricia la cabeza. Como siempre, juega y enrula uno de mis

11 | No llores.

206 · Paola Rimieri

mechones de cabello. Su voz, su mirada y su seguridad me hacen sentir mejor.

Trato de respirar hondo. Trato de no pensar en Martín, ni en nada. Tomo su mano y caminamos sin hablar por unos metros. Nickie se frena y detiene mi paso con su mano. Saca de su bolsi-

llo el teléfono y atiende.

—It's Nickie.

No puedo saber quién le habla. Su rostro está tenso.

—Escucha, yo no puedo decir demasiado. Pero sí puedo pedirte que no trates mal a Valeria.

Entiendo que es Martín, así que trato de tomar yo el teléfono. Nickie se gira, evitándome. Y es tan alto que no puedo llegar a su mano para quitárselo.

—No levantes la voz, porque voy a tener que levantarla también. Te lo dije ya. No quiero maltrato. No vas a volver a hacerlo. Todo lo demás, háblalo con Val. Pero como un hombre.

Nickie escucha.

—No me vas a levantar la voz a mí, tampoco. Y recuerda lo que te dije: sin palabras ofensivas.

Nickie corta la llamada y vuelve a ponerse el celular en su bolsillo. Estira su mano y me agarra.

—¿Era Martín?

—Era él.

—No hace falta que hables con él.

—Mi teléfono lo respondo yo.

—Pero me llamaba a mí.

Nickie se frena, otra vez. Memira fijamente y se expresa decidido. —¡Mi teléfono, lo respondo yo!

Tentación y laberinto · 207

Me intimida. Me quedo en silencio.

Seguimos nuestro recorrido con el mismo silencio. Algo en mi estómago me recuerda que estoy nerviosa. Subimos por una cuesta hasta que llegamos al tope de la altura, sobre una curva.

Me detengo, allí.

Estamos a unos cuatrocientos metros arriba del cauce del río. Y se ve todo el paisaje perfectamente desde ese punto. El agua se en-cajona, allí abajo, y el rumor es intenso. El cielo comienza a ponerse rosado y los rayos más anaranjados del sol se pierden entre los dos cerros que presiden el marco de esa imagen, que miramos magnáni-mamente desde arriba.

Me siento en paz en este lugar. No sé por cuánto tiempo persis-tirá ese sentimiento en mí. Siento la necesidad de abrazar a Nickie. Y lo hago.

—Es muy lindo este lugar.

—Sí, es muy lindo.

Nos quedamos así un buen rato. Hasta que Nickie me toma y me dirige por el camino. Seguimos adelante por esas calles que caminé hace tanto, sintiendo la misma tranquilidad ahora que en aquellos años de adolescente, cuando nada era realmente grave. Caminamos en silencio hasta que llegamos a la posada.

Enseguida diviso a Jack, tomando un trago en una mesa del jar-dín de la posada.

Nickie me dice que lo disculpe, que hablará con Jack. Me pide que siga hasta la habitación y él me alcanza enseguida.

Prefiero sentarme junto al hombre que se sorprende e incomoda muchísimo. Observo lo mismo en el rostro de Nickie.

Yo también quiero descansar allí, en ese atardecer hermoso, y tomar algo fresco.

208 · Paola Rimieri

—Sentate, Nickie.

Nickie se sienta.

—Necesito tomar algo fresco. Todavía estoy cansada y nerviosa. Nickie me toma la mano. Me observa y no dice nada.

Jack está estático en su silla. Hasta que hace un gesto a la camarera. Siempre la misma muchacha que nos atiende desde que llegamos. Le pedimos un par de jugos y nos comenta lo que será la cena. La tarde cae lentamente y el aroma de jazmines impregna todo a nuestro alrededor. Observo que, en unas paredes detrás de nosotros, se estira una bellísima planta de jazmines que se enreda hacia arriba y a los costados repleta de esas pequeñas flores de verano.

El aroma me hace recordar que, cuando armábamos el árbol de navidad, mi tía nos indicaba que el jazmín del cabo florecía en honor a la Virgen María, el ocho de diciembre.

Pienso que este año, ni siquiera estuve atenta a ese detalle de la decoración navideña.

Recuerdo a mis hijas y tomo mi celular para revisar si tengo allí señal o no.

¿Qué hago? ¿Llamo nuevamente?

Temo hablarle, pero debo coordinar el día de mañana cuando Martín las lleve nuevamente a mi casa.

Mañana.

Pero, mañana estaré todavía con Nickie.

¿Qué haré entonces?

Mientras continúo abstraída con el teléfono en la palma de mi mano, Nickie y Jack están hablando en inglés en un volumen que, evidentemente, me evita.

Nickie me mira, esperando en ese gesto, hablarme. Jack aprovecha y se levanta de la mesa pidiendo que lo excusemos.

Tentación y laberinto · 209

—Lunes por la tarde debemos volver a Córdoba, hon. Tengo obligaciones, pero sabes que es mejor si me acompañas en los aviones.

Lo observo sin decir nada, pero supongo que mi gesto de duda lo hace preguntar:

—¿Cuál es tu sugerencia, hon? —el tono de Nickie es diferente y comprendo que más que una pregunta es una queja.

—No sé. ¿Lunes? No es una sugerencia, yo debo irme mañana. —¿Mañana? Pero... Es que

tenemos todo arreglado con Jack y mañana estaremos aun aquí.

—¡Uh, cómo quisiera! Sabés que tengo obligaciones. —¿Qué querrías hacer, entonces?

—Quedarme. No trabajar. Traer a mis hijas.

—Hagamos todo eso.

—No es posible.

—¿Por qué no lo es?

Me levanto de la silla.

Hay momentos que, la parsimonia y los comentarios de este hombre con su volumen de voz tan baja, me alteran.

—¿Por qué? —respiro— Porque, en primer lugar, el lunes debo ir a trabajar...

Nickie me interrumpe.

—Se puede resolver. Siéntate.

— Supongamos que eso fuese así, que estuviera resuelto. Supongamos...

Nickie me observa confundido.

—Pero eso no es lo único. Yo tengo hijas.

—Lo sé.

210 · Paola Rimieri

—Lo sabés. Entonces, mañana qué le digo a su padre: “no traigas a mis hijas porque estoy con mi amante a setenta kilómetros.” —No estaría mal —clava su mirada en mis ojos y continúa— : ¿somos amantes?

—Hablo en serio, Nickie.

—Yo también. ¿Qué estaría mal si le dijeras eso? ¿Acaso él no es su padre?

—Pero yo quiero estar con ellas.

—Bueno, las vas a buscar a tu casa. Las traes.

—Lo que pasa, Nickie —me quedo callada. Tengo vergüenza de decirle lo que me dijo Martín

respecto de él.

—¿Qué pasa?

—Martín no quiere. No quiere que ellas te conozcan. Nickie sonrío.

Mira hacia abajo, toma un sorbo de su jugo.

—¿No te molesta?

—No me importa lo que Martín quiera, Val. No me importa — sube su tono de voz y me extraña su reacción—. No entiendo, Val. Te interesa más lo que él quiera que lo que querés vos.

—No es tan sencillo.

—Siempre lo mismo, Val. Siempre me dices que no es sencillo, que no es fácil. ¿Qué es lo que quieres decir con eso? Dejo toda mi vida para venir a estar en un lugar —hace una pausa, mira a su alrededor—, a un lugar como este lugar, para que a todo me digas que no es fácil. ¿Qué es lo que no estás comprendiendo, mujer?

Sigo en silencio. Está molesto. Pero no me comprende.

—¿Acaso no entendiste qué era “todo”? No eres mi amante, hon. Eres mi todo.

Baja la mirada, mueve la cabeza de un lado al otro y se levanta.

Tentación y laberinto · 211

Comienza a caminar hacia la habitación y me deja sin palabras. — Nickie...

—No hace falta que hables, Val.

Y sigue adelante.

Tomo asiento y trato de calmarme. No puedo pensar claramente. Miro hacia atrás y veo una pareja que no sé cuándo llegaron allí y ahora están sentados en una mesa cercana, y desde allí me observan. Cuando los miro, la señora me hace un gesto en señal de que no me preocupe por ellos.

O, quizás, que no me preocupe por nada.

Tomo aire y me presiono la boca del estómago.

No es igual lo que siento en este momento, tras discutir con Nickie, a lo que siento cada vez que discuto con Martín. Ni las discusiones que tenía con mi ex antes, ni las de ahora.

No puedo comparar ninguno de mis sentimientos hacia Nickie respecto de los que tuve o tengo

hacia Martín.

¿Cómo puede ser que un amor de toda la vida se me haya esfumado del corazón?

¿Nickie fue solo tentación? ¿O es él un verdadero amor?

Cuando entro en la habitación, Nickie está recostado en la cama con los ojos cerrados, aunque visiblemente despierto.

Entro silenciosamente, descorro las cortinas del gran ventanal que da hacia el río, me distraigo unos minutos mirando esa vista. Y reacciono.

Me acerco a la cama y me siento junto a Nickie.

Estiro mi mano y tomo la suya sin recibir devolución por este acto. Pone su mano sin ningún tipo de respuesta a mis estímulos.

— Nickie...

212 · Paola Rimieri

Sigue en silencio.

Me asomo sobre su rostro y, cuando lo hago, veo que cierra un poco más fuerte los ojos y una leve sonrisa que se le escapa.

—Nickie, no seas infantil. Perdón.

— ¿Perdón?

—Ah, estabas despierto.

—Quería escuchar otra cosa, no perdón.

—¿Qué querías escuchar?

— No sé. ¿Por qué me pediste perdón? —Se incorpora en la cama y dirige su rostro fijamente hacia el mío.

—No empieces...

—No empiezo. A ver, Val, ¿escuchaste lo que te dije allí afuera? —Sí, escuché.

— ¿Entonces? Yo te dije claramente lo que pienso. ¿Qué crees, vos?

Nickie se pone de pie en el acto y cambia su estado de ánimo. —Martín no quiere que te conozcan

mis hijas.

—¡No me importa una mierda lo que quiere Martín! You know?

Toma aire, noto que quiere calmarse y no sé cómo reaccionar la primera vez que lo veo tan recio y diciendo una palabra inapropiada.

—¡No quiero saber eso! ¿Entiendes, Valeria, qué quiero decirte?

Muevo la cabeza de un lado a otro indicándole que no entiendo, porque sí entiendo que está enojado, pero no con quién.

—Escucha, Martín no es mi problema. Ya te lo dije alguna vez. No me importa, no lo conozco, no existe.

Ahora muevo mi cabeza de arriba hacia abajo, indicando que estoy de acuerdo.

— Me importa qué es lo que vos, Valeria, quiere. ¿Quieres que yo conozca a tus hijas?

Tentación y laberinto · 213

— Claro, Nickie —tras decir eso, pienso que no sé qué quiero respecto de eso.

— ¿Claro? —Sí. Sí. — ¿Sí?

—Sí, Nickie. Sí quiero —«¿quiero?»

—A ver, si querés, ¿por qué es difícil? No comprendo. No comprendo, Val.

—Porque no solo depende de mí. Y porque se trata de niñas, no de cosas.

—Quiero que me expliques cuál es el problema.

—Que mañana debo ir a mi casa, recibir a mis hijas, retomar la semana. Seguir, digamos.

—¿Y qué es lo que debo hacer yo?

—Eso es lo que no sé. El problema es que Martín me dijo que no quiere que las chicas te conozcan. Entonces, ese es justamente el problema... No puedo llevarte, no puedo traerlas.

—¿Quieres, Valeria? ¿Vos querés?

—Nickie, yo la verdad es que no sé. Él me planteó que no quiere que conozcan...

—¿No sabes? —me interrumpe.

—No es que no sepa. Él me dijo que no quiere que te conozcan y después dejen de verte...

—¿Qué es lo que esperas para decir que no estás segura de mí? —No. No es eso.

—¿Qué es? ¿Sabes qué me dijo Sophie antes de venir a Argentina? Me preguntó a qué venía. Me dijo que aquí era inseguro, me dijo que yo ahora estaba creciendo en mi carrera, que aprovechara las vacaciones para hacer promoción. ¡Me dijo tantas cosas!

214 · Paola Rimieri

—No vas a comparar a Sophie con Martín...

—¿No?

—Martín es mi ex marido. Al que dejé porque lo engañé hace unos meses. Ome dejó. Lo engañé con vos. Ah, y tenemos dos hijas.

—Porque no tenga hijos no creas que estás más complicada que yo.

—Creo que es diferente.

—Ok. Ganaste, Val. Eres la más complicada de los dos. Ahora voy a decirte que sos la única que debe saber aquí qué quiere, Valeria. Sos la que debe tenerlo claro —noto que se pone nervioso cada vez que comienza a querer imitar palabras argentinas y las dice haciendo mucho esfuerzo.

—Nickie, es una estupidez que estés así. Yo estoy furiosa con Martín, pero dejame esa sensación a mí.

—Yo no estoy furioso con Martín. ¡Estoy furioso con vos!

Me doy cuenta que lo dice de verdad. Abre la puerta y sale de la habitación. Afuera ya casi es de noche. Sale sin su teléfono y me extraña que lo haga, porque esa es su manera de estar conectado con Jack.

Salgo detrás de él, miro para ambos lados antes de elegir un lugar a donde ir.

Lo diviso fácilmente, es muy alto. Las luces del ocaso, sobre el agua del río, reflectan luz y puedo verlo sentado sobre una gran piedra en la playa, en el mismo lugar donde almorzamos.

Me apresuro para llegar rápidamente a su lado.

—Ya está Valeria.

—¡Perdón! Te lo voy a decir muchas veces. Perdón.

Me acerco y le tomo el cuello con ambas manos. Lo miro, es bello. Está enojado y aun así es muy

bello, mucho. Acercó mi boca lentamente y lo beso.

Tentación y laberinto · 215

Ojalá mi beso pudiera sanar ese enojo que tiene.

Está enojado conmigo.

Y yo también me siento así, conmigo.

Dudo de lo que siento. No tengo nada del todo claro. Y me detesto.

Separo mis labios de los suyos y lo observo. Lo hago detenidamente, tratando de decodificar qué pasa por su cabeza.

Sigue en silencio.

El rumor del agua del río es lo único que escuchamos.

Y me preocupa que no me diga nada. Ni una cosa graciosa, ni algo hostil.

Mucho silencio.

El mutis de la escena me obliga a hablar. Aun cuando no sé bien qué debo decir.

Trato de dejar que mis palabras obren solas.

— Nickie, entiendo que te hayas enojado conmigo, pero hay cosas que no puedo manejar.

— No me enojo por las cosas que no se pueden manejar. — ¿Entonces?

— ¿Tengo que decirte? Me enoja mucho que no confíes en mí para que te ayude. Me enoja mucho más que no entiendas qué tipo de relación quiero con vos, Val.

— Perdón — insisto.

— Pensé que cuando me dijiste que querías todo, todo era una relación seria. Lo que más me enoja es que tu duda de que yo conozca o no a tus hijas es más grande que la estupidez que te plantea el maleducado de tu marido.

— Bueno, él es el padre, puede plantearme qué cosas quiere respecto de sus hijas.

216 · Paola Rimieri

— Por supuesto que sí. Pero no puede decirte que no me presentes a mí a ellas. Eso mismo creo que le dijiste. ¿Él está en pareja? ¿Eso le preguntaste?

—No sé si está en pareja. Es lo que creo.

—Ok. Entonces, ¿podrías decirle que no esté él con sus hijas y su pareja?

—No. Supongo que no.

—So12 ?

No sé qué responderle.

—So, Val?

— Entonces... No sé. Lo que él me planteó es que no sos mi pareja.

Nickie se despega de mí. Aleja su cuerpo y camina unos pasos cerca del río. Mira hacia adelante y yo me acomodo, apoyada contra la piedra. Nickie se gira y luego lanza su comentario:

—¿Qué es ser pareja tuya, Val? Finalmente, va a ser verdad que soy tu amante. Entonces, mejor saber qué es lo que quieres.

Me electrizo de los nervios. Me tiembla el cuerpo y también la voz.

—Nickie, quiero que seas mi novio.

Lo veo acercarse, desde donde está. Atento, escuchando lo que tengo que decirle.

—Lo que quiero es eso, Nickie. Quiero que seas mi novio, que seas mi todo. Ser tu todo. Temo no poder serlo.

Es sumamente extraño estar diciéndole esto a Nickie Challenge, un ser tan etéreo como increíble. Por más que lo tenga en frente, que ya haya comprobado que es de carne y hueso, sé que no es un hombre común.

12 | ¿Entonces?

Tentación y laberinto · 217

En este momento, si pudiera pedir un deseo a una estrella fugaz, le pediría que fuera solamente Nicholas.

Nickie llega hasta donde estoy y, sin sacar sus manos de los bolsillos, se inclina hacia mí y busca mis labios con su boca. Me besa. Me lleva a ese lugar donde solo él me transporta.

Sé que ese beso es más que un beso. Es una manera de sellar una promesa.

Todo.

Eso es lo que seremos a partir de este momento.

Estoy feliz.

El corazón me estalla en la garganta.

Estoy feliz, pero también me invade el miedo.

Aunque eso no puedo decírselo a Nickie.

218 · Paola Rimieri

Otra noche maravillosa, juntos.

Luego de la cena, pasamos un prolongado tiempo sentados en la playa contemplando el cielo.

“Las estrellas son distintas en este hemisferio”, me dijo anoche Nickie, acunándome entre sus brazos. Aún percibo el aroma de su cuerpo junto al mío. Allí, en la playa y, luego, en nuestra cama. Nickie es un hombre de otro mundo. ¿Habrá venido de alguna

de esas estrellas que tanto le atraen?

No abro los ojos aun, así que dudo si sigo soñando o todo está sucediendo. Acaricio la sábana suavemente y en un momento deci-do abrir los ojos.

¿Nickie?

Me levanto de la cama y me ducho. La presión del agua sobre mi espalda es exquisita. No hay en la posada champús perfumados o ja-bones nutritivos. Pero el baño que acabo de tomar es de los mejores de mi vida.

Me envuelvo en la toalla, luego me siento en la cama y me visto. Ya pasó un rato desde que me desperté y sigo sola en la habitación. Me extraña la ausencia de Nickie.

Mientras me desenredo el cabello, escucho como un tropel que sube por las escaleras externas del ingreso a la habitación y me sobre-salto. En el acto, la puerta se abre con violencia. Casi grito.

Me tomo el pecho y veo que es Nickie.

—Good morning, hon! No me beses, estoy asqueroso.

Tentación y laberinto · 219

Jamás estaría asqueroso. Incluso la transpiración que trae sobre su cuerpo, está bien.

Lo espero afuera. Se baña rápidamente y cuando sale, con la toalla rodeándolo, me coquetea con su cuerpo cada vez más trabajado. —Ah, para eso es que salís a correr...

—¿Para qué? Me gusta hacer ejercicio y debo hacerlo, hon. —A mí no me gusta.

—Eso ya lo sabemos, Val —remata con gracia.

Lo observo mientras se cambia. No lo hace sin querer llamar la atención, pero voy a ignorarlo para seguirle el juego.

No me acostumbro a verlo y no admirarlo.

—Muy buena la ducha, Val. Me dejó muy suave la piel —se me acerca con el torso desnudo, para que lo acaricie.

¿Eso es lo que quiere que haga?

Lo acaricio levemente y siento la necesidad de darle un beso en el centro de su pecho.

Luego de que lo beso, tomo una remera de la silla donde tiene su valija, y se la arrojo al rostro.

—Vestite, Rurik. Vamos a desayunar.

Nickie se tiente y comienza a reír. Salimos de la habitación y vamos al comedor.

— ¿Rurik?

—No estaba recién, ahí, Nicholas con el pecho desnudo, haciéndose el sexi.

—¿Qué graciosa! ¿El sexi? Tienes hambre, mujer.

Terminamos de desayunar y, con coraje y Nickie al lado mío, llamo a Martín.

220 · Paola Rimieri

Nos saludamos diplomáticamente. La voz de él se siente mucho más tranquila, más afable.

—Lo que quería que acordemos, Martín, es sobre los días de las nenas. Por ejemplo, hoy no voy a poder estar en casa a la noche para recibir las. Bueno, a menos que no puedas tenerlas más tiempo.

—¿Tenés que estar con el yanqui?

—Ay, no. No es yanqui, Martín. Es inglés. Y como vos pusiste resistencia a que pasen tiempo juntos...

—*No me importa de dónde es y veo que nos entendemos.*

—De todos modos, Martín, vamos a tener que juntarnos a conversar en estos días.

—*¿Quiénes?*

—Nosotros, Martín, nosotros.

—*Bueno. Lo que quieras. ¿Cómo es entonces? ¿Hoy, no? —Y..., no. Pero mañana a la tarde, ¿te queda bien? —Sí, me queda bien. Ellas ya no van a la escuela.*

—No, claro. Desde mañana, no van.

—*Entonces yo voy a tener que pedirte algo. Yo las tengo hasta ma-ñana, las retiro nuevamente el lunes de la semana que viene. Lunes a jueves. ¿Te parece?*

—Sí, me parece. Está bien.

Le pido luego que me pase con las nenas. Hablo con ambas. Están contentas, se les escucha muy bien la voz.

Leticia me deja helada cuando me pregunta si estoy con mi novio. — Ya vamos a hablar, Leti. No son cosas para que te diga por

teléfono.

—*Ah, por eso no venís a buscarnos hoy.*

Se me estremece el estómago cuando escucho eso.

—*¿Querés que vaya hoy?*

Tentación y laberinto · 221

—*No, mami. Quiero saber, nada más. Que me digas la verdad.* Termino la llamada y Nickie me percibe algo decaída.

—Hon? ¿Estás bien?

—Sí. Me quedé pensando en algo que me dijo Leti. Me dijo que le dijera la verdad.

—Es una niña inteligente, entonces.

—Sí, es sumamente inteligente.

Antes de dejar el desayuno, pienso en ella y en mí. La relación que tengo con mis hijas. Es verdad

que me culpo y que podría ser mejor madre. Es verdad que hice y hago y tal vez, haga cosas mal. Pero creo que estoy criando niñas inteligentes y sensibles. Y ambas características las valoro muchísimo.

Las extraño. Y, al mismo tiempo, me siento complacida de haberlas escuchado tan maduras.

Nickie me distrae de mis pensamientos cuando observo sus bellos dedos tocar los pétalos de los acetillos anaranjados de un sencillo ramito puesto en la mesa de desayuno.

Me mira, con sus profundos ojos azules llenos de expresiones. Tantas, como momentos nuevos vamos recorriendo.

—Me gusta la tersura de estas flores. ¿Así se dice, Val?

—Creo que sí. ¿Querés decir que te gusta cómo se sienten cuando las tocás?

—Sí. Casi tan estimulante como tu cabello. Me dan ganas de reírme, también me halaga. —¿Sabés cómo se llama esa flor?

—No.

—Se le dice Amor seco.

—¿Amor seco?

222 · *Paola Rimieri*

— Se llama así. Se le dice Amor seco, porque esto que ves, al centro, se transforma en una especie de palitos secos que tienen en el extremo dos pequeñas agujitas que se prenden a cualquier cosa. Vas caminando en otoño o en invierno y se llenan tus ropas de ese palito. Verlo tan interesado en el relato, como un niño que aprende, me encanta.

—¿Se prenden?

—Es una manera de decir de Córdoba. Aquí decimos así cuando algo se adhiere.

—¿Cuál es la relación con el amor?

—Que se aferran a vos. Las tenés adheridas a vos. Como el amor. — Oh, poetry! Entonces, voy a regalar esta flor de amor seco para que la guardes. Y recuerdes este momento siempre.

Salimos de allí y me siento llevada por Nickie. Me toma, como siempre, de mi hombro y me lleva unos centímetros delante de mí. Adoro estos momentos simples, juntos. Estas charlas sencillas son una usina de recuerdos que quedan en mi corazón aun cuando no guarde la flor de amor seco.

Pienso que, finalmente, debo sentirme feliz. Estoy al lado de la persona que cambió mi vida por

completo. Todos los nervios que sentía antes de hablar con Martín se disiparon, finalmente parece que podemos volver a hablar como antes. Ahora no puedo pensar en nada más que disfrutar el momento con Nickie.

—Tengo una idea —le digo con entusiasmo— Pero tenemos que llevar algunas agüitas minerales. Siempre estás sediento.

—Me hidrato bien, hon. Me gusta que tengas en cuenta llevar agua. Estás mejorando, Val.

—Ay, ¿cómo me vas a decir que estoy “mejorando”?

Tentación y laberinto · 223

Retornamos hacia el bar de desayuno y buscamos aguas. Llevamos más de una para Nickie, porque ambos sabemos que no le es suficiente nunca con una pequeña.

—Lo que pasa es que sos muy alto. No te llega el agua a todo el cuerpo si tomás una botellita solamente.

Nickie se ríe a carcajadas. No lo había visto reírse tanto, desde que llegó, hace dos días.

Me cambia el ánimo verlo tan contento.

—¿Tu idea incluye ejercitar?

—¿Ejercitar qué? No. No quiero ejercitar nada. Vamos a caminar. —De alguna manera estaremos ejercitando.

—Es posible. Pero mi idea es caminar solos. No me hagas pensar que es ejercicio porque me quedo.

Caminamos mucho. No recordaba cansarme tanto en otras épocas.

Siempre hay lomas que subir, y a Nickie le encanta.

Se admira por las vistas a cada paso. El lugar es hermoso, eso ya lo sé. Pero con su compañía lo es mucho más.

Le relato anécdotas y él hace lo mismo mientras caminamos.

En un momento, hacemos un descanso en una enorme plataforma que se ha convertido en un mirador improvisado. Vemos muy alejada la posada y Nickie aprovecha a preguntarme cómo fue la separación de Martín.

Le relato brevemente. Realmente todo fue tan repentino que no puedo detallarle más.

— ¿Sufriste?

— Por supuesto. Sufrí por lo que sucedía, sufrí por él, por mis hijas más que nada. Me sentí pésimo.

— ¿Te culpas?

224 · *Paola Rimieri*

— Sí. Me culpo. De todos modos, ya no me siento mal. Me cul-po, pero no me arrepiento.

— ¿Por qué es la culpa?

— ¿Que por qué siento culpa? Sinceramente siento que yo des-encadené todo.

— ¿Qué es lo que más amabas de él?

Esa pregunta me extraña mucho. Sin embargo, debo responderle. Pienso un poco.

Busco en mi memoria.

— ¿Para qué querés que te diga eso?

— Quiero saber, curiosidad.

— ¿Qué amabas de tus exs?

— ¿Cuál de ellas? — se ríe mientras me evade.

— Hablando de eso... ¿Cómo es que tantas veces te fue mal? Quiero decir, ¿para qué te casaste una y otra y otra vez?

— Y volvería a hacerlo...

Me intimida esa respuesta y ese tono. La forma en que me mira me obliga a bajar los ojos.

— ¿Y vos, Valeria? ¿Te casarías una vez más? — No te dije qué cosas amaba de Martín. — Cambiaste de tema.

— No. Es que no terminé de responderte. Ni vos de responderme cómo fue que te casaste tantas veces. De Martín adoraba su sencillez, sobre todo de pensamiento. Adoraba que no se complicaba demasiado, ni entendía los libros que yo leía porque necesitaba que las cosas fueran literales. Amaba que nunca quisiera salir por ahí, sino quedarnos en casa, encerrados y solos. Amaba su pasión por su trabajo.

— Se puede ver en tus ojos que lo amabas.

—Sí. Así fue. Por eso sufrí, supongo.

—¿Extrañas eso?

Aprieto fuerte los labios antes de contestar sin pensar. Miro unos segundos al piso, buscando la posible respuesta. Me sigue extrañando por qué me pregunta sobre Martín.

—No lo extraño, sinceramente. Con el paso del tiempo me empezó a molestar mucho que fuera así de sencillo, que no compartiéramos nada en cuestión de arte, que no quisiera salir jamás.

—Voy a tenerlo en cuenta.

—¿Las cosas que me molestaban?

—No, que lo que ahora amas de mí será lo que odies en el futuro —Nickie sonrío, y a mí me da un poco de vergüenza pensarlo, pero está en lo cierto—. Respecto de lo que me preguntabas, por mis problemas maritales...

—No hace falta que me respondas si no querés.

—Sí, pero no tengo problemas. Sabes Val, no tuve suerte. Creo que no solo es amor, también es un poco de suerte. Tal vez yo no ayudé.

—Me habías dicho que ellas te habían roto el corazón. —Siempre. Claro.

— ¿Por qué te hicieron eso? No puedo entenderlo. Recuerdo cuando hablabamos por mensajes privados de twitter, me quedé pensando en eso. ¿Cómo te harían eso?

— No es que me lo hicieron, hon. Lo que sucede es que cuando amas, inevitablemente, te rompen el corazón. ¿No? El amor no muere solo. Seguro fui tan victimario como lo fueron ellas.

—Yo entendía que ellas te habían engañado.

—No, no fue así. No lo sé si lo hicieron, pero no fue así. —¿Y qué es lo que más te gusta de mí?

—¿Qué manera de cambiar de tema! ¡Me gusta!

— ¡Basta de hablar del pasado! ¿No? Eso es lo que me dirías, estoy aprendiendo.

— ¡Cierto! Lo que me gusta de vos, Valeria, es que me haces sentir una persona libre. ¿Sabés a qué me refiero? Soy libre de ser yo. Siento que soy Nicholas, sabes. Ni dejás de ser Valeria.

—Me alegro que te sientas así.

—Además, nuestra atracción, ya sabes, ¿verdad? No te sonrojes, por favor. Somos dos adultos, hon. Eso también me gusta, me gusta que seas, ¿cómo se dice...?

—No sé, ¿qué?

—Shameful, a shameful person...

—¿Vergonzosa? Bueno, sí. No lo soy habitualmente, pero en algunas situaciones, me decís cosas, o me mirás de una manera que me pone nerviosa.

—¡No puedo creerlo!

Nickie se me acerca, mientras nos reímos y me besa. Siento el calor del beso que me recorre el cuerpo íntegramente y, entiendo un poco más, aquella atracción a la que se refería.

Sus manos, delicadamente, rozan mi cuello con ternura y seguridad. Bajan lentamente, me hacen desesperar frente suyo. Nickie sabe cómo hacer para volverme loca, y no duda en hacerlo.

Baja su mano por mi cuerpo sin ningún pudor y lo detengo ins-tintivamente mirando al cielo abierto y luminoso.

—Dejame seguir adelante, amor.

Trato de evitar la situación, porque pienso. Pero mi cuerpo me delata.

Los besos de Nickie me ahogan y me dan aire, sin pausas.

La sensación es extraña. Al mismo tiempo que me da pánico estar allí, pudiendo ser vista por cualquiera, eso me estimula mucho

Tentación y laberinto · 227

más. Siento una especie de libertad que jamás sentí, cargada de nerviosismo.

Percibo todo: el aroma fresco de Nickie se entremezcla con el perfume del pasto. Respiro, y el aire es tan puro que cuando ingresa, siento que me quema.

Todo mi cuerpo se llena de un calor poco habitual y me siento flotando, saliendo del espacio en donde estoy, entre el cielo y el precipicio junto al cerro.

Tengo la percepción de que, por primera vez en mi vida, me registro, entiendo lo que voy sintiendo y, entonces, el momento es inmenso.

Sigo flotando, suspendida entre los fuertes brazos de mi hombre. Repentinamente, me dejó caer.

Y caigo dentro de mi cuerpo.

Recién terminamos de amarnos en medio de la naturaleza, am-bos nos resguardamos uno junto al otro, en un inmenso silencio.

Ninguno habla.

No puedo pensar en nada, sigo agitada tratando de respirar normalmente.

Todavía siento el temblor en mi cuerpo.

En silencio, Nickie me toma la mano y emprendemos el regreso por esos senderos serranos de ensueño. Cada paso que voy dando, trae a mí nuevos recuerdos de mi pasado en ese lugar y le relato a Nickie, que se interesa muchísimo en escucharme.

Me pregunto, recordando aquello de que lo que inicialmente amamos es lo que se comienza a detestar: ¿Cuánto tiempo más se interesará por estas pequeñeces que le cuento?.

228 · *Paola Rimieri*

Almorzar con mi prima y su familia no era el plan que teníamos, pero ambos lo asumimos estoicamente. Más que yo, el estoico es Nickie. Saca su Rurik de la galera y se convierte en un valiente ser que me acompaña en una reunión familiar.

Mi prima y su esposo no dejan de observar a Nickie con expresión de sorpresa y diversión, las dos cosas al mismo tiempo. Parece que están viendo un show. Le hablan extraño a pesar de que les dice, a cada rato, que habla y entiende español sin problemas.

La última vez que vi a mi prima, fue cuando falleció mi mamá. Somos una familia pequeña. Pero nos relacionamos poco. No hay un motivo, ni nos hemos peleado, pero cuando yo conocí a Martín y Sebastián se fue a Estados Unidos, me quedé sola. Y no me preocupó demasiado.

Algunas veces, me sentí sola.

Y me acostumbré a vivir con eso.

No me pareció, jamás, una cosa trágica que no tuviera esa relación familiar tan aceitada.

En este punto, respecto de lo inevitable, comienzo a entender lo que plantea Nickie.

Nickie los observa en cada movimiento y situación. Parece disfrutar del momento.

Su mayor interés parece detenerse en el asado. Curioseosa y pregunta todo lo que hace el marido de mi prima, Gustavo.

Casi terminando de almorzar, Nickie me acaricia la parte alta de mi espalda, como suele hacerlo cuando intuyo que se aburre o quiere cambiar de lugar.

—¿Nos vamos? —pregunto dirigiéndome a él, pero en un tono en que todos pueden escucharme.

Daniela cambia de expresión y antes de que le diga algo, nos detiene diciendo:

—¿Un café?

— Oh, no. Gracias, Daniela. Ninguno de nosotros dos puede tomar café.

Observo seriamente a Nickie luego de escucharlo decir eso.

— ¿O sí? ¿Sí vas a tomarlo, Val? —me pregunta, yendo hacia atrás en su certeza de que no íbamos a hacerlo.

— No, está bien, Dani. No tomamos. Pero, podría ser una infusión.

Me levanto de la mesa dirigiéndome tras ella, a la cocina, a preparar algo para tomar. Nickie recorre con su mano mi brazo, supongo que queriendo sostenerme la mano, para que no me vaya.

Regresamos con té de hierbas para todo el mundo y mi prima nos comienza a comentar sobre la futura venta de la casa.

—¿Está en venta? —pregunto con sorpresa.

—Sí, ¿no vieron el cartel?

Niego con la cabeza, realmente no lo vimos.

Miro por el ventanal y no puedo creer escucharla cuando relata su decisión. Tantos recuerdos que vienen a mi memoria de este lugar maravilloso. Tantos buenos momentos vividos ahí con mi hermano, incluso con Daniela.

—La verdad es, Vale, que casi que no venimos más. Los chicos están grandes y ellos tienen sus vidas y sus cosas. La familia ya no es tan extensa como era hace años. Antes era más fácil, las familias

veníamos sin importarnos demasiado, sin organizar viajes a otros destinos... Bueno, como les pasó a Sebas y a vos, que no vinieron más. Eso sucede con mis hijos. Y el gasto y trabajo por mantener la casa, para venir tan pocas veces, es demasiado.

— Sí, te entiendo —digo, con tristeza real a un planteo muy lógico.

Terminamos los té y nos vamos. Caminamos unos pocos metros hasta la posada.

—¿Ya querías venir?

—En realidad, me pareció que vos querías venir.

—Me podría haber quedado ahí, Val. Me gustaba ver cómo funcionaban todos.

Lo observo hacer unos gestos tan extraños con sus manos que me hace sentir tanto ternura, como gracia.

Se frena en medio de la calle y me pregunta:

—¿Te molestó cuando dije que no tomabas café? ¿Querías tomar uno?

—No. No quería tomar un café. En realidad..., sí, hubiera querido tomarlo.

—¿Te molestó mi respuesta, también? ¿No?

Hago silencio. Sí, me molestó. Fue una estupidez, por eso me da vergüenza decírselo.

—Mira, Val. Quiero que seamos honestos. Me di cuenta en tu cara que estabas molesta.

—La verdad es que sí, me molestó.

—No fue mi intención. Era para cuidarte.

— Sí, te creo. También te pido que me perdones por haberme puesto así, sin tener demasiado motivo. Pero me puedo cuidar sola. —Lo sé, mujer, lo sé.

Tentación y laberinto · 231

Nickie se gira levemente y me hace una seña con la mano mientras que con la otra, responde su celular que debe haber vibrado. Lo escucho saludar con alegría, reírse y hablar en inglés. Me muero de curiosidad por saber con quién habla.

Y al mismo tiempo, recuerdo que debo hacer algo que detesto. Llamaré a Axel para justificar mi ausencia de mañana lunes. Primero los saludos, los chistes tontos de Axel respecto de mi fin de semana con Nickie, el doble sentido suyo que me cae tan antipático.

—La cuestión es, Axel, que necesito pedirte un favor. Vos sabés que no suelo pedirte nada, pero debo pedirte que me disculpes mañana, porque no voy a llegar.

— *¿Mañana?*

—Sí, mañana no voy a ir. Después en la semana arreglamos las horas, como quieras.

—*No es por las horas... Justo mañana...*

—Sí, Axel, mañana.

—*Tenía necesidad de verte, hacer unas cosas para el aire, tengo que recoordinar...*

El estado de nerviosismo me sube por el cuerpo y se acomoda en el estómago. Me lleno de cosquilleo en las mejillas y no sé qué decirle.

Del otro lado de la línea, se escucha un gran silencio.

Nickie se gira nuevamente hacia mí y, todavía con su celular en el oído, guiña un ojo y con los dos dedos de la mano izquierda me acomoda un mechón de cabello sobre el rostro.

El destello de su mirada o el chispazo de su piel sobre la mía me hacen recordar cómo mitigué el momento de nervios cuando perdí el papel del estacionamiento tras la noche en que nos reencontramos.

232 · *Paola Rimieri*

—Axel, hacé lo que quieras: recoordiná, descontame el día, des-pedime... Mañana no puedo ir. Nos vemos el martes.

Repentinamente, siento una enorme fuerza dentro de mí. Saludo como corresponde, y corto la llamada.

Nickie habla, por su celular, un poco más.

Sigo sintiendo curiosidad por saber con quién se lo ve tan entusiasmado.

Pero tampoco me inquietaré, estoy pasando un excelente momento. No tengo de qué preocuparme.

Amanecemos temprano.

La habitación no es luminosa, el ventanal (evidentemente un arreglo nuevo de la hostería, porque no coincide para nada con el diseño del lugar) da hacia el río. Y allí, todavía, pegan tenues los rayos del sol.

Nickie sigue en la cama. Una vez que lo veo abrir los ojos, se levanta como si tuviera resortes en sus piernas.

—Good Morning, Val!

Adoro escucharlo hablar en inglés. El tono de su voz es más gra-ve. También, reconozco que, cuando habla en inglés, lo hace instin-tivamente y por eso, lo siento más sincero.

Lo veo desde mi lugar en la cama, mirando hacia arriba. ¡Qué alto es!

Con una sonrisa se pone una de esas remeras de hacer deportes que usa habitualmente, tan ajustada a su cuerpo que pareciera que continúa con el torso desnudo.

Y luego, los pantalones, que también se le ajustan en las piernas enormes.

—Voy a correr. No te digo que vengas...

—Porque ya sabés que no voy a hacerlo.

Tentación y laberinto · 233

Me doy vuelta en la cama y él cierra la puerta. Últimas horas aquí. ¿Quién sabe cuándo volveré? ¿Quién sabe cuándo y en qué circunstancia me veré nuevamente con Nickie?

Me revuelvo entre las sábanas unos largos minutos. El tiempo sin él pasa más lento, pero no quiero ni pensar en eso: en el tiempo sin él.

Tomo mi celular y busco música. Selecciono “Héroes”, de David Bowie. La escucho y la vuelvo a escuchar.

Entorno mis ojos y siento sopor. Quiero dormirme un poco más. Un fuerte ruido de madera que rechina me sobresalta.

Es la puerta que se abre con violencia. Y tras ella, entra Nickie que mantiene todavía la velocidad de su carrera.

—Sorry, hon. Sigue durmiendo. ¿Bowie? Hace años no escucho esa canción.

Se mete directamente al baño y escucho la ducha.

Desde adentro retumba su voz cantando el inicio de la canción: “*I, I wish you could swim*

Like the dolphins,

like dolphins can swim

Though nothing,

nothing will keep us together

We can beat them,

for ever and ever

Oh we can be Heroes,

just for one day” 13

—Cantás tan bien, Nickie.

13 | “Yo, yo quisiera *que pudieras nadar* como los delfines *Como nadan los delfines* Aunque nada *Podemos golpearlos* por siempre jamás *Oh, podemos ser héroes* solo por un día”.

234 · Paola Rimieri

—¿Eso...? —creo que dice algo más, pero es difícil oírlo con el fuerte ruido del agua que cae.

—No te escucho.

Vuelve a decir algo más...

—No, que no te escucho.

Me incorporo en la cama, sigue hablando, diciéndome algo des-de dentro, pero no puedo escucharlo.

Me inquieto y me levanto. Abro la puerta del baño y, detrás del vapor, me encuentro con la figura esculpida de Nickie. Se quita el agua del rostro y se da vuelta.

Su brazo es tan largo que me atrapa y me arroja con él, al agua. —¡Estoy vestida!

—Ya no —dice sonriendo—, susurraba para que vinieras. Caíste en la trampa, amor.

—Me gusta que me digas amor.

— Amor...

Antes de subir al auto, Jack guarda el poco equipaje que tenemos en su vehículo.

Nickie se ve temeroso, pero disimula.

—¿Segura que puedes conducir en un camino como este? —¿Con precipicios?

—Ni lo digas...

—Aprendí a manejar en este camino. Así que “relax”. —It’s easy to you to say... 14

—¿No confiás en mí?

—Claro que confío. Pero es que se ve allí abajo...

14 | Es fácil decirlo.

Tentación y laberinto · 235

—No mires. Yo te taparé los ojos.

—No me pongas nervioso. Mantené tus manos en el mando del auto.

Verlo vulnerable me da una sensación de liderazgo que me encanta sentir a su lado. Es tan decidido, tan concreto cuando dice algo. Ni siquiera levanta la voz, siempre su tono calmado en ese volumen que dice, no debe elevarse para comunicarse. Ya lo conozco, dirige su mirada hacia la nada cuando habla seriamente. Pero cuando se pone inseguro, adoro tenerlo en mis manos.

No doy arranque porque, mientras Nickie acomoda sus largas piernas en mi pequeño auto, llamo a Martín.

—En dos horas estoy en casa. Los espero.

—*Te recuerdo que no quiero que esté el payaso yanqui ese.* —Ay, Martín...

—*Ya te lo dije.*

—También te dije que íbamos a hablar de ese tema. —*¡Que no esté!*

—No seas tonto, Martín. Es una pavada lo que me planteás. —*Yo te aviso: está él ahí y no dejo a las chicas.*

Siento esa última frase retorciéndome el estómago.

Cambia la expresión de mi cara, y me doy cuenta porque Nickie me pregunta:

—¿Qué pasa, hon?

—Nada.

No quiero ahondar.

—No me parece que nada.

—No es importante, Nickie, en serio.

— ¿No?

— No.

236 · Paola Rimieri

—¿Qué te dijo?

Respiro y le digo rápidamente:

—No quiere que estés en casa cuando lleve a mis hijas. — Ok.

— ¿Ok?

—¿Qué debo decir?

—No, nada —hago una pausa, pero algo me queda atraganta-do—. Pero a mí me altera. No digas nada.

—Por supuesto, Val. Me molesta también. ¿Quieres que te sume angustia y me altere, también? ¡Sabes la ilusión que tengo de conocer a tus hijas!

—¿Sí? —mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Dudas? ¡Por favor, hon! ¡Siempre tus dudas respecto de mí es a causa de tu marido!

—¡No dudo! Igual..., veo que te quedás tranquilo —de alguna manera quiero encontrar un culpable—. No sé cómo manejar esto, no lo sé.

—Escucha: ¿quieres que vaya y que estemos ahí juntos cuando llegue él, con tus hijas?

—No sé. Tengo miedo que haga alguna clase de escándalo. —¿Es capaz de hacerlo?

—No. Es un hombre muy tranquilo. De hecho, me extraña esto que está haciendo.

—Ok —Nickie piensa—, entonces qué dices. ¿Qué prefieres? —Y, es lo que no sé.

—Arranca el coche, hon. Vamos para allá y pensamos durante el viaje. Queda tranquila, que vamos a poder resolverlo.

Durante el viaje, Nickie manda mensajes con su celular. Disfrutamos poco el paisaje, porque hablamos de Martín y de mis hijas.

Tentación y laberinto · 237

La ruta está bastante cargada, por lo que vamos mucho más lento de lo habitual.

Mi celular suena y estiro mi mano para atenderlo. Nickie me lo quita antes de que pueda levantar la mano.

—Estás conduciendo, Val. Respondo yo.

Y, acto seguido, veo su gesto incómodo en la mirada cuando ve la pantalla antes de contestar con su “Nickie Challenge.”

—Ok, buenas tardes. Está al volante. Dime...

Me doy cuenta de que es Martín y le estiro la mano. Pero me indica con gestos que siga manejando.

— No voy a darle el celular, está conduciendo. Puedes decirme y yo le digo, luego.

Nickie mantiene el tono de voz calmado. Sigo estirándole la mano izquierda, pero me evita.

—Escucha, ¿no comprendes? Valeria dice que eres una persona inteligente. ¿No comprendes lo que digo? No voy a pasarle el teléfono a ella.

Nickie corta y arroja el teléfono casi chocando contra el parabrisas.. Vuelve su cuerpo hacia atrás y, luego, me mira fijamente.

—¡Mira adelante, Val! ¡No me mires a mí, mira la ruta!

—¿Qué te dijo? ¡Ay, Nickie, perdón! ¡Perdón por lo que te haya dicho, perdón!

—No seas tonta, Val. No pidas perdón. —¡Perdón por todo este mal momento! —No hay problema.

—¿Qué te dijo?

—Quería que te pasara el teléfono.

Cruzamos la cabina de peaje de ingreso a la ciudad de Córdoba y aprovecho el espacio para estacionar.

238 · Paola Rimieri

—Voy a hablarle.

Tomo el teléfono y marco su número:

—¿Qué te pasa, Martín?

—*Quedamos en un horario que no estás cumpliendo.* —Está trabadísima la ruta.

Mientras escucho los comentarios desafortunados que me hace Martín, veo el rostro de Jack que se acerca a la ventanilla de Nickie. No puedo concentrarme demasiado en lo que hablamos con Martín, porque quiero saber qué hablan.

—Martín, esperá un segundo...

—*Hubieras salido más temprano, se supone que la ruta iba a estar llena.*

—¡Es lunes, por Dios! No veo por qué debería estar así de llena de autos.

—*El centro está peor, pero vos no pensás, ¿no?*

—Basta de tratarme así. Martín, vos no sos así.

—*Vos no eras como sos ahora.*

No puedo escucharlo más, ni quiero. Respiro profundamente y solo atino a pedirle disculpas por mi demora. Nickie arruga la frente, se le marcan mucho las arrugas en esa parte de la cara,

Me detengo en ellas y dejo de pensar en Martín.

— ¡Basta, Martín! En unos veinte minutos, estaré en casa. Allí nos vemos.

Corto el teléfono y arranco.

Miro a Nickie que está en silencio, hasta que me dice: —¿Estás bien?

—Sí, Nickie. Solo quiero llegar.

El tono en que acabo de responderle no fue el mejor. Nickie toca mi equipo de audio y su celular, y pone música.

Tentación y laberinto · 239

Los siguientes cinco minutos viajamos en silencio y escuchando su playlist de Coldplay.

Nada me perturba. Hasta que pienso que Nickie no debe llegar conmigo a casa.

—Nickie, decile a Jack que es conveniente que te vayas con él. Vamos a hacer cambio de auto en un lugar menos transitado, como hablamos, ¿te parece?

— ¿Si me parece? —Nickie hace un gesto que denota disgusto sin mirarme, gira su cabeza hacia mí y sigue— No. No creo que debas ir sola a tu casa. Yo, además, quiero ir. Y, no. No habíamos hablado esto.

«Sé que no hablamos de esto...»

Escucho de fondo “Fix you” y me cuesta focalizarme en otra cosa. —¿De esto?

— Val...

—Es que no sé. Te dije que no quiero problemas con Martín. — Pero...

—Me parece que lo mejor será que no vayas. —¿Qué se supone que debo hacer yo? Val... Tiene razón, no sé qué hará él ahora.

— No sé, Nickie. No hablamos de esto, entonces. ¿No es que tenías compromisos y que ibas a aprovechar el tiempo...?

Nickie me corta.

—No puede ser que estés diciendo esto. No lo creo. Ambos hacemos silencio.

—Val, vine desde el otro lado del mundo, literal. Y tu problema es si tu exesoso se pone mal o no.

—No es solo si se pone mal. En el medio, están mis dos hijas, que son nenas pequeñas.

240 · Paola Rimieri

—Pero..., no entiendo. ¡Pensé que íbamos a pasar Navidad juntos, era mi plan!

— ¿Navidad?

« ¿Navidad? ¿Ya?»

—No me dí cuenta de que ya estábamos cerca de la Navidad. — ¿No?

Hago algunos cálculos y caigo en la cuenta de que en días será Navidad.

—¡Qué hijo de puta!

— Me?

— ¡Martín!

—Oh, siempre es sobre él.

—¿Sabés qué hizo? Me permitió que me demorara un día para retirar a las chicas, de ayer a hoy, y él se las va a llevar para Navidad. ¡No puedo creer que me haya hecho esto!

Nickie no habla más. Termina de reproducirse la playlist y delante de mí veo el auto de Jack.

—Me dejas ahora, aquí, Val.

— ¡Esperá!

—Fue un hermoso fin de semana.

—Esperá, te llamo en un rato.

—Soluciona tus cosas, hon.

Estira su cabeza hacia mí y me besa con los labios cerrados. Con sus largos dedos delicados me roza la mejilla, sonrío y cierra la puerta del auto. Casi instantáneamente, Jack me alcanza mi mochila y la pone en el asiento del acompañante. Me saluda siempre formal. Observo, desde atrás, cómo parten en el auto que maneja Jack.

Tentación y laberinto · 241

Se escabulle en el escandaloso lío de autos que están semiestan-cados en la circunvalación para ingresar a la avenida que me lleva directamente a casa.

Los pierdo enseguida.

Desde el silencio de mi auto, observo el cénit rosado en el horizonte y siento una punción en el estómago.

Los doce minutos que tardé hasta llegar a casa me sentí igual: mal.

Esa misma sensación de cuando era niña y había roto algo en casa. Miedo y confusión, ganas de llorar, nervios.

El celular no dejó de sonar casi los mismos doce minutos. Siempre fue Martín, llamándome.

Estaciono el auto en el ingreso al garaje y entro a casa. Paloma me abraza con toda su energía y Leti me saluda, un poco más distante. Ver sus caritas ahí, casi que lo cura todo.

Apoyo el teléfono en la mesa y de pasada saludo a Martín con beso en la mejilla. Está tenso.

El gesto de su rostro es extraño, ese rictus es una expresión nueva para mí.

Sigo sintiéndome espantoso.

Les pregunto cómo estuvo el fin de semana, aunque noto que Leti no está igual de feliz que su hermana. Cuando comienza a hablarme, el brillo en su mirada vuelve y eso me llena de amor.

—¿Tomaron algo de merienda? ¿Qué quieren tomar? Ninguna quiere nada.

Enseguida el movimiento de la casa se acomoda. Las dos comienzan a dar vueltas como de costumbre, yendo y viniendo, acomodando sus cosas. Martín, sigue de pie junto a la silla. Con una mano asentada sobre el respaldo y la otra en el bolsillo.

242 · Paola Rimieri

—Martín, sentate. Hablemos un poco, por favor.

Sin decir nada, lo hace. Me observa. No habla. Y eso me pone cada vez peor.

— Martín, hay varias cosas que quiero conversar. En primer lugar, me extraña tu manera de tratarme y tratar a la gente— me interrumpes.

—¿A la gente? ¿A qué gente? Decí las cosas como son. ¿Al payaso ese que está con vos?

—A quien sea, Martín. Vos no sos así.

— ¿No soy así? ¿Cómo soy? —una expresión entre la furia y la risa sale de lo común en su mirada
— ¡Soy el boludo! ¡El que siempre te trataba bien!

—Esperá, Martín. No levantes la voz. ¡Justamente de estas reacciones es de lo que te estoy hablando!

—¿Es que vos no entendés nada? ¿Vos seguís creyendo que me vas a seguir manejando?

—¡Martín, qué te pasa! ¡Basta de tratarme mal!

—¿Qué querés que te diga? “Andá, Valeria... Andá con tu macho extranjero y haceme quedar como el boludo que soy por todos lados...” —me pongo de pie y tomo coraje para acercarme a su cara. Quiero que cierre la boca si va a hablar en esos términos.

— Me parece que te estás pasando. Vas a dejar de tratarme así, porque no es correcto y vos no sos así. ¡Basta!

Martín toma aire con fuerza por su nariz e hincha el pecho, mientras me siento de nuevo.

— Hace años que nos conocemos, Martín. Nunca te vi así. Entiendo que es una situación nueva, para todos. Pero no estás siendo racional, ni lógico.

—¡Tenés un frío en el alma, Valeria!

Tentación y laberinto · 243

—¿No estás saliendo con alguien, vos? Ya sabés que yo quise que compusiéramos las cosas. Y finalmente qué, vos estabas con alguien. Yo reconocí mi error —me interrumpe:

— ¿Y si hubiéramos recompuesto las cosas, qué? Acaso, ¿no te hubieras ido de nuevo?

— No.

— ¿No? —hace silencio unos segundos y continúa— ¿No? Hubiera vuelto este tipo y te hubieras ido con él de nuevo.

—No hubiera vuelto. Y no me hubiera ido.

—Te hubieras ido con otro.

—¡Ay, Martín! ¿Por qué me decís cosas así?

—Porque vos ya no me querés. No me querías antes. Nunca fui lo que vos pensabas, ni necesitabas. ¡Te hubieras ido con cualquier otro!

Me quedo en silencio conteniendo las ganas de llorar. Sabe que no es verdad lo que está diciendo.

—No es verdad, eso.

¿No es verdad?

Ni siquiera yo podría afirmar eso, ahora que lo pienso. No puedo.

—Estamos hablando de cosas sin sentido, Martín. Cortála. Lo importante ahora es otra cosa.

—No es sin sentido. ¿Cómo querés que te respete? No me res-petaste a mí...

—¡Y ya te pedí perdón por eso!

—¿Y con eso, qué hago? ¿Vos cómo creés que yo me siento?

Un aire diferente que nace dentro de mí quiere escaparse y me hace hablar, en otro tono y con otra fuerza.

—¿Y vos..., cómo creés que yo me siento?

—No lo sé. Decime.

244 · Paola Rimieri

— También me siento mal. Vos eras mi amigo. Eras la persona que me acompaña desde hace más de quince años. Y ahora me tratás mal, decís cosas de mí que sabés que no son. Tengo que estar

pidiendo permiso para estar con mis hijas. Las veo repartidas entre nosotros, ¿cómo creés que me siento?

—Vos lo buscaste. —¡Tenés razón! —Ahora jodete.

Martín se levanta de la mesa y sale directo a la calle.

No corre ni una lágrima por la piel de mi cara aunque siento que estoy llorando.

Mi garganta se cierra y tengo que buscar aire con más fuerza. Salgo apurada a la calle, tras los pasos de Martín que todavía está

de pie en el jardín de nuestra casa.

—El jueves es Nochebuena. ¿A dónde van a ir?

—No sé, supongo que iremos a la casa de mi mamá y nos que-daremos ahí unos días. Que disfruten un poco del campo y de los primos.

—Me parece bien. Yo no me opongo a que las lleves con quien vos quieras.

—Yo me opongo, ya sabés por qué.

—¿Te vas a casar con tu novia? Porque si no, debería oponerme a que estén con ella, por si cambiás.

—No es igual.

—¿No lo es?

— No, porque yo salgo con alguien que vive acá, que no va y viene. Algo más serio. Alguien más serio. ¿De verdad te creíste la historia de que ese tipo está enamorado de vos?

—Nunca pensé que serías tan desagradable, Martín. Me deja sumamente enojada.

Tentación y laberinto · 245

Y dudosa.

Jamás creí que sería Martín el que ahondara en mis ya existentes dudas.

Ya está oscuro afuera, entonces, entro a casa y veo a mis nenas paradas junto a la cocina, las dos mirando hacia afuera. Viendome entrar.

Cambio la cara al instante.

—Te estaba sonando el teléfono, ma —me dice Leticia.

Me les acerco y rodeo a cada una con un brazo alrededor de sus espalditas.

Huelo su perfume y trato de no demostrarles la irritación que siento hacia su padre.

—¿Qué quieren que comamos?

Al unísono piden pizza. Así que voy hasta el teléfono con ellas y pido dos pizzas.

—Es una barbaridad, pero así van a tener las variedades que les gustan. Vayan a lavarse las manos y vuelvan a esperar las pizzas.

Miro el celular y, como lo sospechaba, son llamadas de Nickie.

Antes de llamarlo, pienso en lo que me gritó Martín hace un rato: “Te hubieras ido con otro”.

¿Es eso verdad?

No puedo dejar de pensar también que Nickie me preguntó muchas veces si realmente quiero que él conozca a mis hijas. Reflexiono sobre lo que le respondo a ambos.

A Martín que no me hubiera ido, y a Nickie que sí deseo que él sea parte de mi familia.

Pero debo responderme primero a mí.

¿Qué es lo que realmente quiero?

Si Martín y yo no hubiéramos recaído una vez más, ¿estaría ahora con Nickie?

246 · Paola Rimieri

¿Quién es quién para mí en esta historia?

Martín tiene razón, y Nickie va y viene en mi vida. ¿O lo amo?

Recuerdo cuando era una adolescente y me enamoré por primera vez. La gran duda que tuve fue cómo saber cuál y quién era el amor verdadero. Mi madre me había respondido que era fácil, que cuando quisiera estar mucho con alguien y sintiera cosquillitas en la panza, ese era el amor de mi vida.

Pasaron los años y, en realidad, a las cosquillas las sentí cuando tuve nervios, cuando estuve con gastritis, cuando casi muero por una úlcera.

Con Martín quería estar mucho, hasta que un día dejé de extrañarlo.

Pero lo mismo me pasó con otros noviecitos que tuve antes. Mis amigas detestaban a sus exnovios. A mí, no me sucedía eso. Sentía un enorme vacío porque dejaba de verlos, pero tampoco me importaba demasiado cuando estaban conmigo.

Cuando me separé de Martín, sentí una pérdida. Una gran falta que acababa de cometer.

Ver a mis hijas debatidas entre su papá y su mamá, me angustia. Me deprime. Pero cada vez que se quedan conmigo y Martín se va, siento un alivio.

Me siento mala persona cuando esa sensación de libertad me embarga. Martín no hizo nada malo como para que me sintiese presa. No obstante, deja la casa y soy nuevamente yo. Esa mujer libre y feliz que me agrada.

Y me agrada cuando estoy con Nickie.

Todo él es como un inmenso ser, literal y metafóricamente, que me da protección y me permite sentirme libre.

Tentación y laberinto · 247

Sí me temblaron las piernas frente a Nickie: en Las Vegas; cuando cantó para mí en San Francisco; cuando nos despedimos agónicamente en Fisherman's Wharf y en el aeropuerto; cuando lo ví hace tres días en el evento del Sheraton; esta tarde cuando bajó de mi auto y se fue con Jack. Me temblaron las piernas y quise que el tiempo se detuviera. Temí, que de un momento a otro se fuera. La sensación en el estómago no era de dolor.

¡Tengo tantas dudas! Tantas preguntas para mí misma, incluso. Las niñas ya están preparadas y la pizza interrumpe mis

cavilaciones.

No quiero que nada perturbe este momento y las tres compartimos la cena conversando y disfrutando de estar juntas.

Terminamos de comer y me sigo sintiendo muy confundida. Nos ponemos en el sillón a ver tele y tengo el deseo irrefrenable

de hacerme un café.

Voy a la cocina y pongo la cafetera.

«Un café no va a matarme.»

Mientras doy el primer sorbo, todo ese sabor añorado en mi paladar me devuelve el equilibrio que esta tarde me quitó.

Lo tomo despacio, de a poquito, disfrutando mucho cada trago que llevo a mi boca.

Esto es amor. Amo el café. Imprevistamente, sé lo que debo hacer. Tomo el celular en mis manos y marco. — *¿Valu?*

—Soy yo, hermano bonito. ¿Puedo hablar?

—*Puedo. Saliendo de trabajar justo. Pero me estaciono y hablamos, no cortes.*

—¿Qué hora es allá?

—*Son las seis.*

248 · Paola Rimieri

—Ah, ok. Estacioná tranquilo.

Unos segundos después, escucho nuevamente la voz de mi hermano.

—*¿Qué pasa hermanita? No me llamás nunca...*

—Estoy con varios quilombos.

—*¿Estás bien? ¿Las nenas?*

—Sí. Estamos bien. Quilombos mentales más que nada. — *Contame...*

—Está Nickie.

— *¿Dónde?*

—Acá. En Córdoba.

—*¿En tu casa?*

—No, en casa no. Está en Córdoba.

—*Pero, ¿está con vos?*

—Sí, estuvimos juntos hasta hoy. Tuve que volver a casa con las nenas. Y Martín no quiere que él venga a conocerlas. No quiere que estén juntos.

—*¿Por qué?*

—Dice que no quiere que las chicas lo conozcan porque no es algo serio.

—¿No lo es?

—Sí. Sí lo es. Bueno, por eso te llamo.

—¿A mí?

—Necesito hablar con vos. Mamá no está. Ella me podría decir... —Ay, Valu. Yo también extraño a mamá. Te entiendo.

—Decime vos. ¿Vos qué pensás? ¿Cómo te diste cuenta de que querías a Theo?

—Porque lo quiero.

Tentación y laberinto · 249

— Pero cómo sabés que es “la” persona. Que es él y que debés animarte a superar cualquier obstáculo por él. No sé...

—Lo sabés. Sabés que querés solo estar con esa persona. Y que irías a cualquier parte del mundo donde está. Y harías cualquier locura para demostrarle tu amor; romperías cualquier puerta que se les cierre. Yo sé que amo a Theo, porque a pesar de tener muchas cosas que no soporto, aún así prefiero estar a su lado cada noche. Y amanecer a su lado, cada mañana. Amo hasta detestar lo que no me gusta de él.

—Tiene razón Nickie, entonces. Uno ama cuando quiere todo. —Más o menos eso.

Hablamos unos minutos más y lo saludo.

Ahora sí me seco la lágrima en la mejilla.

Lloro porque extraño a mi hermano, porque quisiera abrazarlo más seguido y porque sé que tiene razón.

Sé que es tan simple amar como darse cuenta de ello. El deseo de llorar no cesa.

Pero no estoy triste.

Me acuesto acurrucada con mis hijas en mi cama. Romperé alguna de las reglas familiares y las abrazaré muy fuerte.

Sus latidos me mecen. Me siento tan bien en ese lugar, así, que me relajo muchísimo.

No puedo tener el abrazo de mi madre que tanto necesito. Pero el efecto de estar apretujada con Leti y Paloma cumple el mismo fin.

Me uno a ellas muy fuerte y trato de sentir que los corazones de las tres están acompasados.

Y, entonces, empiezo a escuchar el corazón de otra forma.

Termino de dejar todo alistado para Patricia. Las chicas hoy ya no tienen escuela. Se lo repito varias veces, así las deja dormir y les da el almuerzo más tarde.

250 · *Paola Rimieri*

Hoy regreso temprano, así que le pido que trate de organizar con ellas la ropa de verano y archivar lo que corresponde a uniformes escolares.

Sugiero algunas actividades para las niñas, como pintar y decorar cosas navideñas para que, de esa manera, se diviertan un poco hasta que yo regrese.

Mientras manejo hasta el trabajo, recuerdo que esta Navidad no estaré con mis hijas. No puedo creerlo. Es una locura.

Pero al mismo tiempo, reconozco que deberé acostumbrarme a estas cosas. Estos momentos amargos que se desprenden de haberme separado de Martín.

Tomo el celular y envío un mensaje de audio a Nickie.

— ¡Buen día! ¿Cómo estás, amor? Ayer no te llamé porque no estaba de humor. La charla con Martín no fue como esperaba. Pero, de alguna manera, yo me siento diferente. Me siento bien conmigo misma, Nickie. Disfruté mucho de mis hijas, anoche. Es una locura, porque fueron pocas horas. Pero me dieron seguridad. Seguridad para saber qué quiero. Bueno, terminé haciéndote un audio muy largo. Cuando puedas, hablamos. No sé cómo continuas estos días, al final no hablamos nada.

Arrojo el celular sobre el asiento de acompañante, junto a mí. Todavía sigue tirado hacia atrás desde que subió Nickie.

El ingreso a mi trabajo fue extraño. Me siento observada por mis compañeros.

Llego a mi oficina y todavía sola, allí, prendo la computadora y reviso qué debo ponerme a hacer.

Enseguida tomo nota y me hago una idea en la cabeza de la manera en que desarrollaré los ítems que me enviaron en la pauta. Hay temas que desconozco por completo. Realmente me relajé el fin de semana. Tanto, que no sé qué está pasando en el mundo.

Tentación y laberinto · 251

Solo puedo pensar en mi mundo. En mi cabeza, hay pocas cosas hoy. Pienso en Nickie, en mí y en mis hijas. Ahora sé que quiero que estemos los cuatro juntos. Ya no me quedan dudas y sé que quiero disfrutar el tiempo con ellos.

Es verdad lo que Nickie decía. La que no estaba segura era yo. Hoy me siento diferente.

Miro mi celular y veo que el audio que le envié a Nickie, aun no lo escuchó.

Me pongo a trabajar y me comunico por inbox con Manuel. Acordamos rápidamente.

Vuelvo a mirar el teléfono y el mensaje sigue con las dos líneas grises todavía.

Comienza a extrañarme.

Estoy de espaldas a la puerta y escucho que alguien toca, a pesar de estar abierta.

Doy la vuelta y allí está Laura.

—Necesitamos tomar algo y conversar un poco.

Me levanto y me dirijo hacia ella. La saludo y le respondo:

—Es verdad. No me contaste cómo salió tu cita improvisada con Axel, del viernes pasado.

Laura se ríe. Vuelvo a buscar mi celular que dejé en el escritorio, cierro mi sesión en la compu y vamos hacia el bar.

Enseguida, Laura me dice que quiere saber cómo estuvo mi fin de semana con Nickie. Como es mi costumbre, trato de no expla-yarme demasiado y rápidamente le pido que me cuente qué pasó entre ella y Axel cuando se fueron del hotel, el viernes.

Su relato es sumamente interesante. Sobre todo, porque se fueron a cenar juntos, luego a tomar algo y, finalmente, la llevó a su casa.

— Al otro día, me mandó un mensaje. Me dijo que lo había pasado muy bien.

252 · Paola Rimieri

—¿Y cuando lo volviste a ver cara a cara?

—Es que ayer no lo vi. Hoy, todavía, no nos cruzamos. —¿Y vos qué pensás? ¿Cómo lo veías a él?

—No sé.

— Pero te das cuenta... Si lo están pasando bien, si te está seduciendo.

—Creo que lo pasamos bien. Y me gustó el mensaje. —¿Y qué le respondiste?

—Que yo también.

—Tendrías que haberle puesto que querías que se repitiera. —¡Es verdad! Pero no me animé. ¡Es mi jefe!

—Ay...¡No! Nickie te diría: “sigue siendo una persona normal”. Mientras seguimos la charla, recibo un mensaje en mi celular. —Hablando de Roma...

— ¿Nickie?

—No, Axel.

Saludo a Laura y me dirijo a hablar con Axel: el jefe.

En resumidas cuentas, Axel quiere que vuelva a hacer las entrevistas.

Le parece que los resultados que se obtuvieron en las producciones que aun no salieron al aire, fueron buenos. Trato de evitar mi cara de “ya lo sabía” y escucho la propuesta. Antes de que termine su exposición, le planteo qué quiero yo.

—Será necesario que hablemos nuevamente el procedimiento de Paula. Hay cosas que no quiero que vuelvan a suceder.

—Paula es una excelente profesional.

—Y yo, también.

—Es cierto. Y sos, además, una empleada de confianza.

Tentación y laberinto · 253

—Bueno. Entonces necesito que me apoyes en esto. Quiero que Paula reconozca mis términos. Si no, me quedo como estoy.

—Vamos a hablarlo los tres.

—Vamos a hablarlo. Pero ya sabés cuál es mi postura.

Termino la charla y salgo de ahí con otra sensación. Me siento segura de mí. Camino con otro peso en las piernas. Podría parecer una cosa sencilla, pero la forma en que pude manifestarle lo que quiero, sin ponerme nerviosa, sin querer llorar, sin sentir que en mi interior explota un volcán, me llena de una energía impresionante.

Con ese mismo ánimo me siento enfrente de mi computadora y me pongo a trabajar.

Un ruido detrás de mí me saca de mi abstracción.

Giro y veo allí a Paula, colgando su morral y su pañuelo largo en el perchero de la pared, en el que jamás colgué nada.

—Buen día —saludo.

—Hola —responde secamente.

La miro unos segundos más, esperando que se genere un diálogo entre nosotras que no llega.

Vuelvo a girar y me pongo a mirar nuevamente la pantalla de la computadora. Me cuesta concentrarme ahora, con Paula aquí. Es difícil generar una relación con ella. Sinceramente, me molesta compartir mi espacio con alguien que no es para nada cordial. Y más todavía, mi trabajo.

Casi que ni recuerdo qué estaba haciendo.

Mi teléfono acusa un mensaje. Patricia me envía fotos de Leti y Paloma pintando cositas de navidad. Adoro verlas felices.

Al borde de la emoción, también veo la hora. Ya falta poco para que grabe y me vaya a casa.

Y veo un mensaje de audio de respuesta de Nickie que había pasado por alto sin querer.

254 · Paola Rimieri

—Good morning, hon! ¿Trabajas? Estoy en Buenos Aires. Tuve que estar por obligaciones del trabajo, vas a poder verme en la televisión si te olvidaste de mi cara. Tengo que hacer algunas cosas personales, además. Llámame cuando estés libre.

Escuchar su voz descansada y siempre con tanto equilibrio me hace tener ganas de besar el celular. Me contengo porque Hacha está enfrente de mí, claramente escuchando el mensaje de Nickie.

Su mirada me incomoda. Y siento la necesidad de decir algo: —¿Estoy libre?

—Lo sabrás vos.

—Claro. En realidad fue una pregunta retórica.

— Tautológica.

Me muerdo los labios, sin embargo, mi recurrente sensación respecto de Paula evita que me detenga.

— ¿Pleonasmo?

Paula Hacha no deja de acomodar sus cosas mientras me habla. —Alguna clase de él. Estar y libre, condición del humano. Y si

la que hace la pregunta sos vos misma...

—¡Sos brillante! Fue afirmación, no pregunta.

—Lo sé.

Repulsión. Eso me genera. No es por su “brillantez”. Es desagradable al extremo. Hablar sin mirar a la cara, responder todo con total seguridad. Es todo en ella.

Ya no puedo seguir con mi trabajo. Y tampoco quiero dilatar la conversación con Nickie.

Tomo mi celular y marco. No voy a salir a hablar afuera. Si mi compañera de media oficina se siente incómoda por mi charla, que deje su media oficina.

— ¡Nickie! ¿Así que en Buenos Aires? No sabía que ibas... ¿Cómo te trata la gran ciudad?

Tentación y laberinto · 255

—*Hola, hon. Está muy bien para mí, aproveché a venir. Me gusta respirar el aire húmedo. Un poco más de calor de lo que recordaba. Todo perfecto, excepto que estoy solo.*

—¿Está Jack?

—*Oh, siempre está Jack. Me refiero a..., ya sabes... Me estaba acostumbrando a despertar con una mujer a mi lado.*

—Ah, era eso. ¿Cómo estuvo el viaje? —*No estuvo bien. Como de costumbre.* —Es un viaje corto.

—*Sí, eso es verdad. Ahora tenemos que ir a algunos shows. Quería decírtelo.*

— Ah, voy a tratar de verlos. Fuera del trabajo no veo mucha televisión.

— *Entiendo.*

—Pero a vos, quiero verte. Quiero verte siempre.

—*¿Sabes? Me quedé algo enojado anoche. Pero ahora, te siento diferente. Otra manera de hablar.*

—Estoy diferente. Y me pone muy contenta eso.

—*Escucha. Mi plan es hacer mis obligaciones aquí, hoy y mañana. Jueves por la mañana soy libre...*

—Es un pleonasma —interrumpo.

— *¿Cómo?*

— Nada. Una estupidez. Perdón, me decías entonces que el jueves...

—*Sí, jueves. Yo... No sé..., quisiera que estemos juntos. Hablamos por algún plan. Hablo con*

Jack para que me diga qué ajustes haríamos .

—Bueno. ¿Con Jack?

— *Sí, claro. Por traslados. Alguno de los dos deberá trasladarse, luego los dos. No lo sé. Yo pienso quedarme en Argentina hasta que*

256 · Paola Rimieri

comience a grabar más partes de Brave. Por ahora, no me han informa-do fecha, pero estimo que ellos esperan hacer tomas de fines de invierno y primavera.

—Me parece una noticia espectacular.

—*A mí también.*

La manera en que habla en algunas oraciones me parece única. Mientras deseo seguir hablando, observo a Paula que me ignora de-trás de su computadora y, lamentablemente, veo la hora.

—Nickie, lamento tener que dejar de hablar ahora porque debo ir a prepararme para mi bloque.

—*Está bien. Antes quería preguntarte por tu conversación, anoche* —hace un silencio mientras toma aire—. *Quiero decir, con tu esposo.* — Ah... —también yo debo tomar mucho aire para referirme

al tema— No fue lo que esperaba. Hablamos poco, en malos términos. No llegamos a ningún acuerdo.

—*Lo siento. Habrá que hablar nuevamente. Cuenta conmigo, hon.* Esa última frase me llena de tranquilidad.

Sé que Martín está siendo irracional. Sé que debo hablar con él nuevamente, pero antes, deberé organizarme muy bien en mi cabeza para que la charla tenga un propósito y yo pueda definir cómo quie-ro que concluya esa conversación.

Ahora, tengo claro que estoy decidida a que Nickie y mis hijas se conozcan. Y que Martín no debe decidir si él es la persona correcta para que ellas conozcan, o no.

Entonces, en función de eso, deberé saber qué quiero conversar con mi exmarido. Debo dejar de justificar su maltrato hacia mí con la cuestión de mi infidelidad. Una cosa no debe ser consecuencia de la otra.

Cierro la sesión de la computadora y me levanto.

Tentación y laberinto · 257

A pesar de saber que no voy a obtener una respuesta respetuosa, saludo a Paula. Salgo de la oficina.

Mientras camino por el pasillo hacia maquillaje, recuerdo que no comí nada.

Mando un mensaje a Laura y le pido que me traiga cualquier cosa para comer cuando Albita me prepare.

Y mientras me lleno con bocados de mi exquisita ensalada de frutas, me doy cuenta que estoy encontrando la salida de mi laberinto.

Nickie tiene en la mano el hilo que me lleva a la salida. ¿Es Nickie? ¿O soy yo, la que encontré la luz?

El monstruo que me asecha está casi derrotado.

¿Es Martín? ¿O soy yo, la que me estaba asechando?

258 · Paola Rimieri

En casa, las chicas me muestran los adornitos.

—Son hermosos.

—Los vamos a llevar a la casa de la abuela —dice Paloma.

—Pero te vamos a dejar alguno, ma —agrega Leti, siempre con su madurez inmensa.

—Está bien, ustedes hagan como quieran.

—Para que no nos extrañes —continúa Leticia.

—Yo las voy a extrañar igual, bonita. Las extraño siempre, cuando ustedes se van al cole, o cuando estoy trabajando y sé que ustedes están en casa pintando. O si no estamos juntas un par de días. Siempre las extraño —registro que ambas se entristecen—, pero las recuerdo un ratito y se me pasa. Las extraño porque las amo. Pero no me pongo triste, porque sé que ya nos vamos a ver y sé que estamos muy unidas las tres, por el corazón.

—Yo también te extraño, ma. No me gusta ahora, que estamos yéndonos con papá a cada rato. Y a él también lo extraño cuando estoy con vos.

—No está mal que extrañes a la gente que amás, hija. Al contrario, es bueno extrañar. Y es bueno que ese sentimiento exista porque significa que querés a la persona que estás sintiendo lejos. A veces, estar todo el tiempo juntas, no es tan bueno.

—No sé.

—Sí, es así. Y como les dije, nos extrañamos, pero estamos juntas a pesar de estar lejos.

—¿Lo extrañas a papá? —pregunta Paloma.

Tentación y laberinto · 259

— Lo extraño, por supuesto —respondo con miedo a que siga haciéndome preguntas.

—¿Y lo querés ver?

— Y, si lo quisiera ver, estaría con él, tonta —arremete Leticia contra su hermana.

—¡No se traten mal! ¡Basta! Hablando de papá, vamos a comenzar a preparar la ropa para cuando se vayan mañana con él. ¿Qué cosas quieren llevar?

Nos vamos las tres a su habitación y de esta forma puedo salir con pocos magullones de esta charla. Intuyo que no voy a poder evitarlas por mucho tiempo. Van a preguntarme cosas, van a querer saber de todo. Así que, de la misma manera en que debo prepararme para hablar con Martín, tengo que estar consciente de las futuras charlas con mis pequeñas.

La jornada del miércoles se desarrolla muy similar al martes.

Paula Hacha llega siempre a media mañana, más cerca del mediodía que de la media mañana, para ser sincera. Siempre con su rispidez, al menos hacia mí.

Faltando poco para irme, Axel me pide que me reúna con ellos dos, para conversar.

Supongo que conversaremos sobre mi reincorporación al ciclo de las entrevistas y si Axel es fiel a lo que ya hablamos, se pondrán de manifiesto mis términos.

Voy enérgica a la reunión.

Esperamos a que Axel termine de hablar por celular y aprovecho para mandar un mensaje a Nickie.

YO:

estoy en reunión con Axel,

260 · Paola Rimieri

hablemos de este fin de semana largo.

N.C:

hon, te extraño.

Dile a Axel que no te verá la cara por unos días. Celebramos navidad juntos.

Tenemos hasta el lunes. No es poco tiempo.

No me importa. Lunes, nada.

Lunes: trabajo

No trabajas. Te quedas conmigo.

Lunes: Valeria es mamá de nuevo.

Valeria es mamá

y Nickie es amigo de mamá.

Nickie es amigo de mamá?

Tentación y laberinto · 261

Nickie es TODO de mamá.

Así me gusta más.

Valeria me gusta más.

Dejo de divertirme porque Axel corta el teléfono y nos saluda. Pongo emoji de cara de risa y de beso.

Y pongo atención en la reunión.

Axel comienza con el planteo.

—Paula, te comento que estuve hablando con Vale porque me parece que debería continuar con sus entrevistas. Ella está de acuerdo, la idea la entusiasma. Aunque plantea que quisiera dejar acordadas algunas cuestiones en caso de aceptar.

—Ah. No sabía que podía poner cláusulas y hacer pedidos.

—No es que haga pedidos, Paula. Simplemente, como ustedes son los que me piden que retome, quería que acordáramos algunas cosas. No son exigencias, ni pedidos.

—Acordemos, entonces.

Axel continúa:

—A mí me parece correcto que esta reunión nos permita llegar a acuerdos.

—¡Que los cumpla! Porque en el caso de las fallidas entrevistas anteriores, Valeria no los cumplió.

—¿Yo no los cumplí? —Hablo por primera vez— Tu problema fue mi participación en las entrevistas. Y yo te había dicho que no soy una entrevistadora pasiva que escucho y pregunto solo lo que

262 · Paola Rimieri

vos me escribiste. Para eso no les sirvo.

—Servías para eso. A la producción la armo yo, la edición también, la posproducción, igual. Si no, hago las entrevistas yo y vos hacés el resto.

—¡Preferiría! Si total, no me dejás ni meter una pregunta. Al final, indirectamente, la entrevista también la hacés vos, con mi cara.

—¡La produzco! —se enerva.

—¡Pero yo solo pongo la cara! ¡Y no me gusta preguntar o decir cosas de las que no estoy convencida!

—¡Chicas, chicas! Les pido que hablemos con calma. Vale, ¿cuáles son tus puntos a acordar?

— Bueno, primero que este tipo de discusiones se terminen. Porque es un círculo. Si yo no voy a poder decir ni preguntar libremente, no me interesa el trabajo.

—No entendés la dinámica —remata con seguridad, Paula. —Será que no la entiendo.

—No la entendés.

— ¡Claro! ¡No entiendo! ¡No entiendo cómo pueden esperar que yo ponga mi cara para decir lo que ustedes piensan! ¿Soy una marioneta?

—¡Bienvenida al negocio de los medios!

—No estoy de acuerdo, Paula —participa Axel—. Creo que acá nadie es una marioneta. Vale es una periodista inteligente y en esto, no estás siendo justa.

Hacha hace gestos cuando habla Axel. Evidentemente, no acuerda con él.

—Axel, perdón. ¿Cuál es la necesidad de que las entrevistas las haga yo? Es claro que Paula no

tiene ni la misma visión, ni el mismo interés que vos de que yo las haga. No veo la necesidad de que nos estresemos por esto. Estamos los tres nerviosos y cansados, y no me

Tentación y laberinto · 263

parece que valga la pena.

—¡La verdad! —cierra Paula.

—¿Ves, Axel? Yo sigo como estoy y que Paula busque otra marioneta. Va a encontrar fácilmente.

—No, no, no. ¡No, Vale! No es así —remata Axel.

Hago el ademán para levantarme, pero Axel se pone de pie y me hace seña para que me quede.

— Sentate, por favor, Vale. Habíamos hablado antes, podemos ponernos de acuerdo.

—Pero no veo la necesidad, Axel.

— No hay necesidad, Valeria —interrumpe mi desagradable compañera—. No es una cuestión de necesidad. ¿O sí? ¿O de interés?

—¿Qué interés?

—Axel quiere elevar tu imagen, por tu amante. Porque él ahora forma parte de una importante campaña de promoción. Y porque te vas a hacer tristemente conocida por ser el premio del chico.

—¿Qué amante? ¿Están hablando de Nickie?

Axel niega con la cabeza e insiste:

—Nada que ver, nada que ver, Vale.

—¿Cuándo van a entender que la infidelidad no es un valor! — dice Paula por lo bajo.

Trato de ignorarla, pero no puedo ignorar todo.

—Escuchame, Axel, ¿tu única intención es aprovechar a Nickie? Sos un asco.

—No es así, Vale.

—Era la idea inicial —cierra Paula.

Quiero salir cuanto antes. Tengo una extraña sensación dentro de mí.

—¡Vale! Esperá. Técnicamente no es como pensás.

— ¿Técnicamente?

—Es verdad que nos viene bien aprovechar a Nickie, usando tu expresión. Eso no es malo.

—¿Aprovechar? ¿Qué de esa palabra te parece que no es malo? —Es que lo estás viendo desde un lugar... Al menos, es un lugar

erróneo.

—No te preocupes, Axel. No me expliques más.

—Estamos en un medio competitivo. Es así. Lo sabés. No seas ingenua.

Salgo de la oficina como si me hubieran puesto fuego en el interior.

Voy derecho a la oficina y me siento frente a la computadora apagada.

«No puedo creerlo».

Tengo un cúmulo de rabia dentro de mí que me quema.

No sé qué es lo que me pone peor: que me usaran, que lo quisieran usar a Nickie, que se burlaran de mi capacidad...

Me duele reconocer que, entonces, no soy tan buena como pensaba. Porque mi ascenso se debió al hombre que tengo al lado mío ahora.

Me da rabia. Me pongo mal. Me duele.

Todo eso junto.

Tomo aire y comienzo a recoger mis cosas de arriba del escritorio rápidamente, porque me quedan unas horas para irme.

Mientras camino por el pasillo hacia la puerta para ir al estacionamiento, escucho la voz de Axel que grita mi nombre.

No me voy a dar vuelta.

Sigo caminando y salgo.

Afuera respiro el aire caliente de Córdoba en verano.

Es jueves veinticuatro de diciembre y acabo de reparar en que no les compré nada de regalo a mis hijas.

Se ha vuelto usual en mí y me olvido de prestar atención a los detalles. A todos, para no discriminar: cumpleaños, navidades...

Es temprano, pero el calor apremia. Y la ansiedad de las pequeñas, también.

Meto la última remera en el bolso de Leti y me abraza repentinamente.

— Yo te voy a extrañar también, mi amor. Pero en pocos días, estaremos juntas de nuevo.

Terminamos de preparar los bolsos de las chicas y un mensaje de Nickie me avisa que está en Córdoba.

N.C:

En tierra firme, hon. Me acomodo en media hora en el hotel.

Allí nos vemos.

Tomo el celular y lo llamo:

—Hola, lindo.

—¡Hey, qué saludo!

—¿Cómo fue el viaje?

—*Es muy corto. Y bien. Cielo azul, nada de nubes. Hablando de climas, ¡cuánto calor hace en Argentina!*

Tentación y laberinto · 267

—Es la época.

—*Lo sé. Y hablando de calor, ¿ya vienes?*

—Me hacés reír. Estoy con Leti y con Paloma ahora mismo. Acá a mi lado...

—*Oh. Me pones colorado. ¿Estás hablando conmigo con ellas ahí?* — Sí.

—*Ah, que bien. ¿Qué hacen?*

—Estamos esperando a su papá que va a venir a buscarlas en un rato.

—*Ok. ¿Y entonces? ¿Cuál es el plan conmigo?*

—¡Oh...! —reprimó mi respuesta.

Y eso le hace mucha gracia.

Cuando corto el teléfono, Leticia me está mirando. —¿Era tu novio?

No sé qué responderle. La evado.

— No me vas a extrañar. Al contrario, estás esperando que nos vayamos.

Paloma la observa seria.

—No digas eso. No es así —reclamo.

Leticia no me responde.

Recuerdo que su carácter es muy similar al mío, así que no sé si es peor que le siga hablando o que me quede callada.

Me acerco y le doy un beso enorme en la mejilla.

—Las amo. Ustedes son lo más importante de mi vida.

No me responde nada y se sienta en el sillón, luego se acerca y me habla, con otro tono:

— Nosotras también te queremos. Y lo queremos a papá. Yo quiero irme con él ahora y con mis primos. Papá ya me dijo que estarán. Y cuando pasen los días, voy a venir a estar con vos.

268 · Paola Rimieri

La abrazo fuerte.

Paloma hace las cosas más sencillas, siempre.

Me siento en el sillón junto a Leti, en silencio. Su hermana se me pegotea entre la pierna y el apoyabrazos del sillón y pone en la tele dibujos.

Ahí nos quedamos viendo las tres, hasta que escuchamos la camioneta de Martín.

La despedida de las niñas es sencilla. Supongo que ellas desean irse, de alguna manera es un paseo. Y esa adrenalina que desprenden, me tranquiliza.

Martín está bastante más tranquilo.

Llega hasta mí y le digo que nos pondremos de acuerdo respecto del lunes, para que nos encontremos con las chicas nuevamente. Me dice que seguramente, irán al campo.

—No tengo problema. Te pido que me vayas enviando mensajes cada tanto, para saber cómo están.

—Está bien.

— Respecto del lunes —hago una pausa mientras obtengo su atención— , seguramente voy a presentarles a Nickie.

Martín se asombra ante mi comentario. No lo dejo que opine, y sigo hablando yo:

—Creo que durante las vacaciones de verano estaremos en contacto, así que me parece bien que ya se conozcan.

—Vos sabés que yo me opongo.

—Sin embargo, será una cuestión que permanecerá en tu fuero personal. No hay nada que te permita oponerte.

—No sé.

—¿Cómo no sé?

—No lo conozco. No sé si quiero que comparta cosas con mis hijas.

Tentación y laberinto · 269

—Yo sí lo conozco.

Martín hace silencio, da media vuelta y se dirige a la camioneta. Él me mira desde adentro y al mismo tiempo, ellas me saludan con sus manitos enérgicas.

—¡Las quiero! ¡Saludos a Jefe!

Los tres se ríen.

Estoy segura que esta conversación sobre Nickie, con Martín, no está finalizada. Pero al menos, ya comenzamos la charla.

Los veo alejarse y vuelvo adentro.

Me siento y respiro.

Todo es extraño. Y nuevo.

Trato de pensar diferente.

Trato de no sentirme culpable y tomo aire.

Me preparo algo de tomar nuevamente y tomo el celular. Llamo a Nickie:

—Hola, ya te extraño.

—*¡Estás tan cariñosa, hon!*

Sonrío.

—Me voy al trabajo. Pero no voy a quedarme demasiado tiempo. ¿Cuándo nos vemos?

—*Mmm... ¿Almorzamos?*

—No sé si tan poco tiempo, ya es casi mediodía... Pero puede ser. No almuerzo nunca en tus horarios.

—*Está muy mal ese hábito tuyo de comer mal todas las comidas* —Nickie usa un tono de desaprobación que me da risa —. *Escucha, no te preocupes. Nos vemos en un rato. Justo terminaba de darme una ducha.*

270 · Paola Rimieri

Escucho eso y lo imagino fresco y con su perfume exquisito. Casi siento el cabello húmedo entre mis dedos. Y ya quisiera estar a su lado.

—*Hon? ¿Sigues ahí?*

— Sí, estaba boquiabierta pensando en cómo estarías si recién salís de la ducha.

—*Oh, Val... ¿Qué ha pasado contigo?*

— ¡Perdón!

—*No, al contrario. Amo esta nueva Valeria del otro lado del teléfono.* La charla continúa unos minutos más. El calor del final de diciembre aumenta. Y con todo ese marco, decido tomar mis cosas y salir para el trabajo.

Mientras manejo, pienso qué año más extravagante estoy terminando de vivir.

En menos de un año mi vida cambió por completo. Yo cambié por completo.

También yo amo a esta nueva Valeria, y quererme es perfecto. Entro al canal y voy derecho a mi puesto de trabajo. Miro el reloj

y son pasadas las diez, así que me comunico con Manuel para coor-dinar la grabación del bloque.

—*Va a ser en menos de media hora*—dice.

Me preparo en maquillaje y ahí mismo, leo un poco lo que de-beré desarrollar. Como siempre, un veinticuatro de diciembre, nos referiremos a la Navidad, las redes y los regalos tecnológicos. Comenzamos la grabación y siento que afuera del set hay un extraño movimiento.

La gente está algo distraída. Usual, para esta clase de días. Pareciera que algunos creen que, después de las fiestas, se acaba

el mundo.

Tentación y laberinto · 271

Termino de grabar y saludo a Manuel, la charla acostumbrada para esta época que va desde “con quién vas a pasar esta noche” hasta “Feliz Navidad”.

Nos saludamos cariñosamente y lo mismo sucede con Albita, y uno que otro técnico que me cruzo.

Reviso el celular y Martín acaba de avisarme que están ya en la casa de su madre.

Camino hacia mi oficina, “mi media oficina”, y me encuentro con mi compañera.

Después de unos minutos de silencio absoluto y forzado, la se-cretaria de Axel se asoma a la puerta y me dice que él quiere verme. —¡Qué querés ahora, Axel!—rezo, en bajo volumen, evitando

a Paula.

Acomodo dos o tres papeles en mi escritorio y voy hacia su oficina.

Y allí, toda mi sorpresa junta.

Junto a Axel, ¡Nickie sentado en el despacho!

¿Qué hace él acá?

Gira levemente, cuando Axel dice mi nombre. Su gesto es bellissimo, siempre tan puntilloso con su presencia. Casi puedo percibir su aroma desde donde estoy.

Pero no debería estar aquí.

—¿Qué hacés acá? —pregunto entre dientes.

—¡Vale! ¿Qué manera es esa de recibir a la visita?

Axel, siempre desagradable y siempre tan obsecuente. Sin olvidar, entrometido.

Me río, supongo que visiblemente nerviosa, mientras Nickie me estira su mano y toma la mía. Casi que me arroja sobre él.

Y me siento, sin desear hacerlo, a su lado.

272 · Paola Rimieri

Me saluda con un pequeño beso entre el cuello y mi oreja. Y cada vez, estoy más incómoda.

— Vale, me alegra que Nickie nos acompañe hoy. No sé qué pensás, pero me gustaría que pueda hacer una salida en el noticiero o que agendemos entrevista.

— No.

Ambos me miran extrañados.

—¿No? —Pregrunta Axel.

— No, no quiero. Si querés que él salga en algún programa, lo hablás con él, con su agente, o con quien sea. No así. No por mi intermedio.

— Vale... — Axel intenta interrumpirme, ante un Nickie que me observa absorto.

—No quiero Axel.

—Está bien.

—Una cosa más, antes de irnos —digo con seguridad—. Vamos a estar de viaje con Nickie, quería avisarte. Disponé de mi espacio y de mi trabajo. Cuando regrese me comunico con vos para ver si todavía está mi espacio disponible.

—No te entiendo, Vale.

—¿No? Estoy diciéndote que necesito tomarme mis vacaciones. Y cuando se terminen, tal vez me tome una licencia sin goce de sueldo. Y luego, veré cómo sigue mi carrera en este lugar. Si a ustedes les sirve, si a mí me sirve.

La expresión de Nickie es de admiración: las cejas arqueadas arriba, pero con una sonrisa socarrona en los labios, sus labios estirados tratando de ocultar una sonrisa más prominente y sus

mejillas un poco sonrojadas. Lo observo y trato de decirle con mi mirada que se ponga de pie.

Tentación y laberinto · 273

—¡Ok! Entonces, amigo Axel, debemos irnos, por lo que veo— Nickie se levanta de la silla y Axel se estira hacia nosotros, casi cerrando la puerta de su oficina, compulsivamente.

— Esperen, quería preguntarles si estaban disponibles para un festejo. Tenemos además, la fiesta institucional de cierre de año, Vale.

—No vamos a estar, Axel. Te agradezco la invitación.

Salgo de la oficina y busco mis cosas en mi escritorio. Cierro mi sesión en la computadora antes de apagarla.

Nos vamos. Camino por el pasillo junto a Nickie que no dice nada. Antes de salir al estacionamiento, varias chicas del canal le piden fotos. Laura se me acerca y me saluda.

—Chau Lau. ¡Feliz Navidad!

La abrazo con fuerzas. Creo que es la única persona que realmente quiero en este lugar.

Y cuando salgo afuera, respiro otro aire.

— ¿Amabas a esta nueva Valeria, Nickie? Acostumbrate, soy el monstruo que creaste —le digo riéndome a carcajadas.

Siento que se inflan mis pulmones de oxígeno. Un oxígeno dis-tinto que me revitaliza.

Respiré diferente.

Y soy diferente.

274 · Paola Rimieri

La idea de Nickie de celebrar juntos y a la luz de las estrellas la Navidad, terminó siendo lo mejor que me pasó en mucho tiempo. Para empezar, que él haya elegido venir a pasar esta noche mágica en la pequeña villa serrana donde le mostré mi pasado, a pesar de que deteste el colchón y la cama donde dormimos le quede corta, fue una demostración de amor.

Sentados entre las piedras de la playa, escuchando el rumor del río serrano en el lugar donde crecí, se convirtió en el escenario ideal para que confirme, a cada segundo, que estoy enamorada de este hombre maravilloso que todavía no sé cómo apareció en mi vida. Mientras espero que Nickie regrese con algo más para beber, tra-

to de pensar qué es lo que me hace amarlo tan repentinamente. Para ser honesta conmigo misma,

hace tan poco que lo conozco. Sin embargo, nuestra conexión es tan grande, que parece que nos conocemos desde otros tiempos irracionales a nuestra existencia. Cierro los ojos y traigo a mi memoria la primera vez que lo vi. ¡Qué irreal! Viene como recuerdo la imagen de Nickie manejando aquella Vespa en la Provenza. Mediaba entre nosotros una pantalla y un mundo que separaba lo real de lo irreal. Entonces, siento su primer beso en Las Vegas. Su aroma recurrente me invade y cada vez que trato de objetivizar todo esto que sucede en mi entendimiento, sigo pensando que estoy loca y que es solo producto de mi imaginación.

Sin embargo, hoy es real.

Tentación y laberinto · 275

Es realmente hermoso y perfecto. Pero su belleza y su perfección son más profundas de lo que se pude ver en alguna foto de Instagram. Es perfecto y lo sé, porque es un ser perfecto por dentro. Nickie es real. Es Nicholas. Es un hombre de carne y hueso que me escucha y me acompaña en mis peores momentos. Y en el mejor. En este, mi mejor momento.

Me pongo de pie y disfruto la manera en que el viento cálido hace flamear sobre mis hombros la pachmina que tengo alrededor de mi cuello. La seda de mi vestido también acaricia mis piernas. Esa misma sensación de confort que siento sobre mi piel, emerge desde mi interior.

Quiero gritar.

Y hago que mi grito explote contra los cerros, enfrente al río. Abro mis brazos ampliamente, con la intención de que mi corazón se expanda desde mi pecho hacia afuera.

Me siento libre, me siento nueva, me siento plena.

Nickie regresa por el sendero hacia la playa y antes de que me diga nada, hablo:

—Te amo.

Me observa unos segundos y me besa con fuerza.

Solo escucho a mi alrededor, el rumor del agua entre las piedras.

Cuando me despierto, siento un terrible dolor de cabeza. Tengo que acostumbrarme a recordar que esto me sucede cuando tomo alcohol. Pero recordarlo antes.

Como casi todas las mañanas que amanecemos juntos, Nickie ya no está acostado.

Me incorporo, sin mover demasiado la cabeza, y tomo el celular. Busco mensajes de Martín.

276 · Paola Rimieri

A pesar de haber pasado una noche excelente, no pude dejar de pensar en mis chiquitas.

Es la primera Navidad que no pasamos juntas y, todavía, faltan varios días para que las vea nuevamente.

Mi cerebro no está del todo despierto aun, pero quiero pensar acerca del momento en que me reencuentre con Paloma y Leticia.

No voy a permitirle a Martín que influya en mis planes para festejar con ellas Año Nuevo.

Y, pensando en Año Nuevo, ¿cuáles son mis planes? Me levanto y me ducho rápidamente.

Me visto y espero a que Nickie regrese. Demora más de lo normal, o estoy ansiosa.

Abro la puerta de la habitación y afuera se respira un bellissimo aire estivo. La mañana fresca y súper soleada anticipa que será un día precioso.

Me siento en la escalinata y espero su llegada al mismo tiempo que identifico los aromas de las flores silvestres en el cerco vivo enfrente de mí.

Minutos después escucho los pasos de Nickie que retumban fuertemente. Comienza a aminorar la marcha y se frena. Lo veo allí, luminoso y sonriente con las flores de “Amor seco” anaranjadas detrás suyo como marco y solo pienso en que jamás nos desprendamos, uno del otro.

Saludo con una sonrisa y recibo su beso lejano, como siempre que llega de hacer su rutina de ejercicios.

—¡Feliz Navidad, hon!

— ¡Es cierto! ¡Feliz Navidad, Nickie! ¡Quiero otro beso, uno mejor!

—Oh, no... No, todavía. Soy asqueroso.

Me hace reír en todo momento.

Tentación y laberinto · 277

Me pongo de pie cuando entra a la habitación y voy al salón para desayunar. Lo esperaré ahí.

En una mesita un poco alejada del ingreso veo a Jack. Me acerco y lo saludo.

—¡Feliz Navidad! Ah, y buen día Jack.

—¡Merry Christmas, ma’am! —me dice con una cordial sonrisa que jamás había visto. Y por supuesto, en inglés. Aunque evidente-mente, me entiende, no habla castellano.

Le pregunto si puedo sentarme con él y noto su incomodidad, pero asiente.

Estamos en silencio un buen rato. Quisiera preguntarle tantas cosas, especialmente sobre su familia. ¿Tendrá familia? ¿Qué hace todo el día? Tantas dudas sobre él. Es, realmente, un ser misterioso.

Levanto la mirada desde mi té con leche, cuando escucho la puerta. Desde allí, Nickie nos ve y llega hasta nosotros. Se saludan con Jack fríamente, pero veo en ambos rostros su cercanía.

Nickie me da un beso en la mejilla. Luego, me toma la cara y me besa en la boca, como resarciéndose del primer y tímido beso de la mañana de Navidad. Percibo su exquisito perfume fresco y su piel suave.

Me toma la mano y me pregunta si ya desayuné.

—No, me había servido este té.

—¿Y ya hablaste con tus niñas?

—No, tampoco. Voy a esperar al mediodía. Las extraño mucho. —Imagino que sí.

La camarera nos interrumpe con los usuales saludos navideños y aprovecho para levantarme y buscar cosas ricas para empezar mi mañana.

—Estuve pensando...

—Oh, esa es una muy buena noticia, amor —ríe mientras habla.

278 · *Paola Rimieri*

—¿Extraño, no?

Y continúo: — Pensaba que el lunes, cuando lleguen las nenas vamos a tener que pensar qué haremos juntos.

Nickie arquea sus cejas muy alto.

—¡Es genial! ¡Sí! Vamos a pensar bien qué haremos, hon. —Sí, bueno... Entre los dos podremos pensar mejor...

—No sé... Ya sabes que soy una cara bonita, no creas que pienso mucho más de lo que piensas, hon.

—¡Estás loco!

En un momento, Jack nos deja. Antes nos saluda con mucha corrección, como siempre.

—¿Qué onda, Jack?

—¿Qué onda? —repite Nickie en señal de no comprender mi pregunta.

—Digo, es misterioso. ¿Siempre está con vos?

—Cuando trabajamos, sí. Casi siempre.

—¿Ahora estás trabajando? —río.

—No ahora. Pero estoy lejos de casa. Ya sabes...

—No, por eso pregunto. ¿Qué tanto te cuida? Yo puedo cuidarte...

—Oh, hon... Claro que sí, Val. Podés cuidarme... — ¿Entonces?

—Es una especie de asistente.

—Puedo asistirte... —Claro, claro que sí. —¿Y tiene familia?

—Ah... Esa es una triste historia. Jack los perdió a todos.

—¿Cómo? —meangustia muchísimo enterarme de una cosa así.

Tentación y laberinto · 279

—Sí. Una explosión en un atentado terrorista. Murieron todos. Solo él sobrevivió. Tendría un hijo de mi edad es por eso que me ha tomado tanto cariño. Por las noches, revisa archivos de diferentes policías de inteligencia para intentar descubrir los autores del atentado. Y juró vengarse... you know...

Lo miro absorta. Algo extraño había en Jack, que me hacía du-dar... Lo miro profundamente, con su rostro acongojado, casi su-friendo por su asistente y amigo.

Siento que temo y al mismo tiempo, quiero llorar.

Nickie me toma por el hombro y me sacude un poco. Lanza una enorme carcajada y entonces, comprendo todo. —¿Es mentira? ¿Me estas mintiendo?

—¡Claro, hon!

—¿Qué tonto!

— ¿No digas que creíste...? Oh, cuando le cuente a Jack, va a reírse mucho...

—No seas estúpido... No me gustó el chiste.

—Fue... ¡Grandioso! Hubieras visto tu rostro, hon.

—Sos un tonto... —mequiero disgustar, sin embargo contengo la risa.

—¿Puedo decir algo seriamente, ahora, hon?

— Deberías.

—¡Oh, te enojas realmente! —Acuesta levemente su cabeza hacia un costado y sigue:— Quiero darte esto.

Nickie saca algo desde dentro de su bolsillo, con dificultad. Pone en frente de mí una pequeña cajita que miro congelada. —¡Feliz Navidad, amor!

Y, repentinamente, me besa.

280 · Paola Rimieri

Tomo la cajita en mis manos. Me intimida y al mismo tiempo, me avergüenza.

—Nickie, yo no compré nada. Ni siquiera para mis hijas. Porque se me vino la fecha encima...

— No digas nada. No tienes que estar justificándote todo el tiempo, hon. Es mi regalo. En otro momento, me darás uno a mí. Pero, ¿no vas a abrirlo?

—Sí, por supuesto.

Abro la cajita y veo un par de hermosos aritos con pequeñas piedritas. Son muy delicados y, enseguida, me los comienzo a poner.

—Son hermosos.

— Really?

—Sí, son hermosos. Hace años que no uso aros.

—Lo sé. Por eso te los compré.

—¡Gracias! Me encantan, de verdad.

—Tuve miedo de que no te gustaran, porque no te veía nunca en tus orejas.

—Sí, me gustan. Me los saqué cuando Leticia nació. Ella siempre me tocaba el lóbulo de la oreja y yo temía que se lastimara sus pequeños deditos.

—Ya era hora de que usaras nuevamente.

Cuando termino de ponerme ambos aros, veo en la cajita algo que sobresale debajo de la felpa en la que estaban acomodados. La levanto y encuentro una especie de llavecita, con un brillantito. Muy pequeña.

—¿Y esta llavecita?

—Ah, me gustó cuando la vi. Es como una de esas cositas que puedes poner en el brazalete o en el cuello.

—¿Un dije?

—Puede ser que se llame así.

Tentación y laberinto · 281

— Muchas gracias, la pondré con el que me diste en San Francisco.

—¡Oh, es verdad! Dejala siempre contigo, me gustan esas cositas pequeñas y brillantes que se cuelgan.

Seguimos desayunando y hablando. Aprovecho para llamar a mis hijas y saludarlas. Están bien y felices con su familia paterna. Me cuentan lo que hicieron y, también, lo que van a hacer.

Ya quiero estar con ellas.

Luego, hablo con Martín para acordar la próxima vez que nos veamos.

Terminamos de desayunar y vamos a la playa.

—Me gusta este lugar, hon. No hay demasiada gente, lo siento familiar.

—Aquí es así.

—¿Qué tienes pensado para New Year's eve?

—Se dice “noche de Año Nuevo”, igual que en inglés. —Sí, lo sé. Salió así. No me reproches...

Su movimiento de brazos y el gesto que hace es tan gracioso, que no puedo ocultar la risa.

—No sé si reprochar sea la palabra apropiada para lo que estás diciendo...

— ¡Basta!

—Bueno, lo dejamos así. Haré un esfuerzo por comprender lo que decís.

—Mira... No hablemos de lo mal que hablas inglés, hon. —¡No puedo creer que me digas eso, recién ahora! Seguimos riendo. Hasta que Nickie se pone serio.

—¿No me dices qué haremos en Año Nuevo porque no vamos a estar juntos?

282 · *Paola Rimieri*

—No, no. No es así, Nickie. Sí vamos a estar juntos. Es que la verdad, no pensé nada. Sé que a la mañana Martín llevará a las nenas a casa. Pensaba que, tal vez, podríamos quedarnos ahí. En casa.

—¿Los cuatro? —Los cinco. — ¿Cinco?

—Con Jack. No vamos a dejarlo solo, después de todo lo que ha sufrido en su vida...

—¡Eres genial, hon!

Nickie me halaga y achina sus ojos. Y estoy en la cima del mundo.

El tiempo pasa tan lentamente, que percibo que rejuvenezco cada segundo allí.

En un momento, Nickie se pone de pie y observo, placentera-mente, su altura. Todo su cuerpo es hermoso. Se quita la remera ajustada y se dirige al agua.

Lo miro desde mi lugar y lo disfruto.

Una vez dentro del río, me hace señas. Levanta su brazo que brilla, dorado, reflejando el color del agua y el sol en sus cabellos.

Dejo allí mi reloj y voy al agua con él.

—¡Está helada! —comento, luego de poner la punta de mi pie.

Nickie me toma la mano y me empuja hacia su cuerpo. Y luego, con la fuerza de sus brazos, me baja, hasta sumergirme en el agua.

Siento el agua fría que me punza la piel.

Pero en el acto me siento mejor.

— ¡Tonto!

—¡Y ya es la segunda vez, hoy!

—¡No me quería mojar!

—Ahora es tarde.

—Pero es un chiste que no me gustó.

Tentación y laberinto · 283

—Really? ¿Enojada de verdad?

—Un poco.

Me suelto de su lado y regreso a la arena.

Quiero secarme.

Nickie me mira desde donde está. Luego se sumerge. Desde lejos lo veo nadar durante un rato.

Luego, sale del agua y es observado por la poca que gente que está llegando a la playa. Se dirige a mí desde la orilla del río hasta donde estoy sentada, todavía mojada. Viene directo hasta acá, no solo con el cuerpo, también con la mirada.

—¿Te enojaste de verdad?

—No son cosas que me diviertan. Perdón, conocerás mi lado oscuro.

—¡Ah! ¡Ese es tu lado oscuro!

—Vuelvo a pedir disculpas. No soy la mujer más divertida del mundo.

—No digas eso. A mí sí me diviertes, Valeria.

— Gracias.

Entre nosotros hay unos largos minutos en silencio. Hasta que Nickie habla, nuevamente.

—Pensé algo. Escucha. Deberíamos ir antes de que Martín lleve a tus niñas a la casa y comprarles algunos regalos de navidad. ¿No me dijiste que no les habías comprado?

—Es cierto. Es una buena idea —me entusiasmo—. ¿Te gustaría, en serio?

—Sí, me gustaría mucho. Por eso te lo dije. Me ilusiona comprar regalos y más para ellas.

—Entonces, lo organizaremos bien, así salimos con tiempo suficiente. Son fechas muy concurridas.

284 · Paola Rimieri

—Está bien. Y además, estuve pensando más cosas... —¿Más? ¿Qué otras cosas?

—Bueno, pensaba que para que no sea un festejo tan pequeño en tu casa y no tengas que trabajar tanto, podríamos volver aquí.

—¿Aquí? ¿Te parece?

— ¡Claro! Este lugar me encanta. Es tranquilo y es pequeño. Y tiene este magnífico río. Podríamos nadar y tomar sol.

—¿Es verdad! ¡A las chicas les va a encantar!

—Creo que sí.

Ambos hacemos silencio. Nickie mira hacia adelante con un gesto de alegría que no había visto aun en él.

«Deseo besarlo.»

Y lo beso, a modo de agradecimiento.

—Me gustó mucho ese beso.

—Sos tan buena gente, Nickie. ¿Cómo es posible?

—Oh —Nickie se ríe casi sin contenerse— ¿Cómo es posible? Es una pregunta muy graciosa.

—No lo es. Es tan extraño todo. Eras una imagen en mi televi-sor, en la pantalla de mi celular...

—Me cuesta tanto que me veas como un hombre, hon. Nickie sigue riéndose.

Y la tarde allí, a su lado, se inunda de rosado cuando el sol estuvo se pierde tras los cerros.

Tentación y laberinto · 285

Nickie de incógnito, llama mucho más la atención que si no lo estuviera.

La gorra negra que usa hoy, un poco caída la visera sobre su rostro y los lentes de sol espejados se suman a su esbelta y alta figura. Los jeans rectos un poco gastados y la remera clara muy ajustada a su torso que le marca los brazos fuertes, bronceados, no dejan de llamar la atención. Es él, y su vestuario, lo que a la distancia se reconoce que pertenecen a las vidrieras de otro continente.

Como si eso fuera poco, caminamos por el shopping con Jack con saco sport.

Evidentemente, hay algo que no queremos mostrar que estamos mostrando.

Creo que, todavía, no es una figura tan conocida en este país. Y eso me alegra un poco.

En algunos momentos, las personas que lo observan se le acercan y le piden una foto. Como suele hacer, los atiende amablemente. Y Jack, se incomoda sin sentido.

Compramos hermosos regalos para Leti y para Paloma. Me encanta verlo revisar los juguetes, observar las prendas de ropa. Disfruta cada cosa que mira. Se lo ve en un mundo nuevo y diferente para él, y en su rostro hay un niño, un pequeño Nicholas.

— Sabes, es prematuro decirlo hon, pero me gusta esta etapa, con tus niñas.

Tentación y laberinto · 287

—¡Muy prematuro! Estás en el mejor momento... Comprarles regalos no es tener que soportarlas todo el día cuando pelean entre ellas...

— Un pendiente mío es tener niños... Me gustan mucho los niños.

—Veremos si la semana que viene seguís pensando lo mismo. Cuando terminamos con los regalos, Nickie me pregunta a dón-

de podemos comprar otras cosas que necesita.

—Quiero ir a una especie de mercado, you know.

—Podemos bajar al supermercado, justamente ese lugar es una especie de mercado —digo sonriendo.

Y eso hacemos.

Allí compramos varias cosas. Algunas, curiosas. Pero Nickie es bastante escurridizo a la hora de darme explicaciones.

A la salida, encontramos un grupo de fanáticos sumamente res-petuosos que están con carteles.

Son fanáticos de la franquicia de Brave. No están buscando a Nickie, directamente le gritan y lo llaman diciéndole “*Rurik*”.

Noto que, cuando es un gentío, se inquieta. No sabe bien cómo actuar. Me mantengo alejada de ellos y se dirigen muy educadamente. Pero lo veo nervioso. Y eso me llama la atención.

Jack le informa, cuando vamos de regreso, que algunas fotos que nos tomaron en el shopping hicieron que fuera fácilmente localizable.

Nickie reacciona de manera extraña. Por momentos parece que les teme, pero también se alegra de

que ellos lo busquen. Desliza la idea de que, luego de que la promoción y el estreno de la serie en Argentina surta efecto, no podrá hacer estas cosas que hace ahora, como salir de compras o disfrutar de una playa.

288 · *Paola Rimieri*

Ya es tarde, así que llevamos las cosas a mi casa, una vez allí, dejo un poco de mi ropa sucia en el lavarropas y agarro un par de mudas limpias. También, preparo cosas de las chicas pensando en los próximos días en las sierras.

Mientras tanto, Nickie prepara un par de té en la cocina y me alcanza el mío a la habitación.

—¿Vamos a dormir en el hotel?

—Sí, prefiero. ¿Se puede?

—No hay problema. Allí tengo mis cosas. Ese lugar está reservado por Brave para mí hasta que me vaya.

—¿Cuándo te vas?

—Todavía falta para eso. No hace falta que hablemos de “irse” ahora, hon.

Salimos de la casa y Jack nos lleva a cenar al centro. Por lo que me explica Nickie, Jack arregló las cosas como para que el primer piso del local esté separado para nosotros. Hay algo en esas cuestiones que me ponen nerviosa. Me siento observada cuando nos reciben en la puerta e inmediatamente subimos las escaleras. Arriba, desde la barra, también nos observan. No me acostumbro a que estemos tan expuestos.

Y en pocos minutos, sentados allí con la tenue luz de la velita de la mesa, olvido que estoy con Nickie Challenge y que Jack ajustó el lugar para nuestra intimidad.

—Adoro el sushi, Val. Gracias por traerme aquí.

—Me trajiste vos —le digo, sonriendo. —Bueno, pero nos indicaste cómo llegar. —Es mi primera vez en este lugar, Nickie. — Really?

— Jamás.

—Entonces vas a tener que acatar mis sugerencias.

Tentación y laberinto · 289

—Casi como siempre...

—¿Hay un mensaje oculto en esas palabras y esa expresión, hon? — No, ningún mensaje oculto.

Te digo directamente, y en la cara, que siempre hacemos lo que querés.

—Mmm... Me estás asustando. Menos mal que nos han dado hashi en vez de cuchillos.

—¿Se llaman así? —¿Cómo? ¿Hashi? — Sí.

—Sí, se llaman hashi. ¿Cómo les decís?

— Les digo palitos chinos. En realidad no les digo de ninguna manera. Ya te dije que soy bastante ignorante en el tema sushi.

—No son chinos, hon. Son japoneses.

—Ah, bueno... ¿ves? —Río.

Cuando nos llenan la mesa de esas piezas magníficas y coloridas siento que estoy enfrente de un lienzo. Es como una pintura bellísima que, además se puede comer. Doy un trago al vino blanco que eligió Nickie y respiro profundo antes de intentar comer con los palitos, o los hashi, como él les dice.

—¿Es muy difícil, Nickie! —doy una carcajada cuando una pieza se cae dentro del plato con salsa de soja.

— Deja los palos en el oki y come con la mano, Val. No te preocupes.

—¿Con la mano?

— Sí, así se comen tradicionalmente. La idea es que pongas la pieza completa en la boca. Y sabes, tu problema es que mojas el arroz en la soya. Hay que mojar el pescado.

—Es demasiada información. ¿Dónde me dijiste que pusiera el palito?

290 · Paola Rimieri

— Se llama oki —Nickie me acerca el soporte para el palito y una vez que lo dejo allí, tomo una pieza con la mano.

Finalmente, me pongo una de esas pequeñas delicias a la boca.

Llevo el sabor detrás de la lengua y junto al paladar. Inmediatamente, cierro los ojos y no puedo encontrar qué sabor distingo, pero lo amo.

Abro los ojos llena de éxtasis y digo:

—Ahora entiendo por qué se llama Placer real.

—¿Te gustó?

— Mmmm... No puedo identificar qué sabores percibo, pero me gustó muchísimo. Es decir, me doy cuenta qué es cada cosa... Pero la suma de esos sabores... —Nickie me corta.

— Umami.

—¿Qué es eso?

—Es el quinto sabor, “quintessence”...—dice con tonada francesa, haciendo una graciosa expresión con las cejas y la nariz.

—¿La quintaescencia? ¡De lo que me estaba perdiendo! La verdad es que no le daba crédito al sushi.

—Oh, hon. Deberás confiar en mí, entonces. —Es cierto. Pero hay algo que debés saber. — ¿Si?

—Es que me gusta equivocarme sola, también.

— Eres una mujer muy extraña, Val. Entonces, eso me gusta mucho.

Despierto con un terrible malestar de cabeza.

Miro por el ventanal de la habitación de Nickie y veo que ya es de día. Me apresuro por levantarme y vestirme.

Tentación y laberinto · 291

Nickie sigue dormido. ¡Una vez que le gano!

Me lavo la cara y siento en la boca el sabor agriado del vino blanco que tomé. Debo registrar también eso: cada vez que tomo vino blanco me siento pésimo. Perdí el umami y la quintaescencia de un trompazo.

Me termino de arreglar un poco y busco en la mesita mi celular. Miro la hora y estoy bien pero, no tengo demasiado margen. Nickie sigue plácidamente dormido. Me entenece verlo ahí, tan grandote aunque parece un niño, acurrucado entre las sábanas blancas de la cama de hotel.

Pienso en tomar un café de la máquina que está en la habitación. Pero entre la cena y el vino de anoche y agregar un café, no sé qué clase de bomba umami puede sufrir mi estómago enfermo.

Amé esa palabra.

«Es una palabra millennial...»

Pienso además, que debería salir de la habitación sin hacer ruido e ir a recibir a las chicas. En el

tiempo que Nickie se despierta, luego ejercita, se baña y más tarde desayuna sano, preparo todo para irnos. Y allí lo esperamos, o lo encontramos camino a La Paisanita. Total, él va a estar con su Jack que lo va a ayudar y lo va a llevar.

Tomo mi cartera, mi celular y salgo sin hacer demasiado ruido. —¡Por qué no habré traído mi auto! —Hablo sola.

Recuerdo que Nickie me dijo que no era necesario.

Una vez en el lobby, estoy por pedir un auto, pero no tiene sentido ya que estoy a media cuadra de la parada de taxis.

Salgo y el calor de fin de año se hace sentir ni bien pongo un centímetro de mi rostro afuera del hotel.

Me dirijo hasta la puerta del shopping a buscar un taxi. No veo ninguno.

292 · Paola Rimieri

Estiro más la cabeza en dirección al centro para registrar si algu-no viene.

Nada.

Veó que no soy la única que espera un coche.

Pasan unos pocos minutos pero me impaciente.

—¡Treinta y uno de diciembre! —Digo en voz alta. Decido volver al hotel y, finalmente, pedir allí un taxi. —Va a tener una demora, señora —explica el conserje.

No me queda más que sentarme en un sillón del lobby y esperar. Repentinamente, veo a Jack caminar con aire de preocupación. — ¡Jack!

—Oh, ma'am! What are you doing here?

—I'm waiting a taxi.

—No, no. You don't have to do this...

Le explico que debo ir a mi casa. Él me dice que no es necesario un taxi, que me va a llevar, que Nickie le dijo que me buscara... Entretanto, seguimos intentando entendernos, veo que se abre el ascensor y Nickie sale notablemente diferente a lo que suelo verlo. Está algo despeinado, la cara hinchada de dormir y en los pies lleva ojotas. Su gesto de preocupación me da ganas de besarlo, irrefrenablemente.

—Hon! ¿Qué haces?

—Espero un taxi. Ya le dije a Jack.

—No, no, no es necesario. —Sí lo es. Mirate cómo estás. Nickie se mira de arriba abajo.

—¿Soy un horror? Era muy comfortable esta cama...

Tentación y laberinto · 293

— Ni siquiera así sos un horror, pero lo que no es necesario es que te levantes así, a lo loco. Te prepararás, con tus rutinas y luego nos encontramos.

Lo beso y salgo con Jack.

Me pongo de acuerdo con él respecto de un horario, aunque registro un gesto de desagrado en su rostro.

Me pregunta si podremos viajar los cuatro en mi auto, lo que siento casi como un insulto. Es verdad, tengo un auto pequeño... —Entraremos perfectamente los cuatro, con equipaje y regalos, tranquilo.

No sé cuánto de esto comprende, pero asiente.

Cuando mis hijas llegan, el abrazo es inmenso.

Martín me saluda cordialmente y entra con ellas a la casa. Observa las valijas de cada una sobre las sillas.

—¿Se van?

—Vamos a las sierras, a la casa de mi abuelo.

—¿Sí? ¡Tanto tiempo!

—Es verdad, ¿no? Sí, estaremos allá.

— Espero que me comuniqués constantemente lo que hagan. Como lo hago yo.

— Por supuesto, quedate tranquilo y comunicate todo lo que necesites por celular.

—Está bien.

—Respecto de Nickie...

Martín hace un gesto con su mano, como queriendo que haga silencio.

— Respecto de Nickie —insisto—, quiero decirte que va estar con nosotras.

294 · Paola Rimieri

—Yo esperaba que fueras más sensata. Pero sos adulta. Quiero un buen ejemplo para mis hijas.

—Por favor, Martín.

—No estoy de acuerdo con eso. Pero entiendo que en el contexto del festejo de Año Nuevo, puede pasar.

— Martín, no es algo que se dará solo en el contexto de Año Nuevo. Vamos a seguir juntos al otro día y al otro. Y espero que por muchos más.

—Quiero que seas cuidadosa. Y a la primera situación que me genere dudas, voy a intervenir.

— No me gusta cómo cambiaste el tono. De todos modos, sé que es tu derecho. Nunca te negaría que intervengas.

—Quizás no te guste, pero soy el padre de las nenas y, aunque tampoco te guste eso, soy tu esposo.

—Lo último que mencionás, ya no es así.

Hacemos silencio ambos. Y después, Martín me informa que llevará de vacaciones a las nenas.

— Podrías tenerlas con vos, la misma cantidad de tiempo que nos vamos de vacaciones.

—Puede ser que se queden conmigo hasta que tengan que irse en vez de que las lleves la semana que viene. ¿Te parece?

—Lo veo bien.

¡Increíblemente acordamos! ¡Civilizadamente!

De alguna manera, siento que puedo volver a comunicarme con Martín. A pesar de su hostilidad, es un Martín más reconocible por mí.

Me extraña este repentino y positivo cambio de actitud. Pero como es positivo, no me voy a resistir a él.

Tengo en el cuerpo una sensación extraña. No me siento culpable cuando hablo con él, pero me atraviesa una situación sumamente

Tentación y laberinto · 295

rara. Repentinamente me pican los hombros, los codos, siento co-mezón en el rostro. No me

preocupo mucho, me miro el antebrazo mientras hablo con Martín y noto que estoy cambiando la piel.

Las niñas saludan a su papá en la vereda, y diviso a Jack y a Nickie que miran hacia abajo, como leyendo algo en sus celulares. Martín deja la cuadra y saludo a Nickie con la mano. Enseguida sale de su auto y se acerca a casa lentamente.

Lo veo observarnos cuidadosamente mientras cruza la calle. Tiene una leve sonrisa en sus labios, es leve, pero la veo.

Una vez que llega a unos metros de donde estamos paradas, saluda con un “¡Hola!” tímido.

Le acerco velozmente mi mejilla para que me de su beso. Las chicas responden con un saludo similar al suyo.

—Chicas, él es Nickie. Nickie, ella es Paloma —se agacha hasta el rostro de mi pequeña y la saluda con un beso repitiendo su nombre— y ella es Leticia —hace lo mismo con ella.

—¡Vamos a buscar los bolsitos para irnos de viaje!

Una vez que nos damos vuelta, enérgicas, para entrar a la casa a buscar el equipaje, observo a Nickie resoplar, como quitándose un peso de encima.

Lo miro a los ojos y está un tanto sonrojado en sus mejillas pecosas.

—¡Ya está!

—¡Ya está! Right!

Cuando salimos nuevamente con Nickie llevando todas las bolsas y valijas como equeco, reparo que Jack no está más allí estacionado. —¿Y Jack?

—Antes te molestaba ver a Jack con nosotros, hon.

—Me sonó raro no verlo más. ¡No seas malo! No me molesta.

296 · Paola Rimieri

—Tuvo que buscar algo. Lo veremos allá. Vamos con tu coche, capitana.

Una vez que estamos todos acomodados, salimos para las sierras. Leticia está un poco más distante.

Nickie trata de sacarles conversación y Paloma es la primera en responderle.

—¿Por qué habla así, ma? —pregunta la pequeña sin preocuparse por ser escuchada por Nickie.

Todos nos reímos, inclusive Leticia que estaba intentando no compartir demasiado con el resto de los pasajeros.

Cuando empezamos a subir por las sierras, Nickie pide que bajemos y nos tomemos una foto.

—¡Primera foto juntos!

Seguimos por el panorámico paisaje. Las niñas están fascinadas mirando y haciendo comentarios ante cada cosa o animal que ven. Nickie interactúa con ellas sin dejar de mirar la pantalla de su celular.

¿Qué tanto mira?

Miro de reojo y veo que se está mensajeando con alguien. Estiro un poco más la cabeza y creo que veo que el contacto es Jack. Como siempre, misterioso.

Por una vez que nos quitó la marca... Aunque igual nos sigue de cerca.

Hasta que, finalmente, llegamos.

Estaciono frente al ingreso a la hostería y allí, Nickie me hace una seña de que lo haga más adelante. Me muestra el espacio debajo de una arboleda, con una importante sombra.

— Pero estamos casi a media cuadra de la entrada —comento extrañada.

Tentación y laberinto · 297

Es verdad que no tenemos demasiado equipaje y que los regalos los tiene Jack, pero el calor fuera del vehículo es importante.

— Estamos bien aquí. ¡Niñas, llegamos! —dice entusiasta, Nickie.

La alegría de mis hijas es notable.

Bajamos del auto y cuando estoy dirigiéndome hacia la posada, Nickie me frena.

—¡No, no!

—¿Qué pasa?

—Vamos a ir para otro lado, hon.

—¿A dónde vamos a ir?

—Hay algo que debes ver, antes.

Me siento extrañada y al mismo tiempo, tengo miedo de lo que vaya a hacer Nickie.

Casi seguramente tiene algún regalo. Y eso, además de incomodarme por el solo hecho de lo que es, me pone mal porque yo siempre me olvido de hacerle alguno a él.

—¿Qué es?

—Si te digo antes, no va tener sentido. Vengan conmigo. Paloma toma de la mano a Nickie y va dando pequeños saltitos a

su lado. Leticia camina conmigo.

Llegamos frente a la casa de mis abuelos y allí les cuento eso a ellas.

Comprendo, entonces, que Nickie arregló con mi familia para que estemos allí durante las fiestas.

La casa permanece cerrada, por lo que, seguramente, no estarán mis primos.

—Su mamá sabe cómo hacer para abrir la puerta de esta casa.

298 · Paola Rimieri

Me acerco al escondite familiar de un juego de llaves y, como siempre, está ahí.

Pongo la llave en la cerradura y abro la puerta.

¡No puedo creer lo que veo cuando miro hacia adentro!

—¡Tío! —grita Leticia, y pasa por el escueto espacio que queda entre la puerta y mi persona, todavía congelada por la sorpresa. Desde dentro, Sebastián y Theo nos saludan efusivamente. Paloma se suma a los abrazos y yo, sigo sin creerlo.

Nickie me abraza por atrás y me da un pequeño beso en el cuello. Lo observo unos segundos, pero no sé qué decirle.

— Nickie...

—¿Te gustó lo que había aquí dentro?

—No sé qué decir...

—No digas nada, disfruta a tu familia.

Cuando veo a Jack entrar con las valijas que estaban en la posada y las bolsas de los regalos, le agradezco por haber traído a mi hermano desde el aeropuerto. Fue todo un trabajo de organización

y logís-tica en tiempo y espacio que, seguramente, estuvieron a cargo suyo. Nickie decidió que nos quedaríamos en la casa hasta nuevo aviso. Por lo que nos cuenta, le alquiló la casa a mi prima.

Luego me acerco a Theo y le pregunto en qué puedo ayudarlo. Lo veo preparar tantas cosas para la cena, que me aturde.

— Never mind! —me responde. No puedo hacerle caso y quedarme tranquila, sin preocuparme, viéndolo trabajar solo. Así que, preparo un par de cafés para ambos.

Luego del almuerzo, mis hijas, junto a Nickie y a Sebastián, fue-ron a dar un paseo. Sebas quería recordar lugares y aprovechar tiem-po con ellas.

Tentación y laberinto · 299

Theo y yo, conversamos un poco: sobre el viaje, sobre las nenas, sobre el lugar...

Termino el café y organizo las habitaciones. La casa es grande y cómoda, pero me genera nervios que ellas me vean dormir con Nickie.

Acomodo también la ropa en los cajones, cuelgo algunas prendas de Nickie que son más delicadas y, aprovecho que lavé algo de ropa suya en mi casa, para estirla un poco y ordenarla.

En el fondo de la valija, encuentro una especie de nécessaire. Miro hacia todos lados y lo abro, sintiendo que estoy haciendo algo malo, inmiscuyéndome en su intimidad.

Adentro tiene un bálsamo para labios con protector solar, un set de afeitadora y sus lociones para antes y después de afeitarse, protector solar y algo que no podía dejar de encontrar allí, una botellita de vidrio grueso color turquesa con el mágico perfume de Nickie: “Tom Ford. Mandarino di Amalfi”, leo en la delicada etiqueta. Quito la tapa cuadrada y huelo.

«Definitivamente es Nickie.»

«Mandarino», pienso. Amé siempre el aroma de los mandarinos. Miro por la ventana de la habitación con el frasco de perfume en mis manos y diviso las plantas de mandarinas en el gran parque de la casa. Comprendo fugazmente, que quiero quedarme en este lugar por mucho tiempo.

Estridentemente, identifico que mis hijas, mi hermano y mi amor regresaron a la casa.

Guardo inmediatamente el perfume, cierro el nécessaire y lo pongo sobre la cómoda añosa, frente al espejo. Y cuando lo apoyo, percibo que queda desestabilizado. Lo giro y veo que el problema es algo dentro de un bolsillo. Estoy tentada por ver qué hay. Pero dejo todo y me voy al encuentro de mi gente a la cocina.

300 · Paola Rimieri

— ¡Dejen tranquilo a Theo, que está trabajando! ¿Están cansadas? —pregunto a las niñas que toman agua desaforadas.

—No estamos cansadas, ma. Y ahora nos vamos a ir al río, dijo el tío.

—¿Ahora? Hay que esperar un rato, hay mucho sol. —¡Ahora! —exige Leticia.

Nickie y Sebastián están sentados en los sillones de afuera, visiblemente cansados.

—¿Les dijiste que ahora van a ir al río, Sebas?

—¡Sí! Hay que aprovechar el día, el sol y el calor.

—Justamente, hay mucho sol.

—No seas amargada, Valu.

Nickie está en silencio pero tiene un gesto incómodo en los labios.

Antes de que le pregunte por qué hace esa cara, Theo llega afuera con una bandeja con algo para tomar, que por lo que me doy cuenta, tiene alcohol.

Ellos lo celebran y Nickie me da uno de los vasos para que tome. —¿No es temprano? —pregunto.

—Honey, no. Es víspera de Año Nuevo, está tu hermano aquí, estás en tu casa, tu lugar en el mundo...

—Estás muy animado.

—Claro. Estoy pasándolo muy bien.

Bebo un solo trago y me voy hacia adentro a preparar a las niñas para ir al agua. También me preparo yo, no me gusta la idea de no estar con ellas allí abajo.

Verlas disfrutar la playa y el agua es algo de lo que me privaba hacía mucho tiempo.

Tentación y laberinto · 301

Nickie y Sebas son dos niños más. Corren y salpican, y se ríen tanto como ellas.

Sebastián me hace tomar mates con él, algo que hacía años, tal vez, no hacía. Nickie intenta, pero no transa con el sabor.

Nosé cómo van a terminar este día. Tragos, mate, sol y río. Espero que estén en condiciones para cenar las exquisiteces que Theo está preparando desde hace un par de horas.

Le digo a Nickie que no olvide decirle a Jack que venga a cenar con nosotros.

Nickie ni me responde y me calla con un beso.

A propósito de eso, le hago un comentario.

—No seamos muy demostrativos.

Nickie no dice nada.

—Es por las nenas, Nickie. Recién te conocen.

Me deja hablando sola y vuelve con ellas a la orilla del agua.

Veo, a la distancia, a Sebastián hablando con un grupo de gente. Trato de identificar con quiénes está y veo caras conocidas, pero no recuerdo a nadie.

Me acerco a la orilla del agua y allí discuto con Paloma.

—No te vas a sacar los flotadores porque no sabés nadar y me-nos en agua de río —giro hacia mi otra hija—. Y vos, Leticia, no te alejes.

—¡No quiero usar los flotadores, parezco una tonta!

— ¡No parecés una tonta! Tenés que aprender y todavía sos chiquita.

Sebastián me llama desde su improvisada reunión. Le encargo las niñas a Nickie y me acerco donde está mi hermano.

Allí me recuerda los nombres de todos. Sé quiénes son, ahora que me los ha presentado una vez más. Tenía el recuerdo de cada uno siendo jóvenes, ahora somos todos adultos.

302 · Paola Rimieri

Saludo y regreso a mi lugar en la playa, me siento en la reposera y observo desde allí cómo se divierten.

—¿Qué está haciendo?

Me levanto de la reposera y voy hacia donde está Nickie con mis hijas.

—¡No le saques los flotadores, Nickie!

—Voy a enseñarle...

—No, no. ¡No le enseñás nada! Se los dejás puestos.

— ¡Qué mala que sos! —dice Paloma. Para variar me define siempre de esa manera.

Nickie se ríe cuando me dice eso.

—No soy mala, soy tu mamá. Y te estoy cuidando —y finalmente me dirijo a él—. Y vos..., no decidís sacarle los flotadores. Ahora salgan del agua y vamos arriba.

A coro, los tres me dicen que no quieren.

Me están poniendo nerviosa.

Quiero subir, quiero ayudar a Theo, pero no quiero dejarlas ahí abajo.

—Quiero ir a ayudar un poco a Theo, Nickie.

—Ok. Nosotros quedamos aquí.

— No.

— ¿No?

— No, porque no quiero que le saques los flotadores, ni que hagan cosas que no deben hacer.

—¿No me tienes confianza, hon?

—No es eso...

—¿Qué es?

—Bueno. Pero me jurás que no van a hacer estupideces. —No las vamos a hacer.

Tentación y laberinto · 303

Les recalco a las chicas que tengan cuidado. Les repito la dosis de protector solar y saludo con la mano a mi hermano, para que registre que me estoy yendo.

Subo, cansinamente, la interminable escalera que separa la playa con la casa y voy derecho a darme una ducha y a cambiarme para ayudar a Theo.

Él tiene todo bajo control, así que preparamos el comedor. Decoramos con flores frescas que recogió del parque y algunas frutas. Revisamos las bebidas y luego, me pide que prenda un sahumerio de jazmines que trajo, en cada uno de los ambientes.

Y ahora, con ese aroma, es realmente festivo.

En una de las cajoneras encuentro un mantel blanco con flores bordadas en lila muy claro que era de mi abuela. Están también las servilletas y los posa copas con puntillas hechas a mano.

Se lo muestro a Theo y le encanta todo.

—We should have candles... —dice Theo.

Es verdad, deberíamos conseguir velas.

Pero en este lugar, solamente puedo llegar a conseguir velas de parafina, de las que se usan cuando se corta la luz.

—Never mind —me dice.

Y entonces, vamos juntos en mi auto hasta la despensa a ver qué conseguimos.

Para nuestra sorpresa, tienen velas de noche, así que traemos una buena cantidad de ellas y de las comunes, las de parafina.

Theo acomoda las velitas de noche en vasos de whisky. Antes de las velas, les pone unas cucharadas de arena. Luego, las asienta ahí cuidadosamente.

Las de parafina, las pone en vasos de trago largo. Las distribuye por la mesa y toda la sala.

En pocos minutos, ha creado un lugar precioso.

304 · Paola Rimieri

Nos sentamos en la mesa de la cocina, llena de las cosas que usó para preparar la cena y me ofrece algo fresco para tomar.

Recuerdo un juego de vajilla que usábamos para las fiestas... Y creo que también recuerdo dónde lo guardábamos. Voy a lo que era el garaje, lugar que jamás se usó con ese fin porque estaba repleto de cosas bellas como esos platos, en aquellos muebles, apretujados todos. Entro allí y revivo mi infancia al instante.

Theo me acompaña y bajamos la caja. Pienso cómo hacía mi abuela, con su cuerpecito delicado, para subir y bajar estas enormes cajas, con este gran peso. En el mismo estante encontramos unas copas labradas, preciosas. Y todo, lo llevamos para lavar y acomodar en la mesa.

Finalmente, tenemos el lugar listo.

—Ah, no me había dado cuenta... —digo, hablando sola...

Voy a la habitación y saco de mi bolso mi parlante inalámbrico. Lo pongo con mi celular y

reproduzco música: “Stay far away so close”, de U2.

Y ahora, la belleza del lugar se completa.

Tentación y laberinto · 305

Hacia años que no pasaba una noche como esta.

Los motivos son muchos. El primero, mi hermano en Argentina y, aquí, con mis hijas, juntos en “mi lugar en el mundo”, como bien me dijo Nickie.

Segundo, ellas. Ellas felices y disfrutando tanto.

Ahora reconozco cuánto tiempo estuve mal y la repercusión que eso tenía en mí y en mi relación con mis hijas. Respecto de eso me pregunto, a la vez que tomo una copa más de lemon champ a la luz de las estrellas de esta cálida madrugada de primero de enero... ¿Cómo puede estar una tan sola y tan vacía sin darse cuenta?

Tercer motivo: Nickie. Y dando otro sorbo al champán fresquí-simo, pienso: ¿existe una conexión invisible entre las personas que hace que un día te encuentres con cada una de ellas?

Viene a mí el concepto de la lana que Ariadna le dio a Teseo. Ese hilo que era el lazo, un lazo que une las cosas. Tal vez sea verdad aquello que sostenía Nickie cuando hablábamos por MD sobre la conexión entre dos personas, más fuerte, incluso, que la relación fí-sica real que pueda haber. También, pienso que ese hilo para los griegos era la unión que el hombre tiene con su pasado, con quien fue.

Nickie me devolvió la punta del ovillo que me llevó a buscarme a mí misma, en mi propio laberinto.

Y volviendo a los motivos... El cuarto: no pensar en mi jefe ni en mi trabajo me hacen sentir liberada.

La cena fue genial. Comimos rico. Nickie y Sebastián les entregaron los regalos a las niñas, los nuestros, y los de Sebas y Theo. En ese

Tentación y laberinto · 307

despropósito de cantidad de objetos, casi que no valoraron ninguno. Para ellas, era lo mismo hoy, que la navidad. Jugaron un poco, los cuatro, con las cosas nuevas hasta que las pequeñas se durmieron, rendidas por el agua y por el sol.

Ambas, duermen plácidamente en la habitación que les había arreglado.

Hace un par de horas que nosotros, los cuatro adultos, estamos sentados en los sillones de afuera de la casa, bajo la galería.

La noche es inmejorable. No hace calor, no hace frío.

Las bebidas que estuvo preparando Theo están frescas y la charla es magnífica.

Los hombres están hablando sin parar, en un inglés demasiado veloz para mis posibilidades, así que me premio con tirar la cabeza hacia atrás y hundirme mirando el cielo infinito y las estrellas que, aquí, se ven mucho más cerca.

—¡Están muy cerca! —digo en voz alta, reclamando atención. —¿Qué? —pregunta Nickie, acercándose su rostro al mío. —Las estrellas. Están muy cerca.

— Mejor, acomoda tu cabeza, porque mañana va a dolerte el cuello.

—Ya me estás dando órdenes.

—No es una orden, hon.

— Ya lo sé —y trato de enderezar la cabeza reconociendo, sin decirlo, que tenía razón.

—¿Qué quieres hacer, hon?

—Nada. Sigamos acá, tomando el aire de la noche. —¿No quieres ir a celebrar Año Nuevo conmigo?

—Estás borracho. Seguramente te levantas de ese sillón y te caés redondo.

308 · Paola Rimieri

— ¿Redondo? —Nickie se ríe pesadamente— No estoy borracho, estoy contento.

—Me alegro, yo también estoy contenta. Hace años que no me quedo a la luz de las estrellas charlando...

Me corta cuando digo eso:

—¡Ey! Hace días estuvimos brindando a la luz de las estrellas a metros de este lugar...

— Es verdad. Pero es diferente, está mi hermano, nos estamos riendo los cuatro, mis hijas durmiendo adentro.

—¡Dejen el romance, ustedes dos! —interrumpe Sebastián.

Theo se levanta y nos dice que irá a buscar un abrigo y algo más para tomar.

—No puedo tomar nada más —digo.

—Entonces podemos tomar un café —dice mi hermano.

Nos levantamos los cuatro, alguno, con más dificultad que otro, y vamos a la cocina. Adentro, continúa el desastre de platos y copas, de bandejas y ollas.

Nickie me mira y evidencio que descubre mi desesperación al ver tanto para limpiar en la mañana.

—“After all, tomorrow is another day,” hon! —dice Nickie cambiando los gestos habituales por unos que desconozco.

— ¿Qué?

— “Mañana, querida, mañana será otro día”. Eso dije. Es una bella frase de Scarlet O’Hara. Pensé que eras una romántica, amor.

Me despierto acalorada y con una especie de sopor, anclado en la nariz, que no me permite abrir ambos ojos al mismo tiempo.

La habitación es demasiado luminosa y se siente el calor de afuera. Como suele suceder cuando despierto, Nickie no está en la cama.

Tentación y laberinto · 309

Me dirijo a la cocina guiada por el olor del café y allí me encuentro el mismo desorden de anoche.

El aroma a desayuno evidentemente fue parte de mi deseo, o el dejo del aroma del café de la madrugada. Así que, antes que nada, acomodo un poco la enorme mesada de granito y pongo agua para tomar algo sin alcohol.

Es increíble la cantidad de luz que hay en todos los ambientes de esta casa.

Vuelvo a la habitación para cambiarme y antes, pispeo a mis hijas que siguen durmiendo plácidamente. Miro el reloj y no son ni las diez todavía. ¿A dónde está Nickie tan temprano?

Me cambio y veo que el necessaire de Nickie está sobre la cómo-da, abierto. Lo acomodo y vuelvo a sentir que tiene algo dentro del bolsillo externo, no puedo con mi genio y me fijo qué es.

¿Un pastillero? Jamás lo vi tomar alguna pastilla.

Lo guardo inmediatamente, como si me quemara en las manos. Pero me lleva la duda de saber qué es.

Está mal lo que estoy haciendo.

Pero no debe ser un secreto, si no, no lo dejaría tan a mano. Leo en una etiqueta de computadora:

“Braunt Nicholas. Fluoxetine HCl”

«¿Y esto?»

Miro el pastillero en mi mano y el celular sonando, me obliga a ponerlo abruptamente en su lugar.

Corro a la cocina y atiendo.

¡Martín!

Debería decirle “Feliz Año Nuevo”, sin embargo le digo:

—¿Y ahora qué problemas tenés? —mi agresión responde a una especie de impulso que sentí.

310 · Paola Rimieri

— *¿No fui claro con las nenas y las redes?* —Adiviné. Ese era un problema.

—No recuerdo demasiado, pero qué pasa.

—*Te pedí que la relación de las nenas con tu novio fuera reservada.* —Bueno, es un avance. Cambió de ser mi “macho” a mi novio... —*Te hablo en serio.*

—¿Qué hay? No entiendo, Martín.

—*Tu hermano poniendo fotos de ellas con él.*

—¿Con mi hermano y con Nickie?

—*Como sea que se llame. Decile que las saque.* —¿Y desde cuándo vos ves fotos en las redes?
—*Desde que me engañaste.*

—Bueno... Pensé que estabas mejor, Martín. Ya le digo a Sebas que saque lo que haya puesto.

—*Supuse que no iban a estar ellas solas con el tipo.*

—No están solas.

—*No quiero que estén solas con alguien que no conozco, ¿te queda claro?*

—Ellas me comentaron que varias veces estuviste con ellas y con tu novia. A la que no conozco. Para ser que estás tan dolido y que esto te tomó por sorpresa, te apuraste bastante...

—*No me vas a venir a decir vos qué tengo que hacer con mi vida.* — ¡Lo mismo digo! Te

agradezco el llamado, lo voy a tener en cuenta.

—*Te aviso que te voy a poner un abogado si no me respetás.* —Chau, Martín.

Corto el teléfono y me doy cuenta de que la pava está volando en la cocina. En los segundos que dudo entre hacer café o té, la tapa de la pava se cae y genera un importante ruido. Apago y me preparo un

Tentación y laberinto · 311

café. No me voy a estar privando, el primer día del año, de lo que más disfruto.

Tomo la taza y noto que tiemblo.

«Seguramente, el ruido de la tapa me sobresaltó», me digo. Veo que el vapor de agua me quemó el borde de la mano y no me había dado cuenta antes.

Como primera verdad del año reflexiono: «una conoce a su espo-so cuando se separa». ¡Qué irónico!

Doy un sorbo de ese elixir exquisito y registro, nuevamente, el desastre en la mesada.

Me levanto y me pongo a lavar las copas y los platos.

El agua muy caliente me hace mal en la mano quemada con va-por. Y también, siento, nuevamente, que me pica la piel que estoy cambiando.

Busco en la heladera un hielo para suavizar la quemazón y diviso que, por la calle que baja hasta la casa, Nickie y Jack están hablando, ambos vestidos con ropa deportiva. Deben venir de correr. ¡Qué manía!

Casi he terminado con las cosas para lavar y escucho la puerta.

— Happy New Year, hon! —dice Nickie como antesala de un bellissimo beso.

Me toma por detrás y me da un abrazo enorme, luego apoya su mentón sobre mi hombro.

—¿Este año me vas a abrazar transpirado?

—Oh! Lo siento mucho, hon —Nickie da una especie de salto hacia atrás y se dirige al baño.

—No tenías que “desabrazarme”. Me gustaba.

Tiro el repasador y voy por detrás de él, hasta la habitación. —Mira, no noté que estaba...

—No, Nickie. Me gustó que me dieras un beso así.

312 · Paola Rimieri

— ¿Así?

—Sí. Me gustás de todas las maneras.

Se sonroja un poco o tal vez, está acalorado por correr. Me pide que le dé lugar y se mete al baño.

¡Cuánta manía junta: correr, bañarse urgente!

Cuando sale del baño envuelto del torso hacia abajo con una toalla, va directo al necessaire. Siento la adrenalina en mi cuerpo al verlo abrir ese bolsito personal que estuve hurgando.

Pero no nota nada.

Se pone perfume y trato de aspirar esa fragancia lo más que puedo.

Este año arranca diferente y así me siento.

Evidencio mis cambios de hábitos, tan notorios. Estoy, definitivamente, cambiando la piel.

La primera vez que estuve cerca de Nickie me esforzaba por re-tener en mi memoria todo lo que era parte de él: su voz, su mirada, la tersura de su piel, su aroma...

Ahora, simplemente lo observo. Quiero aprenderme cada uno de sus movimientos. No quiero que me sorprenda, quiero saber qué paso sigue a otro, para comenzar a disfrutar desde antes, sabiendo lo que me espera cada segundo a su lado.

La tarde de primero de enero es grandiosa.

Toda la siesta, y lo que va de la tarde, estuvimos juntos en la playa.

Theo improvisó bocaditos, así que no regresamos a la casa para nada.

Le pedí expresamente a Sebastián que no ponga ningún tipo de imagen de las niñas con Nickie, en ningún lado. Nickie no lo hace, a pesar de que toma muchas fotos.

Tentación y laberinto · 313

Respecto de ese tema, las cosas no fueron tan cómodas para él en lo que va del nuevo año. Hoy, hay mucha más gente que de costumbre en nuestra playa, que antes era casi privada. Y justamente, porque no lo es, mucha gente lo identificó y le pidió fotos. Nickie siempre responde bien, pero Jack, estuvo particularmente fastidioso. Por lo poco que lo conozco, estimo que tampoco le gusta

el calor. Mis hijas están muy contentas y muy felices, especialmente, junto a Nickie.

Él es un niño grande que juega con ellas incansablemente. Pasada la hora prohibida para meterse al agua, es él el primero que les informa que ya pueden correr a darse chapuzones. Sebastián y Leticia salen corriendo, pisando la arena caliente a los gritos, hasta llegar al agua.

Paloma llorisquee porque se quema los pies.

Nickie la toma en brazos y la sube a sus hombros.

Los observo desde la sombra y me alegro tanto por haberme animado a compartir mi amor con mis hijas.

Nickie baja desde allí arriba a Paloma y la pone sobre la misma piedra en que está parado él. Algo le dice al oído.

—¡Mamá, mira a Paloma! —grita Nickie desde ese lugar. Me pongo de pie para ver qué se traen.

Miro a mi lado y veo que los flotadores de Paloma están tirados en el piso, aquí cerca.

—¡No! —grito.

Pero es tarde.

Paloma se zambulle de cabeza en la parte más profunda de este tramo del río. Y Nickie lo hace a su lado.

Los segundos que demora en emerger, agarrada del cuello de Nickie se me hacen eternos.

314 · Paola Rimieri

Los muslos de mis piernas se tensaron de tal forma, que me due-len muchísimo, y las rodillas no soportan el peso del cuerpo.

Caigo rendida a la arena.

A los pocos minutos, me levanto y llego a la orilla. Desde donde están todos, en el agua, me piden que entre yo también.

—¡Leticia y Paloma, salgan del agua!

Parece que no me escuchan, así que levanto más la voz y con un hilo repito mi orden:

—¡Leticia y Paloma, salgan del agua!

Jack se acerca y me pregunta si todo está bien.

—Everything's it's right, ma'am?

—Leticia... ¿no me escuchás? ¡Salgan ya!

Nickie las ayuda a salir y cuando llega a mi lado, me toma por los hombros.

—¡Déjame! —logro zafarme.

—¿Qué pasa, hon?

—Déjame, no voy a hacer un escándalo en la playa —me dirijo ahora a las chicas que protestan por salir del agua —.¡Ustedes dos, salen del agua y se van conmigo para arriba!

—¿Por qué, ma?

—Porque sí. Me duele la cabeza y el sol me hace mal. — Hon?

—Nos quedamos con Nickie y el tío, ma —dice Leticia. —¡No! ¡Se van conmigo!

Caminan, quejándose por la playa, hasta las sombrillas donde estábamos sentados y les hago poner las ojotas.

«No pueden haberme hecho esto».

Dije que no se sacara los flotadores, y no me hicieron caso. Ninguno.

Tentación y laberinto · 315

Nickie deja de estar con las manos en la cintura y camina hacia mí.

—Hon? ¿Qué pasó? No entiendo. ¿Te sientes mal? — Sí.

—¿Solo eso?

—¡Los flotadores, Nickie! —le digo señalando al suelo esos dos flotadores, allí olvidados.

—¡Oh! Queríamos mostrarte que ya no los necesita.

—Nada de eso. Sí los necesita. Y además, yo no te autoricé a que se los sacaras.

—Es que le molestaban mucho. Yo la ayudé ayer... —¡No! ¡No debías!

Sebastián llega a nuestro lado y me pide que las deje un rato más con él y Theo.

—Paloma se va a poner los flotadores, Valu. No te preocupes. Mientras Sebastián lo dice, Leticia y él se los van colocando, uno

en cada brazo.

Las miro, preocupadas y serias. Y me doy cuenta de que estoy arruinando el momento. Aún así, estoy enojada.

Sebastián las lleva al agua nuevamente. Me siento incomodísima por la manera en que Nickie me mira, estático y con la lengua sobre su labio inferior.

Hay mucha tensión.

Hago como que busco algo y me voy arriba.

Nickie viene detrás de mí.

— Valeria...

No respondo. Entro a la casa y tomo agua fresca de la heladera. —Valeria, estás actuando muy mal.

316 · Paola Rimieri

—¿Yo? ¡Te dije que no le sacarás los flotadores! ¿Qué hiciste? ¡Lo que quisiste! ¡Vos... y ella también!

—¡Por favor! ¡Es una niña!

— ¡Y por eso debe hacer lo que yo le digo! ¡Y vos..., sos un adulto!

—Valeria, la estuve cuidando. No puedo creer. ¿No confías en mí?

—Es muy serio, Nickie. Ellas tienen un padre, que no está ahora mismo. ¿Si le hubiera pasado algo?

—¡Hubiera sido un accidente!

—¡Estamos hablando de mi hija! Que te quede claro eso: es mi hija.

— ¿Qué?

—¡Cómo me vas a decir que hubiera sido un accidente!

— Debes saber que los accidentes suceden. Más allá de eso, la estaba cuidando. Le estaba

enseñando a nadar... —interrumpo lo que está diciendo porque no puedo escucharlo más.

—¡Enseñale a nadar a tus hijos...cuando los tengas!

Nickie cierra la boca y de esa manera, evita decir lo que iba a decirme. Frunce el seño en el acto, baja la mirada elevada que siempre tiene y levanta la palma de la mano derecha hacia arriba, como queriendo hacer un gesto, que también aborta.

Siento que acabo de decirle algo horrible. No lo pensé así. Nunca pensé herirlo. Aunque es la mirada que percibo.

—Nickie, esperá.

—Está bien Valeria. Pasaré a darme una ducha.

— Esperá.

Nickie no dice nada. Entra a la habitación y busca allí un toallón. Se lo pone alrededor de la cintura y busca su set de shampoo.

Tentación y laberinto · 317

Pasa a mi lado, ni siquiera me pide que le de lugar, se escurre entre mi cuerpo y la cama.

— Nickie...

Entra en el baño y cierra la puerta en mi cara.

Ahora sé, efectivamente, que acabo de decirle algo que lo lastimó. —Nickie. Abrime. Abrime un segundo la puerta.

Escucho solamente el ruido del agua de la ducha que cae con fuerzas.

Me alejo de la puerta y me siento en la cama.

Minutos después, sale del baño y viene, silenciosamente, hacia mí.

No digo nada, juego con mis dedos y el crecimiento de mis uñas que queda sin pintar.

Lo observo, extrañamente silencioso. Dobla el toallón, se viste cuidadosamente, pero deja su torso desnudo. Se perfuma y se pasa la mano con su magnífico perfume por el cabello aun mojado. Sigo mirándolo, reparo en su espalda pecosa y sigo con la mirada, por la espina, una gota de agua cristalina que baja. En el espejo de la cómo-da, veo el reflejo de su belleza. El rostro serio y cabizbajo.

Me siento pésimo.

Lo asalto por detrás y lo abrazo.

Lentamente, me quita las manos que apoyé en sus pectorales. —No seas malo, Nickie.

—¿Qué estamos haciendo, Valeria?

Su tono me llena de nervios. Una punzada de miedo me aprieta la boca del estómago.

—¿Cómo qué estamos haciendo?

—¿Qué hacemos, aquí, nosotros?

318 · Paola Rimieri

Me separo de él cuando se da vuelta y me queda mirando. Su gesto es realmente grave.

— Nickie...

—¿Cuándo tenga mis hijos? ¿Qué quisiste decirme con eso? Me dolió mucho, sabes...

Su gesto de niño que intenta reír para no mostrar lo que realmente siente, me entenece. Y no puedo dejar de odiarme.

—¡No me digas eso! ¡Perdón! Es que...

Comenzamos a hablar uno encima del otro, al unísono: —Lo que más me duele es que no me tienes confianza. Hablo sobre su voz diciéndole:

—¡Sí te tengo confianza!

—Sigues pensando en Martín, ¿le temes Valeria?

—No es que le tenga miedo

—¿Qué temes?

—¡No es eso! ¿Me vas a perdonar?

—¡Ay, Val!

— ¡Nickie...!

Nickie hace silencio y me obliga a callar, esperando que diga algo. Veo cómo baja la mirada al suelo. Reparo en un pequeñísimo mechón de su cabello que cae para el lado equivocado, todavía húmedo.

—¡Claro que te voy a perdonar!

Le acomodo el mechón sobre la frente, hacia el lugar correcto. Y me toma la mano con su mano fuerte. La aprisiona y me mira fijamente con sus ojos profundísimos.

— ¿Sí?

Apoya mi mano, junto a la suya, sobre su corazón y la deja allí. Percibo el latir de su pecho en la palma de mi mano.

Tentación y laberinto · 319

—¿No te dije que quería todo, Valeria? ¿No me creíste? —Sí te creí. Pero...

— Siempre tienes un pero para decir. Ese es tu mayor defecto, hon.

Suelta mi mano y se acerca a la cómoda donde acomodé sus co-sas. Abre el cajón y se pone una de las remeras ajustadas que tanto me gustan.

—¿Nunca te lo dijeron, hon?

— ¿Mis defectos? No hace falta, Nickie. Tengo muchos y los conozco.

—Y el segundo es responder siempre como si no te interesara lo que alguien te dice. En eso eres muy similar a Axel. Han aprendido uno muy bien del otro.

—¿Axel? Ahora lo traemos a la discusión.

— Es verdad. Sigamos hablando de lo que me molesta de vos, Valeria.

Noto en él otro tono. Me doy cuenta de que está disfrutando hacerme sentir mal, le gusta jugar conmigo, sobre todo cuando pone las eses tan marcadas en los términos argentinos.

—¿Qué más te molesta?

—Me molesta que seas aburrida.

Nickie sigue parado enfrente de mí, apoyado sobre la cómoda. Sí, está disfrutando discutir conmigo.

—¿Aburrida? Eso no me lo habías dicho nunca.

— No te diviertes con tus hijas. Me parece que no sabes cómo hacerlo.

—Me estás golpeando fuerte, Nickie.

—A veces los golpes nos hacen crecer.

320 · Paola Rimieri

— Son mis hijas, sé lo que quieren hacer. Pero también tengo que educarlas y cuidarlas. Si hicieran todo lo que se les ocurre, no llegarían a adultas.

—No te relajas, Valeria.

—¿No se puede “relajar” en algunos temas! —enfático ese verbo en infinitivo.

—Este debería ser tu tema más importante.

—¿Lo es! ¿No podés decirme esto!

—Cuando estás sin ellas sos más divertida... —Seguimos con la diversión —digo bajito. —
¿Qué? ¿Ahora me tienes miedo a mí?

—¿Basta con el miedo!

—¿O tenés miedo a pasarla bien?

— Nickie, te estás poniendo pesado con los mismos temas. A ver... Me asusté cuando ví a Paloma cuando se tiraba en el agua. —“Me asusté...”

—Sí. Me asusté, es verdad. Y te traté mal. A veces digo cosas que no quiero decir.

— ¿Cuáles?

—Tratar mal, los tonos. ¡Soy así! ¿No tenés defectos?

Siento que debo cortar con esta charla circular de una vez, entonces no le doy espacio para que hable:

—Nickie, debo pedirte perdón. No estuve bien. Pero tenés que tener claro algo: yo sí voy a tener una relación con Martín por el resto de mi vida. No es que le tenga miedo, tengo que respetarlo. Más allá de lo que él me haga sentir, que a veces puede incluir miedo, es cierto.

—No está bien que te haga sentir así.

Tentación y laberinto · 321

—No está bien. Pero tengo que respetarlo porque es el papá de mis hijas. Y otra cosa que me parece importante, vos no podés, ni podrás, tomar decisiones importantes sobre ellas sin consultarme a mí antes. ¿Está bien?

—Fuiste algo dura.

—No creo. Quiero ser clara, Nickie. Mis hijas son lo único eter-no que tengo.

— No es mi día hoy... Perdón, prefiero salir afuera, estoy un poco encerrado aquí dentro.

Respiro, antes de ir tras él.

Cuando salgo, lo veo estiradísimo en el sillón de afuera. Extendió las piernas a lo largo de la galería, así que, cuando paso, tengo que saltarlo. En ese momento, las levanta un poco para obligarme a tropezar.

Se ríe y me mira con su gesto de pequeño niño, con el labio inferior enroscado hacia abajo.

—Ven, Val. Pídeme perdón con un beso.

Me siento a su lado, me corre el cabello de la cara, acariciando la mejilla con la falange de su dedo índice.

— Nickie, perdón. En serio. Pido perdón por haberte tratado mal. Pero quiero que tengas las cosas claras, ellas son mis hijas y de Martín.

—Ya me lo dijiste muchas veces. Entiendo mi lugar, a partir de que me dices tantas veces quién es quién en este juego...

—No seas irónico. ¿Me vas a perdonar?

—Ya te perdoné. Quiero un beso tuyo, un beso rico.

Nos besamos románticamente. Con mucha fuerza, Nickie presiona sus labios sobre los míos más de lo normal. Me besa fuerte y me llena de amor con ese beso. Me olvido de la sensación que tuve cuando me violentaba un poco durante la charla sobre los miedos y

322 · Paola Rimieri

los defectos. El beso se prolonga, y cuando separo mi cara de la suya y abro los ojos, lo veo unos segundos con sus ojos todavía cerrados, abstraído en el sabor del beso.

—Umami —le digo.

—Mmm, es cierto. Un beso sabor umami. Mira, hon, tus besos me curan todas las heridas.

—Siento haberte hecho sentir mal.

—Soy un hombre ansioso. Tal vez no me sé dar mi tiempo. A lo mejor, me apresuro. ¿Sabes, Val?

Te dije que tenías algunos defectos, pero quiero decirte una virtud que me gusta mucho...

Cierro brevemente mis ojos para decirle de esa manera que quiero saberla.

—Tienes la virtud de ser sincera. Sabes que decir las cosas honestamente te libera. Y eso me gusta. A veces, ser tan sincero es como clavar puñales, pero hay ocasiones en que hay que matar a la bestia. ¿Sí entiendes?

—Entiendo. ¿Y puedo decirte una gran virtud?

—Claro. Soy “a star”, hon. Me gusta que me digan cosas sobre mí, sabes...

—Tu mayor virtud es que sos como una curita.

No solo no se halaga, sino que se extraña.

—No entiendo qué es.

—Una curita es... Es una bandita que se pone cuando te hacés una lastimadura —trato de explicarle con gestos.

—Adhesive bandages?

—Sí. Eso. Cada vez que siento que algo me lastima o me duele, decís algo y sos como una curita. Me cierra la herida y me la protege, en el acto.

—¿En el acto?

—Instantáneamente.

Tentación y laberinto · 323

—Sabes, Val... Te amo.

Otro beso umami cierra la charla, acompañando el ocaso de la tarde. La brisa cálida del verano me acaricia la piel de los brazos y me la eriza. ¿O es Nickie?

324 · Paola Rimieri

Quedan menos días para que mis hijas se vayan de vacaciones con su padre.

Acabamos de despedirnos de Theo y Sebastián, con la promesa de no esperar tanto tiempo para vernos “aquí o allá”, como dijo Sebas antes de subirse al auto de Jack.

Volvemos a entrar a la casa de mis abuelos las niñas, Nickie y yo.

Es la primera vez que nos quedamos los cuatro solos. Nickie está ansioso, es notorio. A pesar de mi pedido de ser paciente respecto de la relación con las nenas, me doy cuenta de que le gusta mucho pasar tiempo con ellas y jugar. Y eso lo convierte en alguien muy atractivo para ambas.

A penas se va mi familia hacia el aeropuerto, Nickie toma la pe-lota y se la arroja a Leticia.

—¡A jugar! —le grita.

Inmediatamente, Paloma me suelta la mano y se va corriendo hacia donde están ellos.

Me quedo parada mirándolos desde la galería, con la doble sensación de disfrutarlos y de temor respecto de lo que mi marido vaya a pensar, cuando sus hijas le relaten estos momentos.

Los miro en suma quietud, hasta que Nickie me arroja un pelo-tazo que golpea fuerte contra la pared a mi lado. Si me hubiera dado de lleno en la cara, estaríamos corriendo al centro de salud.

—Sorry, hon!

Los tres se ríen a carcajadas. Quiero decirles algo, retarlos. Pero recuerdo el comentario de Nickie: “Me molesta que seas aburrida”.

Tentación y laberinto · 325

¿Por qué soy aburrida? ¿Por qué estas pavadas no me divierten?

Me acerco a ellos con la pelota en la mano y los miro desafiándo-los, de abajo hacia arriba, con la mirada.

Aun así, siguen riéndose.

Cerca de Nickie, le arrojó con todas mis fuerzas la pelota sobre el estómago.

—¡Auuu! —dice, agarrándose la panza.

Me acerco a él sintiendo el calor en mis mejillas. ¡Qué manera de actuar!

—¿Estás bien?

Nickie me toma por las rodillas y me hace dar un giro sobre su hombro. Me acuesta sobre el pasto y se me suben los tres encima.

— ¡Ganamos!

Estoy llena de encono, pero en vez de responder con enojo, comienzo a reír.

Río tanto que me ahogo. Abro los ojos en medio de mis carcajadas y veo las bocas abiertas de par

en par por las risotadas de mis hijas y, también de Nickie a quien se le achinan los ojos y ríe desencajado.

Siento una cosquilla en mi estómago que viene desde mi interior. El puñal mató a la bestia que estaba en el laberinto.

«Estoy enamorada».

Ahora, puedo decir que estoy enamorada.

—A ver si van entrando para bañarse y prepararse para cenar — llamo a mis hijas desde la puerta de la casa.

—¿Quién va a cocinar? —pregunta Leticia con un desagradable tono preadolescente.

—Yo voy a cocinar.

326 · Paola Rimieri

—¿Vos? —mira a su hermana y ambas se burlan de mí. Nickie aprieta sus labios y contiene su risa.

—¿Qué les pasa? ¡Yo, nenitas!

Nickie larga la carcajada y ellas lo siguen. Prefiero no decir nada más.

Me acerco a la heladera y miro un poco. No les voy a decir que ya tengo todo mentalmente organizado.

En pocos minutos, hay un desastre tan grande, de ingredientes y utensilios, que recuerdo por qué odio cocinar. Y por qué, suelo terminar haciendo minutas o pidiendo delivery.

—¿Puedo ayudar, hon?

—No es necesario.

—No importa si es necesario. Quiero ayudar.

Nickie se para a mi lado, comienza a quitar platos y cubiertos sucios, y los lava.

Luego, lo veo dirigirse al comedor con un mantel y la vajilla. Llama a Leticia, que ya se bañó, y juntos ponen la mesa. Los escucho hablar.

Nickie usa otro tono cuando habla con ellas, más grave y más pausado. Pronuncia muy bien cada palabra que debe decirles. Además, habla hasta en volumen más bajo. Dice que hay que hablar despacito con los niños para que aprendan que no hay que levantar la voz para hacerse escuchar.

Los miro desde el borde de la puerta y un leve hormigueo en la boca del estómago me indica qué es lo que me genera ver a Nickie relacionándose tan bien con cada una de mis hijas.

Finalmente, termino con la odisea de haber cocinado algo decente y la respuesta de los comensales me llena de ilusión para futuras comidas que cocine.

Tentación y laberinto · 327

—Sería ideal que levantemos la mesa, y vayamos a comer helado —digo y las niñas se llenan de alegría.

— Antes de irnos, vamos a dar un aplauso a mamá que cocinó riquísimo.

Nickie me da un beso muy pequeño en la mejilla. Y me dice al oído:

—Gracias por el esfuerzo.

Levantamos la mesa los cuatro y luego salimos a caminar bajo la noche serrana en busca del postre.

Cuando vamos de regreso, recuerdo que en pocos días tengo que volver a trabajar.

—Las nenas se van de vacaciones con el papá la semana que viene. Y yo, tengo que volver a trabajar, solo tres días más...

—De eso quería hablarte. Necesito que me hagas un favor.

Un grito terrible de Paloma nos interrumpe. Se me estruja el estómago, Nickie se adelanta velozmente los diez pasos adelante donde se encuentran las chicas y, desde allí, escucho que me dice:

— Falsa alarma, es solo un sapo. ¿Sabes cómo se dice sapo en inglés, Paloma?

—No sé.

— Frog.

—¡Qué gracioso! —dice Paloma y Nickie la toma en sus brazos cuando llega a donde están ellos tres y seguimos caminando hacia la casa.

—No seas burra, Paloma. ¿Por qué va a ser gracioso? Se dice así —remata Leticia.

—¿Y cómo se dice bichito de luz? —Desafia Paloma. —¿Qué es eso? —me pregunta Nickie.

Le digo que así le decimos a las luciérnagas aquí y le señalo las pequeñas luces intermitentes que

se ven en el jardín de la casa.

328 · *Paola Rimieri*

— Ah... humm, es firefly, baby —Nickie se queda mirando a Paloma y luego continúa—. Sabes, you're a firefly.

— ¿Qué?

—Eres una luciérnaga, Paloma. Siempre tienes tu lucecita. Caminamos unos metros más y las chicas entran a la casa. Nosotros nos quedamos sentados en el banco de piedra del

ingreso.

— ¡Cuántas estrellas! —digo, mirando el cielo— ¡Quisiera que esta casa, que alguna vez fue mi refugio, volviera a ser mía para ver estas estrellas cada vez que se me ocurra!

— Hablando de eso... Te quería pedir un favor, hon. Necesito que me ayudes con algo.

— ¡Cierto!

—No empieces a trabajar todavía. Si es necesario hablo con tu jefe.

—No. No es necesario. Pero... No sé si es posible. —Todo es posible, hon.

— En tu positivo mundo, sí. En tu mundo de dioses de Odín, puede serlo. Yo soy una simple mortal.

—Al fin y al cabo, ambos somos personas iguales, hon. No digas que no. Necesito algo y necesito que digas que sí.

—Bueno, por supuesto, amor. ¿Qué necesitas?

Estimo que Nickie me va a proponer alguna semana junto a él, aquí, en la playa, o alguna cuestión similar.

Sé que estos días no hemos intimado. Ha sido sumamente respetuoso del espacio y de mis hijas. Hago silencio y espero que me diga qué es lo que necesita.

—Hay algo que debo hacer con urgencia antes de regresarme a Estados Unidos.

—¿Volvés a Estados Unidos?

Tentación y laberinto · 329

— Me quedo unos días más aquí. Pero, tengo que regresar. Recomenzamos con el rodaje de

Brave. Ya sabes, no puedo dejar a Brave sin Rurik.

—No, por supuesto. ¿Pero van a grabar en Estados Unidos?

—No, no. Pero debo devolverme ahí. Luego nos trasladamos al norte frío... Por eso debo aprovechar del sol del sur.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que tenemos que hacer antes de que te vayas?

—No puedo ponerme serio si me preguntas con esos labios así, Val...

—¡Serio, por favor!

—Tienes que acompañarme a un lugar.

—¡Me imaginaba! ¿A dónde vamos? No creo que Axel me permita irme de viaje con vos...

—Al diablo con Axel. ¿Te imaginabas? No creo que te imagines, hon.

—¿A dónde...?

—Me tenés que acompañar a mi pasado.

—¿A tu pasado?

—A mi pasado, hon. Sé que vas a ser mi “curita”.

330 · *Paola Rimieri*

Reviso una vez más las valijas de cada una de las niñas. Siento que hay algo que me estoy olvidando.

— ¿Tienen cada una protector solar y manteca de cacao en sus mochilas?

—Sí —responden secas al mismo tiempo.

—¿Salidas de baño y sombrerito?

— Sí, pero yo no me voy a poner sombrero nunca, ma —con-fiesa Leticia.

—¡Te lo vas a poner! Le voy a pedir a tu papá que me mande foto todos los días con tu sombrero.

—Yo sí me lo voy a poner —dice Paloma y recibe el descrédito de su hermana.

—¡Bien dicho, firefly! —dice Nickie sin dejar de mirar su celular. Estoy nerviosa.

Muy nerviosa, corrijo.

Mis hijas se van sin mí, de vacaciones.

Nickie está sentado en el sillón de mi casa y está por llegar Martín. Mañana debería comenzar a trabajar y ya le envié un mensaje a Axel avisándole que no iré al canal por una larga semana más. Todo me tiene nerviosa.

Si fumara, seguramente ya estaría encendiendo el quinto cigarrillo. Pero no fumo.

Me voy hacia la cocina y pongo la cafetera.

Tentación y laberinto · 331

Nickie me hace un gesto desde allí, de espaldas, un no con su dedo índice en el aire.

—No tomes café, hon.

—No me va a hacer nada uno. Necesito tomar un café. —No lo necesitas. Lo sé.

—Estoy nerviosa.

—No lo necesitas...

Me restriego las manos y hago sonar mis dedos. Miro el reloj de la cocina y faltan minutos para que llegue Martín.

Nickie se pone de pie y me dice:

—Poné música.

—¿Música?

—Pondré yo.

Toma el control remoto del televisor y busca Youtube. La búsqueda pausada, con las teclas del control remoto, me pone más nerviosa. Así que voy hasta la habitación y hago allí como que hago algo.

Regreso a la cocina, y reviso que los documentos de las chicas estén todos, que esté completo todo lo que deben llevar.

—Leti, fijate que papá no pierda nada. Estos son los carnés de vacunación, ¿sabés?. Y los permisos para viajar con él. Ah... en tu valija puse un necessaire con remedios. Fijate, cualquier cosa.

— Sí.

—Fíjate que puse un papel con las dosis de cada una si necesi-tan. O me llaman.

— Sí.

—Y no te olvides del protector solar. ¡A cada rato!

— No.

332 · Paola Rimieri

—No estén todo el día con las tablets. Disfruten. ¡Se van a que-mar los ojos!

— Sí.

— *Honey, por favor. Suenas como una madre de ochenta años* — dice Nickie desde el comedor escuchando una canción en voz de mujer.

—¿Qué escuchamos? —pregunto para cambiar de tema —*I'll be there* .

—¿Quién es? —*Jess Glynne* . —Hola, Jess. Nickie se ríe.

—¿*No la conoces?*

—No. ¿Y vos?

—*Claro. Es mi compatriota. Claro que la conozco.*

—Perdón, olvidé que eras una estrella...

— *No olvides eso nunca, hon* —dice sonriendo con su precioso gesto.

—*Noolvides que soy una estrella pero con vos soy solamente Nicholas.* El timbre de la puerta suena y mis nervios suben a tope.

Abro, esperando que Martín no entre.

—Ah, no...

—Martín, no empieces.

Las nenas saludan alegres a su padre que mira hacia el living. Nickie lo saluda como si nada. Sus nervios ingleses me enervan

más.

—*Buenos días* —le dice, levantando la mano con el control re-moto todavía en ella.

Tentación y laberinto · 333

—No voy a decir nada ahora porque empiezo las vacaciones con mis hijas.

—*Haces bien* —le responde Nickie.

Siento que se me aflojan las piernas.

Martín lo ignora y me habla a mí con mucha seriedad. Me explica el itinerario y le repito, nuevamente, dónde está cada cosa. Nickie nos observa desde allí y veo que intercambian caras y gestos graciosos con Leticia, burlándose de mí.

—Y que Leti se ponga el sombrero. No olviden de ponerse protector a cada rato.

— Tranquila.

—Martín, por favor, manteneme informada.

—Como siempre.

Abrazo a cada una de mis hijas.

—Chau Nickie —le dice Leticia y saluda con su mano. Se acerca y la saluda con un beso.

— *Chau firefly* —le dice a Paloma— , *con cuidado en el agua, baby. Recuerda que no sabes nadar todavía, siempre con un adulto al lado.*

— No hace falta que le des indicaciones a mi hija —amenza Martín.

—*Es mi amiga, ¿no es cierto firefly?*

Paloma va hasta donde está él y le da un abrazo que me emociona. Me seco la lágrima que tengo en cada ojo y las saludo por última vez.

La puerta se cierra, pero las miro irse en la camioneta por la ventana del comedor.

Nickie me abraza por detrás y apoya su mentón en mi hombro, como le gusta hacer. A mí me genera paz ese momento de comunión silenciosa junto a él.

334 · Paola Rimieri

Cuando ya no los veo más por el vidrio de la ventana, me gira y me abraza.

Apoyo mi cara en su pecho. Percibo su aroma perfecto y no lloro, aunque quisiera.

Pasan unos minutos y me separa lentamente. Yo sigo haciendo fuerza para quedarme en el mismo estado.

— Me parece que un almuerzo umami de sushi puede curarte, hon.

—¿Te parece?

—Antes podemos seguir escuchando a Jess, mi pelirroja inglesa amiga, y luego hablamos de nuestro próximo viaje.

—Tu amiga pelirroja inglesa...

—Te dije que la conocía.

—Te digo cómo se dice correctamente en castellano, tonto.

— Ah... me gusta cuando te pones celosa, hon. Y cuando me dices tonto.

— No estoy celosa. Menos de una joven estrella del pop... Quiero saber con quién estabas el día de tu cumpleaños...

—Sigue esa canción sonando...

—No entiendo qué problema hay con que me digas, ya pasó. —No tiene mayor importancia para mí, ya te lo dije.

—¡Para mí sí! Ellas son todas divinas.

— ¡Qué inseguridad, hon! Yo las veo sin maquillaje, no distan mucho de lo que es cualquier mujer. Ya te lo dije, todos somos simples mortales, al final de cuentas. Yo no busco espejismos. Quiero seres de verdad —cierra con un beso pequeño.

—Y ahora me convenciste. Pero no por mucho tiempo.

Tentación y laberinto · 335

— ¿A “ese” pequeño avión debemos subirnos? —me pregunta Nickie visiblemente nervioso, apoyando su dedo índice en el vidrio del ventanal que da hacia la pista del aeropuerto de Córdoba.

—Yo no lo veo pequeño.

—Es muy pequeñito. Me da miedo, Val. —No tengas miedo. Estaremos juntos. —Lo sé, si no, no hubiera venido.

—¿A qué le tenés miedo? ¿Al avión o al destino?

—Mmm...Es cierto. A ambas cosas, creo.

Jack se nos acerca y habla en inglés muy despacito, casi al oído de Nickie.

Nickie mete la mano en el bolsillo y toma el pastillero que antes tenía en su bolsito personal. Saca la tapa a presión con su dedo pul-gar y luego, una pastilla. La toma y le da un trago al agua mineral que tiene en su otra mano.

—¿Qué tomaste?

— Prozac.

— ¿Prozac?

—Sí, hon. Estoy loco...

—¿Para qué es? —pregunto, evidentemente haciendo algún ges-to que le da risa a Nickie.

—No estoy loco realmente. Es una medicación que tomo usual-mente. Hoy me tomaré una pastilla más, como siempre que vuelo, ya sabes.

Tentación y laberinto · 337

—Ah. No sabía, porque es algo que jamás me dijiste. —Está tranquila, estamos con Jack. Él sabe qué hacer. —Estoy tranquila. Jamás te había visto tomarlo.

— No. Es que no acostumbro estar diciendo que tomo Prozac constantemente.

— Me parece que si es una medicación habitual, como dijiste, deberías haberme dicho antes.

—No es de cuidado, hon. Tranquila.

—Yo estoy tranquila.

Quisiera googlear y ver, nuevamente, para qué sirve el Prozac. Creo entender que es algo que acompaña a los tratamientos psi-quiátricos. Pero no lo voy a hacer ahora, ni le preguntaré demasiado antes de viajar.

En pocos minutos, ingresamos a la nave y nos sentamos, como siempre que viajo con Nickie, en las filas de adelante.

Jack se sienta inmediatamente detrás de nosotros.

Cuando el avión comienza a carretear Nickie se pone pálido. Se aferra al apoyabrazos de un lado y me toma fuerte con su otra mano.

—El viaje no dura ni dos horas, Nickie. Tranquilízate. —Estoy bien.

—No parece.

—Te pido que me agarres la mano y te calles, por favor. Me encuentro mareado, solamente.

Le hago caso.

Nickie cierra los ojos y se queda quieto casi durante la hora cin-cuenta que dura el vuelo.

Yo adoro mirar el paisaje por la ventanilla.

Cuando nos trajeron la bebida, disfruté de mi café sumamente fuerte. Nickie no abrió los ojos siquiera para negarse a beber algo.

338 · Paola Rimieri

—Aterrizamos —digo.

—Uno de los mejores momentos en lo que va del año, hon. —No entiendo cómo te puede poner tan nervioso esto.

—Ni yo, pero sucede así.

Llegamos a Neuquén y afuera es un día precioso.

Caminamos unos metros bajo el sol de verano en el sur argentino y se siente el calor.

Jack está esperándonos en el auto, mientras termino de hablar por celular con Martín, que se reporta y me dice qué están haciendo mis pequeñas. Luego voy a comprar algunos bocadillos para no morir de hambre antes de llegar a destino.

Haber acompañado a Nickie en este viaje me llena de energía. Subimos al auto de alquiler, me ubico detrás y me acomodo cerca

de la ventanilla.

Comenzamos a transitar la ruta veintidós y lo poco que se ve es un camino árido y álamos a los lados. El cielo es diáfano hoy, aunque el viento se siente sobre el vehículo cuando Jack maneja. El GPS nos advierte un viaje de casi cinco horas, y ya comienzo a preocuparme por mi aburrimiento.

—Duerme un poco, hon —me dice Nickie desde adelante.

—No sé si podré dormir. No me gusta viajar en auto tanto tiempo. Las rutas me ponen nerviosa.

Veo por la ventanilla lo poco que recordaré de la ciudad de Neuquén: de un lado un Cristo y del otro un altísimo mástil con una gran bandera argentina sobre una fuente de agua que me emociona.

—Eso sí es extraño.

—No más que tu miedo a volar.

—Si uno viaja en coche, tiene más posibilidades de salir sano de un accidente.

—¿Por qué tendrías un accidente?

Tentación y laberinto · 339

—Porque son cosas que pueden suceder. Creo que hemos tenido una conversación similar en otros momentos.

Cierro los ojos unos minutos, tratando de hacerle caso a Nickie. Pero no puedo. Quiero mirar por la ventana, quiero disfrutar del sur.

—No puedo dormir. Quiero que me expliques un poco más de este viaje.

—Lo que ya te dije, hon.

—¿Cómo no supe antes que tenías un hermano viviendo en Argentina?

—Medio hermano.

—Bueno, es igual.

—Es igual. Sí, Charlie.

—¿Charlie es el único de ustedes que está en Argentina? — Claro.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Prácticamente, desde siempre.

—A ver, Nickie... ¿Por qué jamás me lo mencionaste? No es un dato menor.

—Vas a estar regañándome, ahora.

—No, pero me extraña tanto. ¡Es como lo del Prozac!

Nickie se queda en silencio. Minutos después me ofrece un chi-cle. Como de costumbre,

saliéndose por la tangente.

El paisaje comienza a ponerse precioso hacia el oeste. Todo lo que veo por la ventanilla es soñado.

Cruzamos el río Litrán, de aguas inmensamente azules, en una bellísima postal enmarcada por verdes coníferas y debajo, antes del peñasco hacia el río, cortaderas rosadas con arbustos amarillos. La imagen es como ver un arcoíris pintado en la panorámica.

340 · Paola Rimieri

Me pregunto si esa agua será muy fría.

Continuamos un poco más y se divisa hacia el este lo que parece un lago. Reviso en Google Maps de mi celular e indica que es el lago Aluminé.

—Ahí está el lago Aluminé —digo, rompiendo con un prolongado silencio.

Ambos hombres miran hacia la derecha. Ninguno responde nadar.

—¿Ya estamos llegando?

—Estamos ingresando —responde Nickie.

Me enderezo en el asiento trasero. Me pesa la espalda, pero quiero disfrutar del paisaje. Por el espejo, veo el reflejo de Nickie con sus lentes de sol. Está algo serio. Es tan bello siempre. Aunque la hermosura del paisaje me distrae. Al frente de mi vista, una cadena montañosa en los tonos del azul se impone. A mi izquierda, comienzo a ver algunas casas. La prolijidad de los costados de ruta y la belleza de la arquitectura parecen de otro continente. Techos negros y verdes mayormente, casas bastante nuevas, mucha piedra y madera. Su color rojizo contrasta con los verdes brillantes de los pinos que hay por todas partes. Y el cielo... el cielo es tan celeste que me parece estar flotando en la mirada de Nickie.

Jack aminora la velocidad y yo ya siento la ansiedad de bajar y caminar en ese lugar de ensueño.

— ¡Llegamos! —digo desde atrás como una niña— ¿A dónde buscamos a tu hermano?

—Oh... Paso a paso, Val. Ahora vamos a instalarnos.

—No debe estar muy lejos de donde nos quedemos. No pareciera que es una ciudad muy extensa.

—No sabe que venimos.

—¿No sabe?

Tentación y laberinto · 341

— No.

—¿Entonces? ¿Es una sorpresa? ¿Cuándo llegamos a donde está él?

—No lo sé Val. No es tan simple.

— ¿No?

— No.

No pregunto nada más y espero, con ansias, que bajemos de una vez. Estoy cansada de estar sentada.

Jack conduce guiado por el GPS y, finalmente, nos deja en un paraje frente al lago Aluminé. La impresionante Araucaria que nos recibe me llena de entusiasmo, a pesar de mi cansancio y el hambre.

Nickie sigue serio.

Entramos en la posada y todo allí es magia.

Incluso los aromas, me hacen sentir diferente. Estoy tan a gusto en este lugar que, no comprendo por qué, Nickie no prendió su motor de optimismo todavía.

Hacemos el check in y se dirigen a Nickie en inglés. —Está bien en español. Puedo hablarlo.

Entregamos los documentos y uno de los caballeros de la recepción levanta la mirada y observa a Nickie.

— ¿Si? —pregunta, seguramente incómodo por la manera en que lo mira.

— Perdón, señor. Pensé que había equivocado en el apellido. ¿Braunt?

— Sí.

—Está bien, disculpe.

—Challenge es mi apellido materno.

—No hay problema, señor. ¿Van a desear alguna comida hoy? Le puedo informar a la cocina si es que desean algo.

— En realidad, no hemos comido nada. Así que puede ser, sí. ¿Val?

—¡Sí, por supuesto! ¡Estoy muerta de hambre!

La habitación es perfecta.

Es una equilibrada combinación entre rústico y romántico que me tienta a quedarme allí, prácticamente, para siempre. Las paredes de piedra, paradójicamente, me dan una cálida visión del lugar y todo tan blanco es perfecto. Las gotas de color están en los bordados en relieve de los almohadones y pies de cama. Tan delicadamente puesta, cada cosa en cada lugar, me emociona de una manera insólita.

Me pongo muy cerca de la enorme ventana en esquina, que permite ver el profundo azul marino del lago enfrente de nosotros. Esa visión genera en mí un vértigo que me agrada. Es una inmensidad que me conecta con algo profundo.

La ventana entreabierta permite el ingreso del aroma fresco, tan fresco como el de Nickie. Y yo, me enamoro más.

Mientras no puedo dejar de admirar tanta belleza a mi alrededor, escucho el agua de la ducha que corre en el baño.

—Tengo hambre, Nickie.

—Ya lo sé, tardo unos pocos minutos, hon.

Hay algo en él que no es usual. Está extrañamente callado, algo preocupado.

El tiempo parece haberse detenido allí, en la estupenda terraza en la que tomamos cerveza artesanal con fiambres de la zona. Todo parece más sabroso cuando miro el lago. Repentinamente, la inmensidad se tiñe color oro al atardecer. El agua, las elevaciones con vegetación, la posada cargada de piedra gris clara y madera; todo, se pone dorado y el reflejo de esos rayos en medio rostro de Nickie me elevan.

Tentación y laberinto · 343

—Nickie, este lugar es maravilloso. ¿Cómo pudiste irte de aquí? —Bien... En realidad, Val, yo nunca estuve aquí.

—No puedo creértelo. ¿Y nuestro viaje a tu pasado? —Mi pasado es mi hermano.

—Entiendo cada minuto un poco menos. ¿Pero vivías por aquí, entonces?

—Sí, relativamente. Es muy similar. Esta tierra es preciosa.

— Lo es. Conozco poco del sur argentino y ahora mismo me siento pésimo por el tiempo perdido.

— Siempre eres graciosa, hon. Vas a recuperar el tiempo, tranquila.

— Es difícil. El tiempo pasa. Y eso sucede, inexorablemente. —¿Qué es inexorablemente?

— Algo inevitable.

— Lo supuse. Estas cervezas tienen algo que me hace más inteligente, vamos a pedir otra.

— Ah... Algo que quiero preguntarte... —Nickie escucha pacientemente —¿Podés tomar alcohol, normalmente, al mismo tiempo que esa medicación?

— Oh, no te preocupes por eso. No estoy loco, hon. —Ya lo sé. No dije eso.

— Puedo tomar alcohol con normalidad. —Ningún médico te dice eso, Nickie. —Está Jack.

—¿Jack? ¿Qué tiene que ver?

— Él me cuida, hon. ¿Sabes?

— Es muy dulce de su parte. Pero eso no tiene nada que ver con el alcohol y el prozac.

Nickie se ríe. Como siempre, evita responder cuando no quiere.

344 · Paola Rimieri

Insisto en el control de la toma de alcohol cuando le pide a la camarera que le traiga otra cerveza.

— Val, no te preocupes. Completamente controlado el alcohol en mí. Además, no llego a los cuarenta miligramos de mi medicación por día. Cuando comencé a tomarla, que entonces debía tomar hasta ochenta miligramos, no me permitían el alcohol. Pero progresivamente, disminuí la dosis. ¡Y aquí me tienes!

—¿Cuánto hace que tomás eso?

— Mmm... un poco más de un par de años, hon.

—¿Y para qué se toma?

— Se toma para muchas cosas.

—¿Para qué lo tomás vos?

— Ahora lo tomo para dormir bien, por ejemplo.

—¿Tenías insomnio? Yo estuve así también, pero hace unos me-ses que descanso muchísimo. Me parece que el café interfería en mi buen descanso.

—Seguramente. Has visto que yo no tomo café...

—¿Y dónde está Jack, ahora que hablábamos de él?

—Jack... debe estar viendo dónde encontrar a Charlie. —Ah. Hablemos de eso, también.

— Hablemos.

—¿Cómo es que jamás me dijiste que tu hermano estaba acá? —¿En Pehuénia?

—Acá, en Argentina.

—No sé. Nunca hablamos de él.

—Me habías dicho que tu única familia cercana era tu hermano. —Ese es mi otro hermano, Harold. Mi hermano vive en Londres.

Es mi única familia cercana, pero ya sabes...

—No sé, por eso te pregunto.

Tentación y laberinto · 345

—¿Qué cosa quieres saber, Valeria?

—Que pensaba que tenías un solo hermano. No sé si uno más grande e inglés o uno más chico y argentino. ¿Por qué estás mal con él?

—No estamos pasando por un buen momento.

—¿Y por eso lo borraste del mapa?

—No borré... ¿Qué es lo que puntualmente querés saber?

—Cuando te hacés el argentino me estás cortejando. Ya lo sé, no cambies de tema, bonito.

—¿Nunca me habías dicho bonito? ¡Gracias! ¿O sí me lo habías dicho? Quiero decirte, Valeria, tuvimos unos años malos, de pelea de hermanos. Para eso estoy aquí. Para remediar.

—¿Qué tan grave fue?

—Depende. No sé cómo lo está pensando él ahora mismo. —Objetivamente, ¿qué pasó?

—Muchas cosas, no quiero ahora hablar de esto. Es una cosa... ¿cómo decirlo? Una cosa estúpida para mí.

—Entonces seguramente el tiempo les ha curado las heridas. Sos mi “curita”, seguro que vas a poder ser la suya también.

A lo lejos vemos llegar a Jack. Hablan unos minutos y luego, Nickie me dice que a la noche cenaremos con su hermano Charlie.

Decido darme un baño y prepararme.

Nickie me acompaña a la habitación y se recuesta en la cama vestido. Cruza una pierna sobre la otra y pone música en su celular.

—¿Qué escuchamos?

—Radiohead, “Fake plastic trees”, hon.

—Mmmm...No deduzco tu estado de ánimo...

—Estoy cansado, Val. Nada más que eso.

—¿Nada más? Estás nervioso. Nunca te vi así.

346 · Paola Rimieri

—Dame un beso, entonces. Calma mis nervios.

Me acerco a su lado y me agacho hasta su boca para besarlo. Me toma del cuello cálidamente y me retiene allí, en un beso hermoso.

La tarde cae por completo afuera.

Me presiona contra su cuerpo y lo siento tan cerca de mí, eso sin importar el hecho de que estamos a un centímetro de distancia. Estamos cerca nosotros, nuestras almas.

Hundo mi nariz en el cuello de Nickie, ese perfume que amo y que constantemente lo acompaña, me eleva. Ya sobre su cuerpo, mis manos pueden dedicarse a acariciarlo en lugar de sostenerse. Enredo mis dedos en su cabello sedoso, siempre suave y no dejo de besarlo.

—Quedémonos siempre así, Valeria —me dice casi como si fue-ra un gemido.

—Siempre es muchísimo tiempo...

—¿Es una manera de decirme que me quieres dejar?

—Ay, Nickie, por Dios... Es una frase. Vos no estás bien ¿no?

Se incorpora en la cama y me acomoda un mechón de cabello de-trás de la oreja. Miro sus ojos, y su leve sonrisa, y sé que le gusta ha-cer eso con mi pelo y a pesar de que a mí me molesta muchísimo el cabello en esa posición, no lo reacomodo porque adoro el contacto de las yemas de sus dedos con la zona de mi oreja. Cierro un poquito los ojos y siento en mis labios los labios siempre tibios de Nickie.

—Tengo muchas cosas que arreglar conmigo, Val. Estar aquí es gracias a vos.

—¿A mí?

—Sí. Eres una persona muy importante. Cuando te conocí... No me reprimo y acerco mi boca a la suya y lo beso.

—No hubiera podido venir solo, Val.

— Me alegra saber que soy de ayuda, pero más podría serlo si entendiera un poco más. Las peleas de hermanos son algo normal.

Tentación y laberinto · 347

—Hace muchos años que no veo a Charlie. Casi quince años. —Les duró mucho la pelea...

—No fui un buen hermano.

—Posiblemente, él tampoco. Podría haberte buscado antes. — Posiblemente.

Minutos antes de salir a esperar la llegada de Charlie, Nickie se quita la remera blanca y busca en su valija una camisa celeste muy clara, de lino o alguna de esas telas que le caen perfectamente por su cuerpo.

—It's wrinkled¹⁵ —escucho decirle aunque en voz muy bajita, mientras la estira con su mano intentando disimular las arrugas.

—No se ve arrugada; Nickie.

—¡Está arrugada!

—Es una cena informal, me imagino. Yo solo me puse este jean con esta remera...

—Lo es, tranquila.

—Me voy a quedar tranquila cuando dejes de estirar tu camisa. Estás perfecto, como siempre.

—Mmm, me parece que te gusto, nena...

Nickie se ríe y me devuelve el alma al cuerpo. Lo noto extraño desde que salimos de Córdoba.

Llegamos al comedor de la posada y queda muy poca gente cenando.

Siento que nos observan. Seguramente, y como de costumbre, al que observan es a Nickie. Su porte siempre es atractivo.

Saluda cordialmente a la gente que lo mira.

15 | Está arrugada.

348 · *Paola Rimieri*

Cerca de una ventana inmensa hay una mesa delicadamente pre-parada. Impoluta, totalmente blanca, desde la mantelería y la vajilla, hasta las sillas donde nos sentaremos. Un par de metros más allá, está sentado Jack, bebiendo algo.

—¿Jack no va a sentarse con nosotros? —pregunto mientras intento no tirar ninguna copa.

—Se incomoda un poco, es así.

—Me pone mal verlo solo.

—No, no te preocupes, hon. Vamos a sentarnos y esperar a Charlie.

Mientras esperamos, la camarera nos ofrece un vino de la zona, menciona las palabras “espumante” y “Pinot Noir” y me preocupo por mi estado post cena. También, por Nickie y su medicación. Ya tomó varias jarras de cerveza durante la tarde.

Llega a la mesa, también un plato de madera con diferentes variedades de quesos.

Nickie mira su reloj y su celular.

—¿A qué hora quedaron? —pregunto.

—A las once.

—Todavía no son las once.

—Lo sé. Para mí es tarde.

Conversamos sobre el lugar. No vi demasiado de la villa, pero evidentemente es un lugar bellísimo. Desde la ventana, me quedo absorta mirando el lago y la refracción de tantísimas luces de la posada sobre el agua. La luna ilumina magníficamente la noche y su reflejo es como tenerla, enorme, en frente nuestro.

Interrumpe ese momento de distensión, el ruido que hace Nickie cuando se pone de pie en la mesa para saludar al que debe ser su hermano.

Tentación y laberinto · 349

Charlie es “un Nickie” joven. Su cabello es algo rojizo, esa podría ser la única diferencia que noto, además de su juventud en el rostro. A decir verdad, es un tanto más bajo, pero podría confundirlo a golpe de vista, sin lugar a dudas.

Me estira su mano y se dirige a mí en inglés. A su lado, una chica joven me saluda también. Admiro sus cabellos pesados y oscuros. Creo que ese bellissimo cabello enmarcando su rostro, la hace sumamente atractiva.

Nos sentamos nuevamente y no puedo dejar de mirar a Charlie. Tiene más pecas que Nickie y su barba prominente, bien roja, lo que lo hace parecer más joven todavía.

Siento un leve cosquilleo en mi estómago, que se acrecienta cuando Nickie me presiona fuerte la mano izquierda una vez que nos sentamos.

Hablan en inglés unos minutos, hasta que la mujer interrumpe. —No es necesario que hablen en inglés, creo que los cuatro nos entendemos en español.

Descodifico una importante fuerza en ella. Nickie hace un gesto con la cabeza para asentir y Charlie pide disculpas.

—¿Vos hablás español? —se dirige a mí.

—¿Yo? Sí, sí, claro. Soy argentina.

—Ah, perdón, no lo sabía —mira a su mujer justificándose—, por eso comencé la charla en inglés.

Hasta el tono de voz de Charlie es el mismo de Nickie, me impresiona su parecido.

—¿Cuál es tu nombre? —me pregunta.

— Valeria.

— Yo soy Charlie y ella —mira nuevamente a la cara a la chi-ca—, ella es Ailén, mi compañera.

350 · Paola Rimieri

— Hola chicos. Estaba nerviosa de conocerlos, debo decir la verdad.

Nickie está callado. Muy callado. Por eso es que debo decir algo, siento que hay una tensión muy importante en la mesa.

— ¿Nerviosa? La estrella es mi hermano —dice irónicamente Charlie.

—No empieces... —responde Nickie.

Agradezco que llegue la camarera y nos entregue las cartas. Antes de comenzar a ver qué comeremos, le digo a Nickie que sirva espumante a los recién llegados.

—Ya creo que se me está subiendo a la cabeza... Cada vez que hablo me siento una idiota.
«¡Basta Valeria!»

— Veamos un poco, Nickie —comienza a hablar Charlie—. ¿Cuál es el motivo de este encuentro? ¿Qué necesidad tenés? La última vez que nos vimos fue para... —mira a Nickie fijamente y a los pocos segundos, continúa— ¿Para qué?

— Mira, Charlie, necesito verte. Quería que habláramos y que empezáramos a mejorar nuestra relación. Es lo que necesito ahora.

—No sé si creerte eso.

Ailén abre sus ojos oscuros y profundos ensigno de desaprobación.

—No, es que no lo conocés Ailén. ¿Y vos, Valeria? ¿Hace mucho que lo conocés?

—Mucho tiempo no, pero sí lo conozco. Lo conozco.

— Entonces el que lo conoce hace más tiempo soy yo. Sepan, damas, que no es tan bello como parece. Eso las intimida a todas, les hace pensar en él como alguien que no es.

—Stop it, Charlie! —dice Nickie poniéndose de pie.

Charlie responde haciendo lo mismo. Ambos se ponen de pie, uno frente al otro.

Tentación y laberinto · 351

Se huele en el aire la tensión y el deseo de pelea es evidente en sus rostros endurecidos.

Observo a Jack que también se levanta inmediatamente y pienso qué debería hacer yo.

Hago contacto visual con Ailén y presiento que está en las mismas, pero actúa antes.

—¡Se sientan! —dice colgándose del brazo de su novio y sentán-dolo de golpe en la silla.

—¡Por Dios, Nickie! ¿Por qué hicieron eso? —pregunto. Ambos están tensos. Nickie no me responde porque continúa mirando como un animal rabioso a su hermano, que vuelve a hablar. —Vamos, Nicko, nos merecemos una linda pelea de hermanos afuera.

—Fucking idiot!

—Largá la flema británica, hermano. Te merecés unas lindas trompadas en la cara antes de empezar a hablar.

Nickie se levanta nuevamente y arroja la servilleta sobre la mesa. Sale directo para la habitación. Pido perdón y que nos esperen allí y salgo detrás de él. Se interpone, ante mí, Jack que me frena y me dice que él hablará con Nickie.

—Voy yo —le digo, en español.

Me entiende perfectamente, porque me frena, aun así, sale apre-surado a encontrarlo.

Vuelvo a la mesa, algo confundida y enojada.

Enojadísima.

Con todos.

—Perdón, Valeria —dice Charlie apenas llego a la mesa.

—Mirá, la verdad no entiendo demasiado. Pero estoy pasando una noche espantosa. ¿Qué tantos problemas tienen ustedes dos?

352 · Paola Rimieri

—Entonces es como digo yo, no lo conocés. No sabés qué problema tiene conmigo, no sabés por qué está ahora en este lugar y seguramente no sabés siquiera por qué fue a asistirlo Jack, en vez de estar vos ahí.

—Tal vez no lo sepa. Pero sé que es una buena persona. Y que te quiere.

Me levanto y voy a buscarlo.

La puerta de la habitación está entreabierta y veo desde afuera a Nickie de pie tomándose el mentón con una mano y a Jack hablán-dole en un tono muy bajo.

Abro la puerta:

—No me parece bien que estés acá y yo allá.

—¿Te faltó el respeto? —pregunta Nickie y tengo que frenarlo antes de que salga de la habitación.

—¡No, Nickie! ¡Estás hecho un tonto! ¡Vos quisiste venir a ver a tu hermano, salí y arreglá lo que debas arreglar!

Salimos los tres hacia la mesa, antes de llegar me le acerco al oído y le digo:

—Después hay muchas cosas de las que vamos a hablar. Y le doy un beso en su cuello enrojecido.

Cuando nos sentamos, Nickie le pide perdón a Ailén.

Siento deseos de reírme al ver cuánto de similares son ambos hermanos Challenge.

— A mí no me pidas perdón. Me parece que esta cena es un mamarracho, muchachos. No deberían involucrarnos a nosotras dos —expone, acertadamente, Ailén.

—Really, Charlie, limitémonos a cenar ahora mismo. Charlie sonrío y da un trago a su espumante.

Tentación y laberinto · 353

Y a los pocos minutos, llegan los platos de la cena de manos de varias personas que nos atienden cordialmente, a pesar de ser los únicos que quedamos allí, demorando el cierre nocturno.

Agradezco profundamente que no haya gente rodeándonos.

Y agradezco, la delicadeza de los platos y su aroma, que me relajan un poco.

Comenzamos a degustar el cordero y me siento, nuevamente, obligada a iniciar una charla.

—¿Ustedes viven cerca?

—En realidad no —responde Ailén—, pero venimos al pueblo todo el tiempo. Vivimos alejados de la zona urbana.

Señala hacia el frente del lago, en dirección a la cadena montaño-sa que me atrae desde que llegamos.

—¿Cerca de las montañas?

—Claro, eso que vez es la cordillera. Ese es el volcán Lanín. —¡Un volcán! ¡Intenso! ¿No les da miedo vivir ahí?

—No. La tierra respira. Es normal que de vez en cuando se canse y respire más profundo.

— Dicho de esa manera no me parece anormal. Pero en el momento...

—Yo viví mucho tiempo en Chile y aquí. Son tierras en las que la naturaleza está mucho más viva. El problema es cuando nosotros no nos sentimos parte de la naturaleza. Ese es el desfasaje. No debés tener miedo.

—Valeria suele tener miedo por las dudas —aporta Nickie con su habitual tono irónico.

Me alegro que esté más distendido, pero me disgusta el comentario.

Luego me da un beso cerrado en la boca, muy veloz. —Sorry, hon.

354 · *Paola Rimieri*

—Sorry not sorry! —dice Charlie.

—¿Realmente crees que soy así, Charlie? —le pregunta Nickie con hartazgo.

—Was a joke! .

—No hablemos en inglés. No seas inmaduro, Charlie. Entiendo que hice cosas que pueden haberte herido en el pasado. Pero no soy una mala persona. No quiero estar disgustado con mi hermano.

—Medio hermano —remata Charlie—, eso siempre me dijiste. — Quiero pedirte disculpas, Charlie, por todo lo que te haya

lastimado.

—Reconocés que me lastimaste, entonces.

—Sí. Si es lo que te hará bien, sí. Yo te lastimé.

—¡Objetivamente me lastimaste!

Nickie se frota la frente y se queda apoyado sobre la mano unos segundos.

— Te pido una tregua, Charlie. Por favor, sigamos la cena tranquilamente.

— Podemos hacer como que no ha pasado nada. No hay problema.

Ailén me mira, y en medio de la tensión de los hermanos me pregunta de dónde soy.

—Vivo en Córdoba. En la ciudad.

—¿No te da miedo? —pregunta sonriendo.

—¡Por supuesto! Más que nada, suelo tener miedo por mis hijas. —¿Tenés hijas?

—Sí, dos nenas —percibo una mirada extraña en Charlie que se suma a la charla—, no son tus sobrinas, tranquilo.

16 | Esta expresión que literalmente significa “Disculpas no disculpas” se usa para referirse a comentarios o situaciones en las que, quien dice o hace algo a alguien, no siente remordimiento por lo que genere en el otro lo dicho o hecho.

17 | Fue una broma.

Tentación y laberinto · 355

—Ah, dudé que no me hubieran avisado después de tanto vacío familiar —sonríe.

Nickie también sonríe, pero sigue siendo un Nickie extraño para mí.

— ¿Puedo preguntarte algo, Valeria? ¿Cómo llegaste a acá, con mi medio hermano inglés?

—Hace unos meses que nos conocemos. Meses que, por lo me-nos para mí, fueron súper intensos. Y Nickie estuvo conmigo cada vez que lo necesité. Es verdad que no lo conozco hace mucho, y que tal vez hay muchas cosas de las que no hemos hablado, pero nos conocemos profundamente.

Inmediatamente, nos retiran los platos y traen con velocidad el postre.

Creo que desean que esta cena se termine, tanto como nosotros.

—Ahora pregunto yo —digo y Nickie se acomoda en la silla—. ¿Cómo es que vos estás acá y no donde vivía Nickie cuando era pequeño?

— ¿En Pilcaniyeu? Es que ahí no queda nada que me retenga, lamentablemente. Me mudé acá hace más de diez años. Pensándolo bien, es algo que debo agradecerle en parte a Nicholas. Me quedé sin lugar para vivir, sin gente querida...

—Charlie, veo que te has convertido en un hombre con humor ácido. Lo celebro, es algo que heredaste de mi madre. Te pido que mañana nos reunamos y hablemos, discutamos, todo lo que te pa-rezca que haga falta.

Hablamos un rato más de cosas triviales, y cuando nos ofrecen café, los cuatro decimos que no.

Ailén se me acerca mientras nos despedimos y me dice:

—Mañana podrías conocer mi tierra. Te puedo llevar a recorrer un poco.

356 · Paola Rimieri

—Me parece genial. A propósito, me caíste muy bien. Fue una noche extraña. Nickie no es así, jamás.

—Tampoco Charlie. Pero él debe respirar un poco más fuerte, como la tierra o como el volcán.

Ailén me da un cálido abrazo. Como si nos conociéramos de años. Como si no hubiéramos formado parte, aunque involuntaria-mente, de dos facciones en guerra.

Nickie me toma de la mano y me lleva con él, en silencio.

Abre la puerta de la habitación y, antes de sentarse en el borde la cama, me pide perdón.

—Lo siento mucho, hon. La verdad, perdóname por lo que sucedió —se toma la cara con ambas manos.

—No hay problema, Nickie. Tantas veces te hice pasar momentos incómodos, no hay problema, sinceramente.

— Pero debían ser vacaciones para vos. Estábamos de honey moon...

—¿Ah, sí? No me lo habías dicho. En ese caso, me hubiera preparado de otra manera. Me alegra verte sonreír.

—Yo no soy como dijo Charlie.

—¡Y lo sé!

Me recuesto a su lado y apoyo mi cabeza en su pecho. —Esta camisa es súper suave, es una caricia.

Nickie comienza a jugar con mi cabello, la presión de sus dedos en mi cabeza, me obliga a cerrar los ojos.

— Cuando murió mi mamá, Charlie quedó solo con Rodolfo. A los pocos meses, vino a Gran Bretaña nuevamente, con Harold y conmigo. Se quedó un tiempo con nosotros, en casa de mi abuela paterna. Que ni siquiera era su abuela.

Tentación y laberinto · 357

—Pero estaba con ustedes. No sé si me gustan esas diferencias: “mi abuela que no era su abuela...” ¿Y qué papel jugaba tu papá en todo esto?

— Mi padre no fue muy cariñoso con ninguno, sabes. No era mala persona. Pero era así.

—¿Te trataba mal?

—No. O lo normal.

—¿Cómo es lo normal?

— No sé. Era muy cerrado. Lo más cercano a alguien que me amaba y me cuidaba, así como vos, era mi abuela. Él era anticuado en muchas cosas.

—Pero no tanto, si aceptó a tu hermanastro, hijo de su ex mujer, entre ustedes.

— Sí, es verdad. Estaba con nosotros. Sucede que él fue y vino varias veces. Porque mi madre se separó de su padre cuando era niño, y volvió a Londres cuando yo tenía doce, creo. Pero luego volvió a dejarnos y murió en Argentina.

—¿Tu mamá? ¿Cuántos años tenía Charlie?

—No recuerdo, tal vez diecisiete, o dieciocho. Yo tenía creo que veinticinco.

—Ah... Hace muchos años... —me río.

—No tantos, hon. ¿Quince?

—No sé. ¿Cuántos años tenés? Parecés de treinta.

—¿Sigo con el relato, o jugamos con mi edad?

—Flema británica, como dijo tu hermanito... ¿Cuántos años le llevás?

—Ocho, siete. No sé.

—No entiendo cómo no sabés la edad de la gente. —Never mind, Valeria!

358 · Paola Rimieri

—No te enojés. Si va a ser un monólogo...

— Sorry.

—Sorry not sorry.

—¿Eres fan de Charlie?

—¿No me digas que también celás a tu hermano?

—Está bien, perdón.

—Quiero saber qué pasó después.

—Lo que sucedió fue un mal entendido. Había una mujer. Me incorporo en la cama como con un

resorte en mi torso. —¿Le cagaste la mujer a tu hermano?

— ¡Valeria!

—¿Entonces qué pasó?

—Él era joven y creo que estaba enamorado de ella. —¿Se la cagaste!

—Basta de decir así.

—Pero quiero que me digas qué le hiciste.

—Puede ser que sea como vos decís. ¡Era joven!

—Los dos eran jóvenes. —Cierto. Los dos. Nickie hace un silencio.

—Sabés, podríamos tomar un café.

Me doy cuenta que va a darme con el gusto del café, para aliviar la tensa temática de la charla.

Me levanto de la cama, husmeo la cafetera y sus cápsulas, y preparo dos. También tomo chocolates de la canasta de cortesía.

— La cuestión es que ambos queríamos a la misma chica. Y la chica se quedó conmigo, eso es todo, hon.

—Contado así, no es tan grave.

Tentación y laberinto · 359

—Fue un malentendido.

—¿Valió la pena?

—No entiendo...

— Si la pelea de quince o más años, con tu hermano, valió la pena. ¿La chica valía tu pelea?

—Siempre el amor es un buen motivo. De todas maneras, creo que cualquier motivo nos hubiera servido para pelear.

—Ese es un dato importante.

— Estábamos heridos. Tal vez, no por lo que hicimos nosotros mismos.

—¿Y después qué pasó? ¿Dejaron de hablarse, se pegaron? No sé, esas cosas que hacen los

hombres. ¿Qué pasó?

— Bueno, pasaron muchas cosas. Charlie decidió volver a Argentina y poco después Rodolfo, su papá tuvo un accidente. Y al tiempo, cuando se vendieron las propiedades de Pilcaniyeu perdí su rastro.

—¿Quedó solo? ¿Y no lo buscaste?

—No más solo que yo.

—Pero, era un nene.

—Así se dieron la cosas, hon.

—¿Y cuándo lo buscaste?

—Comencé a buscarlo el año pasado. Y di con él. I mean¹⁸, supe dónde estaba hace unos meses.

—¿Recién? ¡Pobrecito!

—¿Nadie piensa lo que sentí yo? Yo también era un niño, solo, sin mamá. No todo es mi culpa...

—Es cierto. ¿Y tu otro hermano? ¿Cómo participa él en esto? —No sé. No participa.

18 | En este caso, significa “quiero decir”.

360 · Paola Rimieri

—¿Estás peleado con él también?

—No. No. Simplemente, no es que tengamos una relación como la tuya con tu hermano.

—Me veo poco con mi hermano. ¿Lo ves incluso menos? —No nos llamamos por teléfono, por ejemplo, como haces. —¿Por qué?

— No sé. No somos así —Nickie hace un gesto con las ma-nos—, “close” decimos.

—No son unidos, digamos.

—No somos unidos. Es así. No lo somos. Pasamos muchas cosas de niños. No tengo mucho registro de mi familia, sabes. Eso me duele.

—A veces pasar muchas cosas feas hace que se unan más. En el caso de ustedes no sucedió.

— No.

—¿Puedo preguntarte algo?

— Claro. Tienes mi corazón, hon. Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Por qué ahora? Tu hermano me dijo que si yo sabía por qué ahora lo buscabas. Y escuchándote, pasaron tantos años. ¿Por qué ahora?

Nickie hace silencio y piensa. Mira hacia el techo y creo que no quiere responderme. Su reacción me genera más dudas.

Tampoco sé por qué Charlie insinuó algo a cerca de Jack. Misterioso Jack es realmente un misterio. ¿Cuál es la doble intención de Charlie en este comentario?

—Debería ser sincero, hon. ¿No es cierto?

—Siempre pensé que éramos sinceros.

—No sé si debo continuar diciéndote estas cosas.

Tentación y laberinto · 361

— ¿Cómo?

—Hay cosas de mí que no me gustan. No sé si quiero decírtelas.

— Nickie me estás asustando. ¿Cómo que no te gustan? Todos tenemos cosas que no nos gustan. Cometemos errores, somos feos, tenemos malos pensamientos, no sé.

— No se trata de eso. Déjame intentar arreglar las cosas con Charlie, mañana. Prometo decirte todo lo que quieras después. Debo curar una cosa primero que la otra.

—Cada vez me da más miedo escucharte así. Si estás herido, yo quiero curarte.

La vulnerabilidad que muestra Nickie me obliga a darle un beso. Le doy muchos besos pequeños en su rostro precioso. Responde con sonrisas, como si le hiciese cosquillas. Luego, me abraza muy fuerte. Quedamos así, abrazados completamente, solo iluminados por la luz de la luna que entra por la ventana.

El cuerpo enorme de mi Nicholas se vuelve como el de un pequeño niño que necesita ser acunado.

Y así nos quedamos profundamente dormidos.

362 · Paola Rimieri

¿Amanece más temprano?

La tenue y reconfortante luz de la luna se convierte en un rayo de sol eneguedor que resplandece en toda la habitación y rebota desde el espejo, justo a mi rostro.

Una vez más, Nickie no está en la cama cuando me despierto. Me levanto y me doy una ducha.

El agua parece tener aire cuando me pega en la espalda. Es suave y me acaricia.

Siento el aroma del lago en el jacuzzi del baño y miro por la ventana estratégicamente colocada allí, las pequeñas olas que se hacen sobre la superficie del Aluminé, afuera.

El sol raya de diferentes tonos el lago.

Tengo hambre, pero Nickie aun no llega.

Pienso que, de todas maneras, iré a desayunar sola. Seguramente me verá cuando entre en el salón de desayuno de la posada.

Cada bocado, de esos dulces de la zona, me transportan.

Siento que estoy parada en frente mismo del Lanín y que la lava del volcán sube por mis venas.

Quisiera que mis hijas estuvieran aquí.

Disfrutaría mucho más del lugar en su compañía. Sería perfecto. La camarera se me acerca desde la barra de café y me saluda.

—Buen día, señora. Le dejo aquí el número de Ailén. Acaba de llamarnos para pedirme que se comunique con ella, cuando usted quiera.

Tentación y laberinto · 363

Agendo su número luego de agradecerle y en el mismo momento le mando un mensaje.

Yo:

Buen día! Gracias por pasarme el número. Anoche no se me Ocurrió intercambiar.

Ailén:

Mari mari amiga! Avisame y nos encontra - mos, y caminamos mi tierra.

Miro por la ventana.

Me apasiona esta tierra de Ailén.

A lo lejos, veo llegar corriendo hacia la posada a Nickie. Viene con Jack.

En la puerta de ingreso, hacen algunos movimientos de elongación sobre los escalones de piedra. ¿Cómo es que tiene tantos músculos en sus piernas? Tal vez tenga más de lo normal...

Me imagino que, duda en ingresar o no, transpirado. Pero no tiene muchas más opciones, tiene que entrar y pasar a la habitación. Y es lo que hace.

Adoro esa vergüenza que tiene, de su perfecta humanidad. Desde la puerta, me divisa y me saluda con su mano.

No me molesto en levantarme, porque sé que va a evitar que lo salude cercanamente.

364 · Paola Rimieri

Sigo disfrutando de mi desayuno y las montañas que en menos de un día, amo.

Cuando llega Nickie, comienzo mi segundo té.

—¡Buen día, bonito! ¡Deberías tomar este té! Es exquisito, creo que el mejor té que tomé en mi vida.

Nickie me besa.

— Morning, hon! ¡Qué entusiasmo! Tomaré el mismo té, entonces.

—Tiene pétalos de flor de maíz.

Nickie se ríe mientras le sirven el té, sumamente perfumado. —¿Cómo es la flor de maíz?

—No sé. ¿Sabés qué, el aroma del té es similar a tu perfume? —¿Huelo a flor de maíz?

La camarera evita reírse. Está nerviosa, lo sé.

—Siente un aroma cítrico, señor.

— Gracias, al menos alguien que no me dice que tengo olor a maíz.

Cuando la jovencita se retira, le digo a Nickie:

—Sos un serial, amigo.

—¿Amigo? ¿Qué es eso? ¿Qué dices “cereal”?

—¿Serial? ¡Asesino Serial! ¡Te estabas levantando a la chiquita! —No digas así, Valeria. ¡Esa expresión no me gusta!

—Y quiero que sepas algo: amo tu aroma. Y si es como el maíz, adoro el maíz, también. Me recuerda a mi primer novio...

—¿Primer novio? ¿Cuántos novios tuviste, Val?

—Tuve muchos novios... Pero el más importante es el que está conmigo ahora...

—¿Eso debe halagarme? ¡Y dices que soy yo serial! Lo evito, y digo:

Tentación y laberinto · 365

—Él me transcribió un fragmento de “El principito”, no era maíz, era trigo. Amo tus cabellos dorados como el maíz, en este caso.

—No comprendo mucho el sentido de esta conversación, hon. Pero amo cuando estás así de contenta. Me encanta.

—Amo este lugar, hablando de encantamientos. Y además, verte de nuevo con brillo en esos ojos azules como este té, me da vida.

—¿Azul o dorado?

—Ambos.

—El té te ha alucinado.

Seguimos desayunando. Realmente estoy feliz. Nickie está feliz. Y me sirvo un tercer té.

366 · Paola Rimieri

Cuando llegamos a la casa de Ailén y Charlie, no puedo creer estar ahí, y que allí haya una casa.

Es una casa de película. Construida en diferentes alturas entre la vegetación del lugar, mucha piedra, vidrios enormes, inmensas ramas de algún árbol añejo encarnadas en la edificación.

Nos reciben, antes que nadie, un par de perros.

—Me dan miedo, Nickie.

Jack se nos adelanta y golpea la puerta, luego se aleja. Los perros son amigables, por lo que veo. Pero estaré más cómoda cuando lle-gue alguno de sus dueños.

Ailén aparece con una sonrisa inmensa y nos invita a entrar. Nos acomodamos en sillones cerca de una ventana que da a la cordillera, a modo de respaldo, aquella fastuosidad de la naturaleza. Nickie se pone de pie cuando ve aparecer a su hermano.

Llega con una remera gastada y un jean que le queda, cuidado-samente, grande.

Es evidente que tienen los mismos genes. Con ese atuendo, sigue siendo sumamente atractivo.

Los brazos los tiene totalmente tatuados. Esa es una diferencia importante respecto de Nickie.

—Me gustan mucho tus tatuajes —digo mientras se nos acerca. Nickie me observa con extrañeza y él, se mira los brazos.

—Tuve una época de locura.

Tentación y laberinto · 367

—¡Están buenos! ¿Cómo estás, gracias por la invitación? ¡Tu casa es hermosa!

—Valeria está encantada con el lugar —dice Nickie, distendido. —Gracias, Valeria. El problema de este lugar es que ejerce una fuerza en vos, así que, no sé si va a ser muy fácil que te vayas.

—¿Cuánto hace que vivís acá?

—Y...Creo que hace nueve años que llegué. Fue mágico, como te digo, porque vine con un grupo con el que hacíamos rafting por unos días. No me fui nunca más.

—¿Hacías rafting? ¡Qué fuerte!

Ailen se nos une con un equipo de mate.

—Sí. Era guía de un grupo. Uno de mis tantos trabajos. Esa era una época de cabello largo y tatoos...

— Nickie me contó que volviste solo a Argentina, cuando eras muy chico.

Sé que Nickie se incomoda, pero tengo que sacar el tema. Siento que es para lo que estoy.

—Sí, era muy chico. No tengo problemas en contar lo que me pasó, lo que viví. Nickie en eso es más reservado. Se traga los problemas y eso le hace mal.

—No sé si hago bien en meterme, pero creo que a veces, cuando uno es chico, hace cosas que están mal. O, tal vez, reproduce problemas, peleas, dolores de los adultos —digo mientras tomo un mate. —Casarse con mi novia no tuvo nada que ver con el pasado, ni con nuestros padres. Pero eso, lo superé en poco tiempo. Más me dolió que me dejara solo.

—¿Te casaste con su novia? —pregunto anonadada y sabiendo, que quizás no ayudo a Nickie.

—Fue un error —responde Nickie, sonrojado.

—Fue un error porque solamente te casaste con ella para joder-me a mí.

—No, Charlie. No fue así.

—¿No?

—Yo la conocía desde antes, Charlie.

—Ella siempre me dijo que no era así.

—Sí, la conocía. Ella comenzó a enamorarte para molestarte a mí. Justamente así es como fue.

—Podrías haberte corrido, entonces. Yo era muy chico.

—¿Y ella, Nickie, cuántos años tenía? —pregunto tratando de bajar tanta información con el mate.

—No sé —responde Nickie.

—Veinte —responde Charlie al mismo tiempo.

—¿Y vos?

—No sé, Valeria. ¡Siempre esas preguntas de edades y de lugares! No recuerdo, perdón.

—No se acuerda de la edad de su primer mujer —expone victorioso Charlie, deseando generar mayor incomodidad en mí.

—Charlie, me parece que estás exagerando —trata de cerrar la conversación Ailén.

—No exagero, porque él lo hizo a propósito. Me anotició de una manera desagradable que estaba con ella. Y lo hizo porque siempre quiso llamar la atención.

Nickie está en silencio.

—Pero no solo eso. A ella también le fue mal. Al poco tiempo quedó sola. Y cuando más necesité de su ayuda, me obligó a vender las propiedades en Argentina para darle el dinero que, según él, le correspondía por parte de mi madre.

—Por todo, vengo a pedirte perdón. Quiero que sepas que me

Tentación y laberinto · 369

hago responsable de lo malo que te haya hecho. Es un dolor que llevo hace muchos años en mi

corazón. Pero, no me culpes de cosas que no me corresponden.

—¿No te corresponden? Yo sé que esta charla puede incomodar-te. Te hago quedar mal con tu nueva novia. Pero si viniste acá, a mi casa, vas a tener que bancarte lo que te toca.

—También tenemos otro hermano.

—Él no se escapó con mi novia.

—Pero... no me refiero a eso. Me culpas a mí de dejarte solo. ¿Y él? ¡Siempre soy yo el que hizo mal las cosas! Sobre Ann, lo siento. Siento que te haya golpeado el amor desde tan joven. Siento que ella haya sido muy dubitativa y no haya sabido con quién quedarse de los dos. Y que me eligiera porque, seguramente, yo podía darle alguna seguridad mayor, por mi edad, no sé... Pido perdón por eso... Por lo demás, no sé qué decirte. No recuerdo bien qué haya pasado. Y cuando digo que no recuerdo, no recuerdo.

— No sé Nicko, tomaste muchos años en pedirme perdón. El que me dejó de hablar fuiste vos.

—No te dejé de hablar. ¡No iba a volver a hablarte como si nada, después de que me había cargado a Ann!

—¡Lo estás reconociendo, entonces!

—¡Fue evidente, Charlie! ¡Era evidente que tenía sexo si estaba viviendo conmigo, por Dios! ¡No seas infantil, niño! ¿Qué debo dar-te, detalles? ¿Eso esperas?

—Me los diste, ¿te acordás?

Ambos se ponen de pie con la misma violencia que hicieron la noche anterior. Parece que es una costumbre de familia.

En breves segundos, Charlie le acierta una trompada en la cara que lo tira hacia atrás.

370 · Paola Rimieri

Nickie no reacciona. Se toma la cara y me acerco, urgente, a ver cómo está. Ailén frena a su chico Challenge, pero ambas somos rápidamente apartadas.

En pocos minutos se trezan como perros.

Jack entra a separarlos.

Todo sucede en pocos minutos.

Nickie es el único herido. Tiene un golpe cerca del ojo y el labio con un pequeñísimo corte.

Seguimos sentados en el mismo sillón. Ailén trajo hielo y Charlie, salió de la casa.

Ailén dice que suele salir a caminar con los perros cuando está con problemas. Y que vuelve en poco tiempo. Además, se disculpó por él varias veces.

—¿Te tenías que casar con la novia?

—Basta, Valeria.

—Me parece que te merecías la trompada. A lo mejor, con eso se le pasa.

Nickie no abre mucho la boca y repite mis últimas palabras, como suele hacer cuando no quiere hablar.

—A lo mejor...

Jack llega y mira el corte de Nickie. Le dice algo en inglés, pero siempre hablan tan bajito, que no llego a captarlo.

Nickie le hace un gesto como de silencio. A eso, Jack le responde con un rotundo no.

—Val, tengo que decirte algo.

Nickie está visiblemente incómodo. Hace dos días que conozco a otro Nickie. Quizás sea el verdadero Nicholas.

La verdad es que sigue gustándome.

Tentación y laberinto · 371

Me gusta mucho el Nickie que me cuida, mi “curita”; el que me escucha, el que me hace reír y me toma del hombro cuando tengo que caminar y me dirige.

Pero reconocerlo simple mortal, con una cortada en el labio, con dolores del pasado, solitario, me hace quererlo más.

— Es sobre Jack. Eso tengo que hablar. No sé si ahora o esta noche, solos.

—¿Me vas a contar la historia de su esposa y los terroristas? No puede reírse porque le duele la cara y le tira el labio. Necesito darle un beso.

—Nickie, quiero que me digas lo que quieras y cuando quieras. Ahora o después. Voy a estar para escucharte.

—Temo que haya cosas de mí que no te gusten. Lo que sucede es que... —lo interrumpo.

—Primero hablamos y luego te doy mi punto de vista. —Gracias por quererme.

—Sí, siempre te voy a querer.

—Siempre es mucho tiempo...

— Pero eso... Eso es algo que solamente yo puedo decir —le digo con un pequeño beso en su corte.

Nickie tira la cabeza para atrás y mira el cielo.

Luego vuelve a ponerse en posición y me mira unos minutos. Se sostiene el hielo en el golpe de la cara y se da vuelta hacia el camino que ingresa a la calle, cuando percibimos que los perros de su hermano entran corriendo hacia nosotros. Detrás, camina en la misma dirección, Charlie, con una rama en la mano. Tiene los ojos enrojecidos.

Nickie se pone de pie de nuevo. Hay algo en esta familia con pararse de repente cuando se ven.

372 · Paola Rimieri

Me da el hielo en la mano y luego, pone su mirada fija en Charlie.

Ambos están parados, uno frente a otro, separados por un metro, sin decirse nada.

Nickie se acerca un paso más.

—Sorry —es lo único que dice, con la voz entrecortada. Charlie se le abalanza y mi estómago se estremece.

Ambos hermanos quedan en un único abrazo. Un abrazo que tiene la fuerza de quince años.

Tengo ganas de llorar, pero me contengo. Me giro y miro las montañas imponentes.

Y trato de no mirarlos y dejarlos disfrutar en soledad de ese momento.

«En algún momento hay que matar a la bestia», pienso.

Tentación y laberinto · 373

374 · Paola Rimieri

La luna ilumina nuevamente toda la superficie del lago y veo el azul del agua en el rostro de Nickie.

—Quisiera cenar aquí afuera, hon. La noche está hermosa. —¿Cómo te sentís?

—Me duele, pero estoy bien. Estoy bien... Hay cosas que tengo que hacer, todavía.

—¿Con quién más tenés que agarrarte a trompadas? —Yo no le pegué.

—No, ya sé. Recibiste el golpe, en realidad.

—Fue una manera de equilibrar, ¿no? Pienso en todo lo que no cuidé a mi hermano pequeño. Me hiciste verlo.

— Al fin y al cabo, vos también eras un niño. Y estabas igual-mente solo, como dijiste. No te castigues.

—También perdí a mi madre —dice adolorido.

Lo veo triste y más deseo cuidarlo.

—No tener a tu madre es estar solo en el mundo.

—Es cierto.

—Yo creí que estaba acostumbrado a estar sin ella, ya sabes. Pero su final... Yo la amaba. Para mí, ella hacía todo bien. Era tan dulce y tan bonita. ¡Podía todo, Valeria, deberías haberla conocido...!

No digo nada, porque percibo que quiere seguir hablando.

— Creo que hasta yo me creí que estaba más preparado que él porque era mayor. Pero, en definitiva, cuando se muere tu madre es algo que te destruye, no importa la edad que tengas.

Tentación y laberinto · 375

— Estoy de acuerdo, sabés que yo perdí a mis padres también. Era grande, pero siempre los necesito. Más a mi mamá.

—Mi madre se suicidó —dice sin mirarme.

Me quedo sin palabras. El tono en el que me lo dice es profundo y me doy cuenta de que le cuesta decirlo. Pero como quiere hablar, dejo que se desahogue.

—Lo siento mucho, Nickie.

—Nunca entendí demasiado por qué tomó una decisión así. Tal vez, no pensó en ninguno de nosotros. Eres madre, Valeria, ¿podrías hacer algo que lastime profundamente a tus hijas?

— No. Seguramente que no —sé que no lo haría, pero dudo cómo decírselo—, a veces Nickie uno hace cosas sin darse cuenta de las consecuencias. Habría que ver qué le pasaba por la cabeza.

—Es algo que tengo claro. Y me duele. Porque tengo la certeza de que siempre herimos, todos herimos a alguien más. No podemos vivir sin dolor y sin herir.

— No creo que sea algo constante. No es una regla. Podemos vivir sin herir y sin dolor también.

— El dolor nos hace crecer, hon. No me refiero al dolor físico. No hay soluciones veloces para el dolor del alma.

— ¡No Nickie! No hables como depresivo, no es así. Y estoy segura de que ella debe haber estado muy enferma. Nunca hubiera querido lastimarte, ni a tus hermanos. Ni debe haberse dado cuenta.

— Y además, el suicidio te persigue. Después de eso, siempre estuve cerca de situaciones similares. En Storyland, tuve que hacer mi personaje Auguste. ¿Ya viste Storyland, no?

—Sí, sí la vi. El irlandés.

—Claro. Recuerdas que él termina suicidándose.

— No. Bueno, es que la vi pero no completa —Nickie se ríe a carcajadas, antes, se sostiene el labio.

376 · Paola Rimieri

—¡Perdón! Ya te dije muchas veces que soy algo inconstante.

— Never mind, hon. Lo importante, y que debo decirte desde hace un tiempo, es que terminado mi papel en Storyland estuve algo mal.

—¿Sí, mal?

—Claro. Actually19...A ver... Estoy en tratamiento, hon. —¿Tratamiento de qué?

—Tratamiento de psiquiatra. Lo dijiste hace unos segundos, hon —siento que me lleno de vergüenza por haberlo llamado depresivo.

—¿Por deprimirte?

—Sí. Estuve deprimido y ansioso; con insomnio...

— No muy diferente de lo que le sucede a la mayoría de los adultos en este mundo actual —trato de suavizar, además es lo que pienso.

—Es que, y seguramente por la genética de mi madre, o porque me puse eso en la cabeza, o por todo lo que hice mal en mi vida... Cuando terminé mi personaje en Storyland quise matarme, hon.

—¿Por haber terminado Storyland?

—No, no, no —Nickie se ríe y me acaricia la mejilla—. No por eso. Por todo. No sé por qué. Matarme, hon. Literalmente. Me sentí vacío y solo, sin amor verdadero, sabes.

Un rayo de hielo penetra mi cuerpo.

Me siento triste y preocupada. Y también, tengo miedo. Quisiera abrazarlo ahora mismo, pero no sé cómo actuar. —¿Esos deseos te vuelven?

—Tranquila, no pienso irme antes de tiempo —sonríe achinando sus ojos bellos—. No.

—No puedo creer lo que me estás diciendo, Nickie.

19 | Actually: Realmente, de hecho.

Tentación y laberinto · 377

—¿Estás enojada conmigo?

—Nickie, no. Para nada...No... Estoy sorprendida. ¿Pero ma-tarte, cómo?

Nickie no me responde, ni intenta hacerlo. Continúa hablando, como recitando.

— Jack es mi acompañante terapéutico. Él es un doctor, sabes. Además, Jack maneja muchas terapias alternativas, hacemos deporte, yoga, biodecodificación. Controla mi ansiedad. Y estoy ahora viendo a mi hermano como parte del tratamiento. Si quiero curar a mis hijos, primero debo sanar mis propios dolores familiares. A veces, por la ansiedad, siento pánico. Tuve ataques de pánico muchas veces.

Sigo sin creer lo que me dice.

Me parece que nada es verdad y que va a comenzar a reírse como aquella vez en las sierras, cuando me dijo lo de los terroristas y la familia de Jack.

Siempre me pareció tan enérgico, tan positivo.

—Esto es lo que soy, Val. Siento haber demorado en decírtelo. Y estás en libertad de tomar el próximo avión si quieres huir.

—¿Cómo vas a decirme eso?

— Es que no pude decírtelo antes, no podía decirte esto en un mensaje. No me parecía una buena carta de presentación. Te pido disculpas, nuevamente.

—Es una pavada. No pidas disculpas, no lo digas más. —Cuando nos conocimos, hon, estaba mal.

—Estábamos ambos en un momento particular, sí... —Yo estaba muy mal. Estaba perdido, digamos... —No lo parecías.

—Bueno, era fácil engañarte por chat.

—Es cierto, pero...

378 · Paola Rimieri

—Estaba algo obsesionado con mi madre, con Argentina. Y ahí, ahí apreciste, siempre tan interesante, tan atrevida con las cosas que me decías.

—¿Atrevida? —me da risa.

—Espero que me sigas queriendo...

—¿Es extraño? Sí. ¿Me da miedo? Sí. Pero eso no cambia nada. Tu corazón sigue siendo el mismo, ¿no?

Nickie me toma la mano con fuerza y sonrío, sin importarle su labio cortado.

—Te amo, hon.

Tentación y laberinto · 379

380 · Paola Rimieri

Una nueva mañana, me despierto, y Nickie no está en la cama. Ya lo sé, salió a correr.

La noche de anoche fue perfecta. Nickie abrió su corazón completamente.

Haberme confiado esos dolores tan profundos lo acercan cada vez más a mi corazón. Y a mí, me permiten verlo más humano cada día.

Tengo miedo de que pueda pasarle algo.

Me levanto y voy directo a desayunar el Blue earl grey tea de pétalos de maíz que adoré ayer.

Mientras espero a Nickie, le mando un mensaje a Ailén. Finalmente, quiero la visita guiada.

Nos ponemos de acuerdo para ir a una parte de la laguna que dice que es fantástica.

Veó a Nickie pasar derecho al cuarto.

A los veinte minutos llega, con su aroma Tom Ford. —Vamos a ir a un lago, con Ailén y con tu

hermano. —Ok, hon.

—¿Cómo estás?

—Estoy perfectamente. Muerto de hambre.

—Aprovechemos el viaje, ¿sí?

—Sí, claro.

Ailén nos lleva a Quechú Lafquen y presiento que me va a costar estar en un lugar más bello que este en mi vida.

Tentación y laberinto · 381

—¿Sabés qué siento?

—No —responde Nickie.

—Siento lo mismo que cuando nos quedamos abrazados frente al estuario de la Bahía, en Sausalito.

—¿Quieres un abrazo ahora, Val? —me pregunta Nickie, con su tono de galán.

Me toma con sus brazos fuertes y seguros entre su cuerpo y me quedo allí, mirando el paisaje de colores que se multiplica como un espejo infinito en el agua.

Todo es tan paradójico. De día es el hombre más seguro del mundo, anoche era un niño asustado, entre mis brazos.

Nos bañamos allí. Yo, prefiero tomar sol.

Las relaciones con Charlie son mejores, pero aún así, su hermano tiene cierta reticencia a relacionarse mejor con Nickie.

Ailén es amable y muy habladora. Me cuenta secretos de la tierra de sus ancestros. Por momentos, tengo deseos de tomar un anotador y ponerme a escribir todo lo que me dice, no sé si como periodista o por mi pasión que es la antropología.

Pasada la hora de temperaturas más cálidas, cambiamos de sitio. Llegamos a un lugar un tanto desolado donde Charlie deja la camioneta y nos invita a seguir caminando.

Nickie se llena de emoción cuando conoce las características de la subida: una especie de escalada.

—¿Voy a poder llegar? —pregunto.

—Vas a llegar, mujer. Confianza —afirma Ailén.

Comenzamos la caminata y a los minutos me siento cansada. Nickie se ve enérgico. Lo envidio. Y lo odio por tener siempre ganas de hacer esfuerzos corporales que evitaría.

382 · Paola Rimieri

Pasado un buen rato de caminata por el angostísimo sendero que estamos recorriendo, decido dejar de quejarme. No lo hice en voz alta. La queja es interna. Pero es queja, al fin.

No me quejo más, porque estoy pasando una tarde preciosa. El lugar es magnánimo. A cada paso que doy, me acerco más a un cielo ultra celeste y estimo que la subida tiene un motivo. Además, veo a Nickie totalmente divertido, lo veo feliz, a pesar de estar caminando detrás del hermano que ayer le rompió la boca.

Cuando pasan un poco más de veinte minutos, siento que los músculos detrás de las rodillas me queman, pero hago un esfuerzo más.

Una vez en la cima, los cuatro hacemos silencio.

Ailén y Charlie se dirigen a un lugar de unas pequeñas rocas lisas, más arriba, y se sientan.

Nickie y yo, no podemos dejar de otear los cuatro puntos cardinales desde allí arriba.

El esfuerzo, realmente, valió la pena.

Desde la Batea Mahuida vemos toda la villa rodeada de lagos. Es increíble la gama de colores que percibo. Estoy sin palabras.

En cada dirección hay algo precioso para ver. Ailén me dice dónde está la cordillera, la precordillera, los lagos, el volcán.

Rodeamos el cráter en el que, ahora, hay un espejo de agua y llegamos a la zona de rocas donde están Charlie y Ailén.

Nickie se para en dirección contraria a la mía y abre sus brazos, supongo que queriendo acaparar con todo su cuerpo lo que allí respira.

Voy por detrás de él y me quedo quieta, observándolo. —¡Wow, Valeria! ¡Qué sensación! ¡Cuánta adrenalina! —¡Es increíble!

Tentación y laberinto · 383

Miro hacia abajo y noto, la impresionante forma de corazón que tiene la playa. Desde allí arriba puedo verla. ¡Es increíble!

El sol nos pega de costado, y desde las piedras, vemos hacia abajo un sector repleto de esos árboles de la zona que parecen tener vida. Las araucarias araucanas nos vigilan desde allí y el sol comienza a esconderse de a poco. Hay luz, pero la tonalidad del cielo y de cada cosa, se ha vuelto ocre.

Tomo algunas fotos con mi celular pero intento registrar todo en mi memoria.

Creo, que este día, será uno de esos que jamás querré olvidar.

Nickie, que estuvo callado, me rodea con su brazo y me acerca hacia él. Soy prisionera de su cuerpo y apoyo la oreja en su pecho. Escucho su corazón latir muy fuerte, hasta que me separa de su lado y me mira. Hay, en su rostro golpeado, una expresión de felicidad que se manifiesta en una sonrisa tenue, pero unos ojos realmente vivos.

Noto que quiere decirme algo, pero se muerde los labios. — ¡Decime!

— ¿Qué?

—No sé, me doy cuenta que ibas a decirme algo y te quedaste callado.

—No quiero arruinar este momento, Val.

— ¡Decime!

—Quiero que estemos juntos para siempre. Aunque siempre sea mucho tiempo.

El abrazo es profundo. No sé qué cantidad de tiempo sea siempre, pero quiero quedarme para siempre así.

—Sé que te vas a burlar de mí, Nickie. Pero tengo miedo. Tengo miedo de que este momento de eternidad no sea lo que yo pueda ofrecerte.

384 · Paola Rimieri

—¿Valeria? ¿Por qué me dices eso?

—Porque es la verdad. No puedo prometerte muchas cosas. Es hermoso estar juntos. Antes, pensaba que nuestra atracción, o la mía hacia vos era superficial, era física. Ahora, sé que estoy enamorada, que quisiera detener todo el tiempo y quedarme en este lugar, mirando el horizonte entre tus brazos. Pero sé que no va a ser así.

—¿Por qué no puede ser así?

— No lo sé, lo siento en mi corazón. Y me da miedo. Y como Ailén me dijo que bajo las araucarias no se puede mentir, con todo mi corazón te digo que te amo.

Nickie mecierra la boca con unbeso, pero quiero seguir hablando. —Te amo, Nickie. Pero no digamos para siempre.

— ¿No?

—Me da vértigo.

Los días que pasamos antes de volver a Córdoba fueron especiales. Jamás pensé que iba a amar, de la manera que amo ahora, el sur

argentino.

Nickie y su hermano se vieron varias veces. Algunas de ellas, so-los. Su cordialidad inglesa me atormenta. Pero pareciera que las co-sas entre ellos irán mejorando.

No voy a olvidarme de unas palabras que me dijo Charlie antes de despedirse de mí:

«— Que no te manipule. Parecés buena persona».

Al otro día, no nos vimos más.

Ailén y yo nos vimos un par de veces también. ¡Qué mujer interesante! Su historia de vida es magnífica, la fuerza que posee, heredada de sus antepasados nativos la hace un ser magnético. Hablar con ella de la naturaleza y su efecto en nosotros, me hizo pensar muchísimo en la tribalidad que los seres humanos hemos perdido al civilizarnos.

Tentación y laberinto · 385

No voy a olvidarme de su despedida: me pintó la cara con barro de la tierra patagónica y me dijo:

—¡Marí marí²⁰, hermana! ¡Llevate con vos la fuerza de esta tierra que te hará una luchadora, como fueron mi madre y mi abuela, y su madre y su abuela!

Comimos una especie de pasta del piñón de la araucana y toma-mos un exquisito té, que me llenó de fuerza para ser esa mujer que tenía perdida en mi interior.

La última mañana, Nickie me hizo hacer un paseo en bicicleta. Debo reconocer que la experiencia fue bellísima. Pero mi falta

de estado, me hizo sentir casi peor de lo que me sentí después de la bicicleteada en San Francisco.

Recorrimos toda la península de Villa Pehuenia. Tres horas de un ejercicio extremo para mí, pero en compañía de mi hombre y en ese lugar, resultó maravilloso.

En una de las paradas, en uno de los senderos marcados por el mapa del tour en los que

bajábamos hacia el lago, encontramos que el acceso estaba alambrado. Nickie me insistió que lo pasáramos, a pesar de todo. Así que es lo que hicimos.

Finalmente, logré pasar entremedio de los alambres, y descubrí que tenía una lana que estaba enroscada en mi pierna. Cuando co-mencé a caminar, me di cuenta que esa misma lana estaba atorada en el velcro de la zapatilla de Nickie. En ese mismo momento, recordé el paper que debía escribir para la cátedra de Cristina.

Y recordé, también, que no estuve haciendo nada.

—¡Nickie! ¡Espera! Estamos enredados con el hilo de Ariadna.

— Ah... no, no estamos enredados —me observa sonriendo—. ¿Quién es Ariadna, hon?

20 | Esta expresión se usa como saludo. Es una interjección mapudungum o mapuche que significa la forma de tomarse las manos, en que intervienen los diez dedos de cada uno de los que las estrechan; o que podría ser una forma reducida de “diez veces diez te saludo”.

386 · Paola Rimieri

Me río y respondo:

—Bueno, enredados no. Pero saquemos el hilo antes de que me ahorque el tobillo.

—Quise decirte, no es que estemos enredados. Estamos unidos. Sabes que hay una leyenda oriental que dice que cada uno de nosotros nace unido a su otra mitad. Pero esa unión es como un imán, que a pesar de la distancia y el tiempo, se vuelve a unir. Magnetismo, hon.

Después de que logré quitarme la lana, pensé en que Nickie siempre tiene palabras justas para decir.

Son muy acertados los hermanos de mamá Challenge.

También Charlie tenía razón, tal vez irme de ese magnífico lugar es una cosa de la que voy a arrepentirme de por vida.

Siento que, allí podría irme a vivir.

Pero son esas cosas que se piensan cuando se está de vacaciones. ¿A qué me dedicaría? ¿Qué haría con mis hijas lejos de su padre? Son decisiones que jamás podría tomar.

Y también, me quedé pensando en la idea de la manipulación... Mirando por la ventanilla del avión nos despedimos de Neuquén

y ya siento el nudo en el estómago por la partida.

Nickie nuevamente está estresado. Me aprieta la mano y cierra fuerte los ojos en el despegue.

Quiero ponerlo de mejor humor, a pesar de que prefiera que no le hable cuando estamos en estos trajines.

— Cada vez que despegue o aterriza el avión, siento la misma sensación en el estómago, como cuando hacemos el amor —le digo al oído.

Nickie abre los ojos y me mira de repente, con un tono procaz en su mirada.

Tentación y laberinto · 387

Creo que lo relajé un poco. No me habla, pero percibo una sonrisa en sus labios.

Estoy segura de que cuando llegue, voy a tener que dar otro tipo de argumentos a esta afirmación que acabo de hacerle.

El viaje resulta corto y pronto estamos nuevamente en mi ciudad.

Cuando subimos al auto en el que nos transportará Jack, Nickie me hace un primer comentario.

—Debo decirte gracias, en primer lugar, hon. Fue un viaje muy importante para mí. Y todo este tiempo ha sido perfecto.

— Es una pena que se nos haya acabado la luna de miel, realmente.

—Mmm, no tiene por qué...

—¿Sabés qué pensaba? Podría irme a vivir al sur. Podría irme a Villa Pehuenia y quedarme allí, a esperar los atardeceres sobre el lago mientras vos llegás, caminando con los perros desde la montaña. O corriendo, como te gusta hacer obsesivamente.

—Tuviste que ponerle humor al final romántico. ¿Perros? Me parece que te gustó la imagen de Charlie caminando con sus perros...

—¿Siempre van a seguir compitiendo con tu hermano por quién es el más lindo? No lo hagas, el lindo sos vos.

—¡Eres graciosa, Val! Sabes... Sí, ya sabes. Ya me conoces y sabes que soy un hombre común, un simple hombre normal.

—No es verdad, Nickie. No lo sos. No sos un hombre normal. Corrés todos los días porque tenés que tener siempre ese cuerpo; te cuidas el rostro más que yo; tenés muchos, muchos seguidores en Instagram...

—99k21, hon...—dice orgulloso.

— Bueno, ves... No sos un simple mortal. Sos un ser brillante de Brave, sos Rurik, sos Auguste, sos el que luchaba contra los

21 | 99k de seguidores en las redes es 99000 personas.

388 · Paola Rimieri

vampiros, sos el de la Vespa huyendo en la Provenza, sos el que se fue al espacio a romper un asteroide...

—Soy Nicholas. Just this is me22 .

—No. No sos solo Nicholas. Pero te amo igual.

Llegamos a mi casa y le pido a Nickie que vaya al hotel así me permite acomodarme y recibir a las niñas por la tarde.

Adoro su labio de niño herido cuando me saluda. Ahora, con su lastimadura casi curada, pero con la marca sobre su piel.

Abro la puerta y, a pesar de la tristeza de haber dejado atrás el destino donde estuvimos, siento el sosiego de estar en mi casa nuevamente.

Pongo algo de ropa a lavar y me siento un rato, sin estar cansada, a revisar los mensajes que hace tanto no reviso.

Tengo cosas sin leer de todos.

Me siento culpable solamente por Laura, pero le mandé algunas fotos del paraíso en el sur.

Los más nuevos son de Martín, avisándome el horario en que llegarán.

Y de Nickie.

NC:

Estoy solo hun.

Estaba acostumbrado a

tener compañía.

YO:

¿Estás bien? ¿Y Jack?

22 | Just this is me: solo eso soy.

Tentación y laberinto · 389

Ahahaha

No te asustes...

No me pasa nada. Solo quería estar con vos. No me gustan los minutos sin Valeria.

Bueno, pero está bien un poco de distancia.

No. Period.

¿Period, qué?

Ahahahah Period= punto. *23No, punto.

¡Caprichoso!

NO!! PERIOD.

Hablamos por Whatsapp un rato más.

Y me quedo pensando una vez más, en lo mismo. ¿Podría irme a vivir a otro lado con mis hijas?
¿Cómo sería el cambio, para ellas, para mí?

23 | * el asterisco se usa en los chats, generalmente, para indicar una corrección de algo que se expresó con error anteriormente. En este caso, acentúa la expresión en castellano que se expresa en inglés, un poco más arriba.

390 · Paola Rimieri

Realmente sería genial. Sería genial dejar mi trabajo, irme a conocer, pasear por el mundo... Sería genial todo lo que quise hacer hace diez o quince años, pero no hice.

Es un sueño que me da vueltas en la cabeza hace tiempo.

Cierro los ojos y me veo parada junto a las araucanas araucarias en Batea Mahuida.

Tomo el celular y hago una llamada.

—¿Vale? —me preguntan del otro lado.

— ¿Axel?

Mis hijas llegan a casa llenas de energía y en pocos minutos, el silencio que la habitaba, desaparece.

Martín me saluda hosco. Cuando ellas entran a llevar sus cosas a la habitación, él me llama a hablar afuera.

—Estamos en el agua y Paloma se tira de cabeza. Me dice: “me enseñó Nickie”. Creo que habíamos hablado del tema.

—Me llamaste para decirme que mi hermano sacara la foto.

— Hablamos que había que ser cautelosos. No estoy cómodo con la relación de mis hijas con ese tipo.

—A ver, Martín... ¿Tu problema son las chicas o el problema es que no te aguantás la situación vos?

—Yo pienso en ellas, Valeria. ¿Cómo me vas a decir eso? ¿Y en ese tono?

—¿Y legalmente cómo es? ¿Averiguaste? ¿Vos me podés prohibir legalmente que ellas lo vean y se relacionen con él?

—No sé si no puedo... —dice con ironía.

— ¡Yo sí sé que no podés! ¿Me tomás por ignorante? Ellas son tus hijas también, y yo te respeto. Respeto cuando les digas algo y lo que hagas con ellas. Lo que yo haga con mi novio, no es algo que vaya en contra tuya.

Tentación y laberinto · 391

—¿Es tu novio?

— Es mi novio, Martín. Y yo no voy a elegir estar con él o es-tar con las nenas. Equilibradamente, voy a estar con él y con ellas. ¡Escuchaste bien: “y”!

Martín no me dice nada más.

Sube a la camioneta y se va.

Cuando entro a casa, escucho música, tele y ruido de jueguitos de tablet al mismo tiempo.

Paloma me mira y me pregunta:

—¿Y Nickie?

Pasamos un día divertido, los cuatro jugando en casa. Gracias a Nickie, comimos comida casera.

Termino de acomodar un poco la cocina y las nenas se van a dormir.

Nickie me llama desde el sillón del living y me desplomo a su lado.

Haber vuelto a la rutina doméstica y laboral no es algo que pase desapercibido.

—¿Estás cansada, hon?

—A esta hora, estoy cansada, sí. Y pienso que mañana me tengo que levantar temprano y me da pánico.

— ¿Pánico?

—Sí, miedo.

—Entiendo lo que significa. Solo digo que por qué te da pánico.

—Porque ya sé que voy a dormir poco. Tengo miedo de dormir-me. Mañana haremos la primera entrevista producida por Laura.

—En una época no dormías y no te molestaba.

—Pero ahora estoy curada, amor.

392 · Paola Rimieri

Nickie me da un beso y con la mano que tiene cruzada detrás de su cabeza, me acaricia el cabello. Comienzo a sentir un cosquilleo en mi cuerpo que me pone nerviosa.

— Están las nenas, allá. Habíamos quedado que en esta casa éramos novios célibes.

—Puedo quedarme a dormir.

— ¿No me escuchás? Las nenas... La casa... —espero que con mis gestos comprenda mejor.

—Dije a dormir, Val. La que no entiende las cosas sos vos, hon. Me río, pero no sé qué responderle.

— Igualmente, Val. ¿Cómo vamos a hacer esto? En algún momento tenemos que tener la libertad de estar juntos, a pesar de que estén ellas.

—Bueno, por ahora podemos organizarnos.

— Piensa cuando queramos tener bebés, hon. Vas a tener que explicar tantas cosas...

Me da risa su comentario. Me levanto del sillón y preparo té para ambos.

—No es el blue early... pero es rico igual.

—Tomas mal el té, hon. Ya no es hora para tomarlo. O debería-mos haberlo tomado durante la cena.

—Lo que pasa es que antes me tomaba un cafecito mientras miraba televisión. ¿Sabés? En ese sillón te conocí —Nickie me observa extrañado—. Escapabas en una moto por las calles francesas.

—Eres bella, Val. Podríamos mejorar tus tés... Vamos a ver — mientras dice eso se me acerca y comienza a meter mano en mi cocina. Busca una tetera, luego corta una gruesa rodaja de limón y la pone dentro de la tetera.

—¿Tienes té verde?

—Sí. Tengo varios. Ahí hay latitas...

Tentación y laberinto · 393

Revuelve un poco y pone una cucharada de té verde y una que contiene flores de algo, con cuadritos de otra cosa...

—Que buen amo de casa —bromeo.

Nickie me abraza desde atrás y, lentamente, me deja, para servir los tés que preparó.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y Nickie comienza a hablar.

—Quiero quedarme y quiero compartir lo más que pueda con ustedes. Tengo que irme en cinco días.

—¿Cinco días? ¿Y cuándo me lo ibas a decir?

—Cinco días antes.

—Menos mal...

— Y además, quiero que hablemos de los días que vendrán después.

—¿Qué va a pasar después?

—Quiero saber cómo seguimos, Valeria. Yo me voy... ¿cuándo nos vemos nuevamente?

—No lo sé. ¿Específicamente a dónde te vas?

—Voy a Los Ángeles. Luego desde allí me voy al set de Brave. No sé bien dónde, pero es en el norte de Europa.

—No sé, Nickie.

Me siento dubitativa respecto de lo que me pregunta. No depende de mí, qué sé yo cuándo va a volver si el que está ocupado es él.

—¿Es tu única respuesta, hon?

—Es que no sé. No sabía que te ibas ya. Ni había pensado demasiado en eso, soy totalmente honesta.

Me levanto de la mesa y llevo las tazas a la piletta de la cocina. Estiro un poco mi espalda y me acerco a Nickie. Apoyo mi cabe-

za en su hombro. Cierro unos segundos los ojos.

—¿Tienes sueño, verdad?

394 · *Paola Rimieri*

—Me siento pésimo por tener sueño justo ahora, pero no puedo contenerlo. Quedate a dormir.

—¿En serio quieres?

—Quiero que te quedes y me cuides el sueño.

Nos acostamos en mi cama, aun cuando me genera un poco de nervios estar compartiendo con él, esa misma habitación que usaba con Martín.

Me abraza y me duermo, casi instantáneamente.

Pasaron dos días con Nickie, prácticamente todo el tiempo en casa y Jack en la vereda. Quedan tres, antes de que se vaya.

Llegar del trabajo y encontrarlo ahí con, generalmente, todo re-suelto para la cena es maravilloso.

Pero es extraño.

Y me abruma.

Detesto mi manera de ser.

Me duele la cabeza de soportar a Hacha en el trabajo, que ahora discute constantemente con Laura, y de ver a Axel deambular con su cara de aburrido, pero que quiere hacerse el simpático.

Me odio a mí misma, porque me siento asfixiada.

Mi casa no es un buen lugar para vivir nuestro romance. —Quiero que salgamos a cenar, hon.

— ¿Ahora?

—Bueno, más tarde. Ahora es de día. Se cena de noche. —Sí. Bueno.

—¿Te pasa algo?

—Sí, me duele la cabeza. Me duele nivel estratósfera. —¿Qué es eso?

—Es que me duele muchísimo.

Tentación y laberinto · 395

—¿Quieres que te haga masajes?

—No. Gracias. Me voy a bañar y espero que el agua me lave el malestar.

Minutos previos de que entre al baño, Martín llega a buscar a las nenas.

Ambas, se despiden de Nickie porque se van con su padre y cuando regresen, saben que ya no van a verlo.

Abro la puerta, y Martín estira la cabeza queriendo ver hacia adentro.

Salgo y cierro velozmente.

—Avisame, lo que vayan haciendo.

—Como siempre.

Los saludo y vuelvo adentro.

Nickie tiene una languidez en el rostro que nada tiene que ver con tener o no hambre.

Tal vez, puede ser la despedida.

—Tengo un regalo para ellas, para cuando regresen. —Ay, siempre tan dulce, Nickie.

—Creo que también te va a gustar. Es un perrito.

—¿Un perrito? Nickie, estás loco.

—¡Les va a encantar! —No. Un perro ¡No! — ¿No?

—No quiero un perro. No estoy en todo el día en casa, ya con mis hijas es suficiente para mí. No puedo hacerme cargo de otro ser vivo. Además, ellas tienen a Jefe en la casa de su papá. ¿Por qué tomás ese tipo de decisiones sin preguntarme antes?

—Por eso, ellas me decían que lo extrañan.

396 · Paola Rimieri

—Está bien extrañar a los que queremos... Me dijiste que uno puede acostumbrarse a lo inmanejable...

Cierro la charla y entro en el baño.

Dejo que el agua corra desde mi cabeza por todo mi cuerpo. Lo amo.

Pero realmente, me siento asfixiada.

Salimos rápidamente a cenar y no se me ocurre mencionar la idea loca del perro.

Nickie elige, entonces comemos sushi.

Creo que de las mejores cosas que me pasaron últimamente, además de haberlo conocido a Nickie, es haber probado y amado el sushi.

También haber vuelto al pasado de ambos, para curar heridas.

Hago memoria y hay una importante lista de otras cosas magníficas más.

¿Por qué soy tan mala haciendo balances?

La cena es realmente exquisita y la compañía, como siempre es genial.

—Respecto de Jack, quiero preguntarte —le digo a Nickie en-tre trago y trago de vino rosado helado y exquisito—, ¿cómo es su trabajo?

—¿Nuevamente Jack? No tenemos cosas más interesantes de que hablar —Nickie se ríe—, Jack es un gran hombre. Es muy importante para mí. Es mi acompañante de terapia como te dije, pero también trabaja conmigo y es mi asistente. Me ayuda en todo. Ya hemos hablado de él, hon.

—¿Y Sophie?

—¿Y por qué hablamos de Sophie ahora?

—Es porque estás por irte y ella te llama seguido.

Tentación y laberinto · 397

—Es mi agente. Ya sabes. Siempre me llama.

—Está en Los Angeles —afirmo.

—Claro. Llego y ella me espera. Luego vamos al set en Europa.

—Solo por preguntarte, no me respondas si no querés, cuando estabas con alguien, para tu cumpleaños...

—No quiero responderte, hon.

—¿No? ¿No era que la honestidad era parte de tu tratamiento? —Eso que te dije, no es parte del tratamiento.

—¿Y por qué no me querés decir, entonces?

— ¿Estás queriendo pelearme conmigo? No entiendo. ¿Es por el perro?

—No. Para nada.

— No quiero decirte porque fue una cuestión personal, y no tiene nada que ver.

—Entonces estabas con Sophie. O con alguna de las actrices de Brave.

Nickie no dice nada y se pone un niguiri de puplo en la boca haciendo fuerza para cerrarla. Casi provocándome. El que se quiere pelear conmigo es él.

—Nickie, ¿por qué el secreto?

—No es un dato importante, hon. A la misma hora seguramente estabas durmiendo con Martín.

—No. En primer lugar, no. No, porque ya estaba separada. Así que no. Ya te dije.

—No. Me queda claro que es no.

— Además, y en segundo lugar, en todo caso sabías con quién hubiera estado.

—¿Y en tercer lugar?

—Y en tercer lugar quiero saberlo.

398 · Paola Rimieri

—¿Para qué? —pregunta al borde la carcajada.

—Saber. ¿Para eso es que hacés esto?

—Do what?

—No decirme. Para que tenga celos de todas.

—No, no. No soy así.

—Sí, sí. Si sos así. Al final, tiene razón tu hermano. Nickie abre muy grandes los ojos.

— ¿Sí? ¿Con qué, hon? ¡Vas a decirme que se hicieron amigos con Charlie! —sonríe forzosamente y con un dejo de celos.

—¿Con qué? Que sos un manipulador.

—¡Oh! —Nickie se calla y cierra sus labios con fuerza. —¡No quise decir eso!

— No quiero manipularte. De todos modos, vos, repitiendo lo que dice él... ¿Quién manipula a quién?

— ¡Nickie!

Nickiebaja los palitos y se tira hacia atrás ensusilla, contemplativo.

— No quiero que pasemos el poco tiempo que nos queda juntos, enojados —digo emulándolo, como cuando estuvimos en San Francisco.

—¡No estoy enojado! Solo me desiluciona.

—Escuchar eso, es peor.

—Lo siento, hon. No quiero mentirte.

La sensación de desolación en mi pecho es similar a la que sentí la última tarde juntos en Fisherman's Wharf.

El silencio profundo dura unos minutos.

Nickie se tapa la boca con la mano y luego, toma otra pieza de sushi y se la lleva a la boca.

Luego me mira y me dice:

—La única forma de que no estés celosa, es que vengas conmigo.

Tentación y laberinto · 399

La última noche, antes de que Nickie se vaya, comienzo a sentir un ahogo que me aprisiona el pecho. Estoy cayendo en la cuenta de que en horas, va a estar en un avión hacia otro país, muy lejos de donde me encuentro.

Desde que supe que estaba enamorada de este hombre, y no únicamente obnubilada, es la primera vez que tengo miedo de que su-ceda algo con nuestra relación.

Tengo miedo de que se vaya y no vuelva a verlo más.

Me miro la cara en el espejo del baño de su suite de hotel y luzco preocupada.

Salgo de ahí y Nickie está en la cama. Admiro, desde lejos su calma.

Tiene el celular en la mano y además, escucha música. Algo de Coldplay.

Estamos nostálgicos, lo sé.

Pero esta vez, no lo noto nervioso.

—Nickie, ¿cuándo pensás que vas a poder volver?

—¿Volver? No sé, Val.

—¿No sabés?

— No. Lamentablemente, no lo sé. Iremos hablándonos y po-drán venir ustedes cuando quieran.

—No creas que es tan fácil.

—A menos que me llames y me avises que voy a ser padre. Ahí me tendrás aquí. Quiero poder dormir abrazado a tu panza cada noche que esperes un niño mío.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Vendría urgente. Dejaría hasta Brave.

—Me refiero a que no podés creer que voy a quedar embarazada, Nickie. ¿Solo vendrías a dormir conmigo cada noche si tuviera un

400 · Paola Rimieri

hijo tuyo en mi vientre? Lo que menos quisiera en este momento es tener un hijo.

—Pero yo quiero tener un hijo.

—Bueno, tenelo. Tenelo con Sophie o con quien sea que tenés sexo cuando estás filmando tus cosas.

— No quiero tener un hijo con nadie más, Val. ¿Por qué dices algo así?

—Y yo no quiero tener más hijos. Mirá, aceptaría que me traigas el perro si se te pasa la idea del hijo.

—¡Valeria! —expresa con enojo.

Y no puedo bajar la energía de charla:

—¡Nickie, estás loco! ¿Un bebé? A mi edad, con hijas grandes... ¡Y de otro padre! No. No me interesa. ¿Y qué haríamos? ¿Nos iría-mos con el chico a verte donde estés filmando? ¿Y cuando el bebé lllore incansablemente, me lo darías para ir a correr, o te tomarías más miligramos de Prozac?

Termino de decir las barbaridades que me llegaron a la boca y siento que estuve pésimo.

Nickie está en silencio y con una mueca, evita mirarme. —¡Perdón! ¡No quise decir eso! ¡Perdón!

— Es triste Valeria, pero nunca has tomado esto en serio. No soy alguien más que un depresivo para vos. Nunca te interesó que tuviéramos un proyecto, juntos. Es triste. ¿No es esta una frase de un depresivo?

Se pone de pie y sale de la habitación.

Siempre hago mal las cosas.

Siempre.

¿Pero un bebé? ¿Acaso está loco?

¿A dónde se fue ahora?

Tomo el celular y lo llamo

Tentación y laberinto · 401

Suena en la habitación.

Salgo al pasillo y miro para cada lado, pero no está. Debería llamar a Jack. ¿O espero?

Varias horas después, se abre la puerta de la suite.

Me abalanzo sobre su cuerpo y lo beso cuando entra.

—Perdón, Nickie. Salí a buscarte, pero Jack me dijo que te de-jara solo.

—Está bien, Val.

—No puede ser que te enojas de esa forma. ¿Podés entenderme a mí?

—Sí. Claro.

—¿Seguís enojado?

— No estoy enojado, Valeria. Es la verdad. Yo soy apresurado, ansioso. Estuve mal.

—Yo estuve mal. Te dije cosas que no correspondían. —Es cierto.

—¿Pero me perdonás?

—Claro. Sí.

— Son cosas que hay que verlas, hay que hablar. Hace tan poco que estamos juntos. Estoy feliz y te amo. Un hijo es un super proyecto.

— Sí.

Me enrosco en su cuello y lo beso, y comienza a reírse. Sabe que quiero disculparme de alguna manera de la que no pueda resistirse.

—¿Esto es un pedido de perdón? Me gusta, Val.

—¿Vas a perdonarme? Entonces sigo.

Llegamos al aeropuerto en medio de un tumulto de fanáticos que no había visto hasta ahora, rodeando a Nickie.

402 · Paola Rimieri

Me cuesta caminar a su lado, a pesar de que Jack abre paso. Enseguida, nos dejan pasar a la sala Vip. Antes me dan un pase para poder entrar sin boarding pass.

Nickie se sacó muchas fotos y está de buen humor. Yo estoy temerosa.

Recuerdo que la última vez que estuvimos en un aeropuerto, des-pidiéndonos, me sentía culpable.

Ahora, me siento triste.

— Bueno, Val. Tengo que irme. Espero que pronto, estemos juntos.

—Estoy triste. Muy triste.

—Yo también, hon. Pero realmente tengo que irme. Sé que este tiempo nos va a hacer bien. Siempre hablamos de algo que no me olvido: “Está bien extrañar a la gente que queremos”.

Apoyo mi frente en su hombro, y contengo las lágrimas. Siento que me desespero.

—No quiero extrañarte, Nickie.

—Tenemos el teléfono, hon. Vamos a estar juntos pronto. Nickie me besa y sale caminando delante de mí.

Jack me saluda correctamente y le pido que lo cuide. Creo que es la primera vez que lo veo sonreír.

¡Qué diferente es despedirse siendo una la que se sube al avión! Nickie me da un beso en la punta de la nariz con una dulzura que me lastima. Y luego de eso, me toma por los hombros y me dice:

—Hay algo importante: todo lo que pensé sobre vos, Val, cuan-

do leí aquel primer tweet tuyo y quería imaginar tu rostro y tu voz... —hace un breve silencio y toma aire— Todo lo que pensé, ahora sé que no fue una ilusión mía. ¿Sabes? Estaba en lo cierto, sé que siempre querré a una mujer como sos vos.

Tentación y laberinto · 403

Me tomo la cara para no llorar y busco en mi cartera los anteojos de sol.

Lo observo irse, lo distingo a lo lejos por su altura.

No se da vuelta ni una sola vez.

Cuando estoy en mi auto recibo un mensaje de Nickie:

NC:

Fue lo mejor en mi vida,

Val.

No es una frase, nada

más.

Quisiera saber expresarlo

mejor en español. Sabes que hago lo que puedo.

Hay veces que nos toca ganar y otras, irnos, con el corazón herido. Empezó casi por un jue - go, después me gustaste mucho, toda vos.

Y ahora sé que vos fuiste lo mejor de la vida para mí.

Me quedo tranquilo de saber que hice todo usando el corazón. Te amo.

Hasta pronto. Take care,

hon! 24

Quiero llorar hasta que se acabe este día.

24 | Take care: cuidate.

404 · Paola Rimieri

Alguna vez pensé que jamás pienso con el corazón.

Y ahora mismo, resuena en mi corazón una terrible seguridad: lo estoy despidiendo para siempre.

Tentación y laberinto · 405

406 · Paola Rimieri

Los meses que pasaron desde que se fue Nickie fueron cual una vida aletargada.

Los primeros días, nos llenamos de mensajes y de videochats. Parecía una especie de adicción, como en los inicios de nuestro intercambio en redes, cuando no podía dejar de responder el celular y mirar las notificaciones. Tomaba café incansablemente para no dormirme en sus horarios amanecidos antes de las grabaciones. Y disfrutaba las fotos de los amaneceres en esos mares tan distantes. Después, llegó la costumbre a la lejanía.

Estar sola con las nenas, en época escolar, me demanda mucha atención para no convertirme en la mamá tonta que tanto temo. Algunas épocas, también él está más desaparecido, suele decirme que es porque filma durante muchas horas seguidas y termina suma-mente cansado.

Tuvimos varias discusiones por teléfono. Las primeras me angus-tiaron mucho. Las últimas, me dieron lo mismo.

Hay cosas peores.

Una discusión recurrente fue la del perro. Terminé arruinando todo cuando le dije que había traído al animal a casa, para competir con Martín. Y gracias a esa reflexión mía, estuvimos varios, largos y aciagos días, sin comunicarnos.

Algunas veces discutimos porque siguió insistiendo con el tema de la paternidad.

Tentación y laberinto · 407

Dejé de hacerlo, cuando un día, encontré en la casa de las sierras una campera deportiva en el ropero de la habitación que se había olvidado.

La traje a casa y cuando iba a ponerla a lavar, aproveché para inhalar el aroma a Nickie que estaba empezando a olvidar.

Del bolsillo, saqué una especie de tarjeta, con un número de teléfono escrito en lapicera con muchos ceros de otro país.

Dudé muchísimo qué hacer. Incluso, lo agendé en mi teléfono y whatsapeé. Pero el dueño del teléfono jamás aceptó mi mensaje, con lo que me quedé con la duda de ver su perfil y saber quién era.

Hasta que esa tarde, le pregunté a él.

No solo se hizo el que no comprendió mi pregunta, si no que además tuvo que terminar la llamada porque Sophie reclamaba su presencia.

¿Fue un descuido suyo dejar ahí el número, o realmente no significaba nada?

Lo positivo de esa discusión que, prácticamente creé, fue que terminó con el tema de los bebés en el repertorio Nickie.

Y yo, me sentí una ridícula haciendo tantos reclamos.

Algo, en el fondo de mí, sabe que no tengo ningún tipo de derecho sobre él.

Una tarde de domingo, estaba sola y lo llamé. Para mi desgracia, Sophie respondió el teléfono. Enseguida le pasó el celular a él, aun así, la detesté con todas mis fuerzas.

Pensar en él y en Sophie juntos, me retuerce el estómago. Pero también, a pesar de los días en que estuvimos disgustados, supe que siempre hay cosas peores.

Una situación fea en extremo, fue recibir un mensaje de texto de un número que poco después me bloqueó:

Simplemente fuiste una experiencia étnica para él. Como todas las mujeres que tuvo.

Coleccionista de mujeres extravagantes.

¿Quién habrá sido? Y qué habrá querido decir... Nickie asegura que puede ser alguna fan. Yo pienso en tanta gente. Hasta en la malvada de Hacha.

«No debo preocuparme.»

Aunque sí, me preocupo. Siempre hay algo de verdad en una mentira...

En esos días, me obsesioné y comencé a averiguar de sus exs. Eso de “experiencia étnica” me sacudió un poco cuando descubrí que Ann era una jovencísima mujer afro, su segunda esposa una preciosa inglesa, bastante mayor que él, y la tercera una mujer oriental muy bajita respecto de él, como se ve en las fotos. Tuve desesos de con-tactarlas. Recuerdo que cuando nos conocimos me dijo que ellas lo habían engañado. Y, cuando hablamos de eso este verano, me dijo que no había sido así.

Dudé de muchas palabras que me dijo. Comencé a vivir en una psicótica carrera por encontrar incongruencias en sus diferentes mensajes. Eso fue desagradable y me hizo recaer en la gastritis.

Hasta que un día, de la nada, como tantas otras cosas que me han preocupado tanto, desapareció de mi mente como problema.

Pero siendo sensata, lo peor, para mí, son los días en que mis hijas se van con Martín.

Me siento sola. Y estoy, objetivamente, sola.

Lo más interesante de este estado actual, es la manera en que conecté con mis hijas.

Y la nueva perspectiva que adquirí en mi trabajo.

Tentación y laberinto · 409

Este viernes tuve una situación de choque con Paula. Fue un en-contronazo espantoso. Las cosas con ella siguen mal, pero la verdad es que no me afecta como antes.

Aprendí de Nickie que no se puede caer bien a todo el mundo. Para él es fácil decirlo. Es casi como el mismísimo hijo de Odín en la Tierra. Y eso lo vuelve, obviamente, irresistible.

El viernes, Paula me atacó, nuevamente, en medio de una entrevista.

Según ella, porque le coqueteaba al cantante mientras hacía la nota, y me salía de lo pautado por ella.

En un momento dado, cortó la filmación y me gritó delante de todos. Incluso, del entrevistado.

Tuve ganas de llorar. Contrariamente, cuando dejó de retarme como si fuese mi maestra de escuela, la miré fijo y le dije en tono seco y calmado, pero firme:

—No me hinchas más las pelotas, Paula.

Me quité el micrófono y los auriculares, los arrojé en la silla y me fui.

Subí a mi auto y manejé escuchando Coldplay por varias horas. Cada vez que puedo, subo al auto y viajo a las sierras. La casa de mi familia es un lugar donde me reencuentro conmigo misma. Tantas veces aproveché esos momentos de soledad y me fui allí, al silencio absoluto que me habla y me conecta con lo que soy.

Y allí no hablo. Solo escucho. Escucho mi interior.

Recuerdo a Ailén decirme que los desconectados de la naturaleza somos nosotros. Somos nosotros los que no entendemos y por eso, nos atemorizamos. Así que este cambio, en lo personal, también tiene que ver con conectar con lo que realmente importa.

410 · Paola Rimieri

Esta mañana llamé por teléfono a mi prima para pedirle que me alquilara la casa, por un fin de semana.

La noticia que me dio fue por demás impactante.

— *La casa se vendió. Te voy a avisar cuando vayamos a sacar las cosas que no quieran los nuevos dueños, por si hay algo que sea tuyo o que quieras quedarte.*

Era algo que podía pasar.

Y esta consecuencia, lógica, pero inesperada para mí, como un recurso de mi mente para evitar dar por sabido lo que una sabe des-de el fondo de su ser, me abrió los ojos.

Tantas otras cosas que sé que van a suceder y estoy ignorando, aun cuando esas verdades me hablan a los gritos.

Voy a la habitación en busca de mi teléfono y allí, solitarias, encuentro mis zapatillas claras repletas de Amor seco en los cordones.

Es extraño no haberlo notado antes. Hace días que no las uso.

Las flores anaranjadas que fueron testigos del amor que vivimos con Nickie, ya murieron. Pero sus estigmas secos, siguen adheridos a mí.

Dejo de pensar unos minutos y hago una llamada.

Tomo el celular y marco.

—Se vendió la casa de los abuelos.

—¿Sí? No te puedo creer.

—Sí. Ustedes cómo están, Sebas.

Haber hablado con mi hermano estuvo bien.

Pero sigo sintiéndome mal.

Entonces, le envío un mensaje de texto contándole lo mismo a Nickie.

Termino la conversación preguntándole en un audio: —¿Cuándo vas a venir a verme?

Tentación y laberinto · 411

Nickie me responde con otro audio:

— *Hola, hon. Sabes, quiero verte, babe. Quiero realmente verte. Estoy bastante complicado y no es que no quiera. Ni siquiera me lo permiten. No puedo alejarme de este lugar. Estoy esperando a saber cuándo voy a ir a América. La del norte, hon. Pero bueno, estaremos cerca, al menos. Saludame a mis niñas. ¡Hey, firefly! La noche en este lugar está repleta de esos pequeños bichitos y cada vez que los veo, te recuerdo. Y a tu hermana bella, también. Cuidense, mujeres hermosas.*

Escucho el audio, varias veces, antes de responderle. Y me apabullo de tristeza.

Le respondo con una carita con corazones. Aun cuando quisiera decirle tantas cosas. Principalmente, que lo extraño.

Respiro hondo y muevo la cabeza para ambos lados, para relajar el cuello.

Miro por la ventana de mi cocina y noto que las hojas de los árboles de la calle están enrojecidas.

¿En qué momento ha llegado el otoño?

Tomo el celular, esperando que Nickie haya reaccionado de alguna manera a mi emoji.

Y como recibo solo una carita igual, miro el resto de los mensajes.

Laura quiere que nos juntemos a tomar algo. Lo había desestimado pensando que me iba a las

sierras.

También hay mensajes de Cristina.

¡Es verdad! ¿Cómo me olvidé de Cristina?

Tomo todos los apuntes de la cátedra y prendo mi notebook. Tendría que haberme puesto a escribir hace un mes.

“Como Teseo, que olvidó cambiar las velas de su nave, al regresar a su tierra, para avisarle a su padre que había vuelto como héroe tras derrotar al Minotauro...”

Pienso en Teseo volviendo como héroe.

412 · Paola Rimieri

¿Qué había cambiado en él?

Recuerdo aquello que me contó Ailén del héroe mapuche, ese ser weichafé guerrero que estaba latente en él.

Pienso en Teseo pudiendo derrotar al monstruo.

Y en Nickie, diciéndome que alguna vez hay que matar a la bestia. Y pienso en mí.

Es cierto que tal vez, ya salí del laberinto, de la duda. Eso fue fácil. Fue fácil matar a la bestia.

La manera de salir fue lo más sencillo. Simplemente tuve que hacerlo por arriba, como dice el refrán. Me alejé del encierro. Y el encierro abrió las puertas por mí.

Me recuerdo parada sobre la Batea Mahuida, mirando la bahía de corazón.

Y casi como un flash, viene a mi mente el padre de Teseo, esperando esa nave, con aquel mensaje, desde arriba de los acantilados. Sigo escribiendo.

“Como Teseo, que olvidó cambiar las velas de su nave, al regresar a su tierra, para avisarle a su padre que había vuelto como héroe tras derrotar al Minotauro. No fue un descuido inocente. Teseo debía ser Rey.

Solo si su padre moría, Teseo llegaría al trono.

Entonces...”

«Entonces... »

No hay descuidos inocentes. No hay rupturas azarosas. No hay heridas sin dolores.

Ni palabras, dichas casualmente...

Yo maté al Minotauro.

Tentación y laberinto · 413

Nickie fue la lanza que me dio las fuerzas para entrar al laberinto. Y después, fue quien me dio el hilo de Ariadna. O el hilo me hizo encontrarme con él.

Y salí del laberinto para reconocirme. Para redescubrirme. Nada de lo que estaba haciendo me hacía ser la Valeria que algu-

na vez había visto en un espejo.

Y descubrirme, allí, una guerrera mujer.

Tal vez, Paula fue el arma que me dio la voluntad para replantear-me qué profesional soy, quién quiero ser. Fue el mango poderoso del hacha para cortar las ataduras a mi voluntad.

Ya no me preocupo por Hacha, por Axel, ni por nada de ese mundo del trabajo que era el único mundo que tenía. Solamente, hago allí las cosas bien, las horas pasan más rápido y la vida está afuera.

Tal vez, algún día, pueda irme de ahí y hacer algo que me permita reescribir mi rostro en la Valeria que se refleja en los espejos.

Termino el escrito y lo mando por correo.

Me sirvo una copa de vino y voy a ver televisión a mi habitación. El vino y la cama me adormecen en un fantástico sopor.

Sueño con Nickie.

Hacía mucho que no me pasaba.

No quiero despertarme porque su belleza me llena de placer. Él me abraza y me ata a su cuerpo.

Quiero escaparme, pero tiene más fuerzas.

A pesar de que me oprime, no me siento mal.

Veo que nos rodea el cuerpo de ambos y nos ata un hilo. Es una hebra del ovillo de Ariadna que nos mantiene atados, los cuerpos desnudos de ambos. Uno contra otro. Una sola piel.

414 · Paola Rimieri

Me despierto y me doy cuenta de que dormí muchísimo. Utilizo todo el domingo para escribir y la tarde se me pasa

volando.

El lunes, me levanto llena de energía y luego de dejar durmiendo a mis pequeñas, voy hacia mi trabajo.

A media mañana, me encuentro con Laura.

Tomamos algo y hablamos, de todo un poco.

Encuentro, como victoria de nuestro equipo ahora de dos, que Paula se haya vuelto a Buenos Aires. Tras la discusión conmigo, hace días, llegó a hablar con Axel. No se despidió de nadie. Simplemente, no la vimos más y Axel nos comunicó del cambio de Laura en el lugar de Hacha. Así que, mi amiga ascendió y yo me liberé de esa bruja.

A veces, las cosas son más sencillas de lo que una espera.

Y así, de la misma manera en que llegó, como un paracaídas, apañada por Axel, se fue.

Siempre nos quedará la duda de si tuvo algo con él. O cuál era la fuente de su maléfico poder. Pero ya no está. Prefiero dudar de lo que fue, que tener que soportarla.

Estoy más cómoda que antes, pero no más feliz por eso que por su partida. Al fin y al cabo, comprendo que, a veces, me he preocupado demasiado por cosas que no tienen sentido, por situaciones que son tan pesadas que caen por su propio peso.

Seguimos hablando con mi amiga, pero ahora de Axel. Tengo la leve idea de que la decisión de irse de Hacha debe haber estado in-fluida por la cercanía de mi jefe con mi amiga, y ahora, productora.

—Tal vez, Axel se anime a algo serio conmigo.

—No sé si es un hombre para vos.

—¿Por qué decís eso?

Tentación y laberinto · 415

— Muchas idas y vueltas, muy millennial. No sé. Vos necesitás algo más.

—¿Algo más? ¿Por qué?

— No sé... A veces me pregunto si la vida es solo esto. Es un bajón, Lau. No te conformes.

—No me conformo. Es el hombre que me gusta. Quiero estar con él, quiero tomar algo con él todas las noches, aburrirme y enojarme. Quiero estabilidad, Vale.

—¿Estabilidad? Me contaste tantas salidas, tantos chicos distintos, tanta diversión.

— Ya no quiero diversión. Quiero amar a alguien que sea mi todo. Quiero un proyecto, sábados aburridos viendo televisión, películas sin sentido. Pero la seguridad de que él estará ahí, a pesar de todo. Y yo volveré a casa, a pesar de todo.

Me quedo pensando en eso todo el día.

Laura que pide estabilidad. Y yo, que le digo que no se conforme. A veces, uno cree que quiere cosas que no quiere. Y ese es el

problema.

¿Y si me equivoqué?

« ¡Sí! Me equivoqué.»

416 · Paola Rimieri

Me despierto temprano con las vibraciones del celular sobre mi mesa de luz.

Me despierto, y hay carteles de las niñas por todos lados. ¿En qué momento pusieron todo?

Hasta que su papá las trajo, no había ni siquiera papeles dando vueltas. Deben haber traído las cosas hechas desde su casa.

Escucho el primer mensaje y es de Sebastián:

—*¡Qué los cumplas feliz, que los cumplas feliz, que los cumplas, que los cumplas, que los cumplas feliz!*

Tengo muchísimos saludos de feliz cumpleaños en todas las redes. Infinidad de mensajes de Whatsapp.

El primero que abro es el de Nickie

Es un video con él caracterizado de Rurik, con sus extensiones larguísimas y sucias. Aún así, sigue siendo hermoso.

—*Hola, amor. Quisiera estar ahí, para abrazarte mucho y besarte mucho. Pero no tengo la posibilidad de hacerlo. Sabes que eres la persona más importante de mi vida y no hay distancias. ¡No las hay! Sabes que estamos entrelazados, hon. Nacimos unidos y se nos cortó*

esa cadena que nos unía. Pero hemos hecho todo para encontrarnos. Y ya estamos juntos.

Ay...No sé qué más decirte. ¡Feliz cumpleaños mujer de mi vida! Sos vos mi curita, nena. Te amo.

Sé que no me dice nada concreto respecto de vernos. Pero me emociona.

Tentación y laberinto · 417

Esperaba que me diera una de sus sorpresas, y apareciera detrás de mí mientras reproducía una de las tantas veces el mensaje de cumpleaños que me envió.

Desayuno y lo re veo muchas veces. Lo llamé para agradecerle, pero no me respondió. Seguramente está filmando.

Le respondo con un audio y le agradezco.

Antes de irme al trabajo suena mi celular con una video llamada. Lo veo caminando en un lugar, vestido con una de sus camisas ajus-tadas blancas. Siempre hermoso.

—Hi, hon. ¡Feliz cumpleaños, nena!

—Gracias, Nickie. ¿Dónde estás? Recién eras Rurik.

—Era un chiste, ya estoy en tu mismo continente. Estoy en Los Ángeles. Acabo de llegar.

—Ah, pensé que me ibas a sorprender y vendrías a Argentina. —No, hon. No puedo. Vengo porque empezamos con la promoción

de Brave, de la segunda temporada. Estaré varios días aquí. —¿Y después?

—Todavía no lo sé. Pero, sabes, sería muy bueno que vinieras. Jack puede encargarse de todo, ya sabes.

—Ay, no, Nickie. Ya sabés que no es tan fácil.

—Honey, quiero saber algo...

—¿Sí? —temo lo que vaya a preguntarme.

—Estás usando los aros, veo.

—Sí. Y también tengo aquí la cadena con los dijes. Tengo la SF y tengo la llavecita.

—Ah, qué bella eres. Te beso, hon. Debo dejar porque debo ir “to the customs25 ”

Me deja con ganas de hablar más.

25 | Aduana.

418 · Paola Rimieri

De todos modos, lo entiendo.

Incluso es hasta demasiado bueno que me haya llamado por mi cumpleaños y desde un aeropuerto.

Cuando llego al canal, tengo un ramo de flores muy bonito en mi escritorio de parte de todos mis compañeros.

Laura se me acerca y me da un abrazo enorme. Desde que es mi productora en el ciclo de entrevistas, estamos mucho más juntas, toda la jornada, y eso, me da mucha seguridad.

Luego del abrazo, Axel llega hasta mí con una cajita. —Esto es para vos.

—¿Para mí? ¡Gracias!

Me llama la atención la cajita china que me trae Axel. La miro por todos lados y no puedo abrirla.

No entiendo.

Tal vez sea un regalo de broma.

La dejo sobre el escritorio cerca de las flores y me pongo a trabajar.

La curiosidad hace que me atraiga la caja. La miro desde lejos y pronto, me doy cuenta que la cerradura que tiene puede ser similar a la llavecita que tengo como dije. La misma que cuelga en mi pecho, desde que me la regaló Nickie en Navidad.

—¡No lo puedo creer! —digo en voz alta, aunque estoy sola. Tomo la caja y me la llevo cerca del pecho.

Antes de poder abrirla, la muevo un poco y escucho que hay algo dentro.

Tengo que sacarme la llave del colgante e intentar abrirla. Una vez que lo logro, veo adentro una llave más grande.

¡Reconozco en el acto esa llave y su llavero! ¡Es la llave de la casa de mis abuelos!

Solo hay una explicación.

Tentación y laberinto · 419

¡Nickie!

Tomo el celular y lo llamo.

— *Honey...*

— ¡Estás loco, Nickie!

— *¡Vaya novedad, hon! ¡Ya sabes del Prozac, no lo divulgues!* — ¡Muy loco!

— *¿Esa es tu manera de agradecerme el regalo de cumpleaños?* — ¡Estás loco!

— *Pero debo pedirte solamente que te hagas cargo de comprar una cama en la que pueda dormir cómodo.*

Nickie ríe del otro lado del teléfono.

Hablamos un poco más, hasta que debe dejarme porque ya está por comenzar una entrevista de promoción.

Mis sentimientos son totalmente extraños.

Me enternece, pero al mismo tiempo me intimida. ¡Haber comprado una casa!

¡Y yo, jamás le hice un regalo!

Miro el reloj del celular y me doy cuenta de que con tanto festejo estoy demorada para grabar el micro.

Voy a maquillaje y me preparan.

Ahí sacamos una foto y la pongo en Instagram con el siguiente pie de foto extraído de la canción de Coldplay, Fix you:

“when you get what you want but not what you need... Stuck on reverse. When you loves someone but it goes to waste 26 ”

Al momento de la grabación, estoy con la cabeza en cualquier parte.

26 | Cuando consigues lo que quieres pero no lo que necesitas... Atascado en reversa... Cuando amas a alguien pero se hecha a perder...”

420 · Paola Rimieri

Y encima, Axel, con sus acostumbradas sorpresas que me dejan en jaque.

Me pasan una cantidad de saludos que he recibido por mi cumpleaños en las redes, sin que lo supiera.

Hoy empieza un nuevo año para mí. Todos me dicen eso. Uno que comienza, uno que termina.

Y sobre los finales, pienso qué sería un final perfecto. Nada hay de perfecto en decir fin.

Sé que hice todo mal.

Tengo que arreglarme a mí misma.

Terminé con Martín. Me doy cuenta que también terminé con Nickie.

Y un final perfecto... ¿Cerrado?

Eso sería la muerte.

Cuando termino de grabar, leo el comentario de Nickie debajo de mi foto:

“Lights will guide you home. And ignite your bones²⁷”

Y sí, me doy cuenta de que hay algo que tengo que hacer. Las luces van a guiarme...

Tomo el celular y hago una llamada.

— ¿Martín?

27 | Las luces te guiarán a casa. Y encenderán tus huesos”

Tentación y laberinto · 421

422 · Paola Rimieri

Lo que siguió después fue una gran locura.

Una locura de tiempo y espacio.

Puedo pensar que, cuando volví de San Francisco, fui cobarde.

Es verdad que muchas veces, tras mi fachada de mujer segura, escondí una inmensa falta de valor.

Pero sé que no fue falta de coraje. Todo lo contrario.

La llave pequeña abrió la caja y encontré la llave más grande. La llave abrió la puerta de lo que estaba guardando.

Y desde dentro de la caja, salió el valor.

La tarde estuvo llena de corridas.

Hablar con Martín me permitió escuchar lo que esperaba oír. Nuestra relación ha recobrado la cordialidad y amistad que nunca debimos haber perdido por faltarnos el respeto, mutuamente.

Todavía escucho en mi cabeza su voz alentándome: “— *Sos una excelente madre, Valería.*”

Sin esas palabras de mi exmarido, no podría haber escrito un “Fin” y en la siguiente hoja, un “Así comienza...”

Pensé durante más de veinte horas qué locura estaba haciendo. Pensé en mis hijas, pero recordar a Martín diciendo que me espre-raban, junto a él, me devolvió la certeza de que no estaba haciendo mal las cosas.

Pensé en que tengo cuarenta y dos años. ¡Cuarenta y dos! Cambié la piel este verano, pero eso no significa que sea tan joven como mi nueva piel. Sin embargo, también pensé que tengo la fuerza

Tentación y laberinto · 423

acumulada de cuarenta y dos años esperando por encontrarme a mí misma. La fuerza que predijo Ailén, la fuerza que siempre tuve, pero que era más fácil ocultar.

Bajo del taxi y sigo las instrucciones del GPS en mi celular.

Pero sé que me guía mi GPS interno. Ese que me mueve ahora, actuando casi sin pensar.

Camino en un lugar desconocido y reflexiono sobre cómo sobrevalué el concepto de libertad. ¡Sí, lo sobrevalué! Quise creer que estaba bien y feliz siendo libre.

¿Qué es ser libre?

¿Estar sola en casa sin saber qué hacer?

¿No aceptar órdenes de Axel, ni soportar a Paula?

¿Qué quise decir cuando me dije hace tiempo a mí misma: *ahora Valeria, sos una mujer libre ?*

El cuento estuvo bueno: “ser libre”.

En una sociedad en la que se exagera esa sensación de plenitud haciendo todo el tiempo lo que nos da la gana, creí esa historia.

Creí que era joven de nuevo, creí que nadie era más importante que mi propia libertad.

Y sin embargo, recién ahora siento que camino por la calle en penumbras, hacia mi libertad.

¿Realmente esa soledad y desazón por el corazón solitario era ser libre?

Me estaba mintiendo.

Ahora lo sé. Sé que estar “prendida” a alguien, como un estigma de Amor seco, no es igual a no ser libre. La libertad está en mi interior, en lo que soy, en lo que siento.

Soy libre porque no me importa serlo.

Y una vez -¡una vez!- que logro darme cuenta de que siento amor y no es por costumbre u obligación, me he liberado.

424 · Paola Rimieri

Tuve miedo, es cierto. Pero ya no. Ya me animé a cruzar el puente. Esta fuerza en mi interior es la que me hace sentir alegre hoy, y

viva.

En la calle está oscureciendo, pero la temperatura es agradable. El tumulto en la vereda es una pista y un obstáculo que supero sin problemas antes de salir del laberinto.

«Sí, salir.»

Abro la puerta y la música adentro es ensordecedora.

Hace años que no entro a un lugar así. Tampoco la ropa me acompaña y me doy cuenta, porque me observan.

Reconozco la canción. Ese rasguído de guitarra es inconfundible. Las palmas flamencas en el comienzo de una canción pop es un efecto magistral.

Es una canción de Marron 5. Y Marron 5 me recuerda a Charlie. Camino casi a ciegas entre gente bella, en ese lugar oscuro y con

la música muy alta.

“Spent twenty four hours

I need more hours with you...”—se escucha en vivo en un volumen que me ensordece.

“We spent the late nights

Making things right, between us”

Miro, buscando algún rostro conocido.

Uno, que no sea el de Adam Levine cantando en el escenario de este club.

“But now it’s all good baby Roll the backwood baby And play me close”

Tentación y laberinto · 425

Estoy perdida, hasta que percibo envolventemente ese perfume inconfundible.

El hilo del ovillo de Ariadna se termina.

Estoy en casa.

Y mi casa es a su lado.

Antes de acariciarle la inmensidad de su espalda, Nickie se da vuelta y respira profundo.

Su gesto es incomparable.

¡Lo sorprende yo, por primera vez!

Los ojos parecen más brillantes y más grandes.

Y yo, solo puedo mirarlo.

Nickie me toma en sus brazos y me aprieta contra su cuerpo. Temo haberle manchado la sedosa camisa blanca que le aprieta

en el pecho con el rímel corrido que cae de mis ojos.

Hace un día cumplí cuarenta y dos años, pero en este momento, me siento de diecisiete.

El lugar, la canción, Nickie...

—Pensé con el cerebro y supe, que solamente puedo ser racional, si escucho el corazón, Nickie.

Nickie no me deja seguir hablando y me besa.

Y cuando el beso que eternizará nuestra unión cesa, me canta al oído sincronizado con la canción:

—I need a girl like you, yeah yeah yeah. 28

No, no es un final cerrado.

Es el mejor final para nosotros.

Es hoy, aquí y ahora.

28 | Necesito una chica como tú, sí, sí, sí.

426 · Paola Rimieri

No diremos para siempre.

Diremos a quién le importa ser libres, si estamos libremente juntos.

Diremos simplemente, que siempre estuvimos unidos, que nos encontramos a pesar de las distancias, y que este amor, que se sos-tiene con el extremo del hilo que cada uno tiene en su corazón, es indestructible.

Diremos, simplemente, que nos amamos.

Tentación y laberinto · 427

Ahora puedes dejar tu comentario y recomendar este libro en:

www.facebook.com/tintalibre



Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2019 Córdoba —Argentina

www.tintalibre.com.ar info@tintalibre.com.ar +54 351 3581899